RUTILIO I ROSAURA.

I LOS

ESTRAGOS DEL CACIQUISMO.



OBRA DE ACTUALIDAD

DE ASUNTOS NACIONALES.

POR

ALBERTO M. BRAMBILA

TIP. C. M. SAINZ
PEDRO LOZA 115
GUADALAJARA

1920



Alberto M. Brambila

A mi distinguido i generoso amigo, el señor Licenciado Juan R. Càrdenas, cariñosamente.



Síntesis.

Asunto de la obra: amores i aventuras de Rutilio y el desarrollo de la revolución desde Porfirio Díaz hasta Venustiano Carranza.

División de la obra: dos épocas: Primera, Tiempos Porfirianos. Segunda, Tiempos de revolución.

PRINCIPALES PERSONAJES:

Rutilio.—Joven atrevido, fogoso i excesivamente apasionado.

Gamaliel.—Joven reposado, i amigo fidelísimo e inseparable de Rutilio.

Rosaura.—Zagala gentil, musa idolatrada de Rutilio.

D. Próspero.—Padre de Rosaura; hombre feroz, ambicioso i material.

Santoscoy.—Joven militar; émulo irreconciliable de Rutilio.

D. Anacleto.—Comisario furibundo i terrible cacique.

D. Atenógenes.—Secretario del anterior; hombre socarrón i de carácter maquiavélico.

Un Sacerdote.—Varón sabio i prudente que trabajó con ahinco por la felicidad de Rutilio.

Exordio

Si nadie supiera que yo escribí este libro, quizá le concederían algún mérito. pero con el solo hecho de aparecer aquí mi nombre, estoi cierto i seguro que muchos sin darse cuenta de su contenido, van a fruncir el entrecejo con cierto desdén leyendo las primeras líneas.

Es natural que así sea, supuesto que la mayor parte de los que me conocen, saben perfectamente que soi hombre inculto que jamás pisé ni los umbrales de alguna aula. que lo más he vivido lejos de la civilización i en medio de los breñales.

Esto, por supuesto no me aflije, atendiendo a que también en las selvas i en los pantanos brotan algunas florecillas. i sin que nadie las cultive, suelen despedir algún leve perfume. I así como las aves necesitan entonar sus cántigas i el agua correr incesantemente, así yo también desde mi infancia, he sentido necesidad de expresar mis pensamientos, ya en prosa, ya en verso, aunque mi lenguaje esté desprovisto de las bellezas del arte.

Al emprender estos trabajos para mi verdaderamente árduos, no ha sido mi pretensión insultar a nadie personalmente o bajo seudónimo como algunos pudieran prejuzgarlo, sino poner de relieve la corrupción del gobierno porfirista que fue la causa de la espantosa revolución Constitucionalista i sus horribles consecuencias. Si algunos de mis personajes tienen cierta analogía o similitud con tales o cuales individuos, es que, varios, naturalmente, me sirvieron de prototipo; mas no es mi fin retratar a nadie para ridiculizarlo, sino flagelar con justa indignación aquel régimen tiránico tan lejos de los principios democráticos.

No obstante que estas páginas son flores marchitas de mi raquítico cerebro, fue necesario hacer grandes esfuerzos en medio de penosa lucubración para escribirlas.

Por tanto, pues, suplico a mis queridos lectores i principalmente a mis antagonistas, que antes de hacer un esguince, primero lean detenidamente, i ya después, si gustan, pueden hasta aplicarme el cauterio de su crítica, i fustigarme, atado a la picota del desprecio, con el furibundo látigo de la sátira.

Santa Rosalía, Jal. Méj. 1919.

Alberto M. Brambila.

Primera Epoca

I.

(TIEMPOS PORFIRIANOS.)

ENSUEÑOS I SONRISAS.

Al pie de una elevada montaña, mui cerca de las costas del Pacífico i al Suroeste de la hermosa «Perla de Occidente,» hai un pueblito aislado cuyo nombre no se me antoja pronunciar.

Rutilio desde su tierna infancia, con permiso de sus padres, se había ausentado de aquella su tierra natal, con cierta persona de altas cualidades filantrópicas, con motivo de ir a hacer sus primeros estudios escolares a la capital del Estado, i viajar por la República.

Al transcurso de varios años, Rutilio volvió gustoso a sus patrios lares, en medio de los primeros fulgores de su juventud, ansiando saludar a sus amigos i parientes.

En efecto, se encontró a uno de sus íntimos

amigos de infancia llamado Gamaliel, el cual recorría también los campos floridos i risueños de la juventud; edad fogosa de anhelos frenéticos i atrevidos ensueños, lástima que el hombre no sea dueño de su albedrío.

Gamaliel era un joven más reposado, i siempre que podía, aconsejaba al fogoso Rutilio que pusiera freno al ímpetu de su corazón.

No obstante, mui en breve se hermanaron sus ideas, i alegres i traviesos se les vió recorrer las calles i las llanuras.

Era a principios del siglo XX.

En una de aquellas tardes risueñas en que vagaban por la orilla del caserío, la luz del día estaba próxima a extinguirse. En el cielo diáfano los cambiantes de luz en medio del celaje, formaban ya hermosos paisajes de pintorescas torres i cúpulas, ya inmensos mares donde flotaban hermosos buques de oro i cortinajes atelpados de púrpura i de grana.

Rutilio i Gamaliel se sentaron sobre la hierba que simulaba sencilla altombra.

Las flores i las hierbas se mecían formando pequeño oleaje al impulso del céfiro que surgía del ocaso quedando embriagados los sentidos al contemplar aquel cuadro tan lleno de atractivos.

—¡Ai de mí!—exclamó Rutilio con acento de ternura—jamás había sentido dentro de

mi alma cosas tan raras e inquietud tan grande como ahora por la mañana al contemplar a una joven tan encantadora como un ensueño i tan hermosa como un lirio. Pero tal vez me habré forjado ilusiones que mui en breve se trocarán en disparatadas quimeras.

—Platícame, platícame;—dijo Gamaliel lleno de entusiasmo.

—Cálmate un momento i cállate; parece que allí viene la joven que me fascinó i me turbó la quietud. ¡Ella és, sí, ella és!—

Efectivamente, a pocos momentos una tierna jovencita se quedó parada a corta distancia esperando a una señora de aspecto huraño que iba tras de ella.

La joven miró a Rutilio, i de ambos brotó a sus labios una inocente i angelical sonrisa.

Rutilio quiso retener sus miradas, pero aquella señora se había dado cuenta de aquella actitud, por lo cual antes de llegar junto a la joven, arrugó mui marcadamente el entrecejo, i dando una mirada furibunda, las dos se internaron en un pequeño bosque.

—¡Esta és, ésta és!--exclamó de nuevo Rutilio—¿i cómo se llama? ¿quién es esta joven?

—Es la hermosa Rosaura, hija de un hombre altivo i soberbio que ha jurado hacer trizas al que se atreva dirigirse a ella.

—Eso nada importa; me arriesgaré a los peligros más inminentes con tal de conquistarme su cariño. Mas por ahora no prejuz-

guemos i voi a contarte la entrevista que tuve con ella:

Como tú bien sabes, a mí me gusta salir por las mañanas a recorrer las llanuras en busca de inspiración.

Esta mañana me levanté cuando apenas tímida la aurora daba sus primeras miradas allá en la lejanía.

La temperatura era cálida i agradable; eché a andar i pronto me interné allá en aquél bosque.

Poco a poco los pajarillos que allí suelen ocultarse, empezaron a gorjear formando su plácido concierto.

La brisa refrigerante impregnada de perfumes, parecía juguetear entre los árboles de rama en rama.

En las llanuras adyacentes todo era silencio i reposo.

El canto de las aves vocingleras fue aumentando gradualmente. Una que otra abeja empezó a zumbar por entre las flores.

Las crestas de los montes lejanos se fueron colorando suavemente, i la neblina vagarosa empezóse a levantar formando en la arboleda níveos cortinajes.

Todos aquellos indicios era una precursora manifestación del nuevo día.

Aquella maravillosa perspectiva hizo brotar en mi alma el verdadero entusiasmo, i me imaginé haber llegado a la cumbre del Pindo,

entre mágicas brillaciones, a contemplar las mitológicas i fantásticas deidades.

Por fin régresé al pueblo.

Ya los labradores se dirigían al campo a desempeñar sus faenas entonando canciones rústicas con voz clara i sonora.

En el horizonte azul apareció una ancha faja lumínica: era la penetrante mirada de Febo que había disipado por completo las tinieblas de la noche.

Cuando llegué a la orilla del pueblo me detuve ante una pequeña floresta para contemplar lleno de admiración hermosas telas de arañas sobre las hierbas i flores llenas de gotas de rocío, simulando a la luz clara del sol, ricos collares de perlas. Estaba yo en contemplación cuando de pronto se oyó el chirrido de la cerradura de una puerta.

Naturalmente volví la vista.

La puerta se abriò, i yo quedé embelesado al ver aparecer en el umbral a esa hermosa joven que me pareció tan encantadora como un ángel. Su abundante cabellera destrenzada, formaba pequeños bucles que caían graciosamente sobre sus hombros. Sus ojos vivarachos velados por brunas pestañas, aunque todavía soñolientos, me dieron una penetrante mirada que me fascinó por completo.

Cuando volvì en mí de mi sorpresa, le dirigí una frase amorosa nacida en mi corazón

i no en mi entendimiento. Ella se sonrió i los dos nos quedamos largo rato inmóviles como dialogando con la vista, hasta que al fin desapareció como visión angélica.

Me separé de allí loco de amor i con el corazón palpitante.

Todo este día, aunque aquello fue para mí como una dulce soñación de hadas que me llenó de satisfacción, he sentido en mi alma una inquietud algo extraña.

Ansío que llegue el feliz momento en que su amor sea mío; en que yo me constituya su adorador, i lleno de ternura le manifieste que sólo ella es la virgencita de mis cantares i la musa lumínica de mis ensueños.

¡Ya van ahí de regreso!—exclamó Rutilio sonriendo.

—Me has dejado perplejo;—dijo Gamaliel apoyándose en la mano izquierda para levantarse—mucho gusto me da que hayas encontrado una joven de todo tu agrado, pero....

—¡Pero qué!—exclamó Rutilio con tono enfático.

—Es que.....

—No me exasperes! ¿Por qué me hablas con reticencias?

—Es que yo presiento que la felicidad de tu juventud va pronto a fenecer. Si tú entras en relaciones amorosas con esa muchacha, que lo creo como imposible, sus parientes te lo estorbarán supuesto que los de nosotros i

los de ella guardan ciertas rencillas por antiguos disgustos. Tú eres pobre i ella es mimada con las caricias de la fortuna; además, como te llevo dicho, su padre es altivo i soberbio, i puedo asegurarte con toda verdad, que es irreconciliable.

Pero en fin, para probarte que soi tu amigo fiel i verdadero, te prometo ayudarte hasta donde me sea posible, i juro morir donde tú mueras.

—¡Oh generoso amigo! yo sabré corresponder a tus afanes con mi eterna gratitud.—

En esos momentos se oyó el tañido de la campana anunciando la oración de la tarde.

Nuestros jóvenes después de concertar ciertos planes que no supimos a que se referían, se marchó cada cual por diferente calle.

II.

TRAVESURAS DE CUPIDO.

La noche desplegó su negro cortinaje sobre aquellas pintorescas montañas.

El viento huracanado invadía las calles del poblacho haciendo crujir las frondas tostadas por el sol, al ser arrastradas, formando un rumor siniestro i plañidero.

De pronto apareció Rutilio, i triste i pensativo se sentó en un poyo de la plazuela.

A pocos momentos llegó Gamaliel silencio-

samente sin ser visto por su camarada, i se sentó junto a él.

De repente Rutilio dió un salto de sorpresa por la inesperada presencia de Gamaliel.

—Amigo, cuán nervioso te has puesto: si asi sigues, pobre de tí; pues si con mi presencia te asustas, qué será luego que te veas un revólver en el pecho?

—Efectivamente no sé qué pasa en mí. Estoi enteramente preocupado. Ya de tanto pensar me duele el cerebro i el corazón.

—No seas tonto, Rutilio, ten ánimo, haz un esfuerzo de voluntad; no te dejes guiar por el instinto de las pasiones; estas cosas se ven como una simple distracción; no te lances frenético a los campos de las ilusiones ni te acobarden los falsos presentimientos.

—Por Dios, Gamaliel, compadécete de mí; no me acuses de cobarde; mejor sepulta en mi pecho este puñal o dime t rminantemente qué hago para poder llegar junto a Rosaura. Bien comprendo que estas relaciones tendrán qué redundar en perjuicio de mi bienestar por las dificultades qüe existen i por la situación que guardamos cada cual, pero te confieso con toda franqueza, yo no puedo prescindir ni un punto, convenga o nó. Tengo sed, tengo necesidad de manifestarle esta pasión desenfrenada que me consume.

—Pues si efectivamente deseas hablar con ella aunque te cueste la vida, ven, sígueme.

Te voi a probar hasta la evidencia que soi tu amigo.—

Nuestros personajes se dirigieron a la casa de Rosaura por el costado norte adyacente a un riachuelo.

—Si tienes el suficiente valor.... tienes qué escalar esta muralla; ocultarte entre las hierbas, i esperar que salga Rosaura a dar vueltas al jardín como sé que tiene acostumbrado. Una vez que salga ella sola, tú sabrás cómo cautelosamente le manifiestas tu amor. Pero te advierto que ni un momento te olvides del padre de Rosaura.

¡Sube pues! Pon tu pie en mi hombro.

Te serviré pues de escalera.

Echa esta cuerda allá en la rama de aquel árbol.

¡Chit! no hagas mucho ruido.

Agárrate fuertemente. ¿Ya?.....

Bueno: pues Dios te saque lleno de felicidad i con tus dientes cabales.—

Rutilio descendió silenciosamente asiéndose de las ramas de los naranjos, dando el aspecto de una sombra, i se ocultó entre las yedras.

El pobrecito daba diente con diente. No era el frío de la noche quien lo hacía temblar: era el frío de la timidez; i ¡cómo nó! era su primera aventura, i su corazón niño todavía le daba ilusiones pero no intrepidez.

—I si sale D. Próspero i me halla?—decía

entre sí—I si sale ella i no me conoce i se asusta.... ¡Dios mío, Dios mío.....—

El chirrido de la cerradura de una puerta que daba acceso al jardín, le hizo paralizar hasta la respiración.

—¡Ella és, ella ès!—pensó entre sí al ver aparecer un bulto femenino.—

I sin hacerse esperar, salió de su escondite i se dirigió al encuentro cayendo de hinojos e implorando perdón por su atrevimiento.

Un grito destemplado i tiploso resonó en aquella soledad.

Pobre Rutilio! se había equivocado redondamente: aquella mujer no era el objeto de su amor: era la recamarera; mujer sencilla i candorosa que había ido al jardín en busca de azahar para una bebida.

Rutilio al comprender su error, se lanzó despavorido; trepó a los naranjos i se desprendió de la muralla formando un estrépito formidable al caer en un pedregal.

La buena vieja llena de turbación, siguió dando voces llamando la atención de toda la familia, a quien declaró, casi ahogándose, que una ánima en pena se le había postrado a sus plantas pidiéndole perdón.

—¡Ya ven, ya ven!—murmuró otra criada nerviosa- yo bien digo que aquí asusta.—

D. Próspero sólo dijo arrugando la cara:

—!Hum!....—

Rutilio, entre tanto, sin esperar a Gamaliel,

Matrimonio de Rosaura



..... pero inmediatamente el mendigo dejando caer de un golpe todos sus andrajos, se dejó ver un gallardo joven que con un revólver en cada mano les apuntó i les dijo:

—¡Ea, desgraciados, matalascallando, yo también falto qué firmar!...—

(Pág. 182.

aunque todo molido, no paró de correr hasta su casa.

III.

AVENTURA SORPRENDENTE.

Cuando nuestros jóvenes se reunieron, Gamaliel soltó una fuerte carcajada burlándose de la vertiginosa carrera de su camarada.

—¿Qué te pasó, Rutilio? ¿qué te pasó? Te asustò quizá la sombra de algún gato o el aleteo de algún murciélago, ¿verdad?

—Cállate, que me le arrodillè a una vieja mentecata creyendo que era Rosaura. ¡Ai Dios! yo creo que me fracturé media docena de costillas!.....

– I para qué huiste en precipitada fuga?

— Precisamente porque aquella vieja lanzó un grito despavorido, i después que me dijo tartamudeando, «de parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra,» siguió dando alaridos llamando la atención de toda la familia.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... ¡qué curioso! pero siquiera en tí existen vivas todas tus ilusiones, pero la terrible aventura que tuve en días pasados, mató para siempre esos afectos naturales que brotan en los campos de la juventud. Siéntate i escucha.

—Con mucho gusto!... pero ¡ai Dios! ponme primero en estas contusiones aunque sea fomentos de....vinagre tibio con sal. ¡Ai, ai, maldita vieja!...—

Gamaliel curó a Rutilio i le refirió lo siguiente:

—Hará seis meses llegó a esta población por la noche una familia. Según observé se componía de una señora i una joven, pues los individuos resultó que sólo eran fleteros.

Inmediatamente que llegaron, la curiosidad me llevó hácia ellas, i pude. con algún pretexto, dirigirles algunas palabras. La joven mui pocas palabras habló, pero me dirigió una mirada apacible i llena de melancolía.

Esa misma noche se instalaron en una de las mejores casas que tomaron en renta.

Yo que la daba de tenorio, desde mui demañana empecé a rondar la casa anhelando ser el primero en darle los buenos días a la recién llegada i hacerle una manifestación amorosa. Pero todo fue en vano: aquella joven no se dió a luz.

Pasaron días i más días, i no fue posible volver a verla.

La inquietud empezó poco a poco a martirizarme quitándome el apetito i el sueño. ¿Acaso aquella joven estaría enferma? ¿Acaso el encierro perpetuo sería su vida favorita?

Envuelto en mil conjeturas pasaba los días i las noches en completa desesperación. Aque

llo era un misterio i era preciso descubrirlo. Pero ¿cómo? era imposible. El único medio sería interrogar a la señora que salía mui rara vez a llevar las viandas, pero no se prestaba por ser de carácter adusto i de sañuda mirada.

Sin embargo, cierta mañana me resolví jugar el todo por el todo: esperé a la señora i logrando una oportunidad le dije:—señora, perdonad si soi indiscreto con haceros una pregunta.—«¿Qué pregunta?» me dijo con áspera voz.—Dispensadme,¿qué la señorita está enferma?—«No lo está, i si lo estuviera es Ud. galeno o pertenece al cuerpo de salubridad?» —Eso quiere decir que nada me importa, ¿es verdad? sin embargo..... yo.....

Aquella vieja me dejó con las palabras en la boca i siguió adelante.

Yo me quedé lanzando improperios.

El único medio que creí seguro, se había frustrado.

Seguí devanándome los sesos por varios días. Al fin me vino a la mente hacer uso de un ardid, el cual inmediatamente puse en práctica:

Por la noche arrojé varias monedas i algunos objetos al patio i techo de aquella casa. Por la mañana mandé un billete manifestando que por la noche había sido yo asaltado por varios bandoleros, mas como la ronda corrió en mi auxilio, los bandidos sólo tuvie-

ron tiempo de arrojar a los tejados el robo i huír desaforadamente. Por tal motivo pedía el permiso de registrar los techos i corrales de la casa.

El permiso me fue concedido.

Como a las diez de la mañana me presenté a la casa mencionada lo más elegante que pude i con la corrección i cortesía de todo un caballero.

¡Oh sorpresa! ¡Oh momentos de felicidad!

Alelado quedé al verme frente a la joven que tanto ambicionaba contemplar.

Era una beldad; era una hurí con un traje elegantísimo i ataviada con ricas joyas i pedrerías.

Su voz tenue vibró apaciblemente.

En tanto le saludé i le dí algunos detalles del supuesto asalto, pude apreciar su hermosura i sus hechizos.

Era su cabello blondo i abundante; ojos glaucos velados por pestañas rizadas; cejas ligeramente arqueadas; nariz aguileña; bozo incipiente; semblante pálido haciendo contraste con sus labios de grana; dientes orificados i pecho turgente.

No obstante que en su rostro no asomaba ni la más leve sonrisa, una fuerza irresistible me obligó a permanecer embobado ante aquella deidad tan llena de atractivos.

Sólo por medio de un esfuerzo poderosísimo pude separarme de su lado para fingir la misión que llevaba.

En efecto, en compañía de la señora de arrugado entrecejo, inspeccioné la casa donde efectivamente me encontré los objetos i monedas que yo mismo había tirado.

Después de dar un millón de gracias i de ofrecerme incondicionalmente como inútil servidor, al despedirme le dí a la joven una carta bastante extensa que previamente llevaba en el bolsillo, donde le manifestaba todo el amor i todo el cariño que existían dentro de mi alma.

Salí de aquella casa, por decirlo así, loco de entusiasmo.

Aquella entrevista fue para mí, en realidad, como una visión fantástica, o como un especie de sueño lúcido i embriagador.

Pero ¡ai de mí! siguió de nuevo la inquietud haciendo estragos en mi corazón, pues aquella ninfa ni me contestó, pero ni siquiera se dió a luz.

No pude encontrar ya otro medio seguro i eficaz para volverme a entrevistar con ella. De nuevo me decidí interrogar a la señora. Después de mil adulaciones i promesas, le declaré que yo estaba loco de amor por aquella joven tan hermosa i tan esquiva.—«¡Ah de modo que ya Ud. se atrevió a dirigirse a ella sin mi consentimiento?» me dijo.—Perdón, señora, perdòn.... mis intenciones son puras, mi cariño es verdadero.—«Amigo mío, ya que Ud. se ha mostrado conmigo enteramen-

te franco, le voi a descubrir un secreto: a esta joven no le está permitido entrar en relaciones amorosas con nadie absolutamente de una manera directa.» —¡Dios mío!— «Sin embargo, la persona que de corazón la idolatre, puede casarse con ella, pero llenando algunas condiciones por cierto algo extrañas.»

—I ¿las puedo yo saber?— «Sí, cómo no; son cosas mui sencillas: en primer lugar una vez entrando en relaciones amorosas, no volver a entrevistarse con ella hasta el día del matrimonio, pues yo seré la única persona que lleve i traiga la correspondencia; i en segundo, jamás intormar quién es ella, ni de dónde viene. Sí, debo advertiros, que ella es rica, inmensamente rica.»

La señora desapareció sin esperar contestación ninguna.

Yo me quedé más inquieto aún.

¿Cómo descifrar aquel misterio?

En mil cavilaciones pasé las noches i los días. Por fin no pude menos que entrar en relaciones amorosas bajo aquellas duras condiciones, i casi casi ya me estaba resolviendo a darle principio al matrimonio con tal de no estar sufriendo aquella inquietud.

Al ver sus cartas con frases tan amorosas i tan correctas, más me apasioné.

Cierta mañana ya no pude resistir el deseo de verla: ansiaba contemplarla, ansiaba deleitarme con los mil encantos de su rostro.

Por el corral de una casa contigua, con muchas dificultades i con muchas precauciones, logré penetrar a la casa misteriosa i ocultarme entre unas enredaderas del jardín para esperar a mi incógnita idolatrada.

Al cabo de una hora se me concedió contemplaria mui de cerca. Sus ojos apacibles se fijaron con ternura en las florecillas i después dió una mirada melancólica a las etéreas regiones.

Mi corazón palpitó con violencia i mis ojos lánguidos quedaron clavados profundamente en aquella hermosura.

A pocos momentos dió providencias de entregarse al baño.

En tanto se desvestía, cerré los ojos, pues el amor platónico rechaza las visiones voluptuosas.

Cuando calculé que ya estaba en traje de baño, volví a dirigir mis lánguidas miradas. Pero ¡Dios mío! ¿qué fue lo que ví? De acordarme se me hiela todo el cuerpo!....

Cuando abrí los ojos ya no ví el ángel de mis ensueños; ya no estaba la musa de mis ideales. En lugar de ella ¡ai Dios! ví una vieja horrible como un espectro; horrible como una pesadilla infernal....

Tenía su cabeza completamente calva; en su boca no había un solo diente, i en su rostro, en lugar de los encantos juveniles, arrugas i más arrugas....! Me restregué los ojos

creyendo que aquello era un sueño, pero con tristeza ví que era la realidad. ¿Acaso mi idolatrada mientras yo cerré los ojos se fué de allí i en su lugar vino aquel esqueleto viviente? No, al momento comprendí que no, supuesto que a un lado sobre su ropa estaba una cabellera blonda i una dentadura orificada. Lancé un grito de horror! salí de mi escondrijo i salté la muralla.

La vieja al verme salir, con terrible sorpresa lanzó otro grito i casi cayó desmayada.!

Al siguiente día ya no amanecieron aquellas malvadas viejas i yo les dí para siempre el adiós a mis ilusiones. Mi corazón quedó marchito i oprimido, i juro que en muchos años no volveré a dirigirme a ninguna mujer.

IV.

CONFESION AMOROSA.

Al cabo de algunos dias repuesto ya Rutilio de la sorpresa i de las magulladuras, volvió a escalar la muralla para esperar a Rosaura; pero en vano inquieto i desesperado pasaba casi medias noches oculto entre las hierbas: Rosaura no volvió de noche al jardín.

Mui pronto cundió el rumor por todo el poblacho que en aquel jardín espantaba; i como algunas viejas vecinas alcanzaron a ver claramente el bulto de Rutilio subir i perderse en la muralla, aseguraban con juramento, que al toque de ánimas, una mujer enlutada cruzaba el riachuelo i saltaba al jardín despidiendo chispas de fuego.

No faltó quien asegurara por tradiciones que en aquel jardín, una mujer, por no quedar deshonrada, había enterrado a su hijo recién nacido.

Rutilio cada día se desesperaba más, i sus esperanzas se iban debilitando porque era como imposible lograr entrevistarse con la joven.

Rosaura nunca se asomaba a la ventana, i si bien alguna vez salía a la calle, era en compañía de la mamá. En consecuencia, la vez que nuestro joven la conoció, fue una mera casualidad que se asomara a la puerta.

Gamaliel le aconsejó a Rutilio que dejara de penetrar al jardín para que no diera lugar a sospechas.

Después de largos tres meses, nuestro enamorado joven volvió a insistir en su empresa, nada más que se atrevió a hacerlo a la hora de la siesta; i cuando menos lo pensaba, ¡oh delicia del amor! la hermosa Rosaura se dejó ver entre las flores alegre i juguetona.

Rutilio vaciló un momento, pero haciendo a un lado todos sus temores, empezó por arrojarle pequeñas piedrecitas.

Rosaura de pronto se sorprendió i más cuando vió salir de entre las hierbas a Rutilio.

Nuestro joven no desaprovechando la tan deseada oportunidad, se lanzó intrépido al encuentro de la joven, i aunque a cada palabra se le anudaba la lengua, le habló de esta manera:

—¡Rosaura, perdona el atrevimiento que tuve de penetrar a tu jardín para manifestarte que mi corazón palpita sólo por tí, i que todo mi anhelo es que tú correspondas al inmenso amor que te profeso!

—¡Rutilio, por Dios, huye de aquí porque si mi papá se dá cuenta, somos perdidos; huye, huye!.....

—No, Rosaura de mi alma, luz purísima de mis ensueños, no me separaré de aquí hasta no escuchar de tus tiernos labios aunque sea una sola palabra de amor que mitigue la inquietud que me devora.

—Sál de aquí, Rutilio, porque peligra tu existencia; mejor te contestaré por escrito mi resolución.

—No seas ingrata conmigo; dime que me amas o sepulta en mi pecho este puñal.

—No me obligues, Rutilio; ¿qué no comprendes que si yo te correspondo en estos momentos, redundaría en desdoro de mi hon-

radez i mi felicidad supuesto que la mujer para que sea digna de aprecio no debe de ser tan fácil a las súplicas i galanteos?

—Verdad es, pero yo hace mucho tiempo que te amo en silencio, i, por lo mismo, la inquietud que anida aquí en mi pecho, puede precipitarme a los abismos de la desesperación. ¡Dí siquiera que guardas para mí pequeños rasgos de afecto!

—Rutilio, por Dios, no puedo por ahora contestarte nada porque no es oportuno. Vete por piedad, porque nos sorprenden.—

En esos momentos se oyó la voz rugiente de D. Próspero que se había levantado malhumorado de la siesta.

Rosaura quedó estática i enteramente pálida.

Rutilio permaneció impávido.

—Te matan, Rutilio,....vete por Dios, vete, vete....

—Si eres tan ingrata que no correspondas al inmenso amor que te profeso, nada me importa morir.

—Te ruego por el Dios Omnipotente que huyas de aquí porque somos perdidos......no dudes pues, no dudes que guardo para tí rasgos de cariño.

—¡Oh, dulce bien mío! ¡Oh, alegría de todas mis tristezas! Yo te juro.....—

Rutilio ya no pudo terminar su frase porque la voz de D. Próspero resonó en la puer-

ta del jardín, i ya no pudo menos que dejarse caer i ocultarse entre las hierbas.

D. Próspero al penetrar al jardín encontró a Rosaura pálida i temblorosa, a la cual dijo en tono despreciativo:

—¿Por qué tiembla Ud., señorita? ¿Ya también a Ud. se le aparecen difuntos como a esas beatas supersticiosas?

¡Hum! ya enpiezo a sospechar esas apariciones, pero yo sabré conjurarlas.—

Afortunadamente D. Próspero no registró los escondrijos.

Rosaura sin articular palabra se retiró a su habitación, mui agitada por la sorpresa, pero al mismo tiempo sintiendo el alma llena de gozo, pues en realidad, Rutilio, con sola su presencia, había despertado en su corazòn las primeras ilusiones de su juventud, i con sus palabras habia grabado en su alma las primeras impresiones de amor, impresiones que duran por todos los días de la existencia, unidas con los vínculos de los recuerdos.

Entre tanto el intrépido tenorio, sin poder ni siquiera moverse temiendo ser sorprendido, permaneciò allí oculto hasta que llegó la noche.

V.

PLACIDOS ENSUEÑOS.

En mui poco tiempo, Rutilio, con su lenguaje sencillo pero expresivo, supo captarse del todo la simpatía de Rosaura i cautivar su inocente i virginal corazón.

Ella se sentía loca de gozo cuando oía decir que aquel joven descollaba en letras entre sus conterráneos, tanto que si seguía dedicado a sus estudios, era público, que, según sus principios, algún día podría figurar como artista.

El, entre tanto, no llegaría como los antiguos trovadores con dulce lira a las ventanas de sus ninfas a entonar dulces cántigas, pero en cambio en el silencio de la noche, lleno de inspiración i de entusiasmo, recorría la calle cantándole a su tierna zagala canciones melífluas nacidas en su alma, las cuales acompañaba al són de su guitarra.

¡Cuánta alegría se dibujaba en el semblante de aquellos dos enamorados!

I no obstante ser ella rica i él enteramente pobre, la felicidad los arrullaba i los acariciaba en su regazo a los dos juntos.

Rutilio divisaba al través del prisma de su loca imaginación, un porvenir lleno de triun-

tos i de gloria; i como dijo uno de sus amigos: «Las más generosas ilusiones tejieron el alquicel en que se envolvía su juventud.»

Rosaura, como todo el que ama por vez primera, sin hacer uso del raciocinio, fijó su pensamiento en su trovador amante, i en medio de su embeleso, su espíritu parecía transportarse a los pensiles fantásticos de los ensueños.

Pero ni siquiera imaginaban que la felicidad es un sueño momentáneo que una sola vez brilla en el alma quedando sólamente los recuerdos que atormentan al corazón por todos los días de la existencia.....!

—¡Ai, Rosaura!—decía Rutilio entre el follaje del jardín que servía de tálamo—un presentimiento me atormenta más que todos los sufrimientos: tú eres joven i rica.....yo enteramente pobre...... i tal vez mañana se presentará ante tí un apuesto doncel que con sus miradas i su riqueza te deslumbre.

—Rutilio, por Dios, no me exasperes; no seas pesimista. Se comprende, pues, que yo para tí no tengo ningún valor, supuesto que no merezco ni siquiera que les des crédito a mis palabras.

¿Qué no te he dicho áun con juramento, que soi tuya hasta la muerte, con todo el inmenso amor que arde aquí dentro de mi alma? I si bien se presenta ante mí algún joven galante, yo sabré despreciarlo, pues yo

no amo riquezas ni hermosuras. ¿Luégo tan maternal me consideras? Yo sólo a tí puedo amarte porque has arrebatado a mi alma al país de las ilusiones i has sabido despertar en mi corazón un ardiente deseo de recorrer los pensiles embriagantes de los ensueños.

—¡Oh Rosaura, Rosaura de mis cantares! plegue al cielo que nunca retrocedas de tu palabra, i que toda mi vida mis oídos escuchen tu voz dulcísima con la misma ternura i expresión angelical.

VI.

UN COMPLOT.

Poco más de tres meses habían transcurrido sin que el menor motivo perturbara en lo más mínimo la felicidad de aquellos amantes.

Pero así como tras de la tarde sonriente llega la noche i tras del placer viene el fastidio, así tras de aquella dulce felicidad, poco a poco fueron llegando los desengaños.

El furibundo padre de Rosaura, al fin i al cabo, como era mui natural, sospechó aquellas relaciones amorosas. Se convirtiò en un argos i no desaprovechaba ni un momento en la vigilancia de su casa ansiando sor-

prender al dicho Rutilio i descargar sobre èl todo su furor.

—¿Qué —decia entre sí D. Pròspero—casarse mi hija con un mozalbete de esa calaña? No faltaba más! Ya parece que emparentaba con uno de esos charlatanes que no saben ganar ni el pan que se comen, y que sólo viven escribiendo versitos i tonterias que no divierten al estomago. Pobre soñador de falso cuño, ya sabré mandarlo al arroyo con todo i su música!—

Los parientes de Rosaura una vez sabedores de aquellas increíbles relaciones, no des cansaron ni un solo día en estorbar a Rutilio por todos los medios posibles, ya calumniándolo, ya provocándolo, a reyertas i contien das.

Todas estas peripecias eran verdaderos preludios de un fin trágico i sangriento.

Pobre Rutilio: la felicidad de su juventud era un hecho que iba a tener tèrmino como lo había previsto Gamaliel.

Poco después otras circunstancias más poderosas concurrieron a empañar completamente el cielo azul i diáfano de sus esperanzas: No contaba ya con la simpatía de los que llevaban allí las riendas del gobierno; es decir de los ricos, pues justo es advertirlo, en esa època ningún pobre llegaba a elevarse a ningún puesto público.

Rutilio como era de ideas altruistas i de-

mocráticas, quiso tomar parte en el tejemaneje de la política oponiéndose a los fraudes electorales que en ese tiempo se registraban casi en toda la República. Pues en realidad, eso de lei electoral, eran sólo teorias, i la instalación de casillas, foros para representar comedias.

El pueblo embrutecido con el yugo de la tiranía, sólo se concretaba a contemplar aquellos ridículos sainetes, sin atreverse a pronunciar palabra temiendo el furor de aquellos hombres arbitrarios.

Rutilio, en momentos oportunos, empezó por arengarle a la plebe haciéndole conocer los derechos de que gozaba ante la lei, a que sacudiera el yugo de la tiranía, i concurriera a las mesas electorales a votar libremente.

Rutilio fue el primero que dió pruebas de su energía desde la primera vez que lo nombraron miembro de una de aquellas mesas, encarándose con los tiranos, i pidiendo que se hicieran las elecciones de acuerdo con lo prescrito por la lei orgánica electoral.

Los déspotas sintieron dentro de su negro corazón, un odio satánico, i desde esos momentos empezaron a fraguar los planes que siempre acostumbraban para desterrar a los que podían estorbar en algo el cumplimiento de sus caprichos.

D. Atenógenes que siempre aparentaba mui recto criterio i que hablaba con toda calma i reposo después de haberlo todo preme-

ditado, era el secretario de aquella desventurada comisaría. En una de sus nocturnas conferencias, le dijo al comisario en tono irónico:

—¿Qué te parece, Anacleto, de nuestro ilustre letrado? Ya tuvo la osadía de oponerse a que triunfara la candidatura de nuestro sobrino Serapio nomás porque tuvo menos votos en su favor.

I ya ves tú que nosotros siempre allanamos las dificultades dejando sin contar votos a una parte o metiendo boletas a la otra, i si nadie se presenta a votar, nosotros firmamos boletas con el nombre de los ciudadanos; i este leguleyo dijo públicamente que nuestras listas de votantes i de escrutinio no iban de acuerdo con la votación recibida; pero le sirvió de tanto como nada; es hasta tonto, pues mientras él i su amigo Gamaliel fueron a comer, en dos por tres hicimos nuevas listas, levantamos actas, i cuando volvieron todo estaba concluido. Pero tarde o temprano tendrá qué recibir el premio de su talento.

—Emplea—dijo el comisario en voz baja—todo tu ingenio sin que redunde en desdoro de nuestra honradez i prestigio, i busca dentro de las leyes la manera de mandar a éste mui lejos, así como hemos mandado a otros, a que haga estudios militares.

—Es decir que lo regalemos al gobierno para que engruese las filas?

—¡Ya lo creo!

—Difícil es por lo pronto porque hasta la fecha no tiene ningún delito que sea suficiente para el caso, pero...ya caerá en una i no desperdiciaremos la ocasión.

—¡Chit! no hablemos ya del asunto porque hai viene Próspero, pues aunque es con nosotros, no conviene que se dé cuenta de nuestros proyectos.

—¿Qué tal?—dijo D. Próspero—¿cómo fué con la elección?.

Dizque hubo un mequetrefe que metió la pata i se tropezaron con algunas dificultades?

¿Cómo ahora que el gobierno pide gente no acusan a ese saltimbanquis de pernicioso i nocivo a la sociedad, i lo mandan a cargar la mochila?

—Nosotros—dijo el astuto secretario con refinada hipocresía—obramos siempre guiados por las leyes i la justicia; si efectivamente hubiera motivos suficientes, tendríamos grande responsabilidad ante el tribunal de Dios Nuestro Señor, si no castigáramos a los malvados, pero a la vez, este muchacho, no tiene delitos, sino desacatos.

—¡Hum!—dijo el padre de Rosaura—¡que no tuviera! ¿Luégo aquel que grita con guitarra toda la noche desvelando gente, no lo titula la lei, escandaloso? ¿Luégo aquel que salta las bardas i se introduce en una casa sin la voluntad de su dueño, no lo castiga la lei como allanador de morada?

—I tú pudieras probar ante la justicia lo

que dices?—dijo el comisario con cierto interés.

– Respecto de sus escándalos todo el mundo lo sabe; tocante a que salte mis bardas, sólo tengo mui buenas noticias; que si yo lo hubiera sorprendido, ya lo habría entregado a los tribunales como se entrega a un salteador.

—Señores, no hai para qué precipitarnos; —dijo el secretario con su pachorra característica—el tiempo es largo i las cosas caen por su propio peso; si efectivamente este muchacho obra mal, les juro que del cielo bajará el castigo.—

D. Próspero se despidió i ya que se hubo separado, le dijo D. Atenógenes al comisario:

—Ya dí con el busilis! nuestros anhelos podrán realizarse satisfactoriamente, i nosotros, como siempre, quedaremos libres de las murmuraciones del pueblo escudándonos con la lei. ¡Qué bien cayeron los datos de Próspero!—

Nuestros interlocutores fijaron la vista en todas direcciones para enterarse que nadie los escuchara; i prosiguió el secretario en voz baja:

—Por ejemplo: si tomamos empeño en sorprenderlo infraganti saltando la muralla de Próspero, con mucha justicia se le puede acusar aunque sea de ratero. Pero si por algún acaso no cae en la trampa, esperaremos que ande en sus acostumbrados paseos nocturnos escandalizando: le mandamos cual-

quier individuo con pretexto de reconvenirlo pero que en realidad lo provoque, i como es mui natural, siendo él tan altivo i tan orgulloso, después de la reyerta entrará en contienda: esto será un medio mui poderoso para reducirlo a la prisión. Una vez preso, daremos cuenta al Ayuntamiento, acusándolo, sino de ratero, de escandaloso, nocivo, pernicioso, faltoso a la policía i desobediente con las autoridades; i, naturalmente, en el acto nos lo pedirán consignado al servicio de las armas.

—¡Ja, ja, ja!..... ¡Cómo crees que todavía tienes buen caletre!—dijo el comisario lleno de júbilo alargando la mano para despedirse de su criminal cómplice.—

¡Pobre Rutilio! estaba perdido, i quizá perdido para siempre, pues había caído entre las garras de lobos carniceros.

En esa época los puestos públicos eran como quien dice hereditarios, aunque aparentemente se convocaba a elecciones.

Es decir, los nombramientos de comisarios i presidentes en todos los pueblos.

I no obstante que salían unos i entraban otros, todas sus ideas iban a convergir a un mismo punto.

Los simples comisarios de rancho, o mejor dicho, los bajos mandaderos del gobierno, eran tan orgullosos como los emperadores Romanos, i se creían con más atribuciones que el mismo Presidente de la República.

I, ¡ai de aquellos que no se mostraran solícitos i llenos de adulación.....!

Daba tristeza i causaba indignación ver cuántos crímenes se registraban entre aquellos hombres malvados sin que ninguna lei pudiera castigarlos.

¡Cuántas veces fue profanado el santuario del hogar!

¡Cuántas veces a los más desvalidos i tontos les fue arrebatado su único patrimonio que consistía en alguna casuquilla o en algún pedazo de tierra!

I en fin, cuántas veces los hijos de aquellos mandatarios, escandalizaban i herían i todo quedaba en silencio!

Pero la menor falta en el pobre era castigada mui rigurosamente.

Aquellos verdugos todo lo componían con regalar gente al gobierno sin sentir ningún escrúpulo, fueran individuos malhechores o no lo fueran.

Algún desvalido que caía en sus garras, ¿qué hacía? ¿a quién se quejaba? Si pedía justicia a superiores tribunales, eran en vano todas sus peticiones, supuesto que todos los que formaban el gobierno de aquel entonces, ya de antemano estaban unidos estrechamente con los indisolubles lazos del compadrazgo, de unos a otros pueblos, para que todos sus caprichos marcharan sin dificultades.

Este régimen se observaba casi en toda la

República, i cada dia se hacía la vida más difícil para la clase proletaria.

Rutilio, entre tanto, inocente de los lazes que le iban a tender, sólo estaba preocupado, así como Rosaura, porque D. Próspero tuvo noticia de las entrevistas amorosas allí en el jardin. por lo cual, en varios días, ni siquiera se le vió salir a la calle.

—Todo por algún tiempo permaneció en el más completo silencio.

VII.

CONTIENDA INESPERADA.

Era la tarde.

El cielo estaba cubierto de nubes, i un viento helado soplaba silenciosamente.

La tenue luz del cielo, opaca i plomiza, daba el aspecto de un crepúsculo melancólico.

Rutilio al fin se resolvió salir a la calle anhelando, siquiera de lejos, divisar a su idolatrada.

Se fajó su cartuchera; se ocultó en la cintura un revólver; i con pasos tardos i rostro meditabundo, se dirigió a una especie de taberna de aspecto lúgubre, en cuyo armazón

apolillado i mugriento sólo se veían algunas cuantas botellas.

Desde allí se divisaba la casa de Rosaura, por lo cual Rutilio, se detuvo al llegar junto a la puerta.

En el momento apareció tras del mostrador el tabernero, hombre avaro i de semblante risueño i burlón que no desaprovechaba ninguna oportunidad para lucrar o sacar algún partido, i con ademanes mui marcados i voz tiplosa, dijo:

—Qué toma Ud. caballero? Pase Ud., yo estoi dispuesto a serviros lo que me pida i de mui fina voluntad!

—Néctar!—dijo Rutilio con voz seca i siempre divisando a la casa de Rosaura.

—Nomás no me hable de viandas i licores mitológicos que no andamos entre los dioses recorriendo el Olimpo.

—Deme Ud. vino.

—Así sí, así sí;—murmuró aquel sujeto llenando un vaso—aquí tiene Ud. medio cuartillo.

—No, amigo, no tanto, basta una copita.

—¡Copita!—dijo con sorna—Eso para una criatura. Un guapo joven afortunado en amores que es la estrella flamante del sexo femenino, no le cae bien comprar miserias. Además Ud. presenta en su rostro huellas mui marcadas de profunda melancolía nacida entre el celaje del amor. No sea tonto, amigo,

para no sentir penas... ..ya sabe lo que dice el retran.—

Rutilio por no estar oyendo aquella canti lena, penetrò en aquella pieza húmeda i sombría; tomó el vaso i empezó a rendirle adoración al dios Baco.

—Bien, mui bien; Ud. no es de esos jóve nes remilgados i tacaños que por no gastar un centavo se llevan con la boca seca.

¡Bien haya! Al fin pretenso de la joven más rica i simpática de este pueblo!

—Parece que Ud. se bromea.

—No me bromeo, señor D. Rutilio; lo dicho lo puedo justificar. Ud. es digno de Rosaura por su grande talento: es uno de los predilectos de Apolo que lleva en su corazón torrentes de sentimientos i de ternura, i en su cerebro la dulce inspiración entre nitidas ilusiones i lumínicos ensueños. Con razón la muchacha está loca de amor, pues Ud. le ha hablado con el tiernísimo lenguaje de las hipocrénides, i ha hecho vibrar en su corazòn, con sus endechas i cántigas, la fibra más delicada.

Si a mi también me gusta la poesia i tengo mis libritos, lástima que no puedo escribir ni un cuarteto.

—De modo que Ud. sabe algo con respecto a mis relaciones amorosas?—dijo Rutilio con semblante algo animado.

—¡Oh sí, cómo nó! I sé cosas que Ud. ignora. Yo tengo oportunidad... pues al fin mi

mujer es íntima amiga de esa casa; se puede decir que es el confidente de la muchacha.

Entre tanto, si algo se le ofrece, estamos a sus órdenes.

—Gracias, D. Plutarco; por ahora sólo deseo me haga favor de referirme lo que haya ocurrido en estos últimos días.

—Mui bien, joven; pero creo que la conversación necesita algo que la endulce: aquí hai pasas, almendras, caramelos.....

—Deme Ud. lo que guste.

—Bien, bien....¡oh cuanto lo quiere la muchacha! aquí tiene Ud. una libra de pasas i.... una docena de caramelos ¡es tanto su amor que fácilmente puede perder hasta el cerebro!—

D. Plutarco le dió una silla a Rutilio, i después de más cháchara que no insertamos por ser de poca importancia, prosiguió de esta manera:

—Amigo Rutilio: quiero ser por ahora franco i sincero; pues en realidad Ud. me inspira mucha confianza i cariño, sin duda porque sus ideas eróticas i democráticas concuerdan con las mías. Dejando a un lado todo lo que tenga carácter de broma, puedo asegurarle que la muchacha sufre doblemente que Ud.

Ud. sufre la pasión i la inquietud por el deseo de estar a su lado, pero ella no sólo la pasión que anida en su alma, sino el furor i el maltrato de su padre que desde que sospechó

esas relaciones, todo el cariño que antes le manifestaba, se ha trocado en odio.

Ayer precisamente estuve en visita con D. Próspero i me platicó de mucha reserva cosas que me dejaron perplejo.

Le voi a referir algo, pero confiado en su discreción i en que guardará el más completo sigilo.

—Por esa parte no tenga cuidado.

—Pues bien: además de que D. Próspero tiene un proyecto fraguado para cogerlo infraganti allí dentro del jardín, ¡me dá mucha pena decirlo! pero la mano de Rosaura está pedida i casi dada.

—¡Ira de Dios!—dijo Rutilio levantándose i clavando sus ojos profundamente en D. Plutarco—¿de modo que Rosaura, ella, la pérfida me ha estando engañando vilmente.

¡Oh infame, perjura...!

—No tiene ella toda la culpa,—dijo el tabernero bajando la voz.

—Dignese, por favor, explicármelo todo minuciosamente.—

En esos momentos apareció en el umbral de la puerta un individuo embozado casi hasta los ojos en una ancha frazada negra, por lo cual quedó interrumpida la conversación.

A pocos momentos penetró a la taberna i con voz ronca pidió una copa de vino.

Rutilio estaba impaciente por saber el desenlace de aquella fatal noticia, tanto que ni

se fijaba en los movimientos de aquel sospechoso.

Después de apurar la copa de vino con mucha calma, fingió sacar la paga correspondiente, mas de pronto se desenvolvió con puñal en mano, i amenazando a Rutilio dijo apresuradamente:

—Aquí te quería agarrar. ¡desgraciado!—

Rutilio dió un salto de sorpresa, i con tanta violencia quiso sacar su revólver, que se le zafó de entre las faldas de la camisa rodando más o menos como a un metro de distancia.

El infame cobarde, viendo que a Rutilio se le había caído el arma i que pretendió levantarla, arremetió a puñaladas con más furor.

Rutilio de pronto logró coger la mano armada de su adversario i se trabó una lucha encarnizada.

Largo rato duró aquella titánica refriega, hasta que desgraciadamente Rutilio tropezó contra el mostrador i....perdió la lucha cayendo debajo de su enemigo, pero siempre agarrado fuertemente de la mano del puñal.

El tabernero daba grandes voces de alarma, pero no se animó a salir ni fuera del mostrador.

En vano Rutilio quería levantarse, i en vano aquel cobarde quería herirlo; mas viendo este último frustradas sus negras intenciones i viendo que aunque Rutilio estaba caído no se rendía, recurrió a los medios más viles i rastreros hincándole los dientes en la cara

como perro hidrótobo. Después quitándole de la cintura la cartuchera, huyó de allí a todo escape.

Rutilio se levantó lleno de indignación, tanto por la fatal noticia, como por el asalto inesperado de aquel asesino.

El tabernero se apoderó de la pistola de Rutilio, i por ningún motivo quiso entregársela viéndolo tan indignado.

Rutilio pidió más vino, i lleno de furor se lanzó de allí en busca de aquel malvado jurando vengarse como le fuera posible.

VIII.

EL NUEVO PRETENDIENTE.

Antes de pasar a describir la riña sangrienta que sostuvo nuestro enamorado protagonista momentos después con los esbirros de los caciques, vamos a manifestar quién era aquél incógnito pretensor que era casi dueño de la mano de Rosaura:

Hacía poco menos de un mes que había llegado al pueblo, procedente del Colegio militar de la Metrópoli, con motivo de pasearse i revisar ganados, un gallardo joven aspirante, hijo de un viejo acaudalado.

La casa de su hospedaje quedaba enfrente de la de Rosaura.

Este joven era sagaz, discreto i reposado.

En mui pocos días, por su lenguaje correcto, la elegancia de su traje i su categoría militar, logró tener amistad íntima con las personas de más alta posición i principalmente con D. Próspero.

Este joven, según suelen decir los modernistas, pertenecía a la «*jái-laif*» (high-life;) aunque a la vez era un petimetre charlatán; inglesado por afectación en su porte i en su lenguaje.

Una vez que conoció a Rosaura, quedó prendado de su hermosura juvenil adunada con su gracia i modestia, i sintió dentro del alma un entusiasmo frenético de llegar a su ventana i dirigirle expresiones tiernísimas de amor.

Rosaura en mui poco tiempo interpretó las intenciones del apuesto garzón al ver las atenciones con que la distinguía i por la fijeza de sus miradas.

Una tierna palpitación sintió dentro del pecho, i quedó como extasiada en la contemplación de halagüeñas quimeras; pero en el acto un estremecimiento extraño de su corazón la despertó de aquel ensueño al recordar los sinceros i tiernos juramentos de amor que varias veces había repetido a Rutilio entre el follaje del jardín.

D. Próspero adivinó también mui en breve

las intenciones del mozo, i por esta vez no sintió odio allá dentro de su alma sino una dulcísima satisfacción pensando en el porvenir bonancible i risueño que resultaría si se llegaba a realizar aquel embrionario enlace.

Este hombre completamente material, era incapaz de comprender las bellezas de lo ideal ni la sublimidad del amor platónico, por eso nunca divisaba el porvenir a través del prisma de la felicidad o paz del alma, sino con las toscas antiparras del vil interés pecuniario.

En su interior sentía cierta avidez inexplicable.

En una palabra: todo su anhelo era casar a su hija con un rico, tuviera o no las cualidades morales que se requieren; estuvieran o no de acuerdo entrambos consortes en sus ideas i caracteres.

Desde ese día, D. Próspero, aunque aparentaba un celo exhorbitante, cada vez que iba a visita el joven espadado. procuraba dejarlo solo con Rosaura fingiendo cualquier negocio.

Nuestro militar poco tímido en aventuras de amor, no desaprovechó aquellas codiciadas oportunidades, i con lenguaje lleno de elegancia aunque también lleno de afectación, se declaró su rendido amante.

No insertamos el diálogo que resultó de aquella declaración amorosa por creerlo de poca importancia; basta manifestar que Ro-

saura al ver el derroche de atenciones i aca démicos galanteos del nuevo tenorio, frágil, como son todas las mujeres, se vió inclinada un momento a dar pábulo a nuevos ideales que más bien pudiéramos llamar utópicos ensueños. Pero de pronto una idea como un lampo deslumbrante atravesó su acalorado cerebro i todo su cuerpo se estremeció al comprender que interiormente estaba come tiendo un crimen, un perjurio, i varios días luchò su imaginación ccn sus nuevas ilusiones.

El nuevo amante al notar la deferencia i consideraciones de que era objeto entre aque lla familia, vió la necesidad, atendiendo a su exquisita educación, de manifestarles a D. Pròspero i esposa su amorosa pretensión por medio de una misiva atentísima, suplicándoles se mostraran indulgentes i francos en su contestaciòn.

El padre de Rosaura lleno de interior benevolencia contestó al militar manifestando que era mui joven todavía, pero que lo consultara concienzudamente con su corazón, i viera si sus padres eran de conformidad. Si llenaba estas condiciones i sus intenciones iban dirigidas a un fin legal, le daba su beneplácito i lo dejaba obrar libremente, pero si sus deseos eran sòlo hijos de la fogosidad de su juventud, no consentía ni aprobaba esa conducta.

De todos estos hechos nadie se daba cuen-

ta sino los personajes aludidos; pues todo esto acontecía mientras Rutilio había permanecido triste i pensativo sin atreverse ni siquiera a salir a la calla; i además que Rosaura procuraba ocultarlo todo no sabemos si con doble fin o temiendo el ímpetu i precipitación de Rutilio.

D. Próspero una vez enterado i casi resuelto a consentir oficialmente las relaciones amorosas de aquel uniformado i comprendiendo los lazos de amor que por otra parte ligaban a su hija con aquel triste soñador, para disuadirla de su propósito le habló enérgicamente de esta manera en medio de la embriaguez:

—¡Conque Ud. es dueña absoluta de sus acciones!

¡Según eso ya celebra contratos amorosos con cualquier badulaque sin mi consentimiento!

Con esas malditas elecciones mui claro me demuestras que no tienes ni un rasgo de cordura, dignidad ni delicadeza.

Uno ha de acogerse a la sombra del árbol más frondoso.

La mujer prudente i juiciosa cuando ya se resuelve elegir consorte debe atender primeramente al porvenir del estómrgo, que lo demás no pasan de ser tonterías i nimiedades.

¡Renuncias hoi mismo a esas relaciones o uso de toda mi energía!

—¡Padre mío, padre mío!—balbuceó Rosaura entre sollozos.

—No me importan lágrimas ni quiero tampoco razonamientos. Adrede se hacen desgraciadas desaprovechando oportunidades que mui rara vez brinda la fortuna.

Hoi mismo, aun por la fuerza si necesaria es, veré el término de esas malditas relaciones.

¡En el momento quiero aquí todos los objetos i cartas! ¡¡Pronto!!.,...—

Rosaura toda mustia i temblorosa fué i se arrojó en brazos de su madre pidiéndole consejo para salir incólume de aquella triste situación, pero la madre con semblante apático le dijo:

—¡A mí qué! Hasta hoi se te ocurrió pedirme consejo? ¡No tienes más que obedecer!

—¡¡¡Pronto!!!—rugió de nuevo D. Próspero.—

Rosaura apareció triste i llorosa llevando en la mano un grueso paquete de cartas.

—Tienes en el momento qué escribir una carta dando término a esas relaciones indecorosas, devolviendo esos papeles i porquerías.

Traigan tintero, papel, pluma.....!

¡Vamos! pronto a escribir.

—Padre mío, yo le escribiré i le manifestaré el término de mi amistad, pero lo haré yo sola.....!

—¡No, ha de ser ahorita i en mi presencia!

Quiero por fin quedar convencido que mis disposiciones se han de obedecer. I quiero que me jures solemnemente no volver a entrar en relaciones con ese miserable.

—Es que.... no puedo.....

—¡No puedo qué!—dijo aquel hombre con voz de trueno—¡desventurada! Te atreves a decírmelo descaradamente?

Según veo si me prometieras no volver, sería falsamente i tendrías qué reincidir en tus propósitos i caprichos.

¡Yo te enseñaré a que sepas obedecerme!..—

I diciendo esto sacó una enorme pistola i apuntó al pecho de la desdichada joven, que por toda contestación lanzó un grito de horror, i pálida i muda cayó al suelo casi desmayada.

Un terrible escándalo se suscitó dentro i fuera de la casa, lo cual sirvió como epílogo de aquella escena patético-ridícula.

IX.

RIÑA SANGRIENTA.

Salió pues Rutilio, como llevamos dicho. en busca de su agresor, con el firme propósito de batirse pecho a pecho sin usar de asechanzas ni cobardes proyectos.

Inmediatamente se difundió la noticia de

lo acontecido en la taberna, i los tiranos se reunieron en su plutocrático tribunal para deliberar con su carácter maquiavélico sobre la aprehensión de Rutilio.

Con grande algarabía dispusieron armas i gente, sintiendo interiormente una inefable satisfacción al ver los efectos que empezaban a producir sus irrevocables propósitos; pues lo acontecido eran ya criminales tentativas para saciar sus bastardas ambiciones de poner preso a Rutilio i desterrarlo.

Precisamente por eso el agresor aludido cuando se alejó de la palestra, corrió con los mandatarios a darles cuenta mui secretamente del resultado obtenido i de la actitud ofensiva de Rutilio, entregando al mismo tiempo la cartuchera que sirvió como prueba evidente de la portación de armas que tanto le habían prohibido.

No tardaron mucho los esbirros provisionales en salir en busca de nuestro joven llevando la orden terminante de prenderlo como diera lugar.

Rutilio cruzaba las calles desaforadamente, ebrio, más que de vino, de cólera, sintiendo en su alma un deseo frenético de venganza, cada vez que goteaba la sangre de las heridas causadas por los caninos dientes del asaltante.

Ansiaba encontrarse con su enemigo para descargar todo su furor encendido por aquella felonía, sin comprender que su adversario

era sólo vil instrumento de aquellos hombres nefarios.

Vió claramente que iban tras de él varios individuos, i mui bien sospechó que iban a prenderlo, i se aumentó su indignación.

De pronto la imagen de Rosaura, apacible i sonriente, se le representó en su imaginación, lo cual templó un momento su furor; pero al momento recordó su deslealtad i nuevos ímpetus surgieron de su corazón excitado.

Impelido por todas estas circunstancias, juró arrostrar todos los peligros.

—¡Me batiré hasta la muerte!—decía entre sí rechinando los dientes.—

Pero con qué armas si no traía consigo ni siquiera una aguja?

Una idea feliz cruzó por su mente:

A cierta distancia estaba un jinete amigo suyo. el cual, quizá, podría facilitárselas. I sin dar treguas ni hacer uso de preámbulos, llegó a su lado i le dijo:

—¡Préstame ese machete!

—Por tu acento i por la sangre de tu rostro, se conoce que andas en riña, lo cual me podría comprometer en alto grado. No me comprometas, Rutilio, huye mejor que ya te vienen alcanzando.—

El jinete hizo impulso a separarse clavando el acicate a su corcel, pero Rutilio se lo evitó sujetando las riendas.

Inmediatamente llegaron a todo correr los perseguidores, i mudos i pálidos. se precipi-

taron sobre nuestro joven, el cual sin pronunciar otra palabra, echó mano violentamente de la empuñadura del machete, i dándole un fuerte tirón, lo sacó de la vaina, i arremetió con denuedo inexplicable.

Como todo el pueblo, amigos i enemigos de Rutilio, eran sabedores de los acontecimientos, cruzaban las calles con agitación ansiando ver el desenlace.

La muchedumbre se agolpó, i como era mui natural, los amigos de nuestro joven aunque temerosos de las terribles consecuencias, echaron mano de sus armas i se cuadraron ante los alguaciles.

La escena era espantosa.

Con los gritos de los espectadores se aumentó el pánico.

Unos i otros contendientes vociferaban lanzándose improperios o denuestos, i amenazándose con sus pistolas i puñales.

Rutilio, entre tanto luchaba heroicamente como forzudo gladiador con un corpulento esbirro, mientras Gamaliel, con pistola en mano, cuidaba que nadie lo hiriera ni los apartara.

Rosaura que se encontraba en visita en una casa no mui distante, al ver a Rutilio en aquella espantosa refriega, no se pudo contener, i dando voces de horror, prorrumpió en copioso llanto.

Rutilio, por fin, haciendo un esfuerzo titá-

nico, logró lleno de satisfacción, derribar a su adversario, cayendo encima de él.

Allí descargó todo su furor. Allí se vengó de la alevosía del primer asaltante, dándole golpes en la cabeza hasta sangrarlo i aturdirlo.

Rutilio, por fin, huyó saltando las tapias de una casuquilla, i todos los contendientes i curiosos se dispersaron, dejando solo i triste aquel sitio ensangrentado.

El sol ya moribundo, apareció entre las nubes, sin duda para ser testigo de aquella tragedia provocada por el maldito régimen del caciquismo, cuyas consecuencias fueron la base fundamental del eterno desconsuelo de Rutilio.

Un viento helado comenzó a soplar por las callejuelas.

En todas las viviendas i cuchitriles, sólo se oían los comentarios del espectáculo.

Los tiranos aunque vieron frustrados de pronto sus anhelos, se holgaron sobremanera por la resistencia de Rutilio, pues de este modo, era ya delincuente.

Un solo momento lanzó el sol su mirada pálida, i lleno de letal melancolía, desapareció en el ocaso.

X.

NOCHE FATAL.

Esa noche Rosaura se arrojó a su lecho no para dormir tranquila embriagada por dulces impresiones eróticas, sino para meditar en brazos del insomnio las tristes consecuencias de sus relaciones amorosas.

Agitada se revolvía en su lecho sin poder conciliar el sueño, i si en momentos lograba medio conciliarlo, era para soñar combates i cadáveres ensangrentados.

Despertaba llena de sobresalto i se volvía a entregar a nuevos presentimientos.

Su agitación era frenética.

De cuando en cuando evocaba dulces recuerdos de aquellos días tan felices cuando impaciente esperaba a su trovador ya en el alféizar de su ventana, ya entre el verde follaje del jardín, donde embriagada por el perfume de las flores i embelesada con el canto de los parleros pajarillos, oía la dulce voz de su amante que le hablaba no de riquezas ni de pompas, sino de ideales purísimos; de olimpos de rutilantes estrellas; de auroras tímidas i lumínicas; del arrullo de las aves i la música del viento; de las praderas matiza-

das de flores, i en fin, de la dulce quietud del alma cuando está impregnada de un amor puro i virginal.

Pero todos estos recuerdos sólo sirvieron para martirizarla, pues inmediatamente contempló llena de horror su situación actual:

Su padre la había obligado con pistola en mano a que diera término a sus amorosas relaciones.

Rutilio a esas horas andaría mui lejos, o más tarde, quizá, tendría qué caer bajo las plantas de los tiranos a las frías i húmedas mazmorras.

Estos recuerdos o consideraciones casi ni un momento se apartaban de su memoria.

Verdad es que se vió inclinada a recibir en su alma los galanteos del militar, pero esto sólo fue una tentación que supo vencer.

Verdad es que al verse maltratada por su padre, sintió un triste decaimiento i cierta desilusión para con Rutilio, pero una vez que lo vió de nuevo i que lo vió ensangrentado, luchando i perseguido caprichosamente como si fuera criminal, sintió compasión i se despertaron en su corazón nuevos afectos i más vivos anhelos de consagrarle todo su cariño i toda su existencia..

Absorta había pasado aquella noche eterna en conjeturas i consideraciones:

Cuando asomó la sonrosada aurora por los diáfanos balcones del oriente, ya se sentía aletargada por el marasmo.

Por fin, rendida i fatigada se iba quedando profundamente dormida; mas de pronto una fuerte algazara la despertó llenándola de sobresalto.

A poco dos voces rústicas i sonoras empezaron a entonar una canción al pie de la ventana, i aun no habían terminado cuando resonaron las notas ligeras i juguetonas de un alegre «mariache.»

Rosaura vaciló un momento i un profundo suspiro se escapó de su pecho.

Un tropel de recuerdos como blancas mariposas llegaron a coronar su frente.

Su corazón palpitó con algo de júbilo imaginándose aquellas noches o mañanas placenteras cuando Rutilio recorría la calle entonando al són de su guitarra canciones melífluas.

Pero en el acto un especie de escalofrío se apoderó de todo su cuerpo al recordar que su amante andaría mui lejos; i más grande fue su desconsuelo al observar que los promotores de aquel holgorio eran precisamente los caciques enemigos de Rutilio, que, ridículamente beodos, festejaban con aire de triunfo hechos que habían ocurrido esa noche i que ignoraba Rosaura.

Mui pronto abrió D. Pròspero las puertas, i el ancho salón de aquella casa, se vió pletórico de trasnochadores.

Aquella bullanga o batahola, tenía mucha semejanza con las antiguas bacanales.

El escándalo fuè aumentando gradualmente en medio de los vibrantes acordes de los guitarrones.

Los mandatarios i esbirros, ya sin distinción de categoría, gritaban i pateaban.

Unos abrazados i otros sentados en cuclillas, dialogaban llenos de animación, echando bocanadas de humo i brindando «cognac» i «tequila» a salud del benemérito D. Porfirio.

El comisario le habló a solas a D. Próspero, i al indicarle en voz baja un asunto de gran sensación, i que mui pronto sabremos, lanzaron una carcajada cínica; i refocilándose con tan plausible acontecimiento, bebieron vino hasta embrutecerse.

Unos rodaron al suelo ya en tercer período i roncaban como cerdos; otros platicaban de valentias i sucesos pasados; i otros, en fin, hacían impulso a cantar dando voces nasales desagradables i destempladas.

El sol brilló en el oriente con mirada penetrante i fue testigo de aquella fiesta semi-orgiástica.

El comisario mandó a un esbirro que se asomara a la cárcel.

D. Próspero entre bamboleándose empezó a llamar a Rosaura con voz de trueno.

Rosaura demacrada i temblorosa se presentó ante su padre con los ojos fijos en el suelo.

—Ya terminó Ud. la carta para.... ¡que le mandé?—

Rosaura permaneció muda, petrificada de vergüenza i de terror.

—¡Miserable! ¿por qué no me contestas? ¡Hoi si te voi a enseñar a que sepas obedecerme!—

I sacó de nuevo su enorme pistola.

Todos los concurrentes que podían medio sostener su cuerpo, se reunieron a hacer la paz, desarmando a D. Próspero.

El secretario que mui bien sabía de lo que se trataba, habló de esta manera con profunda humildad como lego de convento:

—Señorita,... no sea Ud. tonta; obedezca a su querido papá, i le juro que del cielo se desprenderá una lluvia placentera de bendiciones. Sepulte de una vez para siempre en el olvido los recuerdos de ese joven que no mui tarde nuestra sagrada lei va a descargar toda su justicia, i sus hechos indecorosos re lucirán ente la faz del público.—

El comisario que lanzaba miradas chis peantes i mefistotélicas, fingiendo una sonrisa, le guiño el ojo a Rosaura i aprobó lo dicho con un movimiento.

D. Próspero con tono áspero, dijo;

—No le den razonamientos ni le rueguen: tú Atenógenes,—le dijo al secretario—escribe una carta en lugar de ella para «terminar» a ese charlatán de una manera humillante.—

Estaban concluyendo la carta cuando vol-

vió el esbirro a todo correr, i con voz entrecortada por no alcanzar ni saliba, dijo:

—¡Señores!.... Ru...tilio ...se....se fugó de la carcel! ¡ya no está!.... huyó.—

Un color sombrío cubrió el rostro de aquellos protervos, i unos hasta sin sombrero, salieron de aquel báquico festín a proceder a la reaprehensión de Rutilio.

Rosaura que nada habia sabido con respecto al paradero de su amante, al oír tan tremenda noticia, sintió en su alma un dolor intenso, i violentamente casi perdiendo el sentido, fué i se dejó caer sobre su lecho.

XI.

DESAFIO.

Ahora nos vemos obligados a manifestar cómo i de qué manera esa misma noche fatal se fueron desarrollando los hechos, mientras Rosaura absorta en otras consideraciones se revolvía en brazos del insomnio:

Rutilio cuando saltó las tapias después de la riña sangrienta con los esbirros, fué i se ocultó en la casa de Gamaliel, mientras pasaban las primeras horas de la noche.

Allí la mamá de su camarada le refirió

minuciosamente lo que ya saben nuestros lectores con respecto a las relaciones del subteniente i al bárbaro proceder de D. Próspero.

Rutilio estaba confuso: no hallaba si culpar en parte a Rosaura, o completamente a D. Próspero.

Los enamorados por lo regular se hacen pesimistas: siempre están vacilando sobre los juramentos i promesas.

¿Acaso Rosaura acariciaría en su alma nuevas ilusiones?

—Pero ¿cómo es posible que así sea—pensaba él—si la he visto dar voces de horror públicamente cuando la última riña i casi con ímpetu de lanzarse a la brega?—

El pensamiento de Rutilio se perdía en un abismo de conjeturas.

Entre tanto los alguaciles en mayor número, rondaban sin descanso por las callejuelas.

En el viejo campanario se oyó el tañido monótono i lastimero de la campana que anunciaba el silencio.

Los noctívagos como era costumbre en los pueblos, se fueron retirando poco a poco a sus hogares.

El pueblo quedó casi desierto· sólo en la plazuela palpitaba la tétrica luz de dos faroles que tenían mucha semejanza con los fuegos fatuos que suelen surgir en los pantanos i cementerios.

Rutilio salió a la calle completamente dis-

frazado con antifaz, largos bigotes i calzón blanco.

Cautelosamente se dirigió a la casa de Rosaura, más bien por costumbre que pcr negocio.

Lo primero que se presentó a sus ojos al llegar junto a la esqnina, fue un bulto blanquecino envuelto por las tinieblas de la noche. Por su inmobilidad parecía un espectro.

Al fin sospechó que era el susodicho militar, i después de vacilar un momento, se acercó a él, i con voz fingida le dijo:

—Si de veras sois militar l sois digno de la espada que lleváis al cinto, espero que silenciosamente me sigáis a campo raso.—

El militar después de hacer un pequeño ruido gutural, dijo llevando instintivamente la mano al puño de la espada:

- ¡Bueno!—

Rutilio se adelantó para indicar el rumbo.

Llegaron a la orilla del caserío precisamente donde a la luz de plácido crepúsculo se había detenido Rosaura, en otro tiempo, graciosa i sonriente.

Rutilio suspiró profundamente recordando la eterna impresión que recibió su alma en aquel sitio donde se forjó purísimos i virginales ensueños.

Pero inmediatamente se le representaron las entrevistas que Rosaura pudo haber tenido con aquel uniformado i rechinó los dientes.

¡Cuánta diferencia de aquella tarde sonriente llena de luz i de amorosos ensueños, a esta noche amarga llena de tinieblas i de inquietudes!...

El militar después de toser ligeramente, dijo:

—Caballero: creo que ya fui bastante complaciente: espero en pocas palabras me manifestaréis vuestro asunto.

—Favor de que vayamos más adelante!—dijo secamente Rutilio.—

Avanzaron un poco i se internaron en el bosquecillo donde vimos ocultarse a Rosaura i a la señora de aspecto huraño.

¡Cuántos recuerdos de sus perdidas ilusiones llegaron de un golpe a martirizar su abatido corazón!....

—¿Aquí?—dijo el militar algo fastidiado.

—¡Aquí!—contestó resueltamente Rutilio.

—¿Qué se os ofrece?

—Que debéis renunciar para siempre a las relaciones de Rosaura. so pena de que midamos nuestras fuerzas.

—¿Quién sois vos, que con tanto imperio me habláis?

—¡Quien sea! ¡nada os importa! Pero si queréis conocerme, arrancadme el antifaz si podéis.

—Amigo: mucho me extraña que me habléis i me contestéis en esos tèrminos; se conoce que vos queréis insultar i no razonar. Yo no acostumbro reñir por faldas, però si os

empeñáis a que midamos nuestras fuerzas, lo haré no impulsado por ella, sino por los insultos con que me estáis provocando. Entre tanto deberíais refrenar vuestra lengua. Yo no soi igual a vos. Yo pertenezco a otra clase de sociedad i tengo representación en el gobierno por mi categoría militar.

¡Ultimadamente qué estoi dando satisfacciones!

¡Quedaos en horamala, que mucho me embajecería si midiera mis fuerzas con un desvalido o ensangrentara mi espada con un andrajoso.

—¡Desgraciado!—dijo Rutilio lleno de cólera—Caciques i plebeyos, todos me parecen iguales al nacer, iguales en el sepulcro. No envidio vuestra pompa i representación. Vosotros los ricos vais cubiertos de oropeles i vanidades, i holláis con garbo, i veis con suma indiferencia a la clase proletaria que siempre ha servido i servirá de escalera para que subáis al trono. Pero en cambio no disfrutáis de la paz i dulce quietud del alma de que gozamos los pobres que no ambicionamos riquezas ni puestos públicos i que nos resignamos a vivir honradamente en cualquier esfera.

—¡Basta ya, insolente!—dijo el militar echando mano a su espada.—

Rutilio permaneció inmóvil aparentando mucho asombro.

El militar aprovechando esta circunstancia,

sin comprender que sólo era una estratagema, le dió un fuerte golpe con su arma.

Nuestro jovon cayó a los pies de su agresor, pero no para humillarse ni rendirle homenaje, sino para levantarse violentamente i abrazar lo, poniéndole un puñal junto a las costillas.



En medio de la lucha decía Rutilio casi ahogándose:

—¿Dònde están vuestras riquezas, infeliz? ¿Dónde vuestro rango i representación militar?

¡Suelte esa espada i ríndase, malandrín!—

En esos momentos cuando con más ahínco forcejaban, se oyó un gran tropel.

Eran los esbirros; pues el asistente del militar se había ido a una vista ocultándose entre zanjas i matorrales, i una vez persuadi do que se trataba de riña, había ido a traerlos a todo escape.

Prontamente se agolparon al lugar de los acontecimientos.

Rutilio comprendiendo la terrible situación i no queriendo herir al militar, con un grande esfuerzo le quitó la espada, i violentamente desapareció por entre los árboles.

XII.

APREHENSION.

Sería la media noche cuando Rutilio cautelosamente penetró al pueblo i de allí a su habitación.

Todo parecía dormir en calma, sólo el rumor acompasado de algunos insectos i el blando murmurio del riachuelo, interrumpían el majestuoso silencio de la noche.

Nuestro joven se acostó para recuperar un poco sus perdidas fuerzas, pues desde que penetró a la taberna, fueron sobresaltos, luchas, carreras, golpes i desafíos.

Puso la cabeza en la almohada, pero en vez de sentir ese blando sopor que se va apoderando de nuestro cerebro, empezó a ver intuitivamente no sólo el drama del que había sido protagonista, sino otras peripecias que podrían sobrevenir.

Era tanta la agitación de su cerebro i tan claros contemplaba intrínsecamente los hechos, que parecía estar al frente de una escena cinematográfica.

Estaba completamente ensimismado en la contemplación de un combate victorioso, cuando un estrépito formidable i positivo lo vino a interrumpir i llenar de sobresalto.

Violentamente se incorporó en su lecho para darse cuenta del nuevo suceso.

La puerta de su habitación como estaba un poco falsa, mui pronto se oyó caer al suelo con estruendo.

Aun no había acabado de vestirse, cuando lleno de sorpresa vió penetrar a varios individuos armados, cuyos rostros pálidos de una mirada identificó a la tétrica luz de sus linternas.

Eran los caciques i esbirros.

El comisario alcanzó a distinguir a Rutilio en un rincón semi-obscuro, es decir en la penumbra, i diciendo «déjenme solo,» se precipitó sobre él.

Da vergüenza describir la lucha que se suscitó, pero como son hechos verdaderamente históricos, no podemos prescindir de ello.

Lo cierto es que aquella lucha tenía un aspecto macabro, pues como Rutilio no se había acabado de vestir i como el comisario andaba mui mal fajado a causa de su embriaguez, pronto se vieron aquellos provisionales gladiadores con los calzones arrastrando.

Todo fue obra de un momento.

El comisario sin poder hacer uso de los movimientos de pies, que tanto se requieren en la lucha, por tenerlos enredados en los calzones, perdió el equilibrio i rodó al suelo.

Rutilio se les escapó a los de más de entre las manos i violentamante se trepó a una buhardilla donde tenía una escopeta cargada

con municiones, i cogiéndola i preparándola les apuntó.

El escándalo tomó incremento.

El comisario medio fajándose, gritaba:

—¡Dénle fuego! ¡Dénle fuego!—

El secretario hacía grande aspaviento corriendo de un lado a otro dando voces:

—¡Estense quietos, por Dios! ¿Qué escándalo es este? ¡Que no haya sangre! ¡Mejor por la paz! ¡Bajen sus pistolas!—

Con aquel estrépito i vocerío pronto se despertó i se levantó el padre de Rutilio que dormía en una pieza independiente pero contigua.

Este hombre completamente rústico i tímido, sintió una exagerada turbación de ánimo al contemplar aquel inesperado espectáculo.

En tanto el comisario seguía dando voces:

—¿Qué aguardan que no le hacen fuego?—

Entonces nuestro buen hombre con el sombrero en las manos i en actitud suplicante dijo:

—Señores, por piedad, qué les ha hecho mi hijo para querer hasta matarlo?

¿Por qué si alguna grave falta les cometió, no me dieron cuenta para castigarlo?

—Es un lépero incorregible que perturba la paz pública; es un tumultuario que asedia a la sociedad, que hiere a los gendarmes i que desobedece a las autoridades. I ya veis, la actitud que guarda no es para formarle un proceso, sino para aplicarle la «lei fuga.»—

Rutilio bajando el arma dijo:

—Si vos me reconviniérais, si vos me habláreis con algún miramiento como deberíais hacerlo con un hombre honrado, justamente estaría atento i solícito a vuestras disposiciones, pero si después de asaltarme i herirme uno de vuestros.....allegados, mandáis a los alguaciles que me persigan como a un ladrón, i todavía después venís en persona a derribarme las puertas i lucharme para prenderme como a un forajido, ¿no tendré necesidad de defenderme como la suerte me ayude?

Los animales que sólo tienen instinto, huyen de quien los persigue, con más razón yo que tengo raciocinio.

Vosotros abusáis validos del poder!

Vosotros cometéis crímenes i todo va quedando impune.

Pero día llegará que la justicia del cielo se canse: esa justicia que no distingue posiciones i que fulmina sentencias irrevocables.

—¡Silencio, insensato!—gritó el comisario —Tú nos estás insultando ¡atrevido! esto no puede pasar en silencio; yo te voi a enseñar con quien tratas.—

I cogiendo un cabo de hacha que estaba en un rincón, se dirigió hácia la buhardilla.

Rutilio volvió a doblar una rodilla i le tomó puntería a su escopeta.

—Hijo —decía el padre de Rutilio—bájate, sé obediente con las autoridades.

—Lo sería siempre que yo fuera responsa-

ble de los hechos, i que estos hombres fueran justicieros i no déspotas.—

El comisario sintiéndose completamente herido en su amor propio, dió orden terminante de que bajaran a nuestro joven a pedradas, garrotazos o como se pudiera.

El escándalo llegó a su apogeo.

Rutilio comprendiendo la actitud amenazante i decisiva de aquellos desalmados, hizo impulso a descargar su arma, para escapar, si podía, saltando el tejado; pero inmediatamente el secretario desplegó todo su ingenio, i después de hacer ademanes i dar voces destempladas, logró imponer silencio, i extendiendo los brazos dijo:

—Señores! la paz de Dios sea con vosotros!

No recurráis a los medios que podrían precipitaros a los abismos de la muerte.

Yo os exhorto a que sacrifiquéis un poco vuestro amor propio i dignidad, i todos marchemos por el sendero de la justicia.

Los superiores obremos cuerdamente, i los súbditos resígnense a obedecer con humildad i prudencia.

En nombre de la lei, en nombre de la justicia, tomo parte en esta aprehensión que ya tomó carácter de contienda; i atendiendo a mi edad i al puesto que desempeño, me permito oponerme a que uséis de la fuerza física.

Si alguna consideración merezco de vosotros, espero me dejéis obrar libremente con

la experiencia que me caracteriza, para darle a los hechos el curso que merecen.—

Todos con esta perorata quedaron callados, inmóviles.

El secretario con mucha gravedad volvió a dirigir la palabra:

—Por lo visto parece que cedéis a mi proposición.

No desconfío, pues, de vuestra indulgencia i bondad, señor comisario, i os suplico salgáis con todos los alguaciles, i me dejéis hablar a solas con el señor casero.—

Habló con tanto aplomo i entereza, que todos le obedecieron.

Cuando acabaron de salir el comisario i sus esbirros, prosiguió el secretario con su fingida parsimonia:

—Quiero probarles a Uds. que impulsado tan sólo por mi carácter filantrópico, me constituyo en estos momentos mediador de todos; i por un afecto de cariño a Ud. i por un rasgo de compasión a Rutilio, voi a convertirme en su defensor.

Yo lo que pretendo es la paz; yo lo que anhelo es que llevamos las cosas a su fin por la senda legal de la razón i la justicia.

No sean tontos, señores, en medio de la excitación nada bueno se consigue.—

El padre de Rutilio, hombre sencillo i crédulo, en el momento se alucinó con aquellas palabras llenas de la más refinada socarrone-

ría, i depositando toda su confianza en aquel sátrapa. le habló cariñosamente:

—Amigo D. Atenógenes: dignese indicarme con su acertada experiencia, la manera más pronta i fácil de arreglar estos negocios evitando el mayor perjuicio para todos.

—Es mui sencillo: que Rutilio de por sí entre a la cárcel; con esto demostrará su obediencia; luego naturalmente para cumplimentar con la lei, se hará un interrogatorio entre alguaciles i rijosos, i como el joven en realidad no es promotor de nada, presumo que mui pronto quedará absuelto. Yo, entre tanto, si necesaria es, haré hasta su apología.

—Bájate, Rutilio;—dijo su padre—yo creo que no conviene desaprovechar la imparcialidad i bondad de este señor.

—No acepto!—habló el joven—esas son tramoyas i paparruchas para coger incautos: seré tonto pero también malicioso.

—Joven?.... — dijo el secretario—Medita bien tus palabras i tus acciones. Por mi haz lo que gustes.

Yo atendiendo a las emergencias que podrían perturbar tu porvenir, aconsejo lo más prudente i acertado. ¿Qué ganas tú con huír si por todas partes te perseguirá la justicia i tarde que temprano te estrechará el brazo de la lei de una manera inexorable?

Todavía entre los tuyos podrás encontrar más consideraciones.

—Señor D. Atenógenes:—dijo resueltamen-

te el padre de Rutilio—dígnese influir porque se retire el señor comisario con su gente armada; yo me hago rosponsable de mi hijo: permitidme la llave i todo contra mí.

—Es decir, Ud. se hace responsable de todo? ¿Ud. va a poner preso a su hijo i es de conformidad que se le castigue según la gravedad de sus faltas?—

El padre de Rutilio que no encontraba en su hijo graves delitos i confiando completamente en la bondad del secretario, contestó en sentido irónico:

—Sí señor; si además de sus faltas tiene *horrendos crímenes*, que se le castiguen.

—Mui bien, mui bien.—

El secretario salió mui satisfecho por el buen resultado que obtuvo con su cháchara, i en voz baja le dijo al comisario:

—Vámonos, ya D. Secundino cayó en el garlito: él se hizo responsable de nuestro émulo.—

Todos se fueron retirándo silenciosamente.

—No hai más remedio, Rutilio,—dijo su padre con tono solemne—bájate i vamos para que tú solo entres a la cárcel.

—Padre, por Dios, Ud. no es capaz de sospechar la astucia i audacia de estos hombres: lo que pretenden es apresarme i después . , . sabrá Dios . . . .

—Te ordeno que te bajes; tú eres muchacho sin experiencia i todo te llenas de sospechas infundadas, ¿qué no ves la buena dispo-

sición de este santo hombre? ¡No desaprovechemos esta rara oportunidad!

—Por Dios, padre, mucha pena me causa no poderlo obedecer porque veo intuitivamente lo que pretenden hacer conmigo. Son hombres antagónicos i despóticos. Si sus intenciones fueran impartir justicia, no me hubieran mandado prender a golpes, ni hubieran venido ellos en persona, fuera de la lei, tumbando puertas como bandoleros, i sin llegar hasta ese punto sus atribuciones, intrusamente meterse a nuestra casa.

—No quiero discusiones contigo; haz lo que gustes: yo confiaba en tu obediencia, sumisión i respeto: pero Dios que te socorra, hijo ingrato; yo me hice responsable de tí, i no puedo menos que ir a cubrir tu campo: yo mismo voi a encerrarme i sufrir por tu causa.

—¡Oh Dios justiciero! ¿por qué me abandonas en este trance tan amargo? ¡Cúmplase pues la voluntad de mi padre aunque tenga qué ser esclavo i tal vez víctima de la dictadura! ¡Vamos pues, padre, ya no hablemos ni una palabra!—

Callados i silenciosos se dirigieron al sitio de la prisión. D. Secundino temblaba lleno de conmoción viendo penetrar a su hijo en aquel cuarto húmedo i sombrío, cuya entrada única daba acceso a la calle; pero confiando en Dios i en las palabras del secretario, cerró la puerta i entregó la llave.

XIII.

SUEÑO DULCISIMO.

Rutilio, por fin, rendido por el cansancio, ya no pudo entregarse a nuevos presentimientos.

Su cuerpo quedó como exánime i sus párpados se fueron cerrando lentamente. En el acto Morfeo empezó a prodigarle dulces caricias entre sus brazos inspirándole un blando sueño lúcido i fantástico.

En el momonto fue transportado a un edén adornado con las más ricas galas de la Primavera.

Entre los lirios i campánulas de un cristalino arroyuelo, apareció resplandeciente una ninfa púdica, de mirar apacible, semblante risueño, cabello sedoso i destrenzado, ojos negros i lumínicos, i traje vaporoso.

Era una musa.

I llevaba en las manos una lira deslumbrante.

El timbre cadencioso de su voz, vibró al compás del murmurio del arroyuelo.

Rutilio quedó embelesado, atónito.

La musa con una sonrisa auroral, movió sus labios:

—Joven: este es el país de los ensueños, adornado con mágicas platerescencias.

En este espacio anchuroso i esplendente habitan todas las deidades.

Yo soi Euterpe; de mi dulce voz se desprende un efluvio de elocuencia i armonía que embriaga los sentidos i arranca los aplausos.

Ven!.... Tras de aquel celaje purpúreo que despide luz nítida, habitan Clio, Caliope, Talía, Melpómene. Terpsicore, Erato, Polimnia i Urania; todas son mis hermanas i com pañeras: i todas en dulce coro al són de nuestras liras deslumbrantes, entonamos himnos i cántigas que llenan de placer i de entusiasmo a los dioses del Olimpo.

Aquí todo es intangible, pero se puede gozar de todo con sólo pensarlo.

¿Quieres embriagarte con el balsámico néctar de las flores?

¿Quieres saborear la dulce ambrosía con que se alimentan los dioses? toma, deléitate.

Sólo aquí se disfruta de la dulce quietud del alma.

Aquí no hai cansancio, tedio ni sobresalto.

Aquí el placer es perenne, i no es el placer de la tierra que encadenó Júpiter con el dolor.

Aqui se atraviesan los espacios con la velocidad del pensamiento.

La luz que nos alumbra no es la ignea luz del sol: es la apacible claridad de rutilantes estrellas i fantásticas auroras cuyo plácido resplandor a cada instante presenta nuevos colores nacidos en la más perfecta armonía:

ya amarillo, rojo i argentino; ya índigo, verde i azulado; ya violáceo, anaranjado i purpúreo.

Aquí las galas i bellezas se van constantemente transformando en nuevas i deslumbrantes maravillas.

Las sílfides i los céfiros a cada instante acarrean diferentes perfumes.

Esta eterna transformación, esta constante metamórfosis, es la que no deja penetrar ni la sombra del fastidio, i es la que constituye la dulce felicidad.

Tú cuando mueras vendrás a disfrutar de todas estas delicias: volarás por este cielo azul i diáfano al claror aurífero i diamantino; recorrerás pensiles encantados i oirás músicas de acordes argentinos que jamás han imaginado ni los mas inspirados poetas aunque sean predilectos de Apolo i lleven en su alma torrentes de ternura.

Esta vida será interminable, i se deslizará como la plácida corriente por entre la verde alfombra de la pradera, i como un ensueño purísimo de las hadas encantadoras entre los nardos i azucenas de los vergeles.

Quieres aunque sea por un momento recorrer la inmensidad azul del Olimpo i contemhlar los mil encantos de lo infinito?

Ven! . . . . .

No te sorprendas por la incomprensible metamórfosis, que así son las cosas aquí en el país de los ensueños.

Ya ves que vamos por entre auríferos i

luminicos celajes? pues ya se transformaron en un oasis adornado con acacias i violetas, i aun no pasará un minuto cuando lo verás convertido en lago cristalino donde alegres i juguetonas se bañarán semi-desnudas las Ondinas o Náyades entre cisnes que al moverse despiden entre la blanca espuma nítidos lampos.

Espera un momento: voi a convocar a todas las ninfas i deidades, i en plácido concierto vamos a trasmitirte un tenue rayo de inspiración.—

La musa cruzó el espacio azul como un relámpago, dejando tan sólo huellas lumínicas.

¡Cuánta diferencia de este sueño dulcísimo a los sueños de Rosaura! pues como comprenderán mis lectores, mientras esto pasaba, Rosaura se revolvía sobre su lecho llena de agitación, acosada por presentimientos i pesadillas.

Pero dejèmonos de comparaciones i vamos a nuestro asunto:

A pocos momentos apareciecon en medio de mágicas brillaciones vírgenes preciosísimas adornadas con ricas i deslumbrantes galas.

Las Hamadríades aparecieron en la selva umbría danzando alegres i ostentando su cabellera undívaga.

I por todas partes.... luz auroral esplendente: ambiente perfumado i suave; músicas

lejanas de arpas i liras entre floresta; i nubecillas lucíferas, níveas i purpureas.

Las melodías de aquella fastástica audi ción, eran ejecutadas «ad líbitum» i llenas de expresión i de ternura.

El soñador experimentó en su alma un placer virginal i un entusiasmo inefable al ver aparecer a Euterpe. su musa idolatrada.

I traía en su siniestra su lira deslumbrante, i en su diestra un cáliz diamantino, cuyo líquido brindó a Rutilio: era néctar suavísi mo i narcótico.

Su espíritu fue transportado a nuevas regio nes olímpicas donde la belleza i la ternura eran la base de los ensueños.

No tenemos palabras para expresar el placer, el entusiasmo, la ternura....en una palabra, la felicidad que en esos momentos experimentaba allá dentro del alma.

Pero cuando más embobado contemplaba el pais de los ensueños, ¡oh desencanto! un estruendo formidable borró de un golpe los encantos de aquella mágica soñación.

Rutilio despertó lleno de sobresalto.

Se restregó los ojos i palpó la realidad. En el momento fue grande su asombro al ver penetrar por la puerta a un individuo silen cioso, envuelto en las tinieblas de la noche.

XIV.

LA FUGA.

———

Rutilio creyó que se trataba de un atentado por parte de los tiranos; pues ¿quién a esas horas i tan cautelosamente podría penetrar a la cárcel con buenos fines?

En medio de su asombro violentamente se incorporó, i un poco amodorrado exclamó:

—¿Quièn, quién se atreve?.......

—¡Chit!—dijo una voz—Cállate Rutilio, no te sorprendas, soi Gamaliel que vengo a salvarte. Inmediatamente salgamos de aquí porque eres perdido.

—Pero.....¿cuál es la razón? i además, ¿cómo abriste la puerta?

—No me pongas objeciones ni me asedies con preguntas. ¡Vámonos i ya en el bosque te referiré minuciosamente la pretensión de los tiranos!

—Gamaliel: ya presentia para mi cosas funestas conociendo la infidencia de estos malvados, pero no puedo salir de aquí, venga lo que venga, porque estoi por disposición de quien me dió el sér; si yo desaparezco faltaré a la obediencia que es un deber mui sagrado, i además complicarán a mi padre diciendo que de pronto me puso en la cárcel

tan sólo para substraerme de los peligros a que estuve expuesto, pero que de antemano dejó sin llave la puerta para proporcionarme la fuga.

—Ellos están bien desengañados que la puerta quedó perfectamente cerrada, así pues, por esa parte ninguna responsabilidad redundará en perjuicio de tu padre: Además para mayor confusión yo puedo cerrar la puerta dejándola como estaba. Yo en pocas palabras voi a explicarte lo que hai al caso, i si eres mi amigo, aceptas mi proposición, i si no, harás lo que gustes. No es tiempo de explicaciones ni es lugar oportuno para ello, pues fácilmente podemos ser sorprendidos i con esto quizá perdidos para siempre: Yo estoi enteramente persuadido que no vas a ser juzgado conforme a la lei, sino conforme al capricho i a la venganza.

Si tú no sabes apreciar el mérito de mis afanes, si tú no has depositado en mi alma toda tu confianza, quédate, que el sol de mañana sin duda será testigo de la sentencia irrevocable de los tiranos; i cuando veas por última vez tus patrios lares, cuando veas que sus bastardas ambiciones se realizaron de mandarte amarrado i consignado a las armas, recordarás en vano que desperdiciaste esta rara oportunidad que te brindó la suerte por mano e ingenio del único amigo sincero con que cuentas.

—¡Maldición! De modo que no sólo pien-

san estos infames castigarme a sus anchas en esta cárcel? ¿Estás enteramente desengañado que pretenden consignarme a las armas como si fuera criminal socio de partidas vandálicas?

—Como que lo estoi me arriesgué a proporcionarte la fuga, no obstante que si me descubren, correré peor suerte que la que a tí se te esperaba; por tanto no hai qué perder tiempo, Rutilio, no demos tregua, no prolonguemos aquí nuestra permanencia i después tengamos qué lamentar en vano la falta de actividad.

¡Vente, vámonos!—

Iban ya trasponiendo el umbral de la puerta, cuando se oyó mui cerca rumor de pasos.

Eran dos esbirros botarates que venían murmujeando.

Prontamente nuestros jóvenes retrocedieron, cerraron con llave la puerta, i se recostaron en uno de los ángulos menos visibles.

Poco a poco los dos sujetos se fueron acercando silenciosamente, i cuando estuvieron junto a la puerta, se quedaron inmóviles como escuchando haber si se percibía algún rumor, i examinando al mismo tiempo el candado de la puerta haber si estaba con llave.

Rutilio aunque estaba sobrecogido por la llegada intempestiva de aquellos patanes, empezó a dar uno que otro quejido, i luego

siguiò roncando como si estuviera profundamente dormido.

Entonces los satélites se alejaron silenciosamente a corta distancia; encendieron cigarro con eslabón i se pusieron a dialogar en voz baja:

—Vites i oyites antes que llegáramos?

—Vide dos sombras que prenetaron a la cárcel i hasta oyí como que alguno cerró la puerta.

—Yo creiba que se me había afigurado.

—Mira, el cuerpo se me enchina!

—Aquí sin duda asusta, porque es imposible que el reo sin tener la llave aiga abierto; además se oye roncar mui de lo lindo.

—¿Luégo no has óido el ron ron que este muchacho tiene mágica?

Yo le he visto hacer diabluras i mandar monos por el aigre, i sé que tiene contratas con los hechiceros.

¡La verdá..... no embargante que tenemos encargo del amo de brigilar, mejor vámonos; esto será ya agregadero de brujas i pantasmas! ¿No oyes también con qué ruidajo están aullando los perros?—

Prontamente aquellos ignorantes supersticiosos se alejaron de aquel sitio.

Gamaliel que se había dado cuenta de aquel diálogo i de la resolución que habían tomado, se alegró sobremanera i le dijo a Rutilio:

—Ni más a propósito! No desaprovechemos

esta ocasión. Salgamos inmediatamente aun que alcancen a distinguir los bultos, i para acabar de completar la superchería, para que acaben de creer que eres mágico, vamos encendiendo cigarros, i al salir espolvoreamos la lumbre como si despidiéramos chispas por los ojos i la boca.—

Salieron pues de la cárcel cerrando exactamente la puerta, i despidiendo chispas i lanzando lamentos aterradores que pusieron en movimiento a una multitud de perros; desaparecieron por una callejuela pedregosa que desembocaba al riachuelo. De allí violenta i silenciosamenie los vimos como dos fantasmas, cruzar la llanura hasta penetrar en un bosque.

XV.

TRISTE DESPEDIDA.

Después de atravesar malezas i barrancos llegaron nuestros dos jóvenes a lo más frago so del bosque, i sobre las rocas de un montículo, sentáronse a descansar de aquella caminata vertiginosa.

- Parece que ya salvamos el peligro!—dijo Gamaliel secándose el sudor que corría por

su rostro—Ahora voi a contarte minuciosamente la resolución irrevocable de nuestros antagonistas:

Anoche inmediatamente que ya fuiste prisionero todos los mandones llenos de júbilo i satisfacción, formaron conciliábulo en la casa del comisario.

Yo me arriesgué a saltar cercados i tapias hasta llegar junto a una puerta que da acceso al corral, so pena de ser sorprendido. Allí escuché sus acostumbradas maquinaciones.

La junta la presidió naturalmente el secretario, pues ya ves que es el factòtum de todos estos contornos, i es el que ocultamente i en realidad lleva aquí las riendas del gobierno. A la junta concurrieron D. Próspero, el militar i todos los esbirros provisionales que por adularles a los caciques se han prestado a desempeñar ese puesto gratuitamente.

El militar sin duda por que le dió vergüenza decir que perdió la contienda o por consejo del secretario, declaró, que un individuo con antifaz i largos bigotes lo había invitado a campo raso a dar una vuelta, i que al internarse en una pequeña arboleda, de repente se le echó encima el incógnito queriéndolo asesinar con un puñal, i al mismo tiempo obligándolo a que le entregara la espada, joyas i dinero.

Dos de los soplones ratificaron lo dicho atestiguando que al llegar al sitio de la refriega oyeron claramente una voz que decía:

«¿Dónde están vuestras riquezas, infeliz?»

¡«Suelte esa espada i ríndase, malandrín.»

I que el torajido en un santiamén desapareció por entre el bosque.

El secretario sonrió irónicamente, i luego poniéndose mui grave dijo:

—¿Quién piensan Uds. que fue el salteador?—

I bajando la voz i gesticulando, añadió:

—¡Fue Rutilio! Yo a nadie más le conozco antifaz i largos bigotes postizos. No cabe duda que este muchacho en tan tierna edad se entregó al pillaje i justo es cortar este miembro podrido de la sociedad para que no la siga corrompiendo. ¡Pobre muchacho, es digno de lástima! Yo no quisiera tomar parte activa en estos asuntos, pero sus delitos han llegado al «non plus ultra» del escándalo, i si no castigáramos los hechos, no seríamos dignos del puesto que desempeñamos, i cometeríamos un enorme crimen ante los altares de la justicia.

Por una parte, ha saltado la muralla de Próspero, ignorándose con qué fin; por otra, seguido se embriaga i escandaliza, por otra, hirió a un auxiliar sin dejarse aprehender; por otra, ha levantado la mano armada i ha vociferado contra nosotros las autoridades; i, por último, asaltó al señor subteniente despojándolo según eso hasta de sus joyas.

De modo que, ¿cómo puede pasar todo esto en silencio en los tribunales?

Todos estos hechos criminales debemos hacer constar, por lei, en las causas que tal vez habrá qué formarle; i si Uds. gustan... que lo consignemos al servicio de las armas...

—¡Esa, esa es precisamente mi opinión! —dijeron a un tiempo con énfasis D. Próspero i el comisario.

—Bueno,—dijo el militar—i tienen fórmulas especiales para hacer esa consigna? ¿Saben todas las condiciones que se requieren para que ni un abogado pueda intervenir en estos asuntos?

—Es mui sencillo:—dijo el secretario—no hai necesidad de fórmulas ni de tantos requisitos; basta que demos cuenta al Ayuntamiento de todos los hechos i como el presidente ya está de acuerdo conmigo, sin más aclaraciones, nos lo pedirá inmediatamente para de allí conducirlo a la capital del Estado.

Luego en el oficio de remisión, hacemos constar que el mismo D. Secundino puso en la cárcel a su hijo i pidió que se le castigaran sus delitos porque él ya no era capaz de corregirlo.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron todos, i terminó la sesion con un palmoteo estrepitoso. Inmediatamente mandaron llevar el «mariache» i comprar vino para festejar la segura realización de sus anhelos.

Entre tanto, antes de salir, acordaron hacer un cateo minucioso en tu casa, haber si

encontraban la espada i «dizque» las joyas del militar.

Yo inmediatamente corrí a mi casa, tomé un pedazo de jabón fresco i me dirigí a la cárcel. (Tú estabas completamente dormido.) Estampé la parte del orificio del candado en el jabón i me volví a mi casa. Allí con fe en el Dios justiciero, hice esfuerzos para recordar la forma de la llave i me puse a limar un fierro. Después de dos pruebas o tentativas que hice volviendo a la cárcel, logré con gran sorpresa mía, abrir el candado.

—¡Oh, cuán ingenioso eres, Gamaliel!—exclamó Rutilio—No sé con qué corresponder a tu elevado altruismo.

—No encomies, Rutilio, mis acciones, que yo no hago otra cosa que pagar tributo a tu amistad i cariño.—

Después de otras frases concernientes al mismo asunto, prostguió Gamaliel:

—Ahora lo que conviene es que me digas dónde quedó la espada para hoi mismo en la madrugada tirarla en sitio seguro i visible para atenuar un poco la complicidad de imputación tan calumniosa de ese cobarde subteniente.

—Respecto de la espada, de pronto pensé guardarla como trofeo, mas después se me ocurrió despedazarla; tanto que los pedazos los arrojé al cementerio cuando penetré al pueblo.

—¡Vaya que así salió mejor!... Bueno, Rutilio, tal vez llegó el terrible momento de separarnos....Tú vas a partir ¡ai! i tienes qué renunciar por fuerza a las amorosas relaciones de Rosaura; tienes qué alejarte de tu país natal donde viste la luz por vez primera i donde recibiste las primeras impresiones de amorosos ensueños......

Huye, donde no te pueda alcanzar el furor de los tiranos; i si la suerte nos vuelve a poner en el mismo sendero, nos volveremos a ver.....i si no.... allá nos veremos en ultratumba.....—

Nuestros jóvenes fuertemente emocionados, no pudieron contener el torrente de lágrimas que se agolpó a sus ojos. Largo rato estuvieron sin articular palabra, cabizbajos i exhalando suspiros.

Al fin rehaciéndose Gamaliel, dijo:

—**Rutilio:** los hombres debemos tener energía hasta para morir, contimás para no dejarnos arrastrar por las pasiones. Debemos arrostrar todos los peligros, permaneciendo firmes en el sufrimiento que nos brinde el fatal Destino.

¡Ea, pues, ánimo! Luchemos como valientes soldados en la campaña de la vida. Seca tu llanto i ejercítate a tener energía i resignación.

No hai qué perder tiempo; ya se distingue

allá en la lejanía la aurora con su traje de rosado tinte i adornos auríferos, lanzando sus apacibles miradas lumínicas.

Vete, pues, Rutilio; baja a esas costas del Pacífico, i si dable es, vete a flotar sobre sus rizadas ondas, i allí contemplarás lo más grandioso del universo.

Toma estas monedas para que de pronto puedas ayudarte a tu subsistencia. Yo le diré a tu padre para dónde te fuiste i que te bendiga: i no dejes de escribirnos aunque sea de tarde en tarde i con seudónimo.

Yo no quisiera separarme de tí, pero aun que el corazón se me parta, es mui necesario hacerlo para volver al pueblo antes de que amanezca i nadie sospeche que sé de tí ni mucho menos que te proporcioné la fuga.—

Los dos jóvenes se dieron un prolongado i estrecho abrazo, sin poder siempre contener el raudal de lágrimas.

—Gamaliel, recoge mi pistola, está con D. Plutarco, i no te olvides de este pobre peregrino que tanto necesita de tu poderosa ayuda..... ya tú me entiendes, Gamalíel......

¡Oh Rosaura, Rosaura de mi vida! ....—

Gamaliel se alejó de aquellos andurriales a toda prisa por atajos i senderos escabrosos, i penetró al pueblo, sin ser visto por nadie, cuando apenas empezaba a clarear el nuevo día.

Rutilio, triste i lloroso, después de contemplar varias veces el pueblito donde quedaba

su espíritu i todas sus ilusiones, lo vimos caminar, sin rumbo ni dirección, por entre arroyos i páramos hasta perderse en la espesura de un monte lejano.

XVI.

CONCEPTOS FALSOS.

Salió, pues, como recordarán mis lectores, la caterva de mandones de la casa de D. Próspero en busca del prófugo para reaprehenderlo, i grande fue su perplejidad al encontrar la puerta de la cárcel cerrada exactamente.

—No cabe duda—exclamó el comisario—que este perverso tiene pacto con alguna legión diabólica. Yo creía que los «díceres» que llegaban a mis oídos, eran tan sólo pláticas apócrifas que pululan entre la gente desocupada i ociosa, pero ahora con esto, casi casi ya me estoi convenciendo.......—

En esos momentos se abrió una ventana contigua a la cárcel, i por ella asomó una vieja de ojos inyectados, grandes ojeras i cabellos alborotados, simulando la cabeza de

Medusa; i entremetiéndose en aquella conversación, dijo dirigiéndose al comisario:

—¡Ai, compadrito, estoi completamente azorada! Anoche no probé el sueño ni un momento: Primero ruidos confusos de cadenas; luego un silencio sepulcral .... Al fin me resolví asomarme por un postigo de mi ventana, i... ¡de acordarme se me escalofría el cuerpo! voi viendo salir de la cárcel dos fantasmas despidiendo un chispero rojizo. Parece que alguien me levantaba de los cabellos. Casi me fuí a la otra vida, i se apoderó de todo mi cuerpo un espantoso temblor. Entre tanto los perros formaron una fuerte algazara i luego empezaron a lanzar aterradores aullidos, tristisimos i lamentables.

—Pos miren,—dijo uno de los esbirros trasnochadores—qué cuasalidá, antes de esa argaraza, íbanos llegando Atanasio i yo a brigilar a ese que le iban a dar cuele zapato i vimos prenetar por la puerta a esas dos pantasmas prietas haciendo sonaja de fierros. Luego empezó la aulladera i me empezó a entrar el susto, i se me empezaron a parar los pelos i le dije a mi ñero que truje pa que me sirviera de compania, la verdá mejor vámonos; i apenas íbanos pisando lotra calle cuando salieron de revuelta las pantasmas quejándose como si tuvieran dolencias de las muelas, i rundando chisperos como jogata, se fueron por el arroyo al retortero. Tanto que,

pal susto, o las bilias. voi a ir con el dotor que me recente unas clausulas de pispirina.

—Mui mal sesgo han tomado las cosas! —dijo el secretario.—

Todos quedaron pensativos.... parados, inmóviles como estafermos o mandrias.

A pocos momentos cada quien se fue a su casa, o mejor dicho, *se disolvió la comparsa*, llevando en el rostro las huellas delatoras de aquel nocturno i báquico festín.

En el momento cundió la noticia de boca en boca por todo el poblacho de la desaparición del prisionero, i en todas las cocinas i cuchitriles no se oía otra cosa que los comentarios

Unas viejas decían que el diablo se había llevado a Rutilio en cuerpo i alma; otras que como era hechicero, se había transformado en tecolote i había volado mui lejos; i no faltó quien asegurara que Rutilio tendría qué volver tan sòlo a convertir en gatos i ratones a todos los que no lo quisieran.

De esta manera i por el estilo eran las conversaciones casi en todas las viviendas.

Todos estos errores dimanaban de que Rutilio era amante de la prestidigitación, i varias veces había ejecutado algunos juegos de combinación i de escamoteo.

Respecto al militar jamás creyeron que hubiera sido asaltado, sino que había perdido la pelea i que Rutilio había salido victorioso quitándole la espada, pues hai qué ser exac-

tos i veraces en la narración de los hechos: si bien juzgaban por la ignorancia i superstición que existía en aquel entonces, que nuestro joven sabía artes diabólicas, nadie se atrevió a creer en él ni la menor mancha de latrocinio.

El subteniente pocos días después tuvo qué separarse llevándose en el alma la imagen de Rosaura, i jurando seguir luchando por conquistarse todo su afecto i pronto volver a realizar su enlace matrimonial.

Los caciques enteramente resfriados en el ánimo por haberse frustrado sus caprichosos propósitos, no se les vió reunidos en su tribunal plutocrático en varias semanas, Esto, no obstante, al fin se conformaron cayendo a la cuenta que la fuga de Rutilio era lo mismo que destierro i ya no tenían al frente aquella rémora.

Por algún tiempo todo quedó en silencio.

Al fin como a los dos meses, volvieron a reunirse con grande algarabía i escándalo, pues tuvieron mui buenas noticias de unos bandoleros que merodeaban por aquellos contornos i que estaban congregados allá en lo más fragoso de un bosque. Inmediatamente dispusieron armas i caballos, i obligaron gente a dar servicio. A pocos momentos una patrulla de veinte individuos radiantes de animación, se dirigieron rumbo al poniente, atravesando yermos i sinuosidades hasta penetrar en la espesura.

Los triunfos que obtuvieron ese mismo día, fueron inesperados i sorprendentes.

Ya describiremos oportunamente los acontecimientos.

XVII.

CONSUELOS MISTICOS.—TERRIBLE SORPRESA.

Lentamente fue declinando la tarde.

Las montañas que durante el crepúsculo se destacaban en el azul purísimo, poco a poco se fueron esfumando con la sombra de la noche.

Más de dos meses habían transcurrido.

Rosaura escuálida i pensativa, en vano había buscado en ese lapso, un lenitivo a sus pesares, o una distracción que minorara el fastidio, el aburrimiento que empezaba ya a causarle su existencia.

Por todas partes la perseguían los recuerdos de aquellos ensueños purísimos i fugaces que habían desaparecido para no volver jamás.

¿A dónde se dirigía dentro del hogar que no fuera motivo de atraer a su memoria remembranzas que no la martirizaran?

Por fin se dirigió hácia el triste i solitario templo.

Al llegar al frontispicio vibró la campana con acento plañidero.

Era la oración de la tarde.

Rosaura penetró al sagrado recinto, i su taconeo resonaba en la bóveda con rumor algo extraño.

La obscuridad era casi absoluta; sólo allá en el fondo, al pie de una pilastra, ardía una lamparita, cuya tétrica luz palpitante, apenas iluminaba el pedestal en que yacía.

Las estatuas o imágenes apenas se distinguían como siluetas fantásticas.

Rosaura de pronto sintió miedo al verse sola en aquel majestuoso retiro; mas poco a poco se fue acostumbrando a la obscuridad, i su alma dolorida empezó a experimentar un dulce consuelo, una tierna resignación, fruto sacrosanto del recogimiento i elevación de espíritu en medio del augusto silencio.

—¡Madre mía.—exclamaba en su fervorosa oración—dígnate escuchar propicia desde tu trono, las plegarias i gemidos de tu pobre hija llena de tribulaciones!.....

¡No me dejes abandonada como peregrino extraviado i sediento en árida montaña!.....

Préstame tu ayuda, virgen santísima, i no pereceré como el náufrago, en el mar lóbrego i espantoso de la vida.....

Tú eres el faro que me ilumina en mi sen-

dero tenebroso; tú la esperanza de mis anhelos i el bálsamo purísimo de mis tristezas.....

¡Dame una mirada compasiva que ilumine el fondo de mi alma, i en el momento se alejarán todos mis pesares......!—

La joven quedó inmóvil en profunda meditación, i tan conmovida estaba intrínsecamente, que sus lágrimas rodaron al suelo como el tiernísimo llanto de la aurora.

Su espíritu estaba mui lejos del mundo, embriagado por angelical misticismo, en la contemplación de lo infinito.

De pronto un aleteo estrepitoso la vino a despertar de aquel éxtasis dulcísimo:

Eran dos golondrinas que cuchicheando en en su nido allá en la bóveda, se brindaban tiernas caricias con su gárrulo picoteo.

Rosaura al comprender de lo que se trataba, exhaló un triste suspiro i dijo entre sí.

—Hasta las aves son más felices que yo! Mientras que a ellas las acaricia la felicidad, a mí por todas partes me persigue la sombra de la desventura.....

¡Dios mío, Dios mío, hágase tu voluntad!—

I volvió a entregarse a su meditación angélica, elevando sus preces hasta el solio esplendente de Quien todo lo puede:

—¡Oh, Señor Dios, dueño absoluto de todo lo creado, a quien adoro con todas mis fuerzas, con toda mi alma i con todo mi corazón! Dígnate, Señor, no desoír mis humildes palabras. Manda ¡oh mi Dios! sino la felici-

dad, aunque sea una ráfaga de resignación para soportar con paciencia las amargas vicisitudes de la vida....

¡Ten compasión de los peregrinos i de los expatriados, ten misericordia de mí....!—

En esos momentos se interrumpió aquel majestuoso silencio con el tropel i vocerío de una cabalgata que desfilaba frente al cementerio.

Rosaura como por instinto prontamente salió del templo después de santiguarse dos o tres veces i de hacer algunas genuflexiones.

Al salir a la calle comprendió que los de la cabalgata, según el timbre de voz, eran los caciques i esbirros, i grande admiración le causó ver que un sin fin de curiosos les empezaron a formar corro i luego se agolparon frente a la cárcel.

De buena gana hubiera querido también Rosaura ir a satisfacer su curiosidad, pero no se lo permitía su situación ni su sexo.

Lanzó un gemido recordando con què tiranía los mandones habían tratado a su trovador, pues con aquel estrépito se le representaron las pasadas tragedias; pero de pronto un rasgo de satisfacción sintiò dentro del alma pensando que siquiera por fortuna se les había fugado, i a esas horas andaría quizá por las costas o en ultramar.

Al fin cediendo a la curiosidad que existe casi en todas las mujeres, no pudo guardar silencio, i al cruzar por la escueta plazuela

donde a la sazón se encontró con un esbirro que se consideraba como tuáutem en las aprehensiones, se resolvió dirigirle la palabra:

—Buen hombre: dispensad si soi importuna con mis preguntas: ¿qué novedades ocurrieron en el bosque, o a quiénes trajeron prisioneros?—

El interpelado contestó con remilgamiento:

—Amable señorita: mucho me honro con dirigiros la palabra, i creo que la noticia que os voi a dar, mucho me lo agradeceréis i os llenará de júbilo.—

Rosaura sintiò palpitar su corazón creyendo que aquel quídam traía algún recado o noticia de Rutilio por haber ido al bosque, por lo cual con más ternura le dijo:

—Favor de explicaros:

—Pues que dimos el gran golpe: que después de una larga caminata por entre arroyos i breñales, llegamos frente a una gruta, o mejor diré caverna que está al pié de una escarpada i profundísima barranca i allí cogimos infraganti destazando una res a una caterva de bandoleros, i entre ellos, por mera casualidad.....

—¡A quién!—lo interrumpió Rosaura, poniéndose quizá más pálida.

—A un proscrito que tanto nos ha quitado el sueño; que ha sido una rémora para la paz pública i que la misma sociedad lo repele, i en fin enemigo acérrimo de vuestro.....

—¡Acabad de una vez i no me estéis exci-

tando más mi curiosidad con circunloquios i reticencias.—

El esbirro creyendo captarse la simpatía dando por fin una noticia tan deseada, exclamó con prosopopeya ridícula:

—Por casualidad i mui buena suerte ¡oh linda señorita! cogimos entre bandoleros a . . . . ¡a Rutilio!—

Esta infausta noticia fue para Rosaura como una terrible puñalada que le turbó el conocimiento, i sólo por medio de un poderoso esfuerzo no cayó al suelo.

De allí manifestando su disgusto, se alejó sin pronunciar otra palabra ni despedirse; i entre suspiros i sollozos fué i se dejó caer a su lecho, sintiendo un dolor intenso allá dentro del alma.

XVIII

PROYECTOS E INTRIGAS.

Rutilio fue sorprendido entre bandoleros!

Esta noticia en el momento se difundió por todo el poblacho.

Los amigos del joven quedaron indecisos, pensativos.....

¿Cómo podían justificar su honradez¿ ¿Cómo podían probar su inocencia si efectivamente lo habían hecho prisionero entre malhechores?

Sus enemigos se holgaron por el acontecimiento, i aunque bien comprendían que sólo su mala suerte pudo colocarlo en aquella triste situación, para darles todo el vigor a sus falsas argumentaciones exclamaban:

«Dime con quién andas i te diré quién eres.»

Pobre Rutilio! Setenta i cuatro días exactamente hacía que la suerte le había brindado sus caricias proporcionándole la fuga.

Pero ¿cuáles fueron las circunstancias que impulsaron o compelieron al prófugo a reunirse con aquellos facinerosos?

¿Era efectivamente socio de partidas vandálicas?

Si consciente o inconscientemente se reunió con aquella caterva de forajidos, por de pronto no daremos nuestra opinión hasta que oportunamente demos cuenta de los hechos desde el momento que lo vimos desaparecer allá en la espesura después de la triste despedida.

Lo cierto es que la fatalidad lo empezaba a cubrir con su sombra, i si en otro tiempo, según sus hechos, pudo haberse salvado de una larga prisión, ahora de ninguna manera por no poderse justificar.

Gamaliel al enterarse de aquel terrible

acontecimiento, sintió en su alma un dolor profundo i dijo entre sí:

—Le volveré a proporcionar lu fuga!—

Esa noche volvióse a disfrazar i de cuando en cuando pasaba frente a la cárcel. Pero la mala suerte se reía de sus planes: toda la noche hubo centinelas de vista temiendo volviera a evadirse el prisionero.

Gamaliel se desesperaba más i más, i en vano se devanaba los sesos buscando un medio seguro i eficaz para lograr sus anhelos.

Las tinieblas de la noche se disiparon con los fulgores del alba, i nuestro joven perdió completamente las esperanzas de salvar a su camarada.

De pronto una idea feliz cruzó por su cerebro i una sonrisa alcanzó medio a dibujarse en su pálido semblante.

Después de vacilar un momento dió un fuerte puñetazo al aire en señal de triunfo, como diciendo ¡eureka! i lleno de entusiasmo se fué a su casa, cogiò un azadón i echó a andar a toda prisa con dirección a una escarpada montaña.

Lo vimos descender a un arroyo, luego subir jadeante una áspera pendiente, i al fin, allá mui a lo lejos, internarse en la espesura.

Pero ¿cuál era la resolución de nuestro joven? ¿Por qué de súbito lo vimos cambiar de semblante i de actitud?

Una idea feliz que llegó a su memoria quiso inmediatamente ponerla en práctica:

Recordó que Rutilio como tenía grande conocimiento en botánica i principalmente en las plantas soporíferas, le había regalado una fórmula para confeccionar con la savia i la raíz de algunas de ellas un narcótico mui activo i poco dañoso; i naturalmente creyó mui de oportunidad confeccionarlo i darle un sabor aguardentoso i ya mui a deshora llegar a la puerta de la cárcel i ofrecerles de ese líquido a los centinelas con pretexto de brindarles un trago de vino i despedirse inmediatamente. Una vez adormecidos, volver disfrazado para abrir la puerta con su llave falsa proporcionándole de nuevo la fuga a su desdichado amigo.

Esta idea lo animaba en su fatigosa tarea, creyendo completamente segura la realización de sus inspirados proyectos.

Por fin cuando empezaba a declinar la tarde, vimos a este joven con su azadón en el hombro llegar violentamente al poblado, llevando consigo algunas hierbas selváticas.

Inmediatamente que penetró a su habitación se puso a preparar su brebaje.

Entre tanto los mandones no habían descansado ni un momento en su tribunal fraguando los planes más ventajosos para la realización de sus caprichos.

Alegres i bulliciosos prepararon armas i notificaron a seis u ocho vecinos que al día siguiente condujeran a los reos a la cabecera de la Municipalidad.

En el interrogatorio que se les hizo a los bandoleros para la formación de sus causas, el más entrado en edad i al parecer no de mui mala índole, después de contestar las preguntas correspondientes, dijo con claridad:

—Señores: ya que nosotros desgraciadamente caímos en manos de la justicia i que de ningún modo podemos justificarnos por ser de lejanas tierras, i no tener valedores que atestigüen que somos honrados aventureros que íbamos con rumbo a la costa, manifiesto, en conciencia, que ese joven que aprehendísteis en compañía de nosotros cuando estábamos destazando esa res que nos encontramos rodada, es un pobre muchacho que andaba extraviado i que por mera casualidad i aterido de frío nos encontramos al pasar....

—Silencio!—dijo colérico el secretario—Basta ya! ¿Quién os está preguntando vidas ajenas? Ya se nos pasó la hora de comer i todavía queréis seguir entreteniéndonos con platiquitas que ni vienen al caso. ¡Señor comisario, daremos por terminada la sesión!—

Los alguaciles condujeron a la cárcel a los reos, i los mandatarios se fueron a comer.

Inmediatamente volvió solo el secretario i con falsos pretextos mandó a dos esbirros que sacaran al anciano aludido.

Una vez en su presencia le dijo en tono de amenaza:

—Vos parece que os interesáis por ese.....

que se llama Rutilio, i en realidad vais a complicaros más de lo que estáis.

—Señor.....yo....pues....realmente creí por un deber de justicia manifestar la verdad; yo de pronto quise guardar silencio pero no pude acallar ni mucho menos desoir los gritos de mi conciencia.

—¡Conciencia!—murmuró con frialdad el secretario—esas son nerviosidades femeniles; los hombres cuerdos debemos guiarnos interiormente por la conveniencia, i según las circunstancias sólo ante el público hablar de esas necedades que llaman razón, justicia, derecho.....

En fin, el tiempo vuela, aquí en una palabra, declaráis vos i los de más reos que ese muchacho tiene muchas probabilidades de ser capitán de bandoleros, i que estáis sospechando que la vaca él la mató i que fuísteis pagados por el mismo para destazarla.

Si esto declaráis e insistís en ello os aseguro mui pronto vuestra libertad.—

El bandido quedó perplejo.

El secretario prosiguió:

—I si declaráis lo contrario no aceptando mi buena proposición, yo haré de una manera que permanezcáis en la cárcel muchos años.

—Señor.... pero....

—No vaciléis; aquí ínter nos os manifiesto que todo está en mi mano; yo lo que escribo aquí se lleva a cabo más arriba. Confiad en mí, que todavía si el comisario no es de

conformidad con mi proposición, yo apelo a cierta farándula mui eficaz de que ya he usado en otras ocasiones escribiendo lo que yo quiero i leyendo lo que debia estar escrito; es decir escribo una cosa i leo otra, i naturalmente todos firman de conformidad, i en los tribunales superiores juzgan a los delincuentes según lo escrito. De modo que.... resolved pronto. No creais que yo me escandalizo porque toméis lo ageno, pues cada quien hace su lucha como puede; yo lo que pretendo es que ese amiguito por fas o por nefas marche lejos, mui lejos.—

El bandido no podia salir de su perplejidad. Creia como imposible que aquel hombre en verdad le hiciera semejantes proposiciones. Creia que todo aquello no era mas de un ardid para poner en claro sus delitos. Respecto a conciencia no es que le remordiera, pues al declarar en favor de Rutilio, diciendo una verdad, sólo pretendía justificarlo creyendo salir ellos justificados; pero al ver que las cosas tomaban un giro mui contrario, no hallaba qué partido tomar.

La alternativa del secretario lo tenia confuso. Ya en todo titubeaba creyéndolo todo una maraña de la cual saldría con mucha dificultad.

Al fin se resolvió jugar el todo por el todo tomando parte en aquella intriga, prometien-

do que de una manera unánime recriminarían a Rutilio.

El secretario cerró i se fué a comer.

XIX.

FORMACION DE CAUSAS.

A las tres de la tarde volvieron los mandones, i los reos solicitaron audiencia para rectificar sus declaraciones. Una vez concedida, manifestaron exactamente como lo deseaba el secretario.

Ahora nos preguntamos: ¿por qué este hombre sobornó a los bandidos para que declararan en contra de Rutilio? ¿Qué acaso no estaba en su mano condenarlos a todos sin necesidad de tantas artimañas?

Así era en efecto; pero como Rutilio tenía valedores que mucho se interesaban por él, empezando con su mismo padre, una vez hechas estas declaraciones en presencia de un grande auditorio que de consuno los mandones reunieron, ¿qué recurso movían los dolientes i defensores de Rutilio?

Ninguno.

I los mandatarios, como siempre, quedaban con la fama de justicieros i equitativos.

Después de un pequeño intervalo de silencio el comisario echó una ojeada a los concurrentes i con mucha gravedad le dijo al capitán de bandidos:

- Pues no hace ni tres horas que asegurábais que ese....joven no era culpable en nada?—

El secretario le dirigió al interpelado una mirada mui penetrante i significativa, como diciéndole lo que debía contestar.

—Señor,—contestó disculpándose—yo me refería a este joven que ahora tenemos presente, i no a ese amigo que le nombráis Rutilio.

—Recordad—dijo el secretario—que protestasteis decir verdad en todo, i sabed que nosotros nos guiamos por la unanimidad de votos, i si estas declaraciones son falsas i resulta perjuicio de tercero vosotros seréis responsables en esta i en la otra vida.

—Si además de la protesta—dijeron los bandidos—queréis un juramento para convenceros de la verdad, estamos dispuestos a ello.

—¿Pero cómo es eso?—dijo un defensor de Rutilio—Según informes por la mañana declarásteis una cosa i ahora declaráis lo contrario?—

A este inesperado reproche todos quedaron abatidos. Mas el secretario con su penetrante

mirada parecía comunicarles toda su astucia, por lo cual con mucha firmeza contestó el capitán:

—Mui justa razón tenèis, señores, en reprochar mi conducta, pero ya que lo hacéis, me veo obligado a declarar ingenuamente las circunstancias:

Si por la mañana algo hablé en pro de Rutilio, fue porque nos alucinó diciéndonos que si lo sacábamos inocente aunque nosotros denigráramos nuestra honra, él nos proporcionaba la libertad por cualesquier medio, supuesto que era poderoso en todo sentido: que era capitán de varias gavillas; que tenía muchas armas i dinero; que por todas partes tenía influencias, i en fin, que sabía artificios mágicos. Después de esto nos amenazó con grandes calamidades si no satisfacíamos sus deseos. Mas ahora comprendiendo que estamos entre gente culta, sensata i justiciera, i que le dan a cada quien lo suyo, no hemos tenido embarazo en manifestar las cosas con toda verdad. ¿Queréis más?—

Nadie pudo replicar ni una palabra.

El interrogatorio se dió por terminado i los bandidos volvieron a la prisión.

Cnando se hubieron separado los concurrentes, le dijo el comisario a D. Atenógenes:

—¡Canalla de viejo tan ladino! Yo creía que no pasaba de ser un zamacuco, i vamos que desempeñó el papel mejor que un diestro cómico. Mereció.... ¡pero no! aunque sirvie-

ron de instrumento, i aunque les prometiste.... hai qué consignarles también como criminales.—

El secretario sonrió maliciosamente i se puso a escribir las causas i oficios correspondientes, murmurando en voz baja cuando se quedó solo:

—Aquí se ha de hacer mi santa voluntad. ¡No faltaba más! Ya prometí salvar a estos canallas i los salvo.

Es bueno sembrar para cosechar.... Bueno es tener amigos por todas partes.... pues muchas veces....—

Efectivamente el secretario escribió una cosa para leer otra, i quedó mui satisfecho.

Los defensores de Rutilio en vano movieron todos los recursos, pues no consiguieron ni siquiera que lo sacaran a declaración, i permaneció rigurosamente incomunicado para marchar al día siguiente.

Entre tanto el ingenioso Gamaliel encerrado en su casa no habia descansado ni un momento, ya pulverizando algunas raíces; ya destilando el opio de las adormideras en su jardín por medio de incisiones; ora poniendo en infusión la salvia i el beleño; ora haciendo el cocimiento del mirto i la belladona.

El tañido monótono de la campana se oyó vibrar.

Era la queda.

Nuestro farmacéutico provicional dió por fin gracias al cielo terminando su confección.

Poco a poco las luces de los hogares se fueron apagando i todo quedó en el más completo silencio.

Una vez que su reloj marcó las once, salió a la calle inmediatamente, i se dirigió a la cárcel con pasos firmes i lleno de esperanzas.

Rutilio como poseía ciertos rasgos de clari videncia, tuvo seguridad que su amigo mui pronto iría a salvarlo.

Las calles presentaban un aspecto lúgubre.

Llegó pues nuestro ingenioso joven frente a los edificios donde en medio del silencio parecía oírse el eco de las irrevocables sentencias de los tiranos.

Después de saludar lleno de cortesía a los centinelas, saco una botella i les ofreció un trago de vino de «cuastecomate.»

Los esbirros no se hicieron de rogar, i en dos por tres apuraron el líquido aguardentoso hasta la hez.

Rutilio que oyó hablar a Gamaliel, tuvo más confianza en sus presentimientos i acabó de creer en la comunicación del espíritu que algunos psicólogos aseguran que existe en ciertas circunstancias i que le dan el nombre de telepatía.

Gamaliel lleno de satisfacción se despidió para volver disfrazado i salvar a Rutilio.

———

XX.

AVENTURAS.

———

Mientras produce efecto el narcótico i mientras se disfraza Gamaliel, daremos cuenta de las aventuras que tuvo Rutilio durante la fuga i por qué fue sorprendido entre bandoleros:

Vimos pues, desaparecer a nuestro enamorado joven en la espesura de un bosque.

A poco andar llegó a un promontorio: allí fue el término de su primer jornada.

Todo ese día lo pasó indeciso, lleno de conjeturas i creyendo como imposible alejarse de aquellos andurriales desde donde podía contemplar todavía perfectamente el pueblito donde vió por vez primera la luz del sol, i la luz de sus amorosos ensueños.

Al día siguiente se resolvió con lágrimas en los ojos, dejar de contemplar aquel plácido panorama donde parecía dejar la mitad de su existencia i se alejó frenético atravesando ya áridas montañas, ya montes fértiles i pintorescos, hasta que por fin llegó a las extensas llanuras de la costa.

Más de una vez tuvo qué huir despavorido por los cercanos rugidos de las fieras.

Durante aquella caminata nuestro joven no

encontró ninguna cabaña donde albergarse o tomar algún alimento, pero encontraba grutas hechas por la mano de la Naturaleza, i muchos árboles frutales conocidos por aquel rumbo con los nombres de «juaquiniquiles,» «nances,» «copaljocotes,» «guámaras,» i «tegüistes.»

Llegó por fin a la orilia del mar por un estero cubierto de mangles i palmeras.

Grande fue su asombro al contemplar de pronto aquel paisaje marítimo.

Los caimanes con movimientos tardos se arrastraban por la ribera o flotaban sobre los esteros.

Las aves acuáticas de variados colores, en bandadas i llenas de júbilo, cruzaban el espacio lanzando chillidos.

El vaivén de las olas formaba un estruendo rítmico i sonoro.

Rutilio por un momento olvidó el odio a los tiranos i los amorosos recuerdos de su idolatrada al contemplar los mil encantos de aquel océano imponente i majestuoso.

Absorto i maravillado quedò en la contemplaciòn de aquella perspectiva que ni siquiera se había imaginado.

Pero más grande fue su asombro al ver aparecer por entre la arboleda a dos individuos al parecer marineros que repentinamente sacaron armas de fuego i le apuntaron.

—¡Ea pelafustán! ¿qué hacéis por aquí? —dijo uno de ellos con voz ronca.

—Señor.... yo.....—

El otro dijo:

Será bueno arrojar a este al mar, podrá ser espía.....—

Rutilio rehaciéndose habló con entereza:

—Señores: por esa inmensa llanura de agua salobre que tenéis a la vista, juro que no soi lo que juzgáis: yo soi un peregrino errante que ando huyendo de la tiranía de unos hombres arbitrarios que se jactan de impartir justicia i que son los más injustos i malvados.

—Pero, vamos, explicad en pocas palabras lo esencial de esa persecusión.—

Rutilio refirió a grandes rasgos lo que ya saben nuestros lectores, i prosiguió:

—Justificarme hablando en pro de mis costumbres, sería demostrar la falta de modestia, por eso tan sólo me concreto a narrar ingenuamente los acontecimientos para que vos juzguéis, i si dable es, me protejáis proporcionándome algún trabajo.—

Habló Rutilio con tanta entereza i expresión, que aquellos hombres parecían convencerse. Un momento estuvieron pensativos cambiándose miradas significativas.

Al fin habló uno de ellos:

—Así es que, si os pusiéramos en rehenes mientras se aclaraba la verdad, quedaríais conforme?

—Si vuestras acciones tienden a favorecerme, haré con gusto vuestras indicaciones. .

—Creeis que si no nos interesáramos por

vos habríamos de ir a perder el tiempo en gestionar asuntos que en realidad no nos importan? Si malas intenciones tuviéramos, aquí daríamos fin a vuestra existencia; i si ni buenas ni malas, os dejaríamos que siguiérais de Ceca en Meca

—Señores:—dijo Rutilio con benevolencia —soi de vosotros; haced conmigo lo que gustéis.—

Aquellos hombres se apartaron a corta distancia i largo rato estuvieron discutiendo en voz baja.

Uno de ellos parecía no acceder a las proposiciones del otro, pero al fin después de muchos razonamientos, convinieron en ciertos planes.

—Vamos pues,—dijo uno de ellos—dejaos vendar, i depositad en nosotros toda vuestra confianza.—

En efecto, Rutilio no hizo ninguna resistencio, i a pocos momentos echaron a andar por entre aquellas arboledas, hasta penetrar entre unas rocas mui elevadas donde azotaban las olas del mar, i que daban el aspecto de castillo arruinado i legendario.

Desataron un barquichuelo; subieron a él, i violentamente empezaron a remar.

XXI.

MAR I CIELO.

Declinò la tarde.

Rutilio empezó a sentir grande agitaciòn dentro del alma. ¿Cuál sería su suerte? ¿Cuáles serían los fines de aquellos desconocidos? ¿Por qué no qnitaban de sus ojos la venda siquiera para ser testigo de su buena o mala situación? Por otra parte no acostumbrado a flotar sobre las olas, a cada momento parecía perder el equilibrio i rodar al abismo.

Al fin quitaron de sus ojos la venda i pudo contemplar con asombro las maravillas de aquella majestuosa inmensidad.

El sol ya moribundo parecía sepultarse en un inmenso lago de sangre.

Aquel barquichuelo en pocos momentos i en medio de un hermosísimo crepúsculo, se perdió en la lejanía cerúlea.

Llegó la noche.

Desde aquel piélago ya no se distinguìa la tierra ni los bosques.

Nuestro joven aunque lleno de admiración, sintiò miedo al pensar que fácilmente podría quedar sepultado para siempre en aquella profundidad, bien porque chocara el barquichue-

lo en algún arrecife, o bien porque los asaltara algún monstruo marino.

Aquellos hombres procuraron darle ánimo, i más al comprender que Rutilio no era de la hez del pueblo ni de sentimientos vulgares ni rastreros.

Entre refiriendo aventuras i cantando barcarolas, el tiempo se fué deslizando.

Rutilio aunque un poco familiarizado, juzgaba que aquellos hombres serian piratas.

No es que temiera ningún mal de ellos, supuesto que no advertía ningún doblez i todas sus palabras estaban llenas de benevolencia, pero si salian verdaderos sus presentimientos. tendria qué ejercer un oficio denigrante i contrario a su carácter.

Lentamente empezaron a aparecer en el firmamento algunas nubecillas.

A poco una espesa bruma cubrió completamente la claridad de las estrellas.

La obscuridad era absoluta.

Los marineros cesaron de remar desorientados por completo.

Uno de ellos sacó la carabina i empezò a pitar en ella a guisa de cuerno.

Pero todo era en vano.

El mar empézóse a enfurecer gradualmente.

Eolo despedía rachas huracanadas.

Al fin sería la media noche cuando en medio del estruendo del mar, se oyó mui a lo lejos algo que parecía el canto de un gallo.

Rutilio sintió palpitar su corazón con aquella leve esperanza.

El marinero cansado de llamar en vano, hizo tres disparos con intervalos más o menos de cinco segundos.

A poco se oyó a lo lejos una detonación, e inmediatamente apareció una luz perforando las tinieblas:

Era un fanal colocado en lo más alto de un árbol que servía de faro.

Llenos de entusiasmo bogaron con aquella dirección, i antes de media hora un grito de júbilo se escapó del pecho de aquellos tripulantes: habían abordado a una preciosa isla donde tenían sus hogares.

Rutilio estaba maravillado, i sentía tanto placer, que todo aquello le parecía un sueño plácido, análogo al sueño pintoresco i dulcísimo que había tenido en la cárcel.

Allí fue recibido por la familia de aquellos hombres, con grandes muestras de atención i deferencia; pues nuestro joven procuraba mostrar una educación exquisita propia de gente de colegio, i en nada dejaba traslucir los modales ordinarios i rústicos de la gente de poblachos.

Esa noche cenaron i se entregaron al sueño.

XXII.

PAISAJE MARITIMO.

Rutilio despertó al nacer el nuevo día i salió a contemplar los encantos matinales.

El sol naciente brillò tranquilo allá en sus balcones diáfanos. Sus manantiales de luz inundaron la llanura líquida, simulando el mágico derrumbe de un áureo torrente.

La brisa juguetona rizaba las límpidas olas de aquella inmensidad.

Aquella isla era un verdadero paisaje pintoresco:

Al pié de una hermosa colina, sobre una pequeña planicie, estaban fabricadas las chozas de aquellos isleños. El patio alfombrado por las florecillas era una preciosa rampa que descendia hasta la margen que era de macisas rocas:

La colina era fértil i estaba adornada con árboles i flores. Hácia el poniente de la misma había una pequeña gruta donde algunas rocas simulaban estalactitas i estalagmitas formando variadas columnatas, i en donde el rumor incensante de las olas formaba un himno dulce i misterioso.

Un suspiro se escapó del pecho de aquel joven en medio de tanta felicidad.

Le hacía falta algo que completara su dicha, i ese algo era Rosaura.

Su imagen no se apartaba ni un momento de su memoria; por lo mismo, cuando fijaba su vista en el azul purísimo, parecía contemplarla sonriente en plácido espejismo.

En aquella isla se deslizaba la vida tranquila i serena en medio del ambiente de la felicidad.

Allí no había exigencias sociales de ninguna clase.

Aquellos ignorados isleños se dedicaban a la hortaliza i a la pesca, i de cuando en cuando saltaban a tierra para llevar otras provisiones.

Un día en que Rutilio estaba entretenido fabricando una especie de guitarra allá en la gruta, se acercó a él un venerable anciano de frente despejada, mirada inteligente i lenguaje correcto.

Era el padre de aquellos marinos.

Después de encomiar el ingenio del joven, le preguntó acerca de su tierra natal i los motivos que lo impulsaron a separarse.

Rutilio con ligereza i sin afectación, refirió al anciano todos los hechos precedentes.

El anciano poniéndose una mano en la frente exhaló un profundo suspiro, i dijo con grande animación:

—Luego ¿quién eres tú? ¿quién es tu padre? ¿cómo te llamas?

—Señor, yo soi vuestro servidor; me llamo Rutilio de la Fuente, i mi padre es D. Secundino del mismo apellido.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Bendito sea el Dios de Abraham! ¡Bendito sea el Dios de Jacob! ¡Qué dicha para mí que no puede caber dentro de mi alma.

Se comprendió que en el corazón de aquel hombre en esos momentos estallaba una tempestad de recuerdos o tal vez de gratas emociones.

Rutilio quedó atónito al oír aquellas exclamaciones incoherentes de admiración, de alabanza i de ternura, i al ver dibujado en el semblante de aquel anciano el verdadero entusiasmo.

—No puedo,—prosiguió este—no puedo contenerme; quisiera guardar silencio pero la emoción me ahoga, ¡Oh!.... hará veinticuatro años....—

Rutilio más admirado, se paró, e inconscientemente dejó caer un pedazo de madera que traía en la mano.

El anciano, al fin, no pudiendo contener un torrente de amor que brotó del abismo de su alma, extendiendo sus trémulos brazos exclamó:

—¡Ven, Rutilio, ven para estrecharte; gracias al cielo que te vuelvo a ver!.... ¡No dudes

de mis palabras, hijo mío, ven yo soi tu verdadero padre!—

El anciano se arrojó en brazos de Rutilio, i aunque sus ojos hacía muchos años que ni siquiera se razaban, brotó un raudal de lágrimas que se deslizaba por sus arrugadas mejillas, i como lluvia placentera caía sobre el rostro del joven.

Rutilio quedò asombrado, i creyó que aquel anciano había perdido el juicio.

¿Cómo había de creer que fuera su padre si desde que tuvo uso de razón no conoció a otro que a D. Secundino, i nadie de su pueblo le había revelado aquel secreto?

Cuando aquel anciano se desahogó completamente, prosiguió lleno de júbilo:

—Razón mui sobrada tienes, Rutilio, para no creer lo que acabas de oir, pero afortunadamente guardo en mi poder pruebas irrefutables que te convenzan.

¿Conoces la letra i rúbrica de D. Secundino?

—La conozco.

—Espera un momento; voi a buscar entre mis papeles un escrito que te convencerá. Esto, naturalmente, que sea un secreto que sòlo tú i yo sepamos.—

El anciano lleno de satisfacción, descendió de la colina con paso trémulo i se dirigió a las cabañas.

Rutilio suspiró hondamente.

Era que la imagen de Rosaura brilló de

pronto en su alma, i a la vez estaba inquieto por saber el desenlace de aquella noticia inesperada i sorprendente.

Haciendo a un lado las tablas i los utencilios, se quedó pensativo, contemplando aparentemente el vaivén incesante de las olas.

———

XXIII.

CONVENCIMIENTO.

———

Al cabo de una hora volvió el anciano a la gruta donde lo esperaba ansioso Rutilio.

—Toma este papel—le dijo—i entérate de su contenido.—

Tembloroso desdobló Rutilio un papel amarillento, i lleno de ansiedad leyó lo siguiente:

«Conste que el niño que llevará el nombre de Rutilio de la Fuente, i que aparecerá como si fuera mi hijo lejitimo, es hijo adulterino del señor D. Arnulfo Montes de Oca.»

«Lo concerniente al nacimiento i los motivos de esta adopción, quedan reservados para el tiempo correspondiente.»

«. . . . . . . 4 de junio de 1883.»

«Secundino de la Fuente.»

. . . .

—Rutilio: quedas verdaderamente convencido que tú estabas en un error?

—Si no fuera porque ésta es efectivamente la letra del que yo le he nombrado padre, i si no conociera que es un hombre cuerdo i de mui rectas costumbres, habría motivo para vacilar, pero con todo eso ni duda me cabe; mas para mi completa satisfacción, quisiera saber el origen de mi nacimiento aunque fuera de una manera concisa.

—El primer favor que te voi a pedir en mi vida es este: no me preguntes nada con ese respecto. Día llegará que otra persona satisfaga tu deseo. Ya que nació en mi corazón ese dulce placer que huyò de mí hace tantos años, no amargues mi existencia haciendo que recuerde aventuras quizá privadas que ni convendría que supieras i que desdorarían el buen concepto que un hijo siempre debe formarse de su padre. Baste por ahora la palabra que te doi de ser tu padre i las pruebas irrefutables que tienes en la mano.

—Señor, dispensad mi indiscreción.

—No me digas señor; dime padre, Rutilio, porque en efecto lo soi. Si momentos ha te recomendé guardaras el secreto, ahora te autorizo para que lo descubras. Quiero que el mundo sepa que eres de mi sangre; que perteneces al linaje de los Montes de Oca.! Ven hijo de mi alma; ven a los brazos de tu anciano padre! Deposita en mi corazón toda tu confianza. Haz que nazca dentro de tu

alma ese amor filial que existe en los corazones juveniles de hidalgos sentimientos. Si ante el mundo llevas el estigma de no ser hijo de matrimonio, eso a mi corazón nada le importa, que de todas maneras eres sangre de mi sangre i hueso de mis huesos. Si hasta aquí la fortuna te ha sido adversa, de aquí en adelante serás feliz puesto que vivirás a la sombra de mi cariño i en medio del reposo i la abundancia.

No te entristezcas por este descubrimiento, pues siendo yo tu padre verdadero, D. Secundino i esposa son tus padres adoptivos a quien les debes el mismo cariño que les profesas, i a quien tarde que temprano podremos recompensar satisfactoriamente.

¡Dí que me amas, Rutilio, i que tu corazón está lleno de satisfacción i de contento.—

Nuestro joven aunque al principio dudó completamente de las palabras del anciano, ya en las últimas expresiones estaba convencido i emocionado por completo, por lo cual sólo pudo exclamar:

—¡Padre mío! ¡padre mío!.....

Allí el silencio fue el lenguaje más elocuente.

Las personas de nobles sentimientos no hubieran podido contemplar aquel hermoso cuadro sin derramar involuntariamente lágrimas de ternura.

Aquellos corazones palpitaban frente a frente, i con sus latidos se manifestaban mu-

tuamente el verdadero cariño que la palabra es impotente para expresar.

El mar indiferente a la dicha o desdicha del hombre, siguió entonando su himno gigantesco.

XXIV.

NARRACION DEL ANCIANO.

Después que se hubieron desahogado recíprocamente aquellos corazones amantes, dijo el anciano:

—Sièntate, hijo mío, quiero contarte a grandes rasgos las últimas aventuras de mi vida; es decir la manera de còmo la suerte me trajo a esta isla haciéndome dueño de inmensas riquezas.

—Mucho placer será para mí escucharos.

—Pues bien;—dijo el anciano—antes de dar principio a mi narración voi a darte algunos puntos biográficos:

Yo nací en el año de 1837.

Mis tataradeudos eran españoles.

Cuando frisaba en los 25 años, me afilié como soldado en el ejército para pelear contra los invasores franceses en 1862.

¡Oh glorioso triunfo que tuvimos el 5 de mayo en unos cerros inmediatos a Puebla, al mando del general D. Ignacio Zaragoza!

Fortificamos los cerros de Loreto i Guadalupe con menos de 4,000 hombres.

Laurencez desplegó contra nosotros cuatro columnas de 1.000 hombres cada una, que fueron rechazadas con grandes pérdidas, dejando en el campo más de 500 soldados entre muertos i heridos. Por esa vez los mejicanos quedamos cubiertos de gloria. En ese triunfo obtuve el nombramiento de subteniente.

Por la muerte de Zaragoza, las tropas quedaron al mando del general D. Jesús González Ortega. Este general al frente de.... 20.000 soldados, quiso, en Puebla, resistir el poderoso empuje de Forey. Los franceses nos sitiaron el 16 de marzo de 1863, i duró el sitio 62 días, durante los cuales se libraban casi diariamente combates; hasta que al fin privada la plaza de todo socorro, nos rendimos al invasor.

Cuando hizo su entrada solemne en la ciudad de Méjico el Archiduque de Austria, Fernando Maximiliano, que fue el 12 de junio de 1864, muchos mejicanos patriotas ya habíamos corrido a reunirnos con los constitucionalistas que tuvieron qué huír de Méjico a Querétaro, de Querétaro a San Luis Potosí, de San Luis Potosí al Saltillo, del Saltillo a Chihuahua, i de allí a Paso del Norte.

Después de muchos combates victoriosos, derrotas i mil peripecias que ya te iré contando con oportunidad, i despuès del fusilamiento de Maximiliano, Miramón i Mejía en

el cerro de Las Campanas, el 19 de junio de 1867, la victoria coronó nuestros afanes i patriotismo.

Cuando llegamos a la ciudad de Méjico que fue el 15 de julio, ya el señor general Diaz con sus tropas republicanas había tomado esa plaza el 21 de junio.

Supuesto que mi pretensión por ahora no es darte minuciosos detalles de aquella revolución, tan sòlo te diré que después del triunfo de Juárez, la mayor parte del tiempo lo pasè a las órdenes del genoral Díaz, que si mal no recuerdo, después de múi sangrientos combates con los Lerdistas ocupamos de nuevo la Capital el 24 de noviembre de 1876; pero inmediatamente salimos a perseguir a los Iglesistas que derrotamos por completo en «Los Adobes.»

Nuestro regreso a la Metrópoli se efectuó el 11 de febrero de 1877.

En esa época ya era yo coronel; pero cansado ya de tantas fatigas, me resolví retirarme a la vida privada.

I en efecto, viendo que nuestra Patria empezaba definitivamente a disfrutar de una era de paz, presenté mi renuncia i me dirigí a mi tierra natal.

Con mis ahorros compré un cortijo ubicado al pie de una enhiesta montaña i múi cerca de mi pueblo.

¡Oh gratos recuerdos de aquellos días!

Yo me sentía completamente feliz al lado

de mi familia, pues debo advertirte que hacía 10 años que había contraído matrimonio.

Mi cabaña estaba fabricada en una hermosa ladera fértil i florida.

Hácia el sur, a múi corta distancia, había una preciosa cascada de aguas cristalinas i murmurantes.

Cinco años viví en mi heredad completamente feliz.

El país progresaba a paso gigantesco a la sombra del gobierno del señor D. Porfirio Díaz que había tomado posesión de la Presidencia el 5 de mayo de 1877.

Efectivamente la Nación entera estaba satisfecha del régimen Porfiriano, por lo cual había desaparecido completamente el espíritu de revueltas, i todo marchaba en completa conformidad.

Todo aquello era un preludio de un porvenir próspero i risueño.

Lástima que el régimen i la influencia de un gobierno por múi bueno que sea, no pasa de abarcar el centro i las grandes ciudades; quedando algunos pueblitos casi aislados, i muchas veces en manos de hombres arbitrarios.

El gobierno de D. Porfirio desde un principio quedó en manos de acaudalados. Estos al principio se portaron múi bien pero ya sea por la ambición de monopolizar o por el prurito de subyugar, cada jefe Político, cada presidente Municipal, i áun cada comisario

de rancho, se fueron convirtiendo embozadamente en verdaderos autócratas.

Sucedió pues que la mayor parte de terrenos estaban en comunidad.

Mi posesión así estaba, i yo no tenía en mi poder más documentos que las escrituras privadas que me había extendido mi vendedor.

El que se nombraba «cabezal» allá en mi pueblo, que venía a ser el representante en el Catastro, era un hombre acaudalado i avaro, cuyas propiedades lindaban con las mías.

Los terrenos fueron aumentando poco a poco de valor, al mismo tiempo que en los ricos aumentaba la codicia, i con esto la mala fe.

Viendo yo las infamias que estaban cometiendo varios cabezaleros validos de poseer los títulos, quise asegurar mi terrenito pidiendo traslación de dominio para hacer mis pagos de contribución directamente a la oficina de Rentas. Pero.....¡infame bandido! me había robado ese avaro mi bienestar.

Ya tenía como suyas mi propiedad i la de otros colindantes.

Ya con anticipación se había apropiado de aquellas tierras según ciertos decretos del gobierno. Igualmente había denunciado otros terrenos como baldíos o como bienes ocultos.

Esos decretos expedidos por la Secretaría de Hacienda con respecto a la denuncia o manifestación de propiedad raíz, sólo tendían a aumentar el Erario para subsanar los gastos i compromisos de la Nación, pero aquí la

mala fe encontró coyuntura para cometer abusos, quedando muchas personas de la noche a la mañana sumidas en la miseria más espantosa.

Aquí los ricos se hicieron más poderosos aún.

Una vez que aquel hombre se negó a darme traslación de dominio, los documentos que existían en mi poder no servían para nada; además mi vendedor hacía mucho tiempo que había emigrado a los Estados Unidos del Norte.

Ocurrí a los tribunales pidiendo justicia, pero todo fue en vano. Yo ante la lei no era dueño legítimo. I como te llevo dicho, el buen régimen de un gobierno jamás llega hasta los confines de un país.

Mis dos hijos naturalmente indignados con aquel cínico proceder, fuera de poblado i sin miramientos, profirieron palabras ofensivas e indecorosas delante de aquel hombre.

La represalia de aquel descarado fue acusarnos ante los tribunales que lo habíamos asaltado en campo raso queriéndolo asesinar; que este era el pago que le dábamos después de tan humanitarios servicios de habernos prestado por tanto tiempo aquella porción de tierra.

Yo bien hubiera tomado la revancha; me sobraba ingenio i valor; pero por no hacer criminales a mis hijos, opté mejor abandonar

a mi patria natal dejando en manos de aquel malvado áun los muebles de mi casa.

Cuando sucedían estos acontecimientos, tú tenías un año de edad. Con mi separación ya de pronto no pude mandarle a D. Secundino recursos para tu subsistencia, i cuando pude hacerlo ya no vivían en el mismo pueblo i no me fue posible saber de Uds.

XXV.

ASALTO DE PIRATAS.

—Llegué por fin a la orilla del mar,—prosiguió el anciano—e inmediatamente subimos a un buque mi familia i yo, con propósito de embarcarme lo más lejos posible.

Yo me sentía loco de ira recordando tan terrible golpe que descargó sobre mí el infortunio.

Caminamos todo ese día.

Cuando llegó la noche yo estaba sentado en la pasarela oyendo el ruido constante de las hélices i mirando a babor el ondulante cabrilleo.

La luna brillaba en el cenit.

El chisporroteo de las chimeneas se escapaba del buque a sotavento como enjambre de abejas luminosas.

Todo estaba tranquilo; mas de pronto apareció a estribor un buque con sus luces apagadas múi cerca del nuestro, i sus tripulantes incontinenti hicieron sobre nosotros una fuerte descarga de fusilería.

Yo luego sospeché que aquel buque era de piratas, i de buena gana me hubiera batido con ellos si hubiera contado con gente de armas, pero todos los marineros se llenaron de pánico i quedaron como petrificados.

En un momento aquel buque salió avante. Efectivamente aquellos eran bandidos, pues múi pronto, despuès del abordaje, los vimos penetrar por la popa con sus buenos fusiles calibre 50.

En un momento saquearon el buque; obligaron a los marineros a retroceder. i a mí, con toda mi familia, me tomaron prisionero.

Toda esa noche caminamos, otro día i otra noche.

Al fin cuando empezaban a pintarse en el oriente los primeros arreboles de la mañana, abordamos a esta preciosa isla donde se partieron del botín i lo guardaron en un socucho que está en una de las cabañas.

Esos piratas vivían en consorcio i como dueños absolutos de esta isla ignorada para todo mundo.

Para mí aquel asalto fue terrible; allí perdí

toda esperanza de felicidad, i me creí sepultado para siempre en las cavernas del sufrimiento.

Desde el momento en que me aprehendieron me trataron múi mal, i dos veces intentaron fusilarme, pero con los gritos i súplicas de mi familia, se contuvieron.

Según observé me confundieron con un Jefe político múi sanguinario de cierto Cantón

Con mi penetración i perspicacia adiviné que al no fusilarme, optaron por fin darme una muerte lenta i cruel.

Afortunadamente los bandidos, no sé por qué causa, ese mismo día subieron de nuevo apresuradamente al buque alejándose por otro rumbo i llevándose las pocas mujeres que los asistían.

Por un momento siquiera quedé libre de aquellos verdugos. Pero de nada me servía pues estaba aislado completamente i lejos de todo socorro.

A pocos momentos el buque retrocedió, bajaron dos bandidos, i los demás volvieron a tomar su derrotero.

Yo comprendí que aquellos hombres iban a custodiarnos para conjurar cualquier evento. De pronto una idea iluminó mi cerebro i les dije a mis hijos: he pensado jugar el todo por el todo; a la menor insinuación que yo les haga......¡duro con ellos! nos les echamos encima i....la suerte decidirá.

En efecto, a pocos momentos ya estaban

frente a nosotros, siempre con su mirada sañuda i sus palabras soeces.

—Ultimadamente,—dijo uno de ellos—quiere ver, viejo maldito, que en este momento lo mande a tocar las puertas del infierno?—

Yo crucé las manos, bajé la frente i con mucha humildad les dije:

—Señores, de la voluntad de Uds. pende mi existencia, pero no seria honor para hombres valientes i de hidalgos sentimientos arrancarle la existencia a un pobre anciano valetudinario, ya próximo a descender al sepulcro....

Aunque no tenemos testigos que os acusaran, llevaríais en vuestra conciencia el eterno remordimiento......

¡¡Hijos!! grité de pronto irguiéndome, pues no era tal que yo fuera un anciano achacoso, yo estaba fuerte i lleno de energías.

Inesperadamente nos les echamos encima con puñal en mano, i ......pronto los vimos revolcarse en su propia sangre, vomitando blasfemias i denuestos.

Prontamente los desarmamos i los arrojamos al mar.

De pronto nosotros fuimos los triunfantes, pero aquel triunfo, en realidad, complicó más aún nuestra terrible situación.

Qué ganamos con habernos librado de aquellos asesinos? Tarde que temprano vendrían los compañeros i sin apelación tendrían qué acabar con nosotros.

Qué medidas tomaba que me produjeran buen efecto?

En vano aguzaba mi entendimiento para salir incólume.

A pocos momentos descendí al sótano, como por instinto, i anduve examinando minuciosamente los escondrijos. Grande fue mi sorpresa i alegria al encontrarme una caja de rifles «Remington» i bastantes cartuchos.

Una vez con tantos elementos de guerra, nos parapetamos entre las rocas de esta colina.

Durante ese día no hubo novedad.

La noche la pasamos llenos de zozobra temiendo el regreso de los piratas.

Al día siguiente por la tarde alcanzamos a distinguir el buque avanzando gallardamente sobre la cristalina superficie.

¡Animo! les dije a mis hijos; hai qué defendernos como podamos; pues la vida es un dòn mui precioso que hasta los irracionales cuidan.

Yo tenía grande esperanza de salir triunfante, no tan sólo por mi pericia militar ni por la ventajosa posición que guardábamos, sino también porque mis hijos eran diestros para manejar las armas.

Por todas estas circunstancias me creí inexpugnable.

El buque fué avanzando rápidamente, i nosotros permanecimos firmes en nuestros fortines.

Por fin abordó.

Cuando sus tripulantes saltaron a tierra, empezamos a disparar nuestras armas con múi buen éxito.

Ellos naturalmente sorprendidos con aquel inesperado recibimiento, no hallaban qué hacer ni para dònde hacer fuego; pero pronto se dieron cuenta de lo que se trataba i nos contestaron de igual manera nuestro saludo.

Los piratas eran veinte, i nosotros sólo tres; pero teníamos la grandísima ventaja de estar parapetados i certeros, i los bandidos a pecho descubierto i llenos de confusión.

En tanto mi esposa i demás familia estaban refugiados aquí en esta gruta esperando el final de lance tan terrible i aventurado.

Cuando los piratas comprendieron su terrible situación. echaron pecho a tierra.

Varias veces hicieron impulsos por avanzar hácia las cabañas para que éstas les sirvieran de baluartes, pero los rechazábamos enérgicamente a balazos.

Yo no dejaba de alentar a mis hijos haciéndoles ver que de todas maneras tendríamos qué morir, i en ese caso era mejor morir en combate.

Todo aquello fue cuestión de una hora.

Al fin viéndose perdidos por quedar múi pocos manejando las armas, retrocedieron, penetraron al buque i huyeron despavoridos.

Bajamos cautelosamente de la colina i en-

contramos catorce cadáveres i a dos individuos en estado agónico.

Entre ellos yacía el capitán.

Cuando todos espiraron, los desarmamos, les quitamos muchas onzas de oro i los arrojamos al mar.

Con este triunfo tan memorable que se efectuó el 14 de julio de 1884, quedamos dueños de esta isla con muchas riquezas, gracias a Dios i gracias a nuestro arrojo.

Veintitrés años hace de este acontecimiento i jamás ha vuelto el buque; yo creo que naufragó o lo hicieron prisionero.

Dos barquichuelos i un esquife nos encontramos en construcción, los terminamos i de ellos hacemos uso para pescar i saltar a tierra.

De manera que después de tanto golpe del infortunio, la felicidad vino i me dio una caricia.

Pues aunque vivo ignorado e independiente de toda sociedad, soi completamente feliz.

El Destino me arrastró por el mundo como a la basura el huracán, pero al fin le plugo dejarme estacionado en este sitio hermoso i risueño.

Fijate pues, que muchas veces una desgracia, como sucedió conmigo i contigo, viene a resolverse en verdadero bienestar.

Por ahora, hijo mío, descendamos a las cabañas que ya nos aguardan impacientes, i no

olvides jamás este venturoso día en que se dignó la Providencia colocarnos en el mismo sendero.

Vamos pues, hijo mío, sírveme de báculo.—

XXVI.

NAUFRAGIO.

La vida se deslizaba tranquila como se deslizaban las horas en el Paraíso

La mayor parte del tiempo lo pasaba nues tro joven allá en la gruta dedicado completamente a la poesía: ora escribiendo idilios, ora endechas i cántigas a su ausente idolatrada.

Su mejor distracción era la pesca, tanto que en múi pocos días fue diestro para manejar los esquifes i lanchas.

Una tarde sentíase desesperado, pues el amor había hecho en su alma una crisis espantosa a causa de haberse agolpado a su memoria un enjambre de recuerdos.

Aunque allí era tratado con todas las consideraciones, no estaba completamente satis fecho.

En realidad, para completar su dicha, le hacían falta las miradas de Rosaura.

El prurito que se apodera de todos los amartelados, lo traía lleno de agitación.

De pronto se le ocurrió hacer un paseo marítimo para calmar un poco la inquietud de su alma febricitante.

I, en efecto, descendió al mar, subió a un barquichuelo i balanceándose entre blando escarceo, lo vimos cruzar a barlovento la llanura líquida.

El sol poniente lanzaba sus postreros rayos.

Rutilio remaba sin cesar, pero tan abstraído con los recuerdos de su idolatrada, que se alejaba de aquella isla, sin darse cuenta de ello, sin rumbo ni dirección.

El cielo estaba nublado, por cuyo motivo el crepúsculo fue de poca duración.

Cuado Rutilio volvió en sí de su letargo, cuando reflexionó que debía volver a la isla, ya el negro cortinaje de la noche se había desplegado sobre aquel océano.

Grende fue la turbación de nuestro joven al comprender que se había desorientado completamente, pues era imposible recordar la dirección que debía tomar para volver a la isla.

Sus pies i sus manos se helaron completamente: era que la sangre se había agolpado a su cerebro al ver tan claramente la terrible situación en que se encontraba por verdadera negligencia.

Después de una hora de navegar infructuosamente de un lado para otro, empezaron

a brillar en el cielo entoldado los cárdenos relámpagos.

Eolo se complacía en arrojar rachas huracanadas, precursoras también de la tempestad, que silbaban como serpientes invisibles.

Neptuno parecía estar completamente indignado.

A lo lejos se oía resurgir la marejada.

A pocos momentos el mar embravecido se sacudió como un desesperado titán que se revolcara en su misma sangre.

La tempestad se desencadenó i bramaba como un dragón colosal.

El barquichuelo era arrastrado ya para un lado, ya para otro; ora múi despacio, ora aceleradamente.

—¡Virgen del Refugio, Virgen santísima! —exclamaba Rutilio lleno de confusión —Ayúdame, sálvame madre mía! No me dejes perecer desolado i triste en medio del furor de la tempestad. ¿Qué no eres mi madre. Virgen purísima? ¿Acáso eres un mito? ¿Acáso es mentira que tú en las grandes tribulaciones defiendes i cubres con tu manto a los mortales que te invocan? ¡Ven, madre mía, ven a mi auxilio!.....—

A la deslumbrante luz del relámpago se veía claramente que el barquichuelo si no zozobraba por otro incidente, múi pronto tendría qué hundirse por el peso del agua pluvial.

A pocos momentos una ola furibunda arras

tró al barquichuelo; i al parecer por desgracia, lo hizo chocar terriblemente en un islote, haciéndose mil pedazos.

En medio del estruendo i la obscuridad, sólo se oyó del náufrago un grito sofocado con el vaivén de las olas.

Después nada. El misterio de pronto envolvió la realidad.

Pero ¿cuál fue la suerte de Rutilio? ¿Acáso quedó sepultado para siempre bajo el furor de aquel mar embravecido?

....

El divino socorro se presenta muchas veces invisiblemente bajo las formas materiales sin faltar en nada a las leyes de la Naturaleza.

Reflexienando un poco será fácil comprender que este naufragio, dadas ya las complicadas circunstancias, fue el único medio de salvación, pues Rutilio no había perecido: Rutilio a la hora del choque saltó al agua, llevando previamente un remo en cada mano, en los cuales balanceándose i haciendo mil esfuerzos, logró de nuevo acercarse al farallón, i con grande alegría trepar sobre las rocas.

Si por ejemplo el barquichuelo no hubiera ido a chocar contra la roca, tendría què haberse hundido por el peso del agua de la tempestad, i aunque Rutilio hubiera luchado con

las olas, equilibrándose con los remos, pronto habría sucumbido sin encontrar un sitio sólido para refugiarse.

¡Qué bello es para el alma en medio de cualquier catástrofe sentir i comprender el auxilio de la Divinidad!

Nuestro joven lo comprendió todo, i con lágrimas de inmensa gratitud, dio gracias al cielo.

Las horas parecían pasar múi lentamente.

Aquella noche tempestuosa, al sentir de nuestro joven, tendría qué ser eterna.

No hai necesidad de manifestar el abatimiento i horror del náufrago en medio de aquella obscuridad i a disposición de la intemperie.

Por fin cesó el huracán. El horrísono fragor de los rayos se fué alejando poco a poco. El mar volvió a quedar en calma.

....

Los primeros tintes del alba llenaron de inefable consuelo a nuestro joven, pues la luz después de una larga noche de insomnio por cualquier circunstancia, es un bálsamo que da aliento a nuestro espíritu i cura el abatimiento i la melancolía de nuestro corazón.

La diamantina luz del sol brilló tranquila i sonriente, i nuestro joven pudo comprender que estaba múi distante de la playa, por cuya circunstancia pensó tristemente que tendría

qué morir de hambre i de frío en completo abandono sin poder mover ningún recurso de salvación.

Pero Nuestro Dios cuando le pedimos con todas las veras de nuestro corazón, no nos deja desamparados i se vale ocultamente, como lo llevamos dicho, de circunstancias naturales, al parecer hijas de la casualidad.

Serían pues las diez del día cuando allá múi a lo lejos, sobre la playa, se distinguieron dos hombres.

Eran dos individuos que andaban en busca de unos jumentos; pues con motivo de la nocturna tempestad, se les habían extraviado.

Rutilio empezó a dar grandes voces; pero ni siquiera el eco le contestaba, que un grito allá en la inmensidad, a múi poca distancia se desvanece.

Entonces quitándose la camisa la colocó en la punta de un remo que por mera casualidad había guardado consigo, i a guisa de bandera empezó a ondearla fuertemente en el aire.

Pronto llamó la atención de aquellos dos hombres, i aunque no distinguían perfectamente a Rutilio, bien comprendieron que algo notable ocurría según aquellos movimientos significativos.

Inmediatamente corrieron al caserío más inmediato a dar cuenta del suceso, i para las tres de la tarde unos diestros pescadores echa-

ron sus botes al mar, i con grandes muestras de júbilo salvaron al náufrago.

Rutilio cuando saltó a tierra cayò de hinojos dando gracias al cielo; después dio muestras de mucha gratitud a todos los que le salvaron la vida.

A pocos días nuestro joven volvió a vagar por el mundo sin rumbo ni dirección atravesando breñales.

Una noche, en una serranía, soplaba un viento glacial i los árboles se vistieron de nieve.

Rutilio se lamentaba tristemente aterido por aquella fuerte nevasca. En esos momentos acertaron a pasar por allí los bandoleros de que ya hicimos mención i lo condujeron a la gruta donde al día siguiente fue sorprendido entre aquellos facinerosos por sus mismos antagonistas que lo condujeron a la prisión.

———

Entretanto los marinos de la isla en vano buscaron al joven por todas partes.

El discreto lector podrá imaginarse la tristeza tan grande que sentirían aquellos hombres i más el anciano que tan entrañablemente amaba a Rutilio.

Cuando al cabo de algunos días encontraron pedazos del barquichuelo, tristemente se convencieron que nuestro joven había quedado sepultado para siempre en los abismos del mar.

———

XXVII.

CONDUCCION DE LOS REOS.

Volvamos pues al pueblo i prisión de Rutilio.

Al siguiente día del famoso narcótico, vimos con grande asombro que los alguaciles sacaron de la cárcel atados fuertemente a Rutilio i a los bandoleros para conducirlos al servicio de las armas.

Pero ¿en qué consistió que Gamaliel no pudo salvar de nuevo a Rutilio?

¿Acáso el narcótico no produjo ningún efecto?

A la simple vista cualquiera podría juzgarlo así; pero lo cierto es que, cuando la mala suerte proyecta su sombra, de nada sirve la ciencia ni el ingenio: pues el narcòtico debía producir su efecto al cuarto de hora, i tocò la desgracia que a los pocos momentos de haberlo tomado, fueron relevados aquellos centinelas por otros que debían cuidar a los reos de media noche en adelante. Así es que, los que tomaron el narcótico, fueron a dormir profundamente a sus hogares, en tanto que Gamaliel viendo frustrados completamente sus planes, por no tener ya más líquido ni poder

mover otro recurso, fué i se arrojó a su lecho, lleno de fatiga i desesperación.

Cuando pasaron frente a la casa de Rosaura, ésta salió a su ventana, i al ver a su amante en aquella triste figura, estalló en su alma una tempestad de lágrimas i sollozos que se agolparon a su rostro pálido i afligido.

Rutilio se conmovió hondamente al contemplar a su tierna zagala con su traje de luto i su rostro melancólico derramando torrentes de lágrimas, por lo cual quedó convencido que en aquel corazón todavía existía aquel amor puro i virginal de la primavera juvenil.

Largo rato se quedó enternecido contemplándola.

Los alguaciles i los reos quedaron embobados ante aquel cuadro inesperado i conmovedor.

Al fin el cabo o sargento con voz imperiosa gruñó:

—¡Adelante!—

I poco a poco se fueron alejando en medio de la admiración de los circunstantes.

Rosaura una vez que vio a Rutilio desaparecer allá en la lejanía, no sólo siguió derramando lágrimas, sino que fué i se ocultó entre el follaje del jardín i prorrumpió en sollozos i gritos desesperados.

D. Próspero al oír aquellas exclamaciones lamentables, fastidiado comprendió de lo que se trataba, i lleno de cólera fué a increpar a

Rosaura, la cual entregada a su dolor, no hizo caso de las amenazas.

Rutilio caminaba pensativo llevando en la mente la imagen lacrimosa de Rosaura, i sintiendo el corazón oprimido por el odio a los tiranos, sin encontrar un medio seguro i eficaz para volver a su tierra natal supuesto que iba múi bien asegurado i consignado al servicio de las armas.

Ese día llegaron a la cabecera de la Municipalidad.

A los pocos días salieron libres los bandoleros según la promesa del secretario, i Rutilio fue conducido a la capital del Estado con todas las formalidades de lei, sin esperanza quizá de volver a sus patrios lares.

———

XXVIII.

OTRA VEZ EL MILITAR.

Un año transcurrió i nadie obtuvo ni la más leve noticia de Rutilio.

El militar con pretexto de revisar ganado, volvió gustoso con el firme propósito de reanudar sus amorosas relaciones con Rosaura.

Grande fue su alegría al verse de nuevo

agasajado por D. Próspero, el cual refirió que por fin había sido lograda la captura de Rutilio i consignado irremisiblemente al servicio del gobierno.

Múi satisfecho se sintió al ver que ya nadie podría ponerle dique al torrente de sus anhelos.

En el acto dirigió a Rosaura sus múi elegantes misivas manifestándole que sólo el imán de su hermosura pudo atraerlo de nuevo al pie de sus altares para rendirle homenaje i quemarle el incienso del cariño i la ternura.

A Rosaura en realidad no le era antipático el militar, pero no sentía para él aquel acendrado cariño, aquella inexplicable inquietud, i aquella melancolía dulce i suave que experimentaba con su trovador ausente.

D. Próspero i esposa, como siempre: enpeñados en que Rosaura correspondiera incondicionalmente a los cortejos del militar; tanto que, siempre que se acercaba a la ventana, fuera por lo que fuera, pretextaban cualesquier negocio, como en otros tiempos, i los dejaban solos.

En una de estas entrevistas, el militar al saludarle a Rosaura, le estrechó fuertemente la mano sin querérsela soltar por ningún motivo, i en esta actitud le habló de esta manera:

—¿Por qué tan esquiva os mostráis conmigo, Rosaura? ¿Tendré qué estar privado para

siempre de ese cariño angelical que existe allá en el fondo de vuestro inocente corazón? Decidme en una palabra que me amáis; decidme que las puertas de vuestro corazón están abiertas para depositar en él toda mi confianza; que vuestras miradas apacibles serán el bálsamo refrigerante que mitiguen el fuego de amor que me consume. Sí, Rosaura de mi alma, mi corazón es un volcán i sólo vuestras palabras de amor serán la lluvia placentera que lo mitigue.—

Un pobre anciano andrajoso i pordiosero que permanecía a corta distancia, se acercó i con acento plañidero exclamó:

—Por piedad, señor, os pido una caridad para cubrir mis necesidades. No olvidéis que el Señor promete el ciento por uno a todos los que protejen a sus pobres, i además promete recompensarlos en la vida eterna.—

El militar que no estaba por dádivas por no traer allí ni un centavo, i siendo su anhelo arrancar una palabra de amor de aquella joven por quien estaba locamente rendido, contestó con frialdad:

—Amigo, para otra ocasión!

—Señor,—insistió aquél— no despreciéis al hambriento que lleno de harapos i de vergüenza anda impetrando la caridad pública.

—Amigo mío, no es aquí lugar oportuno.

—La caridad se puede impartir a todas horas, i no hai para ella luz, ni obscuridad, ni frío ni calor....

—¡Vaya con el necio! no se me antoja. Idos de aquí, no seáis importuno.

—Los pobres siempre lo somos, pero debemos.....—

El militar indiferente a las palabras del mendigo prosiguió:

—Rosaura, dadme siquiera dulces esperanzas de que algún día me veré correspondido; sabed que mi corazón palpita sólo por vos, i que mi existencia tan sólo en vuestro cariño puede encontrar la puerta de la felicidad.—

Rosaura forcejando por desasirse del militar, contestó con ternura:

—No puedo complaceros.....

—Sí, mi virgencita,—replicó éste en actitud suplicante—sí podéis; decid siquiera que algún día se ablandará vuestro corazón bajo las condiciones que me impongáis i yo quedaré satisfecho.

—¡Vaya!—dijo el mendigo moviendo la cabeza—os enfadáis porque imploro de vos un pequeño recurso, i no compredéis que fastidiáis forzando la voluntad de una débil criatura?

—¡Miserable!—dijo el militar soltando la mano de Rosaura i dando un paso hácia el mendigo—¿Con qué derecho os atrevéis a entremeteros en lo que nada os importa?

—El derecho natural reclama que todo acto debe ser espontáneo i no forzado: si esta señorita os amara no habría necesidad de sujetarla de la mano con tanta insistencia.

—¡Insolente!—dijo el espadachín empuñando las manos si os escarmentara en estos momentos para que supierais lo que vale entremeteros ¿qué diríais?

—Que haciais de nuevo múi mal, porque atropellar a un pobre anciano desvalido i lleno de alifafes, sería no tener pundonor; sería desdorar la hidalguía i buena reputación, cualidades características de un valiente militar.

—Rediez!—dijo aquél con sorna—Cuánto me regustan los filósofos de muladar; pero lo que más me repatea es vuestra destachatez, desenvoltura i desvergüenza.—

Rosarura desde que se vio libre del militar, desapareció de la ventana.

El uniformado todo mohino siguió adelante farfullando palabras incoherentes.

El mendigo con mucha sangre fría siguió de puerta en puerta implorando la caridad pública.

XXIX

LA PETICION.

Después de varios días el militar previendo que por sí solo no lograba conquistar el corazón de Rosaura, se decidiò terminantemente

pedirla en matrimonio, sintiendo en su corazón más que el amor que lo traía inquieto, el capricho i el amor propio que existe en la mayor parte de los jóvenes de triunfar en sus lances amorosos.

Acompañado pues de los principales vecinos de aquel pueblito, gallarda i lujosamente se presentò en la casa de D. Próspero a pedir la mano de su idolatrada.

D. Próspero con una sonrisa que jamás la felicidad había dibujado en sus duras facciones, apareció en el salón a cumplimentar con mucha cortesía a sus visitantes.

No faltaron por parte del militar los ricos presentes, las flores i exquisitos licores.

Después de varios brindis en medio de ruidosa animación, se le manifestó a D. Próspero con lenguaje afectado i lleno de reticencias i de ripios la pretensión del gallardo militar.

—No me extraña—dijo D. Próspero—que hayáis venido a honrar mi pobre casa para hacerme tal manifestación por no carecer ya de indicios, pero un asunto de esta naturaleza, reclama quizá un prolongado espacio de tiempo supuesto que hai qué hacer grandes investigaciones para poder contestar satisfactoria i categóricamente.

—Señor,—dijo el militar—abusando de las atenciones con que me habèis distinguido i en vista de tanta bondad, me atreví a presentarme ante vos quizá para turbar vuestra

felicidad; pero por todo os pido mil perdones i espero en vuestra indulgencia no guardéis para mí ni el más leve resentimiento. Yo lo que anhelo ante todo en vuestro hogar, es la conformidad, la dicha i el contento.

—Señores....—se oyó la voz lastimera del mendigo—por piedad os pido una caridad para cubrir mis necesidades.

No os olvidéis de los.......desheredados de la fortuna.—

El militar i D. Próspero le dieron a la vez una mirada sañuda: materialmente aquel hombre les chocaba; la figura de aquel mendigo les era por completo repugnante. ¿Por qué a todas horas i en todas sus acciones parecían tener un testigo en aquel sujeto?

¿Por qué con su tonillo plañidero interrumpía los momentos de felicidad? ¿Acáso aquel hombre sería espia de Rutilio?

—Amigo,—dijo D. Próspero con rabia—¡vámos! ¡zampalimosnas!—

I alargò la mano dándole un centavo, no tanto por caridad, sino por quitarse de encima aquella molestia.

—Dios Nuestro Señor os premie.....el Señor os dé a manos llenas......¡oh cuán satisfecho me siento acercándome donde se respira el perfume de la felicidad....—

El mendigo se sentó en el umbral de la puerta manifestando mucha gratitud.

—Pues señor:—prosiguió el militar—perdonándome todas mis molestias i necedades,

suplico a vos que os dignéis darme vuestra resolución. Comprendo mi atrevimiento, i bien veo que soi indigno de la merced que os pido, mas todo lo hago impulsado por la simpatía que me inspira vuestra generosidad.

Muchas veces vacilé en haceros esta petición, no por temor a un frío desaire, pues en el termómetro de mi raciocinio he medido vuestro carácter bondadoso, pero sí, por no causaros una impresión desagradable.. que podría........

—Señor subteniente: atendiendo a vuestra exquisita i fina educación i a las consideraciones con que nos habéis honrado, no puedo rechazar en lo más mínimo vuestras intenciones, pero bien comprenderéis que mi deber es aplazar un poco mi resolución por muchos motivos; mas para probaros mi deferencia, este asunto i otras circunstancias que fortuitamente concurran, quedan desde este momento bajo mi exclusiva incumbencia. Confiad en mi palabra i dentro de un mes podré contestaros satisfactoriamente.

—Tan sòlo vuestro elevado altruismo es el móvil de tantas consideraciones que sólo pueden merecer personas de alto rango i de preciosas cualidades; conozco mi bajeza i por tanto me apresuro a daros un millón de gracias i prometeros mi eterna gratitud.—

Despuès de otras frases ampulosas i mil atenciones, salió aquel cultiparlista i su comitiva radiantes de satisfacción.

D. Próspero sintiendo el corazón acariciado por la codicia, única circunstancia que lo llenaba de placer, le habló a solas a Rosaura i le dijo lleno de amabilidad:

—Ya veis, hija mía, la felicidad parece rogarte con sus caricias; persona de cualidades exquisitas i rango tan distinguido como lo es el señor Santoscoy, se presentó ante mi lleno de afabilidad i cortesía a pedirme tu mano. Múi duro es para mí acceder a tal petición, pero como yo soi el responsable de tu bienestar, obligado me veo a sacrificar todos mis afectos con tal de ver cifrado tu porvenir. Así pues, te voi a conceder la realización de tus ensueños, no obstante que no te has dignado por tu parte hacerme ni la más pequeña indicación.

—Padre mío!—dijo Rosaura con débil voz.

—Todo te dispenso, hija mía; las jóvenes muchas veces no hacen partícipes a sus padres de estos negocios, temiendo que les quiten por decirlo así, del corazón aquel tesoro lo cual sería un desatino que demostraría múi a las claras la falta de cordura. De manera que dentro de un mes tengo qué resolver, i si tú te portas sumisa i obediente en todas mis indicaciones, me esforzaré, pues, a no dar una negativa.

—Pero...padre mío.....

—Qué tienes qué objetar? Yo mismo pondré de mi parte aunque sea mi voluntad.

—Lo cierto es, padre, que no le amo ni tengo compromisos con él de ninguna clase.

—¡Cómo no le amas i es una de platicar con él a todas horas, que si no fuera por mi prudencia ya te habría dado mil avergonzadas!

—Que él tenga inclinación hácia mí: que él en todas sus conversaciones me insta que le corresponda, no lo niego; pero ya con eso quedo obligada a unirme con él en matrimonio?

—Pues no es tanto; eso no tiene caso: muchas veces más vale empezar odiando i acabar amando, i no empezar amando i acabar odiando; ya tiempo i motivos habrá de que sientas para él grande simpatía. Alcabo eso que le nombran pasión o amor no es mas que una locura que se disipa una vez traspasando los umbrales del matrimonio, i sólo puede servir de base para el bienestar, la conveniencia, o hablando claramente, el dinero. No imites a tantas jóvenes románticas que se fijan en nimiedades; «que mi corazón no se haya completamente inclinado hácia mi novio;» «que yo soi múi celosa i quizá perderé el juicio cuando vea que mi consorte dirija simplemente sus miradas a otra mujer.» No, aquí no se trata de personajes romancescos, aquí se trata de la realidad, que es lo que al fin i al cabo constituye la felicidad. Además, si amor, cariño i atenciones deseas, él todo te puede proporcionar, basta con la voluntad tan excesiva que te profesa; i no sería cordura, después que nada merecemos, salir con

una negativa que serviría de escollo para el naufragio de tu felicidad,

—Por Dios, padre, no tengo voluntad para casarme con ese hombre aunque esté dotado de mil cualidades, i por tal motivo bien puede Ud. no sacrificarse por parte mía.

- Pues quieras que nó te has de casar con esta persona supuesto que yo soi el responsable de tu porvenir,

—Así es, padre mío, que me forzáis a que tome estado contrario a mi voluntad?

—Ultimadamente, Rosaura, ya de razonamientos basta. Además ¿qué significa esa interrogación amenazante?

Ya también estás imbuida en esas ideas erróneas de ese Ripalda i de esa Constitución, que los hijos son libres para abrazar el estado que mejor les plazca? Estás en un error craso, jovencita bisoña, si nadie es libre, todos tenemos quien nos gobierne i nos dirija.

Si así fuera, el mundo ya se habría convertido en una bola de changos i acabaríamos por no entendernos. ¡Vaya con los necios! Ya parece que iba a seguir esos consejos rancios de Ripalda, i por no contrariar tu voluntad, te iba a dejar casar con el primer mentecato que pasara por la calle. Según vamos dentro de poco establecerán que los hijos son superiores a los padres. Pero los desequilibrados legisladores pueden escribir lo que gusten, que alcabo en mi casa yo mando i nadie más: pésele al mundo. No quiero que pronuncies

otra palabra en contrario porque me veré obligado a seguirte dando las leccioncitas de solfeo que ya tú sabes sé dar i que no soi mal catedrático.

Pero en fin, para que no algún día vayas a decir que forcé tu voluntad, te voi a poner al frente esta disyuntiva:

O te casas con el señor Santoscoy o sales vergonzosamente de mi casa a la calle.

Así no dirás que te forzo; de esta manera, pues, quedas en libertad. Hai piensa, estudia i delibera todo este mes i me resuelves, ¿eh?—

D. Próspero salió a la calle, i Rosaura quedó tan profundamente abatida, que sería largo i prolijo querer describir, su crítica situación.

XXX.

ESCENAS EN EL BOSQUE.

En el bosquecillo aquel donde en otra época vimos penetrar a Rosaura radiante de ilusiones i donde más tarde fue la riña del militar i Rutilio, había una pequeña gruta guarecida de los helados vientos de la sierra por unas altas rocas cubiertas de musgo. Allí tras de aquellos riscos era el albergue del mendigo, el cual hacía cinco meses había

llegado al pueblo de Rosaura. Allí cuando la incierta luz de la tarde parecía morir en brazos del misterio, aquel pobre anciano se recogía para entregarse a la oración i al descanso después de haber mendigado por todo el pueblo, dando a la vez múi buenos consejos a quien los había menester.

La noche a que nos referimos no brillaba la luna, pero el cielo estaba espléndido por la nítida brillantez de las estrellas.

Al toque de ánimas salió Rosaura de su hogar apresuradamente en compañía de una criada i se dirigió al bosquecillo.

¡Cuánta diferencia de aquella tarde sonriente en que la primavera de sus ilusiones brillaba en su alma, a esta noche en que sin duda la agitación minaba su existencia!

Todo lo presente parecía contrastar con lo pasado.

Un suspiro casi ahogado por la fatiga quiso escaparse de su pecho al recordar aquella felicidad que había desaparecido como un meteoro.

—¡Dios mío!—dijo al llegar junto a las rocas—todo está silencioso; i si no está el mendigo? ¡Oh Padre celestial, tened compasiòn de mí!.....—

Pero ¿qué significaba aquella salida intempestiva de Rosaura, i esa ansiedad por entrevistarse con el mendigo?

A pocos momentos ya estaban tras de la rocas a la entrada de la gruta.

Todo estaba silencioso; ni el más leve ru mor turbaba la calma de aquella soledad agreste; parece que ni el céfiro se atrevía a mover sus alas entre las frondas por no inte rrumpir el majestuoso silencio de la noche.

La dulce voz de Rosaura vibró entre aque llas rocas; pero sólo el eco le respondía como si alguna ninfa de los bosques remedara su voz.

—¡Tío Julián, tío Julián!—prosiguió lla mando.—

Al fin la voz del mendigo, clara i sonora vibró, más que entre aquellos riscos, en el corazón de Rosaura que soñaba encontrar un oráculo en aquel hombre.

—Soi Rosaura, tío Julián, soi.....

—Pasad si no os deshonráis.

—¡Oh dicha que diviso en lontananza! Bendito sea Dios que os encuentro; temí no encontraros, pues es mucho, mucho, lo que necesito de vos.

—De mí, señorita Rosaura, necesitáis? Pues en qué puede ser útil un pobre anciano achacoso, ignorante i casi repelido por la sociedad?

—No digáis eso; vuestra fama ha cundido por todas partes que sois filòsofo, sabio i prudente; que aconsejáis, que presajiáis, i en fin, que consoláis a los que sufren de esas enfermedades morales que marchitan el corazón.

—Mal os han informado i múi buen concepto os formáis de mí, pero en nada puedo serviros porque no poseo ninguna de esas cualidades.

—Por Dios, tío Julián, no me neguéis vuestro auxilio; vos me inspiráis grande simpatía i confianza,.....por tanto os suplico.......

—Bajad la voz, Rosaura, porque en estas noches silenciosas i a la altura en que estamos, las palabras se oyen perfectamente en las hondonadas i principalmente allá en el caserío, i fácilmente pueden escucharnos.

—Dispensad mi falta de reflexión; mi asunto es múi breve i en pocas palabras quiero manifestaros que mi padre me obliga con grande imperio, con grandes amenazas a casarme con el subteniente, lo cual para mí es contra toda mi voluntad: no le amo, no puedo amarle, es imposible..... Álguien me ha dicho que vos habéis solucionado algunos casos difíciles i yo vengo..... yo vengo confiada en que vos me diréis con todo acierto lo que debo hacer conforme a la razón.

—Conforme a la razón no puedo deciros nada; conforme al deber algo podría.

—Decidme, decidme por piedad, cuál es mi deber.

—Vuestro deber en este caso es obedecer a vuestro padre.

—¡Dios mío!—exclamó Rosaura exhalando un suspiro—hasta vos sois cruel conmigo.....

—No es crueldad, Rosaura, el deber de una

hija sólo se limita a la obediencia, i nada más; ya se ve que en el terreno de la razón este proceder de vuestro padre no será punible pero sí reprochable, pues ya sabéis que la misma Iglesia aconseja a los padres de familia darles a sus hijos estado no contrario a su voluntad; las leyes civiles no aconsejan sino determinan que el matrimonio ha de ser libre i espontáneo, i en cierta edad, aunque los padres se opongan, hai libertad para efectuarlo; i todavía más, el derecho natural exige que el matrimonio debe de llevar por base la voluntad, porque sin el cariño recíproco de los cònyuges, es imposible la felicidad doméstica.

—Este último razonamiento—dijo Rosaura con énfasis -es precisamente el que más me contrista ¿Cómo voi a fingir toda la vida un cariño que en realidad no existe? ¿Cómo voi a pasar toda mi existencia oprimida i marchita de mi corazón, subyugada sin otro aliciente que el cebo de la riqueza? No, esto no puede ser; esto no sólo es humillante, sino desesperante; casi casi, mejor prefiero......

—No os entreguéis, Rosaura a la desesperación; Dios, según la opinión de un gran filósofo, «no hizo a nadie a quién desamparar;» confiad en sus decretos inescrutables, i confiad también.....

—¡En quién!—lo interrumpió Rosaura.

—En su Divina Providencia. Yo entretanto, si vos confiáis en mí; si guardáis completo

sigilo; si sois discreta i seguís mis indicaciones, yo pondré de mi parte.....

—Con todo mi corazón! ¿Decidme qué debo hacer?

—En primer lugar obedecer a vuestro padre, i en segundo....

—¡Oh Dios mío! No, entonces vamos a dar donde mismo. Señor, tened compasión de mí. De una vez voi a haceros mi cenfidente: yo no puedo pertenecer a nadie más que a Rutilio; él me ama i yo juré amarlo, i no quiero ser perjura.

—¡A Rutilio decís que amáis!—dijo el mendigo asombrado.

—Sí, a Rutilio. ¿Le conocéis?

—Hace un año, poco más, que lo conocí de soldado allá en la capital del Estado cuando iba a partir su Regimiento con rumbo a Sonora; pero no os forjéis ilusión, las últimas batallas que han desplegado los yaquis en contra del gobierno, han sido sangrientas, i quizá Rutilio ya sucumbiría.

—Dios que es tan bueno ha de permitir que viva, pero si le plugo llevarlo a su mansión, siempre, siempre, no importa, le seré fiel hasta la muerte.

—Está bien, Rosaura, pero según veo de nada os voi a servir supuesto que no queréis seguir mis indicaciones.

—Tío Julián,.... poneos en mi lugar.....

—Por fin, Rosaura, os compadezco pero no quiero persuadiros..... confiad en mí; juradme

no oponeros a nada: todavía si os veis al pie de los altares, i yo estói presente, yo seré el esquife que os salvará del naufragio.

Id tranquila, i yo juro por mi nombre....—

El mendigo temblaba emocionado i prosiguió:

—Rosaura, idos pronto, pues aunque no es múi noche, no sea que os echen de menos i las cosas empiecen a complicarse antes de tiempo; además van dos noches consecutivas que el militar que tanto me odia, ha venido a buscarme tal vez con malos propósitos. Idos, por Dios, i llevad en vuestro corazón el juramento que os he hecho de salvaros del conflicto.—

Rosaura llena de confianza prometió al mendigo no oponerse a nada i aun guardarle atenciones al militar; i en compañía de su criada en el momento descendió al caserío.

El mendigo exhaló un suspiro, hondo, múi hondo, i sólo se oyó entre las rocas el murmullo de su voz al rezar sus acostumbradas oraciones.

———

Una hora había transcurrido. Par la parte más alta de aquel ribazo, de pronto se oyó el crujir de las ramas de los arbustos. En otras ocasiones el mendigo cuando sospechaba algún atentado, escapaba por entre las rocas precisamente por donde ahora fue asaltado.

Presentía alga funesto, i pronto quiso escapar o ponerse en espionaje.

Mas todo fue en vano: Cuando quiso trepar a una de aquellas rocas abruptas, una voz jadeante le dijo:

—¡Bandido!—

I al mismo tiempo un revólver le fue amartillado en el pecho.

Era el militar que efectivamente ansiaba encontrar solo al mendigo, pues dos o tres veces habían sido ya burladas sus tentativas.

—¡Bandido!—repitió el militar—creíais que no se había de llegar la hora de dar cuenta múi estrecha de vuestras acciones!—

El mendigo de pronto enmudeció: era que su ánimo se había conturbado, pero haciendo un esfuerzo poderosísimo, recobró sus facultades, i con mucha serenidad dijo:

—Pero, señor subteniente, ¿qué os pasa? ¿por qué tanta agitación? ¡decid! ¡hablad! ....

—Sois un infame! Sois un intrigante! Perturbador de toda una sociedad. Debajo de esos harapos asquerosos se me figura que hai un espía, un traidor o un rival. ¿Qué significa esa marcada tenacidad en ser testigo de todas mis acciones?

¿Qué significan esas especies que de cuando en cuando soltáis augurando que si Rosaura se casa conmigo tendrá que ser desgraciada? Lo sé todo ¡infame! ¡falso adivinador! Buen prestigio estáis alcanzando entre la gente crédula i fanática. Buena ganancia es-

táis cosechando con vuestras charlas i supercherías.

Ante todo, respondedme categóricamente, ¿quièn sois vos?

—Ya lo veis, un pobre mendigo que sufre los rigores del infortunio.

—I ¿por qué andáis observando todas mis acciones, i entremetiéndoos en lo que nada os importa?

—Nada me importan vuestras acciones. Yo mendigo de casa en casa i como yo tengo para vos grande antipatía, cada que me veis se os figura ver en mí un espía. Que yo en cierta ocasión os haya dirigido la palabra cuando obligábais a Rosaura que os correspondiera, sólo era una chanza hija de mi natural carácter.

—Chanza!—dijo el militar con desdén—a jugar chanzas al arroyo; conmigo no las juguéis porque os ha de costar caro.

—Además,—dijo el mendigo—yo si he dicho que si Rosaura se casa no sería feliz, eso a vos también os lo digo.

—Insolente! a mí también queréis embaucarme con vuestros augurios?

—Pero señor subteniente, este no es augurio, yo me baso en este argumento lógico: si dos que se juran i se aman entrañablemente, una vez que llegan a la cumbre de sus anhelos, todas sus ilusiones. todos sus ensueños se desvanecen cuando les pega el sol de la realidad, así como se desvanece la bruma de los

mares con las miradas del sol, ¿qué felicidad podríais alcanzar vos si Rosaura......pena me causa deciros, pero yo sé que no os ama.....

—¡Desgraciado! os acabáis de acusar vos mismo que todo lo sabéis i con esto quedan comprobadas vuestras intrigas con que inquietáis los frágiles corazones de las mujeres tontas i crédulas.—

I diciendo esto se cambió el revólver a la mano izquierda, i con la derecha dio un fuerte bofetón al mendigo, el cual soportó con toda prudencia i dijo:

—Señor, en nada creo ser responsable, i en nada creo haberos ofendido, pero si así lo juzgáis vos, pido me hagáis favor de dispensarme.

—Cuán descarado sois;—dijo el militar—ese descaro, quizá, os guardará la vida; pues en realidad mi indignación me trajo aquí sin otra intención que arrancaros la lengua o perforaros el pecho.

—Es verdad que todo está en vuestras manos, pero Dios que todo lo ve, Dios que todo lo oye, tarde que temprano premia o castiga....—

El militar sólo dijo:

—¡Hum!......—

El mendigo sacó su eslabón, picó fuego i encendió un cigarro. Como por distracción al dejar caer la yesca encendida, dejó caer a los pies del militar un pequeño envoltorio humeante. En cuanto aspiró el humo el espadachín, sintió en su garganta i en su cere

bro una cosa horrible; quiso lanzar un grito pero su respiración se había interrumpido, i como descoyuntado cayó al suelo.

El mendigo, entretanto, se había ido retirando poco a poco para no aspirar aquellos gases mefíticos, i cuando vio a su adversario tendido en el suelo, encendió más envoltorios i los arrojó prontamente al rededor de aquellas rocas que daban el aspecto de centinelas gigantescos, i luego desapareció por entre los arbustos.

Era natural, el militar no estaba solo; a cierta distancia estaba su asistente que al no percibir ningún ruido, se lanzó a la gruta con un revólver en cada mano.

Con la claridad de las estrellas sólo alcanzó a distinguir el cuerpo exánime de su jefe, i al empezar a monologar frases de rabia i maldición, rodò tambièn al suelo, i todo quedò en el más completo silencio.

Cuando el mendigo comprendiò que el humo ya se había disipado, bajó rápidamente de lo más alto del ribazo con la boca i narices cubiertas con un pañuelo, i con gran fuerza i vigor, se echó a cuestas al militar. i en un momento lo transportó a una casuquilla arruinada múi cerca del caserío; después hizo lo mismo con el rígido cuerpo del asistente.

El mendigo después de frotar aquellos rostros pálidos con cierto líquido espiritoso, con toda calma se volvió a la gruta dando gracias al cielo por aquel memorable triunfo.

A pocos momentos subió a lo alto de aquellas rocas. lanzó al aire algunas notas con un cuerno, i descendió bastante satisfecho.

Cerca de la media noche se oyó un silbido, el cual fue contestado por el mendigo. Inmediatamente descendió un individuo embozado i penetró entre las rocas, i después de una larga conferencia, desapareció por entre las anfractuosidades del ribazo, quedando todo silencioso i envuelto en las tinieblas del misterio.

XXXI.

MATRIMONIO DE ROSAURA.

Después de un mes de todos estos acontecimientos, amaneció la casa de D. Próspero llena de animación: Desde las primeras horas de la mañana los criados corrían diligentes disponiéndolo todo, arreglándolo todo: aquí barren, allí sacuden, allá quitan unos objetos, acullá ponen otros.

¿A qué se refería tanto ir i venir, tanto movimiento i tanta animación?

Es imposible creerlo, pero se trataba del matrimonio de Rosaura con el militar.

Pues ¿no vimos a éste rodar al suelo allá

en la gruta i presentar su cuerpo todas las muestras de un cadáver? ¿Hábía entrado sólo en estado cataléptico?

¿Acáso Rosaura seguía fielmente las indicaciones del mendigo, o había entrado el amor a su alma por la puerta de la conveniencia?

En pocas palabras vamos a manifestarlo todo:

El humo aspirado por el militar i su asistente, era efectivamente humo venenoso que de pronto sólo asfixiaba; pero gracias al líquido espiritoso con que el mendigo frotó sus rostros, era éste un medicamento revulsivo, i bastaba sólo su aroma para neutralizar poco a poco el veneno, i sin necesidad de tracciones rítmicas de lengua ni otras operaciones, el asfixiado volvía a recobrar su respiración, pero siempre quedaba aletargado por una especie de modorra en la cual permanecía muchas horas en medio de horribles pesadillas.

I así fue; el militar i su asistente sólo pudieron hacer uso de sus facultades hasta las diez de la mañana del siguiente día, levantándose azorados i en un estado casi deplorable de enervamiento.

Un horror grande le tuvieron al mendigo. Creyeron en él un taumaturgo, un hombre extraordinario, i tanto fue su terror, que de allí en adelante no se atrevieron a decir de él ni siquiera una palabra.

El mendigo, por su parte, múi pocas veces

descendió al casrío, i ya nunca volvió a dormir en la gruta.

Entretanto el plazo fijado por D. Próspero se cumplió, i el militar volvióse a presentar ante él para enterarse de su resolución. Por esta vez fué también el respetabilísimo señor Santoscoy; padre del subteniente, hombre de gran cálculo i penetración; hombre circunspecto i enemigo de ambiciones quiméricas; hombre de opinión contraria a la generalidad: su parecer en cuestión matrimonial era casar a sus hijos con personas de más baja posición para evitar gastos supérfluos, atenciones falsas i empalagosas, i compromisos con la sociedad; i añadía, que, el hombre que se casa con una rica, sólo se convierte en esclavo del deber i muchas veces sin ningún aliciente, pues hai mujeres que se casan con el nombre de ricas heredando de sus padres nada más que la costumbre. Así pues, una vez que su hijo lo instruyó de su noviazgo, se apresuró a ir a complacerlo agradándole aquel partido.

Como era ya de esperarse: la resolución fue múi favorable. D. Próspero sólo impuso una condición, i fue, que los esponsales se celebraran al siguiente día para quedar convencido que no se trataba de ficciones i para no dar lugar a las intrigas i a la maledicencia.

No era este en realidad el motivo: el móvil de tanta precipitación era la ambición i la codicia: soñaba realizar aquel enlace.

Según nuestras leyes nádie puede contraer

matrimonio sino hasta después de 15 días de haberse efectuado la presentación, por cuyo motivo se le habló a D. Atenógenes, el secretario, para que solucionara esta dificultad.

Como conocían perfectamente su carácter por lo que él mismo decía, que, «las máquinas para que giren necesitan aceite,» al tiempo de pedirle su parecer, pusieron sobre su mano unas cuantas monedas. Éstas fueron como focos de luz incandescente que iluminaron su inteligencia, i manifestó: que en el momento iba a escribir el acta de presentación i los avisos correspondientes poniéndoles fecha atrasada i de esta manera todo quedaba subsanado: aun el mismo día podían contraer matrimonio.

Múi bien. Seguiremos pues describiendo los preparativos de la fiesta.

Las jóvenes del pueblito, radiantes de alegría, al estar disponiendo i planchando los mejores trajes para concurrir al matrimonio civil, no hablaban de otra cosa que de la felicidad que le aguardaba a Rosaura al unirse con aquel joven tan rico, tan simpático i tan lleno de cualidades. No faltó en estos diálogos jovencita que inconscientemente suspirara envidiando aquella suerte.

El militar repuesto ya de las consecuencias de la asfixia, corría diligente para todas partes observando i disponiéndolo todo. Él mismo en persona adornó el salón de la casa de su *futura*, como él decía, con guirnaldas i

testones de una manera verdaderamente artística.

Llegó la noche.

Todos los corazones palpitaban llenos de júbilo al ver los suntuosos preparativos.

En el salón lujosamente adornado i lleno de iluminación, empezaron a resonar las notas blandas i expresivas de la orquesta que fue traída de un pueblo circunvecino.

Poco a poco fueron llegando los concurrentes de lo más selecto de aquellos contornos.

En todos los semblantes fulguraba el regocijo; sólo en el semblante de la bella Rosaura se dibujaba el abatimiento, i se traslucía en su mirada una sombra de melancolía.

Pensativa entraba de una pieza a otra sin darse cuenta de sus acciones; tanto que la mamá al observar este ensimismamiento, la reprendió diciéndola que no diera muestras de rusticidad ni de un espíritu menguado. Uno de los circunstantes que también notó su turbación, atribuyó que aquello sólo era efecto de un frenético anhelo de llegar al pie de los altares de Himeneo.

¡Qué situación tan triste para una joven de tanta sensibilidad i de sentimientos tan elevados al ser obligada por la fuerza bruta a unirse no con los vínculos del amor sino con los groseros lazos del vil interés!

Para refrescarse un poco de su agitación se dirigió al jardín. Atormentado su corazón por las dudas más amargas i por los más te-

rribles presentimientos. pasó más de una hora.. Al fin estallando en lágrimas, balbuceó este soliloquio:

—¡Oh Dios mío, si estuviera presente Rutilio, él me salvaría...... Pero nó! siempre sería necesaria la fuerza física i quizá con horribles consecuencias ....

¡Oh! si la sociedad no me pusiera en la frente el estigma de la deshonra, preferiría mejor lanzarme del hogar; pero ¡ai Dios mio! ¡qué porvenir tan obscuro! ¡qué situación tan denigrante!....

Si divisara mi porvenir al través del prisma de la mera conveniencia, me lisonjearía de la presente ocasiòn, pero mis sentimientos son un poco elevados para que desciendan i se arrodillen ante el becerro de oro.....!

¡Horas que pasáis veloces! ¿por qué no detenéis vuestra carrera haber si en mientras las opiniones cambian? Haber si la resoluciòn de mi padre se revoca? Haber si el amor pertinaz de ese hombre se trueca en odio i me vuelve las espaldas?

!Oh noche! ¿por qúé no me envuelves con el más negro ropaje haciéndome invisible a todas las miradas?

¡Oh cielos! ¿por qué no os cubrís de luto i fulmináis relámpagos i truenos aterradores para llenar de confusión a todos los habitantes, i no piensan más en este matrimonio? ¡Dios mío, Dios mío, no me desamparéis en esta situación tan amarga!....

Árboles que en otro tiempo fuisteis testigos de mis juramentos i mis halagüeñas esperanzas, sed también ahora de mi desventura. Si en otro tiempo os regué con lágrimas de ternura, ahora os riego con el llanto del dolor!......—

Su pensamiento quedó fijo sòlo en Rutilio. ¿Qué haría su trovador ausente en esos momentos? Ajeno quizá de aquellos acontecimientos, se lisonjearìa con las dulces caricias de los recuerdos, i se alimentaría su espíritu con la tierna esperanza de volver hácia ella. ¡Qué horror, qué descontento cuando él volviera i ya no la encontrara! ¡Qué concepto se formaría de sus juramentos!

I a ella también aquellos indelebles i dulces recuerdos de las primeras impresiones de amor allí entre las flores de su jardín, le servirían más bien de horribles remordimientos!

Un tenue rayo de luz de la esperanza palpitaba en el cielo obscuro de su porvenir: la promesa del mendigo.

Pero ¿qué podría hacer aquel pobre hombre en su favor? ¿De qué medios podría valerse para salvarla de aquella situación? Si ella hubiera sido testigo de la asfixia del militar, podría haber cocebido algún proyecto; pero lo ignoraba todo. Mas en parte parecía alimentar sus esperanzas al recordar que al siguiente día de la entrevista con el mendigo,

había corrido con el anciano clérigo, hombre de grande talento i de grandes virtudes, a manifestarle su triste desconsuelo, i también éste le aconsejó que obedeciera a su padre i ya Dios proveería, i que tuviera confianza en las promesas del tío Julián. De aqui deducía que el mendigo i el anciano clérigo, pudieran estar de acuerdo para salvarla.

En tanto Rosaura estaba abstraída en estos pensamientos, la concurrencia estaba impaciente por su ausencia. Si no hubiera sido por la música i los constantes brindis, quizá muchos habrían empezado a retirarse.

Rosaura olvidó por completo las atenciones i cumplimientos que la sociedad exige entregándose a la meditación, con lo cual daba pábulo a su melancolía que le era preferible.

Su profundo silencio i su amargo desconsuelo, contrastaban con el holgorio del salón.

Las notas expresivas de la orquesta que en otro tiempo le comunicaban una corriente mágica de sentimientos, ahora llegaban como dardos a herir su marchito i abatido corazón.

El secretario tenía ya una hora, con sus grandes antiparras a media cabeza, conversando en voz baja con el comisario, signo evidente de haber terminado sus actas.

D. Próspero sintió en sus venas hervir la sangre, i empezó a recorrer las habitaciones. Al no encontrar a Rosaura empezó a monologar entre dientes:

—Pues qué se resolvería mejor esta bribo-

na caprichuda a separarse del hogar en vez de asegurar su porvenir?

¡Ah, mujeres tontas i rehacias!

Todavía las coloca uno al pie de la escalera de la felicidad i mejor prefieren rodar al abismo de la miseria.

Pero si aun es tiempo de darle alcance, la llevaré por la fuerza al tálamo de la felicidad, supuesto que yo como responsable de su porvenir, no lamentaré después el remordimiento de la negligencia.—

Por fin ya fastidiado se dirigió al jardín, i al divisar a Rosaura, no se calmó su furor pero ya siquiera pudo respirar con más desahogo.

—¡Rosaura!—gritó ásperamente—¿por qué eres tan impolítica? ¿Por qué en lugar de estar atendiendo a las personas que nos honran con su presencia, huyes horas enteras como los animales a sus escondrijos i madrigueras?

No seas tontita, mujer indolente; no fabriques tu desgracia con los adobes de tu obstinación. No demuestres tan a las claras tu falta de sentimientos i de cordura.

Con esta conducta harto manifiestas que vas como la res al matadero: a fuerzas, a tirones, i ya te lo previne que yo no quiero forzar tu voluntad; todavía es tiempo, todavía puedes escoger entre casarte o largarte.—

Rosaura al oir la voz reseca de su padre, tembló como despertando de un profundo

sueño, pues absorta estaba en la contemplación de aquellos sitios donde en otra época llegaba su trovador amante a decirle al oído palabras dulcísimas de amor, i aquellos deliciosos recuerdos parecían envolver a su alma en el perfume de la felicidad.

D. Próspero no esperó ninguna contestación, i Rosaura compelida con aquella agria reprensión, siguiò inmediatamente a su padre.

Un rumor de alegría resonó en el salón con la presencia de Rosaura. Las notas vibraron, los semblantes sonrieron, las copas chocaron en amistoso brindis, i todo fue holgorio i animación.

Las esperanzas de Rosaura parecían extinguirse allá en su abatido corazón como débiles bujías en medio del huracán.

Confusa i trémula volvía sus ojos a todas partes, i no encontraba en nadie, por decirlo así, el esquife para salvarse de aquel naufragio.

El acto civil dio principio.

Se leyó el acta de matrimonio i todo lo concerniente según lo prescripto por la lei, i se anunció que debían firmar los contrayentes, padres i testigos.

El militar con su gallardía característica se levantó i firmó.

En seguida correspondía a Rosaura.

Aquí fue el momento más terrible de su vida. Su turbación fue sin límites.

Sus fuerzas parecían abandonarla, i prefería mejor entrar en estado de catalepsia que dar un paso a trazar su rúbrica. Por mera deferencia se paró, pero quedó inmóvil como una estatua.

D. Próspero dio una tosida i le clavó su penetrante i sañuda mirada.

El militar sintió que la sangre le hervía i se mordió el labio inferior lleno de indignación.

Toda la concurrencia quedó silenciosa aguardando la solución de aquella actitud en momentos tan solemnes.

De pronto fue interrumpido aquel silencio por el tonillo plañidero del mendigo:

—Señores por piedad, una limosnita para cubrir mis necesidades...... —

Aquella voz destemplada en aquel momento era importuna.

A unos les causó risa, pero a la mayoría les produjo indignación.

El militar tembló a la voz del mendigo: aquel hombre le inspiraba terror.

D. Próspero volvió a toser en medio de un movimiento de rabia, i sólo pudo exclamar:

—¡Rosaura..!—

Ésta se alentó con la presencia del mendigo. i dirigió sus lánguidos ojos hácia él.

El secretario que nunca le faltó el ingenio, se apresuró a decir:

— Es que la señorita padece de cefalalgia i ahorita está en un estado de atonia; mientras

se repone será bueno que firmen los testigos.—

En efecto, empezaron a hacerlo, pero inmediatamente el mendigo dejando caer de un golpe todos sus andrajos, se dejó ver un gallardo joven que con un revòlver en cada mano les apuntó i les dijo:

—¡Ea, desgraciados, matalascallando, yo también falto qué firmar!....—

La confusión fue grande. El desconcierto fue sin límites. La novedad conmoviò a todos los corazones; i la sorpresa contuvo en algunos hasta la respiración.

Aquel joven no era mendigo. Aquel joven había permanecido más de cinco meses disfrazado i sin ser conocido gracias a una finísima peluca.

Aquel joven, en fin, para asombro de muchos i consuelo de Rosaura, era Rutilio!

Rosaura con aquella agradable pero terrible sorpresa, cayó al suelo casi desmayada.

D. Próspero en el colmo de su indignación pidió auxilio al comisario.

El militar impulsado por el orgullo, pero más por la vergüenza, echó mano a su revólver.

¿Pues no vimos a Rutilio, hace más de un año, ser conducido formalmente al servicio de las armas?

Precisamente por esta razón vamos a dejar pendiente el desenlace de esta espantosa tra-

gedia para describir de qué medios se valió para evadirse de la prisión.

XXXII.

EN EL CUARTEL.

Cuando Rutilio se vio formalmente prisionero en uno de los cuarteles de la Capital, aguzaba su ingenio buscando un medio seguro i eficaz para evadirse de la prisión. Pero todos sus proyectos iban a estrellarse contra las rocas de lo imposible. Por fin, después de seis meses, se decidió a poner en práctica uno de sus planes, arriesgándose temerariamente a jugar el todo por el todo.

Cierta mañana después de haber terminado el ejercicio de armas, fue i se sentó, como tenía por costumbre, al pie de un tosco enrejado para contemplar, calle de por medio, un hermoso jardín donde los tordos vocingleros daban sus conciertos matinales revoloteando en alegres bandadas.

Rutilio suspiró tristemente al cotejar su situación con la de aquellos pajarillos.

A pocos momentos llegó a su lado un joven músico, víctima también del caciquismo, el cual dijo en tono festivo:

—¡Hola, Rutilio! Tú siempre meditabundo. Siempre soñando en los ideales purísimos de lo infinito..... Admiro tu carácter i tu ingenio, pero yo te aconsejaría que no te entregues demasiado a la melancolía que tanto amas, porque todo esto redunda en perjuicio de tu salud. No nos entristezcamos; levantemos nuestro espíritu en alas del contento i, algún día..... algún día.....

—Raúl, cómo crees que estòi concibiendo una idea tan feliz, que, ¡oh benditas sean las musas i todos los dioses del Olimpo!

—¡Habla, habla!

—Es que mañana, mañana si tú lo deseas, seremos tan libres como las aves de los bosques.

—No entiendo, explícate.

—Es mejor que no entiendas hasta que yo ponga en práctica mis proyectos.

—Bien; pero se trata de fugarnos?

—Sí, pero no hables recio; no nos expongamos a un descubrimiento. Si realmente has puesto en mí toda tu confianza, júrame por lo que más estimes, hacer todo lo que te vaya indicando i no descubrirme aunque te cueste la vida.

—Lo juro por Dios i por los restos de mi madre.

—Pues bien, no hai qué perder tiempo; en el momento voi a dar el primer paso en este negocio, i ya te iré indicando lo que tienes qué hacer.—

Rutilio se levantó decididamente; recorrió un espacioso corredor, i en un extremo se encontró a solas con un soldado sencillo i candoroso, de carácter alegre i familiar, cuya ocupación era servir de mandadero.

—Caballero i amigo:—dijo Rutilio poniéndole una mano sobre el hombro—quisiera molestarte con un buen servicio.

—No es molestia, podéis mandar.

—Aquí tienes, pues, esta monedita de oro.

—I ¿qué voi a hacer con ella?

—Guardártela para tu servicio a cambio de que vayas a la farmacia «Cólón» a llevarle un recado al farmacéutico para que me mande unas medicinas, pues me estói sintiendo con ciertas afecciones febriles.

—Pero..... ¿tanto dinero por tan poco servicio? ¡líbreme Dios de semejante abuso! Es cierto que soi soldado, pero también sé disfrazarme para ir al confesonario; además estói sospechando que quien sabe si se tratará de traer veneno para cometer algún atentado; yo la verdad.....no. aquí está vuestro dinero.

—Esos son tiquis miquis o escrúpulos de monja; además no debes prejuzgar de un hombre caballero acciones tan villanas; yo si te pago bien este servicio, es porque lo hagas con gusto i para en lo sucesivo tener la confianza de seguirte molestando.

—Bien, bien; siendo así estói pronto a serviros.—

Rutilio cautelosamente escribió un recadi-

to en latín, lacónico i casi ininteligible, dirigido al señor Villafuerte el cual en otra época había sido, allí en la ciudad, su amigo i condiscípulo.

A los 20 minutos volvió el enviado llevando en el bolsillo de su chaquetín unas pildoritas que disimuladamente entregó a Rutilio.

Nuestro joven inmediatamente se las tomó i se acostó a dormir.

Cuando fue hora de comer, Rutilio estaba casi privado por una fuerte calentura.

Pronto se dieron cuenta los jefes, i una vez que lo pulsaron, opinaron remitirlo al hospital; mas Rutilio declaró que con frecuencia padecía accesos febricitantes causados por abundancia de bilis, pero que con facilidad encontraba alivio tomando cierto líquido febrífugo.

—Que traigan pues, pronto;—dijo el coronel.—

Rutilio replicó diciendo que sòlo de noche se podía tomar esa medicina por los accesos de transpiración que tenían qué sobrevenir.

Durante el día nadie se volvió a preocupar por el enfermo.

———

XXXIII.

FUGA INGENIOSISIMA.

Llegó la noche obscura i silenciosa.

Rutilio yacía postrado en su lecho fingiéndose múi abatido.

A la menor insinuación se acercó el soldado i le dijo Rutilio:

—Favor de ir a la misma farmacia i decirle al farmacéutico Armando, tenga la bondad de mandarme la botellita de vino febrífugo; él ya sabe de cuál.—

El enviado lo hizo violentamente, i tanto Rutilio como el farmacéutico, le recomendaron jamás dijera quién le había entregado la dicha botella.

Cuando tocaron a silencio Rutilio fingió adquirir más el conocimiento i empezó a dar voces:

—Qué es esto? ¡Esto no es vino febrífugo! Este es vino de.....parece de agenjo, irritantísimo. Favor de probarlo señor centinela.

—¡Qué agenjo ni qué ojo de hacha!—dijo aquel hombre haciendo un gesto—tiene más bien sabor a vino de uva.—

Efectivamente ese era el sabor nada más que Rutilio se valió de aquel ardid para que todos tomaran.

—Perdonad que os contradiga; favor de brindarles a los demás centinelas i veréis que la mayoría de votos es en mi favor.

—I no hará eso daño?

—De ninguna manera, basta con que su acción principal es tonificar el sistema nervioso.—

El centinela les ofreció a los demás, i entre chanzas i frases jocosas, fingiendo no poder encontrarle sabor, apuraron todo el líquido.

No pasaba un cuarto de hora cuando todos empezaron a bostezar, i a poco en medio del majestuoso silencio de la noche, tan sólo se oía un monótono concierto de ronquidos.

Inmediatamente se levantó Rutilio i descalzo se dirigió al rincón donde se encontraba Raúl enteramente dormido.

—Raúl, Raúl,—decía en voz baja Rutilio—levántate, levántate......

—¡Hum..... quién habla!.....

—¡Chit! cállate, soi Rutilio; levántate prontamente.—

Algo sorprendido se levantó sin saber de lo que se trataba, i también descalzo siguió a Rutilio.

Recorrieron aquel espacioso corredor; subieron por una escalinata guarnecida con un tosco i antiquísimo barandaje de fierro hasta llegar a otro corredor, i de allí penetraron a un ancho salón mal amueblado, en cuyo cos-

tado poniente, a unos tres metros de altura, había una especie de claraboya.

Fijándose detenidamente en los vestigios de columnas i relieves fácilmente se sacaba por consecuencia que aquel salón en otra época había sido capilla, pues era sabido que aquel cuartel en tiempo del virreinato había sido convento.

– Pues qué vamos a hacer?--dijo Raúl todavia un poco modorro.

—Cállate, no hables recio; llegó la hora oportuna de fugarnos.

—¡De fugarnos! Pero......¡de qué manera! se me hace imposible.

—Vas a ver que no es imposible una vez que Dios nos ayude en la inteligencia.—

Rutilio se quitó violentamente los pantalones, el chaquetín i la camisa, i con unas tijeritas que traía consigo, empezó a cortar anchas tiras hasta destruir toda la ropa.

Raúl medio distinguiendo las operaciones de su camarada, sin sospechar de lo que se trataba, se rio interiormente creyendo que todo aquello era efecto de la calentura.

—Presta acá tus pantalones i todo.

—Pero.... Rutilio, ¿efectivamente ya están múi bien delineados tus planes, o temerariamente vamos a arriesgarnos a imitar personajes de novela?

—De manera que tú dudas de mis acciones? Me consideras de ideas tan gráciles que no te pueda llevar a un punto de salvación?

—Ya ves, Rutilio, un asunto de esta natu raleza requiere mucho raciocinio, much cálculo, i tú a la vez no me has hecho ni l menor insinuación de tus proyectos.

—Lo creí innecesario; además tan pront olvidaste el juramento de seguir fielment mis indicaciones aunque te costara la vida' Pero en fin, si no tienes en mí la confianz necesaria, todavía es tiempo de que me aban dones en mi empresa.

—Rutilio, tienes múi justa razón, dispénsa me todas mis faltas i no hablemos más; aqu está lo que me pides.—

Una vez que Rutilio terminó esta clase d trabajo, anudó todas aquellas tiras formand una sola; de allí salió al corredor i ayudad de Raúl empezó a torcerla; luego la dobló e tres partes i la retorció, formando así un cuerda bastante consistente.

Raúl empezó a maliciar aquel curioso arti ficio i sintió el alma llena de satisfacción.

Violentamente fijó Rutilio aquella cuerd de una aldaba de la puerta i el sobrante l arrojó por la claraboya·

—Ahora estate firme para subir yo prime ro.—

Rutilio ayudado de su camarada subió a l estrecha claraboya; colocado allí de estómag i agarrado fuertemente de la cuerda, le dio l mano a Raúl para que también subiera.

—Para no exponernos a reventar la cuerda,

voi a bajar yo primero; espera aquí un momento.

Ya iba descendiendo Rutilio cuando reflexionó que habían dejado sus frazadas allá en su dormitorio, por lo cual retrocedió i le dijo a su amigo:

—Anda violentamente i recoge tu frazada i la mía, pues la noche está completamente fría i lluviosa.—

Raúl descendió al salón; recorrió el corredor i silenciosamente fué bajando la gradería.

En tanto el reloj público de la Penitenciaría marcó la una de la mañana, i se oyeron como a cada cuarto de hora los alaridos de los centinelas repitiendo uno tras de otro su aterrador «¡alerta!»

Raúl tembló al oír aquellos lejanos gritos, pero más grande fue su sorpresa al oír rumor de gente abajo en el corredor. Inmediatamente retrocedió a toda prisa pisando tan sólo con las puntas de los dedos i llegó al salón casi ahogándose:

—Rutilio, por Dios, ya despertó un centinela; la alarma cunde i somos perdidos.

—¡Dios mío ayúdanos, socórrenos—dijo Rutilio alargando la mano a Raúl para que subiera.—

Efectivamente, la alarma en el momento cundió por todo el cuartel.

La luz eléctrica de un golpe iluminó todas las habitaciones, i por todas partes se oían carreras i voces de mando.

Todavía no empezaba a descender Raúl cuando vio venir por el corredor una patrulla, por cuyo motivo sin esperar que acabara de bajar Rutilio, violentamente como acróbata se deslizó por la cuerda. Dos metros que a ésta faltaron para llegar al suelo, no fue mucho para de un golpe dejarse caer.

En el momento la patrulla penetró al salón, i un sargento advirtió la artimaña de la fuga; i al ver el movimiento que la cuerda hizo cuando bruscamente la soltaron los prófugos, se hizo subir en hombros a la claraboya i descargó en diferentes puntos los cinco tiros de su pistola, dando al mismo tiempo las voces de «¡Alto hai! ¡Ríndanse!»

Con las detonaciones i los gritos, la alarma se difundió por las calles.

Los gendarmes municipales, no obstante la llovizna, cubrieron sus linternas con el capote i buscaban a toda prisa el lugar de los acontecimientos.

Nuestros prófugos no hallaban qué partido tomar, pues por todas partes rondaban alarmados tanto los gendarmes municipales como las patrullas de caballería.

Agazapándose contra la pared caminaron dos cuadras escapando a la vigilancia, pero de pronto, junto a ellos i en un rincón obscuro, se desenvolvió un gendarme i los rayos de su linterna brillaron en los rostros de aquellos descamisados.

¡Oh desconsuelo! En aquella triste figura

i a tan altas horas de la noche, de qué medios podían valerse para disculparse?

Les aguardaba, quizá, irremisiblemente un proceso i un calabozo.

Cuando brilló la luz de la linterna, Rutilio hizo impulso por correr, pero el gendarme con voz imperiosa le dijo:

—Rutilio, no corras; no compliques tu situación.—

Rutilio quedó asombrado al oírse nombrar. ¿Quién era aquel sujeto que de un solo vistazo pudo reconocerlo?

Compelido por una fuerza desconocida, quedó inmóvil. I de ninguna manera pudo haber escapado supuesto que inmediatamente llegó el Inspector de policía a todo galope acompañado de dos gendarmes.

—¿Qué novedades ocurren? ¿Qué pasa?—

Pero antes de recibir contestación i al ver casi desnudos a los prófugos, exclamó:

—¡Hola, pajarracos de pocas plumas!

¡Bandidos inquietadores de la paz pública! ¡vámos! ¡adelante!

XXXIV.

NUEVA PRISION I NUEVA FUGA.

No hubo escapatoria: nuestros jòvenes fueron conducidos inmediatamente a la Inspección de policía donde fueron encerrados en un calabozo.

Su situación en pocas horas quedó más complicada aún; pero sus esperanzas parecían no debilitarse, no obstante que habían ambicionado más luz i habían encontrado mayor obscuridad.

Como a la media hora se abrió cautelosamente la puerta de la cárcel i penetró el gendarme que los había aprehendido.

—Rutilio, Rutilio.—Habló en voz baja.

—¿Quién me llama?

—Yo.

—¿Quién sois?

Nada importa quien sea; toma, vístete prontamente; dale a tu compañero este otro uniforme; pero pronto, que no tarda en venir el carcelero.

—Pero.....

—¡Silencio! no repliques.—

Inmediatamente se vistieron de gendarme

Rutilio i Raúl; i guiados por el incógnito, salieron felizmeate sin ser vistos por el carcelero.

Sin pronunciar palabra, recorrieron i atravesaron, con grande precaución, un sin fin de calles hasta llegar a los arrabales de la ciudad.

A una casuquilla de repugnante aspecto les hizo penetrar el gendarme.

La obscuridad era absoluta supuesto que el cielo estaba completamente nublado.

Allá en la lejanía el reloj apenas se oyó marcar las tres de la mañana.

El gendarme cerró su puerta con llave, quedando sepultados en un abismo de tinieblas.

El corazón de Rutilio i de Raúl palpitaban aceleradamente, pues temían de aquella peripecia un fatal desenlace.

El gendarme por fin encendió luz, i quitándose el kepí i unas largas patillas postizas, dijo con agradable semblante:

—¿Me conoces, Rutilio?—

Un grito de júbilo resonó en aquella soledad, i con el entusiasmo de una madre que vuelve a ver a su hijo después del naufragio, se les vio abrazados largo rato.

Raúl sintiò en su corazón el frescor de la ternura al contemplar aquel cuadro del cariño recíproco.

¡Qué agradable sorpresa! ¡Qué felicidad tan sublime!

Aquel gendarme de corazón tan generoso, era Gamaliel, el íntimo amigo de Rutilio.

—¡Oh bondadoso amigo! ¡Oh corazón magnánimo! ¿Cómo podrè corresponder a tus afanes i desvelos?

—No encomies tanto los servicios que obligado estói a presentarte; hablemos sólo de nuestras aventuras i formulemos proyectos para el porvenir. ¿Díme de qué medios te valiste para escapar del cuartel?—

Rutilio refirió con gusto las estratagemas de que se valió i que le surtieron múi buen efecto.

—Pues yo,—dijo Gamaliel,—la última vez que estuviste prisionero allá en tu pueblo, empleé la fórmula del narcótico de hierbas selváticas para sacarte de la prisión, i múi buen efecto hubiera producido si no hubieran relevado a los alguaciles. Una vez que vi fracasados mis anhelos, me decidí procurarme recursos para proseguir mi empresa. En efecto, a los dos meses ya estaba aquí en la ciudad; me disfracé lo mejor que pude; alquilé esta casuquilla, i senté plaza de gendarme. Otros eran mis proyectos para salvarte, pero ya la suerte lo quiso así, enhorabuena. Lo favorable en este lance es que yo te conocí a la luz de mi linterna i que el carcelero o alcaide se descuidó por un momento, sino quizá en vez de aventajar, habrías caído a peor estado.

—Efectivamente,—dijo Raúl—i entonces,

quizá, no nos habría valido ningún subterfugio.

—Ahora lo que importa—prosiguió Gamaliel—es disfrazarnos de otra manera i cambiar de domicilio al otro extremo de la ciudad mientras nos preparamos para seguir nuestra ruta.

—I a ti, Gamaliel, no te sobrevendrá un grande perjuicio con tu desaparición?

—Lo mismo que a ti con la tuya; i a mí menos, basta con que deposité como fianza cien pesos, i queda una cosa por la otra.

—I la renta de esta casa?

—Ya está arreglada: aquí se obliga a los inquilinos pagarla anticipadamente; para no incurrir en nada lo único que haremos es dejar la llave por dentro.—

Así platicando se disfrazaron de la manera más conveniente con arneses i ropa de Gamaliel.

Raúl después de dar las más expresivas gracias, abrazó efusivamente a sus amigos i se despidió de ellos.

Rutilio i Gamaliel, cuando despuntaba el nuevo día, se perdieron en las calles de la ciudad.

XXXV.

DESENLACE DE LA TRAGEDIA.

Nuestros inteligentes i discretos lectores no necesitarán de más explicaciones para comprender que Rutilio a los pocos días de la fuga, llegó perfectamente disfrazado de mendigo a su tierra natal, i que Gamaliel disimuladamente estaba en contacto con él como lo vimos la noche de la asfixia cuando fue llamado con un cuerno i que embozado ocurrió a la gruta. Por tanto, pasaremos por alto otros muchos detalles para de una vez descricir la riña sangrienta que se suscitó la noche del matrimonio de Rosaura.

Vimos, pues, a Rutilio dejar caer su disfraz i apuntarles con una pistola en cada mano. Vimos a D. Próspero pedir auxilio i al militar echar mano a su pistola. Pues bien; de pronto el comisario, el secretario i varios de los circunstantes, quedaron petrificados con la sorpresa, pero al momento recobraron sus facultades i varios de ellos también sacaron sus armas.

Pocos de los esbirros provisionales estaban allí presentes, pero no obstante, el comisario dio orden tronante de aprehensión.

Un individuo enteramente disfrazado que

de una vez diremos que era Gamaliel, se hizo a la espalda de Rutilio, llevando en las manos otro par de pistolas.

Varios de los concurrentes sin esperar siquiera tomar el sombrero, salieron del salón a toda prisa. Los que no salieron tomaron parte, aunque sea de palabra, unos en favor i otros en contra de Rutilio.

En medio de los improperios, las mujeres llenas de terror, lanzaban gritos queriendo evitar un fin sangriento.

Rutilio comprendió que había hecho múi mal en suscitar aquel escándalo dentro de aquella casa, por lo cual desafió a sus adversarios a batirse fuera de poblado.

En efecto, salieron a la calle con grandes precauciones unos i otros, i gracias a que la noche no estaba múi obscura podian distinguirse ambos contendientes.

Afortunadamente las mujeres quedaron en el salón atendiendo a Rosaura que no volvía del desmayo.

Cerca del riachuelo i a treinta metros de distancia unos de otros, se parapetaron entre las piedras i los árboles; i no tardaron en oírse los nutridos disparos de sus pistolas.

El militar al verse rodeado de un buen número de individuos armados en su favor i viendo que por el lado contrario eran múi pocos, quiso dar pruebas de su valor avanzando èl solo para desalojarlos de sus posiciones, pero al momento una bala le atravesó el

pecho un poco abajo de la clavícula derecha i cayò al suelo.

El asistente indignado quiso imitar a su jefe, pero escarmentado retrocedió al sentirse herido fuertemente de un brazo.

Los esbirros i los enemigos de Rutilio hicieron un esfuerzo poderosísimo i con brío inexplicable avanzaron para de una vez lograr la captura. Dos de ellos fueron heridos, pero no obstante, los demás siguieron avanzando con denuedo, i a no ser porque Rutilio i los suyos huyeron haciendo fuego en retirada, quizá los habrían aprehendido.

En el acto recogieron a los heridos, i entre ellos el que presentó mayor gravedad, fue el subteniente por tener la herida en el pecho.

Con múi marcada asiduidad el comisario en persona les hizo la primera curación mientras llegaba el cirujano que a toda prisa habían mandado traer.

Rutilio fué a refugiarse a un cerro escabroso llamado «El Castillo encantado,» llevando una pequeña herida en una pierna.

Gamaliel supuesto que no fue conocido por nadie, se quitó prontamente el disfraz i aun anduvo prestando sus servicios a los enfermos, i tomando parte en los corrillos donde se hablaba de aquel suceso tan sensacional.

Los defensores de Rutilio mas bien eran campesinos, los cuales inmediatamente regresaron a sus hogares.

———

XXXVI.

INCENDIO.

Para no dar lugar a sospechas, Gamaliel, por la noche, se encargaba de llevarle provisiones a Rutilio hasta la gruta de «El Castillo encantado.»

Grandes eran los deseos que tenía nuestro joven de visitar su hogar paterno por hacer casi año i medio que no había recibido aquel placer, pues ni durante su disfraz lo hizo para no dar lugar a sospechas. El secreto, en realidad, sólo existía entre Rutilio, Gamaliel i el anciano clèrigo.

Por fin, a los quince días no pudo resistir sus deseos, i después que pasó la hora del crepúsculo, nuestros jòvenes descendieron cautelosamente de la montaña.

Venían divirtièndose en amigable conversaciòn, ya como grandes filósotos discutiendo sólo por medio de silogismos e hipótesis, ya como inspirados trovadores hendiendo las neblinas de los ensueños en alegres cántigas.

Mas de pronto quedaron silenciosos al distinguir en el caserío una grande iluminación.

—¡Dios mío! ¿qué será? ¡parece un incendio!

—¡Efectivamente, no te quepa duda; i es en una de las principales fincas!—

Fueron avanzando rápidamente i pronto pudieron oir el estruendo que formaba el fuego devastador i el vocerío de los circunstantes.

No obstante el pánico producido por el estruendo, a la simple vista aquel incendio presentaba un aspecto poético:

Primero se levantó una espesa nube de humo negruzco que se destacaba perfectamente en el azul turquí del cielo espléndido i sereno. Después las lenguas de fuego despedían un continuado chisporroteo que al desprenderse entre los claros rayos de la luna, simulaban una lluvia fantástica de gotitas de oro lumínico.

Aprovechando la confusión del vecindario, nuestros jóvenes penetraron al pueblo i llegaron a la casa de D. Secundino sin que nadie se diera cuenta de ello.

Fueron recibidos naturalmente con grandes muestras de cariño.

La mamá de Rutilio no se cansaba de abrazar a su hijo, de acariciarlo i hacerle mil preguntas.

Pero aquella sublime alegría que flotaba en el corazón de Rutilio, pronto se transformó en densa nube de tristeza:

¡Còmo nó! ¡La noticia fue tremenda!

¡Precisamente el incendio había devorado en pocos momentos el hogar de Rosaura,

siendo en vano todos los esfuerzos para evitarlo.

I la pobrecita, según el decir de la gente, había perdido el juicio por tan terrible sorpresa, en tanto que D. Próspero renegaba i maldecía en medio de su crónica borrachera.

Rutilio sintió el corazón enteramente oprimido i se cubrió su semblante de verdadera melancolía,

Gamaliel i D. Secundino procuraron consolarlo i darle ánimo.

—¡Cómo es posible—decía Rutilio—que Rosaura siendo tan candorosa i tan buena tenga qué sufrir esos reveses del infortunio? ¿Qué acáso Dios no es justo? ¿Acáso se complace en que sufra el género humano?

—Rutilio,—dijo su padre—los justos juicios de Dios nadie los comprende: sus designios son inescrutables; nosotros sólo tenemos obligación de respetarlos. Que Rosaura tenga o no culpa, eso no lo sabemos; además, de los pecados de los padres se desprenden consecuencias funestas que muchas veces tienen qué sufrir hasta los hijos; i todavía más, para que te acabes de convencer, desde que Adán i Eva pecaron, sin que tú ni yo tengamos la culpa, quedamos expuestos a mil calamidades i a la muerte sin que podamos evitarlo de ninguna manera. Ánimo pues. hijo mío; confórmate con la voluntad o permisiòn de Dios, que alcabo Él nos crió, Él sabrá qué es lo que hace con nosotros. El hombre para que sea

digno de llevar ese título i para ser feliz, debe arrostrarlo todo, i aun mostrarse con estoico semblante.

Me gusta que seas compasivo; que te sepas condoler de tus prójimos, pero no que te entregues a la desesperación que a nada conduce. Acostúmbrate a que tu carácter sobrepuje múi por encima de las miserias humanas i a contribuir más con tus acciones que con tus sentimientos.

En la presente ocasión supuesto que en nada puedes contribuir para aligerar las penas de Rosaura, ¿cuál es el provecho que sacas entregándote a la melancolía? No, Rutilio, si la Providencia nos depara momentos de felicidad, no debemos desaprovecharlos entregándonos a la preocupación, mejor deja todo en manos de Dios i refiérenos tus aventuras desde la primera fuga.

—Gamaliel,—dijo Rutilio—yo quisiera que a lo menos tú fueras a enterarte de la situación de Rosaura.

—Con mucho gusto;—dijo Gamaliel tomando su sombrero i saliéndose a la calle.—

A pocos momentos volvió i en pocas palabras manifestó que Rosaura no estaba en estado de enagenación, i como D. Próspero tenía otra finca, inmediatamente se había trasladado a ella con su respectivo mobiliario.

Tranquilizado Rutilio con aquellas noticias, de múi buen humor se puso a referir las

aventuras que tuvo en el mar i que ya nuestros lectores saben perfectamente. Cuando refirió aquella parte donde el anciano Montes de Oca lo declaró su hijo presentándole pruebas irrefutables, D. Secundino i esposa empezaron a reír de tan buena gana, que todo era contento i felicidad.

—Padre, verdaderamente es cierto que soi hijo adulterino del señor Montes de Oca e hijo adoptivo de Ud.?

—Prosigue tus aventuras i después te saco de la duda.

—No, padre, para mí es más interesante ese punto que todas mis aventuras, por tal motivo ansiaba que se presentara la primera oportunidad para saber el desenlace.

—Sí, sí,—dijo Gamaliel—desde que Rutilio me refirió la ocurrencia, yo también ansío saber el resultado.

—El buen anciano—dijo D. Secundino—razón múi sobrada tiene para creerlo así, pero lo cierto es que está en un error, i ni él ni yo tenemos la culpa, sino las circunstancias. Voi a referirles claramente cómo se fueron desarrollando los hechos para que se convenzan de la verdad:

———

XXXVII.

NARRACION DE D. SECUNDINO. NUEVA PERSECUCION.

———

—En 1883, en una hermosa mañana de junio, llegó a cierta población donde era entonces mi residencia, un hombre desconocido, que por su lenguaje correcto i los movimientos de su cuerpo, se dejó ver que no era de la clase vulgaresca.

Era D. Arnulfo Montes de Oca.

Traía consigo una criaturita de dos meses de nacida, i cartas de recomendación para mí de un amigo.

En pocas palabras i de mucha reserva me refirió que era hijo suyo, adulterino, i que por ser la madre de costumbres indecorosas, creyò múi de razòn sacar a su hijo del regazo materno i colocarlo bajo mejor crianza.

Los medios de que se valió para sustraerlo, fue mandar a dos hombres vestidos de mujer allá en el silencio de la noche con pretexto de buscar ciertas hierbas medicinales para un cólico.

Inmediatamente que aquella mujer abrió la puerta, los incógnitos le arrebataron el fruto de sus entrañas i echaron a correr.

En vano la pobre madre quiso alcanzarlos dando gritos de horror:

A corta distancia estaba el señor Montes de Oca montado en un brioso corcel; una vez que abrazó a su hijo, escapó a todo correr, dejando a la infeliz madre desconcertada i sumida en el más triste desconsuelo.

El señor Montes de Oca me rogó con todas las veras de su corazón me encargara de la crianza i educación del niño, cuyo nombre quiso que fuera Rutilio i que llevara mi apellido para despistar a la madre que vivía a treinta kilómetros, i para no dar lugar a las murmuraciones de la gente.

Yo acepté gustoso haciéndolo pasar ante el pueblo por hijo mío; nada más le extendí al señor Montes de Oca una constancia (la cual te ha de haber enseñado) manifestando quién era el verdadero padre del chiquitín, para que, una vez creciendo, por tal o cual circunstancia o necesidad, le fuera revelado el secreto.

Algunos cuantos meses estuvo múi puntual el señor Montes de Oca mandándome elementos pecuniarios para la subsistencia de su hijo; pero a poco tiempo tuve la fatal noticia que un avaro le había arrebatado sus terrenos dejándolo en la miseria más espantosa, por lo cual tuvo qué alejarse de sus lares.

Desde esa vez no se volvió a tener ni la más leve noticia de su paradero.

—En consecuencia,—dijo Rutilio—verdaderamente soi hijo del señor Montes de Oca.

—Espera un momento;—dijo D. Secundino—ahora te vas a convencer del fundamento del error:

Había transcuurrido un año cuando la criatura fue atacada por una fuerte neumonía, cuya enfermedad se la llevó al sepulcro.

Pocos días después de este fúnebre acontecimiento, nos cambiamos a este pueblo i mi esposa dio a luz un niño, el cual eres tú. Lo bauticé con el mismo nombre de Rutilio en memoria de aquel angelito que tan gratos recuerdos me había dejado por sus granjeos; ¿ya saliste de la duda?

—¡Qué curioso!—dijo Rutilio—ese pasaje me recuerda varios episodios de algunas novelas que tanto me regocijan. I ¿por qué en otro tiempo no me había Ud. referido tal acontecimiento?

—Ninguna sensación habías experimentado ni entonces ni ahora supuesto que lo que afecta o agrada es el desenlace de alguna incertidumbre.

No era este mi fin. Supuesto que aquello era un secreto, como tal, tenia qué guardarlo fielmente hasta que las circunstancias lo permitieran.

Cuando murió el chiquitín ya no había necesidad de guardar el dicho secreto, pero yo acostumbrado a guardar silencio, jamás se me ocurrió divulgarlo. I ya que te veo entu-

siasmado con tal incidente, voi a referirte un suceso múi curioso que pasó allá en mi juventud:

Había en mi pueblo un individuo llamado también Secundino de la Fuente, cuya filiación no era exactamente igual a la mía, pero como señas particulares i múi notables tenía como yo un dedo estropeado. Este individuo tenía con el gobierno grandes pendientes, por lo cual vivía en continua zozobra.

Cierta madrugada llegó a ese pueblo una patrulla de gendarmes montados i armados, i por la buena o mala suerte de mi tocayo se lo encontraron en la calle. Le marcaron el alto i le preguntaron por la casa de Secundino de la Fuente. Una idea feliz le vino a la memoria. Otro cualquiera habría preguntado cuál Secundino de los dos; pero mi tocayo no vaciló en llevármelos a mi casa, en la cual vivía yo solo por haber en esos días quedado huérfano. Inmediatamente sitiaron la manzana i me dieron la orden que saliera en el acto a la calle:

Al abrir la puerta, mi tocayo quiso correr temiendo que se descubriera que él era a quien buscaban; pero lo detuvieron i en castigo lo obligaron que sirviera de guía para salir del pueblo con otro rumbo.

—Es Ud. Secundino de la Fuente?—me dijo el capitán.

—Servidor de Uds.—contesté con voz firme.

—Presente su mano derecha.—

I al reconocer en mi dedo la señal convenida, en el momento ordenó el jefe me amarraran codo con codo.

—Señor!—dije queriendo hacer las aclaraciones correspondientes.

—¡Silencio!—gritó el capitán— ni una palabra. ¡Adelante!—

Echamos a andar por un cerro escabroso, todos en majestuoso silencio.

Mi tocayo iba pálido como un cadáver, i a cada paso buscaba alguna coyuntura para escaparse; pero el capitán que había notado aquella ansiedad, no lo perdía de vista ni un momento.

Yo, supuesto que tenía mi conciencia tranquila, caminaba con paso firme i rostro sereno. Comprendí el error de los gendarmes, i no hallaba si descubrir al verdadero delincuente o seguir guardando silencio hasta la hora oportuna. Con su lánguida mirada mi tocayo parecía decirme muchas cosas: parecía ofrecerme una docena de responsos cantados con tal de que yo sufriera por él. Por fin se me dio a conocer la terrible comisión que traían.

—Padre,—dijo Rutilio—están tocando fuertemente la puerta.

—Que se aguarden;—dijo la mamá—prosigue.

—Pues la orden que traían por escrito era nada menos que de ahorcarme, o mejor dicho de ahorcar a mi tocayo; i no hubo más explicaciones que echar la soga a un árbol.

—Quién sabe qué pasa;—interrumpió Gamaliel—oigo además cuchicheos i que empujan las puertas i ventanas.

—Voi a ver;—dijo D. Secundino levantándose.—

Rutilio i Gamaliel quedaron impacientes por saber el resultado de aquella situación tan comprometida; pero ya nunca la supieron, pues la interrupción fue completa: El comisario, quizá, sospechando o sabiendo que Rutilio estaba de visita con sus padres, convocó a todos sus esbirros, i una vez que D. Secundino abrió la puerta, se precipitaron como fieras desencadenadas.

Rutilio inmediatamente que vio el peligro, se lanzó como un gamo i se les escapó saltando tapias i cercados.

A Gamaliel por poco lo aprehenden, pues se le acusó de estar en connivencia con Rutilio; pero se defendió con tanto aplomo i con tan buen tino, pidiendo pruebas, pidiendo testigos o cuando menos indicios que no dimanaran de la suposición o la mala voluntad, que al fin lo dejaron pendiente.

El comisario i los suyos viendo frustrado aquel precioso lance, salieron irritados a la calle, i para darle más fuerza a su tenaz persecución, propalaron la falsa noticia de que

Rutilio había sido el incendiario: que él en persona había pegado fuego a la casa de D. Próspero.

Por tal motivo el comisario dio la orden terminante a todos los vecinos para que inmediatamente que se diera a luz, lo prendieran como diera lugar, ofreciendo a la vez una buena gratificación al que lograra efectuarlo.

Rutilio comprendiendo que de ninguna manera podía vivir en su pueblo, esa misma noche con muchas precauciones se despidió de Gamaliel i de sus padres.

¡Oh cuán triste, cuán conmovedora es una separación de tal naturaleza!

Sin esperanza quizá de volver a ver el objeto de su amor, ni de gozar de las dulces caricias maternales!.....

Rutilio aunque algo acostumbrado a tales peripecias, por esta vez lo vimos llorar como una criatura al darle el último adiós con la mirada a su tierra natal.

De buena gana hubiera querido volver a la isla del señor Montes de Oca, pero esto era imposible.

A los pocos días llegó a los suburbios de la ciudad donde en otro tiempo estuvo prisionero. Allí se nos perdió de vista por algún tiempo hasta que se inició la sangrienta guerra del Maderismo.

El militar una vez que recuperó su salud, ingresó al cuartel donde lo habían destinado.

— —



Segunda Epoca.

XXXVIII.

(Tiempos de revolución.)

UN MOTIN.

Han transcurrido casi dos años.

Amaneció la gente de la ciudad «La Perla de Occidente,» con grande alboroto i agitación.

Los carruajes, automóviles i bicicletas, iban i venían con rapidez.

Los transeuntes cruzaban las calles a toda prisa hablando con acaloramiento.

El inmenso gentío se agolpó a la Plaza de «La Constitución» como desbordado torrente, que no cupiendo en el andén, invadió los prados pisoteando las hermosas plantas i flores.

¿Acáso se trataba de alguna gran fiesta

cívica? ¿Era por ventura ese día fecha memorable para la Patria?

Ni una cosa ni otra.

Era el 25 de julio de 1909.

Día en que llegó de la Metrópoli una comisión de propagandistas del señor D. Ramón Corral, trabajando porque éste permaneciera en su puesto de Vicepresidente de la República.

La multitud con la llegada de estos corralistas, se sintió indignada, pues el candidato popular para dicho puesto, era el general D. Bernardo Reyes.

I D. Porfirio, (o D. Porfiado como vulgarmente se le llamaba por tener ya en su puesto cerca de treinta años,) ¿en qué sentido se encontraba con este respecto?

En el de siempre: aparentar una cosa i disponer otra.

En este asunto, pocos días antes de esta fecha, por estar próximas las elecciones Presidenciales, lanzó un manifiesto a la Nación manifestándole al pueblo los derechos que tenía ante la lei para presentarse a las casillas electorales a elegir libremente sus mandatarios. Que era tiempo de que la democracia tuviera su anhelado verificativo.

En consecuencia el sufragio tendría qué ser efectivo: No tendría qué haber ya reelección: El pueblo libre i soberano, i apto para ejercer sus facultades, cada cuatrienio eleva

ría a los altos puestos a los más dignos ciudadanos.

Por tal motivo, la mayor parte de gente llena de regocijo, piensa, delibera, discute. Aquí organiza un club, allí celebra un «*mitin,*» (meeting) allá convoca a sesión; i todo con el único i noble fin de elegir ciudadanos idóneos que rigieran los destinos de Méjico, para proseguir tranquilos por el sendero de la paz i del progreso.

La sociedad mejicana, por verdadera deferencia, optó por última vez reelegir a D. Porfirio para Presidente de la República, pero nunca consintió en la reelección del Vicepresidente Corral, sino que proclamó la exaltación del general Reyes.

La reelección del general Diaz, era, en realidad, más bien por atenciones de respeto que por simpatía, pues su gobierno despótico estaba completamente desprestigiado.

D. Porfirio vio con tristeza pisoteados sus deseos, pues no obstante que él mismo había iniciado el cumplimiento de la democracia, jamás creyó que la generalidad se opusiera a la permanencia del señor Corral.

Una vez que se dejaron ver claramente las intenciones del pueblo, calculó que la caída era segura, por lo cual se apresuró a dictar él o la cámara, de una manera múi reservada, la manera de sofocar aquella iniciativa.

Los manifiestos fijos en las paredes, i las persecuciones a granel.

Daba risa ver aquella maraña.

Aquí encierran al director de «La Libertad,» allá aprehenden al presidente del club «Donato Guerra;» más allá ponen presos a varios estudiantes del Liceo i los incomunican.

I ¿de qué se les acusaba? De frioleras que ni venían al caso; de lo cual se podía deducir claramente que se trataba de entretener en las cárceles, mientras pasaban las elecciones Presidenciales, a todos los que pudieran contrariar en algo los deseos del general Díaz i sus satélites.

Se dejó ver pues el engaño, la opresión; por tanto, cansado el pueblo i más que cansado fastidiado de soportar por tanto tiempo el pesado yugo de la dictadura, se resolvió sacudir colérico la cerviz.

Con la presencia de aquellos corralistas, el populacho olvidó completamente las reglas de urbanidad, i al grito de ¡viva Reyes! ¡muera Corral! empezò el desorden por las calles.

El distintivo que traían consigo los partidarios de Reyes, era un clavel rojo.

Los adeptos de Corral que más bien eran los empleados del gobierno i los acaudalados, traían un clavel blanco.

Los gendarmes de caballería acostumbrados como estaban a blandir sus machetes mohosos con la gente indefensa, no tardaron en recorrer las calles a todo galope, i sin darse cuenta de si los transeuntes eran desordena-

dos o pacíficos, empezaron a dar mandobles a diestra i siniestra.

Entonces fue cuando vimos de nuevo a Rutilio: iba silencioso, pensativo, recorriendo una de las calles principales; i tal vez como iba de pacífico, no se imaginó que lo atropellarían aquellos dragones; pero aquellos desalmados andaban ciegos de cólera al ver por vez primera la agitación del populacho, i sin ningún miramiento se precipitaron sobre nuestro joven, que, a no haberse dejado caer i luego arrastrarse violentamente, quizá tendría qué haber sido víctima de aquella especie de jauría.

Rutilio se indignó hasta el último grado por aquel proceder tan injusto; por lo cual uniéndose a la plebe arremetieron a pedradas en contra de aquellos estúpidos, que, en realidad, con aquel ridículo proceder, provocaban al pueblo a una sedición.

Si los gendarmes no hubieran empezado a hacer uso de sus armas, con toda seguridad no habría pasado de simple desorden, pues si verdaderamente hubiera sido una sublevación, tendrían què haber aparecido armadas las chusmas, lanzando, al asaltar los odificios públicos, mueras al Presidente o cuando menos al Gobernador.

De allí que, aquellas medidas tontas, dictadas quizá por el Gobernador o por el Jefe político, eran más bien motivos para excitar al pueblo.

Pronto la gente pacífica tuvo qué huír o tomar parte en aquella refriega.

El escándalo fué aumentando gradualmente.

La muchedumbre se mecía por por las calles como el oleaje del mar embravecido.

Los pelotones de gendarmes seguian recorriendo las calles a todo correr, ora blandiendo sus aceros con los inermes e indefensos, ora huyendo a la tormenta de piedras que les arrojaba la plebe.

Los ánimos se fueron excitando más i más.

A las 12 del día aquella lucha desigual hizo crisis: el Jefe político España dio orden de hacer fuego sobre la multitud.

Disposición cruel que llevó las cosas a los extremos.

Los gondarmes empezaron a disparar sus fusiles; pero muchos plebeyos que traían consigo sus pistolas, les contestaron de igual manera aquella extraña reprensión, i pronto se vieron diseminados por las calles heridos i cadáveres de uno i otro bando.

Esta rebelión no obstante ser provocada por los gendarmes, era un signo que demostraba múi a las claras el odio reconcentrado que existía en la clase media i en la clase baja en contra de aquellos vampiros que integraban aquel gobierno, i a la vez era un verdadero preludio de la guerra sangrienta que más tarde, por fuerza, tuvo qué desarrollarse.

Por la tarde los batallones federales, con sus respectivas piezas de artillería, empeza-

ron a recorrer las calles con majestuoso silencio, i en el acto se desbandaron las chusmas, quedando todo más o menos en paz.

Rutilio se alejó silenciosamente a un antiquísimo convento donde se había refugiado por algún tiempo.

Penetró a su aposento i se recostó en su lecho para recuperar un poco sus perdidas fuerzas, pero en el momento sonaron fuertes aldabazos en la puerta.

Rutilio se llenó de sobresalto: creyó que serían agentes de policía que venían a prenderlo. Con grande cautela se puso a observar por una rendija, i al ver que no había peligro abrió la puerta.

Era un cartero que traía una carta.

Aquí debemos notar que nuestro protagonista a pocos días de haber llegado a la ciudad, reanudó por correo sus amorosas relaciones, firmándose con seudónimo para no ser fácilmente descubierto.

Al rocibir la carta bien claro comprendió que era de su idolatrada.

Ansiosamente cerró la puerta. rompió el sobre i se puso a leer; pero apenas había leído algunas cuantas líneas, un color sombrío cubrió su rostro. Colérico dejó caer el papel i se arrojó a su lecho.

Aquel sublime entusiasmo que fulguraba en su alma, en un momento se trocó en terrible decepción.

¿Pues a qué se refería la dicha carta?

A cosas múi graves quizá, pero de pronto no lo pudimos saber con motivo de haber llegado en esos momentos dos individuos misteriosos a llevarse a Rutilio a presidir una conspiración que esa noche tenía qué efectuarse bajo pretexto de sesión literaria, en contra del porfirismo.

XXXIX.

LA CONSPIRACION.

En el amplio salón donde celebraban sus sesiones los miembros de una sociedad literaria que tenía por título «Sociedad Numen,» formada por varios jóvenes entusiastas, se fueron reuniendo los conjurados, siendo la mayor parte de éstos, los mismos integrantes de dicha sociedad.

Esto de convocar a sesión extraordinaria, era tan sòlo un pretexto para obrar con más comodidad al hacer un acuerdo general de la necesidad que existia del cambio de gobierno.

En el corazón de aquellos jóvenes existía un entusiasmo ardoroso; pero no acostumbrados a tratar asuntos tan peligrosos que podrían costarles hasta la vida, unos tenían el

rostro lívido, i otros titubeaban al dirigirse la palabra.

Cuando el salón estuvo pletórico de conspiradores, cerraron con aldabas el zaguán. Hai qué advertir que el salón de referencia esta ba situado en la parte más céntrica de la cuadra.

Sonó el timbre en la mesa i todos quedaron silenciosos.

El que fungió de presidente fue Rutilio, el cual con mucha gravedad, usò de la palabra de la manera siguiente:

—Amigos i compañeros: En vista de la situación actual de la República motivada por la corrupción de costumbres, ambición de riquezas e hipocresía de nuestros mandatarios absolutistas, no sólo es un sagrado deber sino que tenemos precisa obligación los ciudadanos patriotas, de velar por los intereses de la Patria i hacer que se cumplan los derechos que nos conceden las leyes.

Si la sangre de Hidalgo, Morelos i otros ilustres patriotas fecundaron los hermosos i floridos campos de la libertad; si con sus hazañas heroicas dignas de la epopeya rompieron para siempre las cadenas de la esclavitud i contribuyeron a la autonomìa Nacional, no os causa tristeza ver que el mérito de tantos afanes se va hundiendo en el abismo de la nada? No os causa indignación ver que el actual gobierno sólo tiene por código el verdadero capricho?

¿Dónde está el cumplimiento de nuestra Constitución?

Parece increíble, pero todos esos manifiestos, todos esos halagos i promesas que se le hacen al pueblo, son un verdadero sarcasmo.

En esto no hai qué culpar sólo a D. Porfirio, sino también a la Cámara que lo rodea. I para evitar esta situación que ya huele a monarquía, no sólo es preciso derrocar a D. Porfirio i a su Cámara, sino a toda la cadena de bribones empezando con el simple comisario de pueblo hasta el más alto magistrado. Pero esta lucha tiene qué ser terrible, múi terrible; i para ver coronados nuestros anhelos primero correrán arroyos de sangre.

Compañeros: si somos verdaderos defensores de la democracia; si en nuestras venas corre todavía alguna gota de sangre de la raza de Cuauhtémoc, juremos una i mil veces no dejar que sea profanado el santuario de la justicia ni del derecho. Es decir, si en los próximos comicios, sigue, como presumo, la opresión i los fraudes electorales, aprestémonos a la lucha para derrocar a los tiranos aunque sacrifiquemos nuestra existencia i nuestros intereses.

Parece aproximarse la hora en que los hijos de Anáhuac con fuego patriótico i entusiasmo bélico debemos secundar aquel grito prepotente de ¡independencia i libertad!

Si somos pues demócratas ¿cómo podremos soportar ese yugo de tiranía que pretenden

encadenar en nuestra cerviz los criminales usurpadores del poder?

¿Soportaremos por más tiempo ver pisoteadas nuestras leyes por comediantes mercenarios que han profanado el sagrado templo de la justicia, convirtiéndolo en verdadero escenario donde engañan al pueblo ignorante i oprimido?

Estos hombres nefarios que tanto alardean de patriotas i filántropos conspícuos, sólo tienen por divisa el monopolio i toda clase de concesiones; i viven como quien dice en consorcio para estar medrando a la sombra de las leyes.

Son los nigrománticos que tienen encadenada a la libertad, i que con sus falsas promesas e hipòcritas halagos, han narcotizado al pueblo induciéndolo al sueño de la ignorancia, sin comprender que con el peso de su tiranía tarde que temprano ese mismo pueblo despertará de su letargo sacudiendo su testa oprimida i empuñará el látigo para flagelarlos lleno de justa còlera.

Prometamos pues i juremos arrostrar todos los peligros.

Como buenos patriotas i mejicanos, derramaremos, si necesaria es, hasta la última gota de sangre en aras del deber, con tal de ver libre a nuestra querida Patria.

¡Viva la democracia!

¡Mueran los tiranos!

—¡Sí,—gritaron los conjurados—viva la democracia i muera el gobierno despótico.—

Una estruendosa ovación resonó con efusivo entusiasmo, tanto que Rutilio tuvo què sonar el timbre dos o tres veces para imponer silencio.

Este pequeño discurso improvisado, carecía de giros elegantes. no tenía ninguna elocuencia, pero estaba lleno de amor patriótico i entusiasmo bélico.

—Bueno será—dijo Rutilio—que no hagamos escándalo para no llamar la atención de nadie, ya veis que los polizontes andan múi alertas observando la conducta de los que instalaron clubs, de los periodistas i principalmente de los estudiantes; i al menor indicio fácilmente seremos víctimas de la prisiòn como actualmente está sucediendo con los principales miembros de algunas agrupaciones políticas en todos los Estados de la República. Vamos haciendo nuestros acuerdos con mucha discreción i silencio; i cuando ya sea llegada la hora de las justas venganzas, concitaremos a los pueblos, romperemos las hostilidades i saltaremos a la lid como valientes soldados —

Después de estas reflexiones abordó la tribuna un joven de aspecto melancólico i rizada melena, i con voz reposada empezó a arengar de la siguiente manera:

—Impulsado por el fuego patriótico que me ha inspirado la historia de nuestros ilus-

tres antepasados, hago uso de la palabra para expresar la necesidad que existe de trabajar con ahinco en bien de nuestra querida Patria.

Gobierno, no significa opresión, i los que lo forman actualmente son tiranos i opresores que nos privan de lo más sagrado que es la libertad.

Libertad no es libertinaje ni desenfreno, pero es gozar de todos los derechos que nos concede la Constitución a todos los que nos enorgullecemos de ser ciudadanos; i supuesto que la lei no clasifica el rango en ningún sentido, ancianos i jóvenes, pobres i ricos, todos tenemos qué gozar igualmente de las mismas facultades i prerrogativas.

Pero en la actualidad las leyes sólo están estampadas en el papel. i nuestra República que tanta sangre i sacrificios costó, es en la actualidad una monarquía disfrazada, donde nuestros mandatarios se han convertido en autócratas que extorsionan a la clase proletaria peor que si estuviéramos en tiempo del vasallaje. Son hombres sanguinarios que ascendieron al poder por la escala del crimen. Que prometen i alucinan, i que nada cumplen. Usurpadores del poder i del derecho. Hipócritas que acarician para matar con alevosía. Hijos de la intriga que buscan las tinieblas de la noche para fraguar sus planes atentatorios i artimañas maquiavélicas.

Urge, pues, poner coto a esos abusos i desenfrenos derrocando del poder al corifeo i secuaces para lograr, en una palabra, la restauración de la República.—

Aun no había terminado el joven las últimas palabras, cuando súbitamente penetraron dos individuos con carácter de papeleros, vendiendo periódicos i billetes de lotería; pero uno de los conjurados sospechando con mucho fundamento pue aquellos eran egentes de la policía secreta, dio con el aparato en el suelo quedando el salón en completa obscuridad.

Todos adivinaron violentamente de lo que se trataba i se echaron encima de aquellos polizontes, los cuales en el acto quedaron tendidos en el suelo, i a quienes amarraron de pies i manos después de algunos cuantos bofetones.

Precipitadamente salieron los conspiradores i se dispersaron por las calles de la ciudad.

A pocos momentos los gendarmes municipales advertidos por los molidos polizontes, acudieron al sitio del escándalo, siendo en vano todas sus pesquisas, pues el local de referencia estaba en reconstrucción, por cuyo motivo estaba deshabitado.

Los miembros de la «Sociedad Numen» para no dar lugar a sospechas ni exponerse a un descubrimiento, no volvieron a celebrar ni siquiera sus sesiones literarias, sino que

sus acuerdos los fueron haciendo por escrito i más reservadamente.

XL.

RASGOS DE BUEN HUMOR.

Como nunca hemos hablado con respecto a la manutención de Rutilio, nos ha parecido oportuno interrumpir aquí la ilación de nuestra historia para insertar textualmente una carta de nuestro joven dirigida a Gamaliel, mucho antes de la conspiración.

Dice así:

Querido amigo: Inmediatamente que llegué a esta hermosa «Perla de Occidente,» como traía múi pocos recursos intenté publicar mi obra «Pitos i flautas.» Pedí la protección de mis amigos, los cuales siempre me contestaban llenos de amabilidad: «estamos a tus órdenes;» «estamos a tus órdenes;» pero nunca me dieron ni un solo centavo.

Después me presenté ante un librero i editor a proponerle varios montones de versos inéditos: casi todos los que había escrito en mi vida. «Deje Ud. su autógrafo—me dijo—

i vuelva mañana; lo revisarè haber si tiene algún mérito.»

Volví con la esperanza de múi buen éxito, pues yo me creìa de veras poeta; pero antes de saludar i pedir informes, el librero me ahorró el trabajo i me dijo: «Desgraciadamente antes de leer sus versos, al vender papeles inservibles que sólo se utilizan en alcatraces, se fué su legajo; así pues, según vendí, aquí están cinco centavos.»

Corrí a una redacciòn, i sin más preámbulos, le dije al director que por cierto era de semblante halagüeño: «Señor, yo tengo facultades intelectuales. escribo en prosa i también en verso.....»

«Bueno, bueno;—me dijo—ojalá algún día llegue Ud. hasta la cumbre del Pindo a platicar con las musas; os felicito.» Se rio de buena gana i me dio con las puertas en las narices.

Me dirigí a una imprenta donde se publicaba un periódico jocoso. Saludé a un hombre de arrugado entrecejo, nariz encorvada i frente sin lìmites, que revisaba unos papeles i que no quiso darme ni la mano.

Adiviné que aquel era un hombre arisco. «Señor:..... yo escribo sátiras, epigramas, anécdotas, chascarrillos, ovillejos....escribo...»

Los cajistas que eran guasones en cuerpo i alma, empezaron a guiñarse el ojo i a codearse unos a otros.

Uno al pasar junto a mí fingió venir múi

distraído i me destruyó de balde media docena de callos. Otro con las manos entintadas vino i me dijo: «Dispense, aquí le va un par de pulgas.» I por poco en lugar de una me pinta dos *piochas*. Un tercero con un cubo de agua en la cabeza, al pasar junto a mí fingió resbalarse, i de amigos me dio un baño de ducha. Por fin el hombre adusto que estaba corrigiendo unas pruebas, se dignó poner en mí su sañuda mirada, i sin fingir siquiera una sonrisa, me dijo: «Amigo, puede Ud. buscar trabajo en otra parte.» Salí de allí desesperado, no sin quitarme primero un rabo i dos calaveras que me habían pegado aquellos chocarreros.

Me fuí a la orilla de la ciudad a escribir en verso una imprecación al mundo infame. Horas i horas agité mi cerebro hasta que por fin acabé mi composición; pero parece que hasta los elementos estaban de broma, pues una racha de viento que llegó inesperadamente, me arrebató mis papeles i se fué jugando con ellos por el espacio.

Abandoné las letras i abracé a Euterpe; no vayas a creer que a una muchacha, no, la música. Inmediatamente me presenté ante un anciano cura, manifestándole con mi cultalatiniparla mis necesidades i mis aptitudes. Al siguiente día tomé por asalto el coro. Di tres o cuatro tosidas para dar principio a oficiar la misa. ¡Válgame Dios! pues ¿qué iba yo a hacer? Cierto es que sé algo de mú-

sica, pero de música religiosa no sé ni jota. Con todo el aplomo necesario metí las manos en el órgano i empecé mi desempeño con dos dedos i medio. Allí fuí más diestro que Mozart, Beethoven i Rossini, pues todas las partes de la misa como Kyries, gloria, credo, etc., yo los improvisé. Salvo que los cantaba mucho antes o mucho después, i que por contestar: *et cun spiritu tuo*, contestaba *amen*, i viceversa. Los fieles hacían pequeños movimientos gesticulares con lo cual parecían manifestar que estaban múi conmovidos con mi música; pero según supe después era que no podían soportar mis discordancias, i alguien me asegura que a varios se les hizo una úlcera incurable en el oído. El buen curita me dio las gracias encima de un tostón por cierto liso, i me dijo que cuando me sintiera con hambre ocurriera con él; que el culto solemne lo iba a suspender por falta de recursos. No perdí tiempo ni me desmoralicé: fuí a ver al director i empresario de una compañía de farsantes de la legua i pedí papel de partiquino. Por mi buena suerte el tenor estaba con afecciones de pecho, i yo fuí recibido como un enviado celeste.

«Podrá Ud. dar algunas pruebas de su talento?» —me dijo el director.—I como yo sabía un trocito de «Guillermo Tell,» en el momento levanté la voz. I proseguí manifestando que acababa de salir del conservatorio de

música de la Metrópoli. Con esto me felicitaron i aun me vieron con respeto.

Ese día por la noche tenía qué representarse «La Gallina ciega,» i no había tiempo de ensayos de ninguna clase; pero qué importaba, *yo acababa de salir del conservatorio*; i mi papel se reducía a dos o tres cantos, los cuales podía estudiar yo solo durante el día.

En consecuencia, esa noche tendría qué ser mi debut.

Llegó la hora de la representación.

Debo advertirte que el teatro respectivo estaba improvisado en plena calle con mantas impermeables. Subí al foro i creí que era igual improvisar allí como allá con el curita; pero allí fue múi diferente; allí las exigencias del público eran otras. Yo que estaba acostumbrado a conservar mi entereza, allí se me ofuscó la mente i quedé petrificado. Entre bastidores el director hacía esfuerzos múi grandes por darme ánimo. Empecé mi canto. ¡Qué canto, Dios mío! No sólo recibí una rechifla i gritos de protesta, sino también una tormenta de pedradas, que a no estar listo i rasgar la manta para escapar, me habrían desquebrajado. Mas ¡qué importaba aquel fracaso! mi estómago estaba lleno.

Con algo que me había dado aquel pobre empresario i con la venta de mi chaleco del cual apenas se podrían utilizar cuatro botones, me compré un par de navajas i un par de tijeras de las que venden en el mostrador del

suelo al precio máximum de nueve centavos par.

Fuí bárbaro: me equivoqué: barbero.

¡Ai, Dios! daba risa ver los gestos de mis parroquianos. Unos eran tan bondadosos, que a la mitad de la rasura me pagaban cabal i se salían con una mano en el cachete. Otros aguantaban, pero al salir, en vez de barbas, salían llenos de parches de gamuza que diestramente iba poniéndoles en las cortadas al estarlos rasurando.

Se me acabó la clientela·

Una idea feliz vino a mi mente:

Vendí mis navajas un poco menos que regaladas i con su importe me compré un «flux,» esto es un traje, al cual respeto porque es mucho mayor que yo en edad i tamaño. Pero qué te cuento, me lo planté i podía desafiar a todos los petimetres, o como dicen aquí los de alto fajado, a los «dandys;» o como dicen los modernistas, a los «fifíes.» Luego alquilé un coche. ¡Ai qué cochecito!

Pero bah! Ya era yo esculapio, es decir médico. En un almanaque del Dr. Jayne que me regalò un boticario porque le compré un centavo de bicarbonato para una indigestión de falta de alimento, hice mis estudios patológicos, profilácticos, i terapéuticos. I en dos entrevistas que tuve con el mismo boticario, aprendí la diagnóstica i la hidroterapia de Kneipp. I a darle duro. Salí a los suburbios de la ciudad a recetar gratis. ¡Oh filán-

tropo! ¡Oh caridad personificada! Los enfermos pobres formaron mi clientela, i siempre andaba rodeado de tísicos, reumáticos, anémicos, cloróticos, histéricos, hidrópicos, diabéticos, neuróticos, dispépticos, perláticos i hasta coléricos. Ya no tenía tiempo ni de cortarme el pelo, pues a todas horas, «señor por aquí, señor por allá, señor más allá; señor mi enteritis, nefritis, estomatitis; señor mi faringitis, orquitis, gastritis; señor mi glositis, hepatitis, cerebritis; señor mi bronquitis, cistitis, apendicitis; señor mi vaginitis, metritis, miositis; señor mi colitis, traqueítis, i bartolinitis.» Está bien, poco dinero pero mucho qué comer. Que el enfermo se murió, se le llegó su hora, ya Dios lo necesitaba. Que se alivió porque la naturaleza así lo permitía, ¡oh maravilla de mi talento! oh mis fórmulas de tártrato férrico potásico! Que la conciencia me quería remorder por tantos a quienes daba pasaporte para Ultratumba, venga el adagio que dice que: es necesario que unos mueran para que otros vivan. I *tutti contenti*. ¡Adelante! Varios meses pasé mi vida en completa felicidad, pero mi suerte amaneció un día de mal humor, i sin decir oste ni moste, ¡pum! después de escribir en un pedazo de papel mi acostumbrado Rp.. (Récipe,) en vez de poner *50 granos antipirina*, para una jaqueca, escribí: 50 GRAMOS ESTRICNINA. Hai tú juzga si la jaqueca se quitaría o no. El hecho es que se descubrió que yo no tenía

nombramiento ni certificado, pero ni conocimientos tampoco. Los dolientes de la última víctima se fijaron en el error de mi receta i me acusaron formalmente. La policía me quiso atrapar, pero como ya soi ducho en esos asuntos, corrí a un convento a refugiarme. (Donde ahora me ofrezco a tus órdenes.) Allí manifesté humildemente los deseos que tenía de enclaustrarme; que no quería salir ya jamás a ver ese mundo miserable i engañoso. No era eso; era que tenía miedo me echaran garra por todas partes. En fin, ahora estòi comiendo religiosamente múi en paz en este convento; no será remoto llegar a obtener el título de lego; ya te escribiré.

En fin, como dijo un refinado pedante de los que por aquí abundan:

«Ceso, porque ya el cornerino vaso no suministra el etiópico licor al ansarino cálamo.»

Que vivas feliz son los deseos de tu amigo

RUTILIO DE LA FUENTE.

XLI.

LA CARTA DUDOSA.

Volvamos pues a nuestro asunto.

Dijimos que inmediatamente que Rutilio llegó a la ciudad, reanudó sus amorosas rela ciones. Su corazón se inflamó de nuevo con un amor puro i virginal tan sólo con el recuerdo apacible de las lágrimas i juramentos de Rosaura.

Múi pronto entraron en mutua i secreta correspondencia, i todo su anhelo, todo su delirio no era otro que algún día volver a contemplarse cara a cara i gozar de esa inexplicable satisfacción que sólo experimentan los que de corazón se aman.

Entregados completamente a sus amorosos ensueños, vivían aquellos séres tan sólo el uno para el otro no obstante que los dividía el abismo de la ausencia. Su pensamiento embriagado por el perfume suavísimo de sus angelicales anhelos, se perdía en el cielo azul i diáfano rasgando las brumas de los ensueños. Todos sus recuerdos ya se habían purificado en el crisol del tiempo; es decir, los recuerdos del sufrimiento se habían ya debilitado, i los gratos recuerdos se habían hecho más placenteros. Las primeras impresiones de amor tienen como los acordes rítmicos, un

eco delicioso que son los recuerdos. En los primeros años de la juventud, el hombre se mantiene con las ilusiones i las esperanzas; poco después, entre la bruma de los desengaños, le es múi satisfactorio recordar lo pasado. El corazón es como una placa fotográfica donde una sola vez quedan grabadas perfectamente las imágenes. En consecuencia, los amores de Rutilio estaban alimentados con los recuerdos ya purificados de sus ensueños juveniles.

En Rosaura obraban no solamente los recuerdos, sino también las miradas de Rutilio que habían penetrado a su alma como rayos de luz fascinadora.

¡Oh cuando el corazón es atravesado por las flechas de Cupido i es de sentimientos nobles, expresa su sentir no con el tosco lenguaje prosaico, sino con el ternísimo lenguaje de las musas.

Rutilio era predilecto de Apolo por su exquisita sensibilidad. Su inspiración había nacido al calor de sus primeras impresiones amorosas, i se había desarrollado evocando esos mismos recuerdos. Pero en la vida todas las cosas están sujetas a una lei estricta de transformación; pues lo que ayer fue botón, hoi es rosa, i lo que hoi es rosa, mañana será basura.

Aquellas angelicales i amorosas relaciones en un momento sufrieron la metamórfosis.

Fue como el despertar al sufrimiento de un sueño dulcísimo.

Fue como pasar de la más brillante luz a la más completa obscuridad.

Pero dejemos a un lado las disgresiones i sigamos nuestro asunto:

Cuando Rutilio volvió de presidir la conspiración, levantó la carta, i fingiendo mucha serenidad se puso a leer lo siguiente:

«Rutilio:

«Comprendiendo, pues, que el hombre por naturaleza pretende engañar a la mujer con sus fingidos halagos i con sus falsas promesas, i sabiendo perfectamente que tus palabras han encontrado eco en el corazón de una simpática i sin igual dulcinea, me apresuro a darte las más repetidas gracias por el tiempo que tuviste la amabilidad de manifestarme tu fingido cariño.

«Gusto me causa haber sabido a tiempo la conducta que durante la ausencia has observado para no más tarde haber sido víctima de tu enorme perfidia.

«No me extraña tu proceder porque ya mi corazón todo lo presentía.

«Para concluir voi a pedirte por último un favor, i es, que no te vuelvas a ocupar de mí para nada, pues de fastidio me servirá toda carta o recado que me envíes.

«Todos los recuerdos sepulta para siempre

en los abismos del olvido, i ni siquiera vuelvas a pronunciar mi nombre, que tú por todos conceptos, me eres por completo indiferente.

«Interpreta bien mis palabras i no seas necio

«Adiós pues para siempre.

«Tu inútil servidora,

Rosaura.»

———

Rutilio sintió dentro del alma una conmoción terrible. Su corazón palpitó con más violencia, i su rostro se cubrió de una especie de bochorno.

¿Cuáles eran los motivos que impulsaron a Rosaura a proceder de aquella manera? ¿Por qué le echaba en cara su infidelidad i perfidia siendo que Rutilio no era culpable en nada absolutamente? ¿Acáso Rosaura fue víctima de la intriga, i en medio de su acaloramianto se resolvió de un golpe romper los lazos de amor que los unían? ¿Era un ardid inventado por ella misma por ciertas rozones de conveniencia? ¿O era, en fin, algún lazo que le tendían sus enemigos imitando perfectamente la letra de su idolatrada? ¡Todo era un misterio!

Rutilio quedó abismado en mil conjeturas.

Después de un largo rato de profundo silencio, nuestro joven hizo el siguiente soliloquio:

—¿Es psible que aquella mujer que tiene

todas las facciones de un ángel, i que tantas veces ha jurado amarme aun más allá de la tumba, encierre en su alma tanta maldad i perfidia?

¿Acáso volvería aquel impertinente militar i logró por fin conquistar el afecto de su corazón?

¿Acáso D. Próspero con pistola en mano la obligò a lanzarme ese fárrago de palabras despreciativas?

Si lo primero, maldita sea de las musas; si lo tegundo, tarde que temprano recibiré una contraseña o una buena satisfacciòn.

También pudiera ser que alguna lengua viperina me haya calumniado, i Rosaura olvidando las reglas de la prudencia, abrió sus oídos i dio crédito a la difamación. Si así fuese me extrañaría sobremanera su proceder. Mas no puedo creerlo: esos pensamientos no coinciden con su carácter; esas palabras tan frías i despreciativas son propias de gente vulgar i sin sentimientos.

Rosaura, de alma tan generosa, de exquisita sensibilidad, de sentimientos tan nobles, ¿había de echar por tierra tan bruscamente el pensil de nuestros amorosos ensueños? ¡No, nunca; esto no puede ser! Pero, Dios mío, ¿cómo descubrir la verdad? También podríase juzgar que esta forma de letra es falsificada por alguna mano pérfida; pero quién había de intentar semejante crimen? Es cierto que la letra no está exactamente igual, mas yo sé

que la mujer cambia de forma de letra según el estado de nerviosidad en que se encuentre. Pero suponiendo de nuevo que esta carta la escribió Rosaura en momentos de excitación .. no, no, Rosaura no es tan fácil para dejarse llevar de chismarajos; no es de tan poco discernimiento ni de tan bajo criterio para entregarse a tanta precipitación.

Que D. Próspero la haya obligado a dar término a nuestras relaciones, no hai ningún fundamento para ello, ni tendría objeto ese proceder supuesto que si a él se le antojara casarla con quien mejor le pluguiera, lo mis mo lo haría con mis relaciones como sin ellas.

Mas..... ¡sea lo que fuere! esperaré con la frente serena el desenlace de este enigma por todos conceptos malhadado.

Si por un raro capricho del Destino, D. Próspero fue el promotor, ella no es culpable en nada,

Si ella lo hizo estimulada por el aguijón de la chismografia, en castigo no lanzaré sobre ella una filípica pero si una increpaciòn; después la convenceré de mi fidelidad, i......adelante.

Pero si efectivamente es tan sólo un pretexto para romper nuestra amistad i entregarle su corazón a otro individuo, o si esta carta es hechura de algún malvado intrigante, ¡me lanzaré a la guerra! si, me lanzaré a la guerra, bien para encontrar la muerte, o bien para vengarme del infame traidor.—

Rutilio permaneció horas enteras inmóvil, sentado en una silla en actitud meditabunda, hasta que una especie de sopor le cerró los párpados.

XLII.

ESCENAS FAMILIARES.

Demos una mirada al hogar de Rosaura.

Allá en el pueblito aquel, cuyo nombre por ningún motivo se me antoja pronunciar, vivía Rosaura tranquila i feliz no obstante los reveses del infortunio. Sentíase dichosa, precisamente porque abrigaba en su alma la firme esperanza de lograr algún día unirse para siempre con su trovador amante.

¿Luégo no fue Rosaura quien mandó la carta a Rutilio?

Tan inocente se hallaba con ese respecto, que bastante extraño le parecía no recibir ninguna contestación de su amante hacía ya seis meses.

—Quizá no habrá tenido tiempo.—Decía entre sí para conformarse.—

Su padre, entretanto, era cierto que había sospechado por segunda vez aquellas amorosas relaciones, pero sólo se concretó, lleno de

rabia, a coger de la caja de Rosaura un grueso paquete de cartas i arrojarlas al fogón.

¿Luégo quién fue el autor de semejante abuso?

¡Ah, quién había de ser! El mismo administrador de correos de aquel pueblito, enemigo acérrimo de Rutilio.

No obstante que aquellos amantes se dirigían sus cartas bajo seudónimo i con muchas precauciones, aquel sujeto una vez que lo sospechó, no tuvo escrúpulo en violar la correspondencia i quedarse con las cartas de ambos enamorados, al mismo tiempo que el demonio de la discordia le sugirió el atrevido proyecto de imitar la letra de Rosaura para atormentar horriblemente el corazón de Rutilio.

Rosaura ni vagamente se imaginaba que sus cartas no pasaban de quedar en su mismo pueblo. Inocente de tanta maldad, su corazón disfrutaba de aquella dulce quietud que se experimenta allá en los pensiles de los ensueños i las esperanzas. La dulce calma de su corazón contrastaba poderosamente con la terrible incertidumbre de su trovador ausente.

Mientras que en el corazón de Rutilio estallaba tan terrible tempestad, Rosaura se adormecía en dulces presentimientos soñando un porvenir lleno flores i de sonrisas. Embriagada con aquel ambiente de felicidad,

se complacía en forjar proyectos para el porvenir.

Cierto día, a la hora de la siesta, sintiendo algo de inquietud por no recibir ninguna carta de Rutilio, tomó los pocos papeles que no habían sido condenados al fuego, i se fué al jardín a deleitarse con su lectura.

Bajo la sombra de los naranjos i junto a unas flores de nardos i violetas, tomó asiento Rosaura, i llena de ternura, se puso a leer lo siguiente:

CANTIGA 32.

—

¡Oh virgencita de mis cantares!
tú mis pesares
disiparás,
porque eres tierna i encantadora
como es preciosa la bella aurora
cuando atraviesa por el raudal.

—

Sólo tú ëres la dulce calma
i eres de mi alma
dulce placer;
i no te olvido ni un solo instante
pues soi de tu alma férvido amante
que te idolatro lleno de fe.

—

¡Oh, si pudiera con embeleso
brindarte un beso
lleno de amor,

la dicha entonces me arrullaría
sobre las flores de la alegría
i entre el celaje de la ilusión!

—

Pero me aflije saber yo mismo
que hai un abismo
entre los dos.......
i es múi difícil verme a tu lado
para decirte que apasionado
por ti palpita mi corazón.

———

CANTIGA 33.

—

Al pie de tu ventana, mujer encantadora,
quisiera contemplarte con plácida quietud,
cuando aparecen límpidos los rayos de la au-
(rora
formando mil paisajes allá en el cielo azul.

—

La brisa nos llevara perfumes deliciosos
que brotan de las flores de allá de tu jardín:
i en éxtasis purísimo con labios temblorosos,
nos diéramos de pronto caricias un sin fin.

—

Entonces con ternura, contento i satisfecho,
pudiera yo decirte radiante de fervor:
yo juro, virgencita, llevarte aquí en mi pecho,
i tú serás por siempre la dueña de mi amor.

———

CANTIGA 35.

—

¡Oh virgencita que tanto adoro!
yo te he soñado con loco afán,
como el avaro sueña en el oro,
como el sediento sueña un raudal.
Como el mendigo que siempre inquieto
sueña la dulce felicidad;
como el guerrero triunfo completo,
como el poeta gloria inmortal.
¡Oh, virgencita! si yo lograra
hácia tus plantas poder llegar,
como a una diosa te idolatrara
siendo mi lira tu pedestal.
I entre el celaje de la alegría
i entre el perfume del florestal,
con entusiasmo te cantaría:
¡eres mi eterna felicidad!

—

Rosaura despuès de haberse deleitado en aquellos versos impregnados de un amor puro i virginal, poco a poco fue cerrando sus párpados; el blando sueño en medio del perfume de los nardos empezò a prodigarle dulces caricias.

———

Tras de los naranjos que daban sombra a Rosaura, a mùi corta distancia había una ventanilla de enrejado casi cubierta de yedras i enredaderas. Allí, desde que Rosaura tomó asiento, una de sus criadas, joven de veinte abriles, estuvo atisbando todos sus movimien-

tos i aun oyendo sus palabras. No era aquella joven de esas criadas vulgares i tontas que sólo nacieron para la servidumbre. No era como aquella mentecata de antaño que se asustó con Rutilio creyéndolo ánima en pena. Esta joven, si bien de limitado cultivo, era de grande penetración i talento; de sentimientos nobles i de mucha sensibilidad; en una palabra, su carácter no coincidía con su rango: era la criada que acompañó a Rosaura cuando la entrevista con el *mendigo.*

Cuando Rosaura quedó inmóvil, mas bien embriagada por el perfume de la felicidad, aquella criada sin quitarse de la ventanilla i con la mirada fija en lontananza, empezó a soliloquiar de la siguiente manera:

—¡Oh qué bella, qué sublime es la poesía! ¡Cuánto me llena el corazón de regocijo el oír frases cadenciosas que resuenan en los oídos como la modulación de un canto misterioso. En mi alma siento una cosa inexplicable que me eleva no sé a dónde; i veo acá en mi interior, praderas llenas de flores; manantiales de agua fresca i pura; torrentes de luz plateada que bañan al mundo en el silencio de la noche; i al fin mi pensamiento se pierde.........no sé dónde!

Pero según me platicaba mi maestra, los poetas son desdichados, i son desdichados porque les falta la resignación, i les falta la resignación porque por ningún motivo se quieren sujetar a las leyes del mundo material,

sino que sus tendencias son a lo ideal i fantástico, i resulta que como tanto elevan su espíritu a las regiones de los ensueños, cuando despiertan de su letargo, lo material se les hace tosco i grosero, con lo cual viven descontentos.

¡Y Cuán pocas personas los compadecen i los comprenden!

Aquí está la prueba: para D. Próspero.... i casi para todos mis paisanitos, ser poeta es ser holgazán, i aprecian más a un burro que aturda con sus rebuznos que un buen libro de literatura.

¡Lástima que este hombre haya arrojado al fuego tantas composiciones!

Pero ya se ve, según me decía mi maestra, muchos aman el oro i mùi pocos a la poesía; en consecuencia los que aprecian más lo material, de ninguna manera pueden comprender los encantos de lo ideal.

Yo quiero tanto a la señorita Rosaura....¡si la quiero mucho nomás porque de veras sabe amar i de veras comprende a Rutilio!

¡Ah! si a mí me amara un poeta. me consideraría mùi feliz, i sabría también corresponder a sus afanes i desvelos; pero todos mis pretendientes no pasa que son gañanes o jornaleros que no llenan el vacío que existe en mi corazón. Entre los más notables cuento con aquel viudo paticojo, cara de ciruela pasa, chocante. que todavía es de canana i eslabón. Aquel patas rajadas i manos puercas,

hijo de «hilacha ardiendo,» que no sabe ni con la mano que se persigna. Aquel otro gaznate aventurero, narices de salchichón i frente de vejiga, que sólo vive de la baraja i el fraude. ¡Ah! i también aquel dolor de muelas, remienda-zapatos, barbas de tormenta, más grosero que un montaraz.

¡No, no: no quiero ya ni acordarme!

Sed tengo de ver que llegue a mi presencia un rendido amante i con palabras tiernas i cariñosas me declare un amor puro i verdadero. Sed tengo de oir un galanteo con palabras cadenciosas que me llene de entusiasmo; pues las mujeres por más tontas que séamos, amamos interiormente más al que nos dirige frases llenas de adulación, aunque de una manera aparente los despreciemos.

¡Mas nó! más vale no estarme forjando ilusiones. Más vale conformarme con mi suerte. Que los poetas deifiquen a quien su corazón les dicte, i que sueñen en los ideales purísimos de lo infinito, mientras que yo ¡ai! seguiré soñando con mis tecomates i molcajetes. —

La criada se fué a reanudar sus faenas, i alegre i satisfecha empezó a cantar una canción al compás del ruido monótono que producia con su metate al moler el nixtamal.

———

XLIII.

LAS ELECCIONES.—GUERRA MADERISTA.

Las elecciones Presidenciales se efectuaron en septiembre de 1910, sin que los antirre eleccionistas i demòcratas, que eran la mayoría del pueblo, concurrieran a las casillas.

Los que se presentaron a votar fueron los empleados de gobierno i los acaudalados.

Las elecciones se efectuaron de una manera tan fría, que los miembros de las mesas electorales, tenían más bien el aspecto de aquellos escribientes que vulgarmente se les llama «evangelistas,» que hai frente a los edificios de las grandes cárceles, esperando quien les mande escribir cartas o recados para los presos.

Nadie de los que se llaman «del pueblo,» se presentó a votar precisamente porque la impopular i odiosa candidatura Díaz-Corral, por bien o por fuerza tendría qué salir triunfante.

¿Para qué iba el pueblo a seguir representando comedias?

Era notorio que el fraude electoral iba a tener cumplimiento como era costumbre en nuestra República.

Estaba probado: periodistas, estudiantes i los principales miembros de agrupaciones políticas, estaban ocupando las principales celdillas de las cárceles, sin que se les pudiera acusar de ningún delito.

Aquellos que tuvieron, por decirlo así, el atrevimiento de hacer uso de sus facultades proponiendo nuevos candidatos para la silla Presidencial, debieron ser hombres de corazón magnánimo, pues el pueblo estaba oprimido por el peso de la tiranía, i muchos consideraban como un delito hacer dichas propcsiciones.

En medio de la muchedumbre poco antes de estas elecciones, surgió un personaje des conocido de frente despejada i serena, i de mirar tranquilo como gladiador invencible que desafía todos los peligros.

Era D. Francisco I. Madero.

Apoyado en las mismas facultades que nos concede la Constitución, i confiando en las promesas de aquellos manifiestos, él en per sona lleno su corazón de fuego patriótico i sin arredrarle ninguna amenaza, andaba de ciudad en ciudad como apóstol predicando la democracia.

Fue vitoreado por las multitudes i aun propuesto como candidato para Presidente de la República.

Pero antes de las dichas elecciones, con falsos pretextos se le acusó de perturbador de la paz pública, i lo hicieron prisionero en la

cárcel de Monterrey, i de allí fue trasladado a S. Luis P.

El general Reyes obedeciendo a la disciplina de D. Porfirio, aceptó una comisión a Eurapa alejándose de la lucha política, i dejando casi burlados a sus numerosos partidarios.

Así pues las elecciones Presidenciales se efectuaron sin ningún obstáculo, i por lo mismo salieron electos, a despecho del pueblo, Díaz i Corral.

Casi en todos los individuos se dibujaba la indiferencia, pero fijándose bien allá en el fondo de sus fisonomías, se traslucía la indignación que fermentaba en sus entrañas.

Nuevos manifiestos aparecieron en las esquinas de los edificios donde se leía en grandes letras de molde que por unanimidad de votos habían salido reelectos el señor Díaz i el señor Corral, por cuyo acontecimiento se felicitaban i felicitaban al pueblo.

En un intervalo de tiempo no múi largo, se guardó profundo silencio en toda la República, i no se trataba de otra cosa que de los suntuosos preparativos para la fiesta del Centenario de la Independencia; i en efecto, estuvo espléndida.

Pero al fin, supuesto que el descontento era general, i supuesto que era imposible soportar por más tiempo aquel gobierno tiránico i absolutista, estalló la guerra el día 20 de noviembre de 1910 en una serranía del Estado de Chihuahua.

El grito de la nueva independencia resonó por las montañas.

Aquel personaje desconocido que surgió en medio de la muchedumbre, apareció a la cabeza de aquellos indisciplinados pero indómitos ejércitos, ya no como apóstol persuadiendo con palabras, sino como guerrero indómito empuñando la espada i desafiando a los déspotas usurpadores del Poder.

¿Pues no vimos también a este personaje entrar a los calabozos?

Así fue en efecto; pero valiéndose de sus múi buenas influencias, tras de grandes esfuerzos, logró su libertad preparatoria bajo caución de algunos miles de pesos.

Tuvo la ciudad por cárcel, i se esperaba la gran fiesta del Centenario. Aprovechando la distracción del gobierno con tal motivo, Madero se puso en comunicación con todos los clubs antirreeleccionistas i acumuló armas en la frontera.

El día 5 de octubre del mismo año, expidió a la Nación un manifiesto que terminaba con el Plan Revolucionario de «San Luis Potosí,» nulificando las elecciones Presidenciales; defendiendo el principio de *No-reelección*; i asumiendo el carácter de Presidente Provisional de la República, con facultades para hacer la guerra al gobierno porfiriano.

El señor Madero, inmediatamente se fugó, yendo o refugiarse a los Estados Unidos, pero en seguida apareció en una serranía del Nor

te ya listo para entrar en campaña i donde lanzó el grito de: *Sufragio efectivo i no reelección*.

Los tiranos temblaron instintivamente en sus palacios al recibir la infausta noticia de la guerra, pero calculando la fuerza de sus bayonetas, creyeron como imposible ser derrocados, por lo cual se rieron a mandíbula batiente i tomaron por loco i ridículo al inesperado «*lider*» (leader.)

Se rieron sin descanso; pero entretanto reían, paulatinamente los labradores fueron abandonando una clase de instrumentos para empuñar otros con qué defender a la Patria.

I las multitudes sedientas de libertad i sedientas de venganza en contra de sus mandatarios, por todas partes se lanzaban a la brega.

El formidable estampido del cañòn despertó en las montañas los dormidos ecos i aquellas risas irónicas de los tiranos, cesaron, sin duda para más tarde convertirse en lamentos i lloriqueos.

Las huestes Maderistas con brío inexplicable por todas partes desafiaron al gobierno despótico.

Con aquella lucha fratricida la sangre corrió a torrentes.

El libertinaje se desencadenó; i toda la Nación conmovida se llenó de verdadero asómbro.

———

XLIV.

CAPRICHOS DE LA FATALIDAD.

Rutilio, entretanto, no había obtenido ninguna contestación de Rosaura.

Sólo llegó a sus manos un anónimo donde se decía que aquella joven estaba en plenas relaciones con cierto sujeto.

En su alma sintió una agitación tremenda i creyó que los momentos de su felicidad habían tenido término.

Atormentado por el despecho, se forjaba mil proyectos pero al oir el fragor de la guerra, sólo allí fijó su pensamiento ansiando encontrar un paliativo, o cuando menos aturdirse en medio del estruendo.

Su resolución irrevocable fue lanzarse a la guerra.

Pero quiso que Rosaura lo supiera; quiso despedirse de ella para siempre i echarle en cara su credulidad o perfidia.

Inmediatamente, en medio de terrible melancolía, escribió una carta, i bajo certificado la mandó directamente a Rosaura.

Efectivamente a los pocos días a sus propias manos fué a parar aquella luctuosa epístola.

Rosaura sintió grande placer cuando comprendió que aquella carta era de su amante.

¡Oh sí, tenía mucha razón! ¡Cómo nó, tanto tiempo de esperar!.....

Con el corazón palpitante i con el júbilo retratado en su rostro, se dirigió hácia el solitario templo a leer con toda calma aquella misiva.

Inocente de las intrigas i del tremendo fracaso de sus relaciones amorosas, varias veces besó la carta i la estrechó contra su seno creyendo llevar en ella frases de amor, frases de ternura que le devolvieran la esperanza de su felicidad.

Llegó al templo, i después de rezar algunas oraciones, con mano temblorosa rompió la nema i se puso a leer.

Inmediatamente una especie de bochorno subió a su rostro, i múi pronto fue reemplazado por un color sombrío.

Rosaura dudó; vaciló un momento; identificó la rúbrica, i turbada se puso a leer de nuevo:

———

«Perjura Rosaura:

«Convencido pues de la falsedad de tu cariño i no pudiendo ya soportar las persecuciones del actual gobierno, me voi a lanzar a la guerra.

Hoi en brazos del Desengaño voi en busca de la muerte háber si allí encuentro la calma.

«¡Ai, si tú me hubieras comprendido! si tú me hubieras amado con esa ternura i esa pasión con que yo te amé, cuán felices habría-

mos vivido juntos los dos, algún día, entre las flores de la dulce calma, i entre el celaje pintoresco de los ensueños.....

«Pero cuando más te idolatré, cuando más te consagré los cantares de mi triste lira, en vez de mitigar los pesares i la nostalgia que produce la ausencia, i en vez de alentarme para seguir luchando con las dificultades, . . . ¡te reíste de mi pasión i echaste por tierra de un solo golpe el pensil de mis ilusiones! Lo sé todo: Otro más afortunado que yo es ahora dueño de tus miradas i tus caricias.

«No sólo te conformaste con ser infiel i perjura, sino que me lanzaste una misiva llena de imputaciones calumniosas, siendo tan sólo pretextos para derrumbarme i tú quedar libre de mis justos reproches.

«Me dices también que te soi por completo indiferente i que no sea necio.

«Lo primero bien lo creo; lo segundo no lo esperes jamás; pues aunque soi pobre todavia tengo un rasgo de dignidad.

«Esas palabras fueron para mi corazòn como una terrible puñalada, i sin embargo de haber transcurrido algún tiempo i de haber caído marchitas i deshojadas las flores de mis ilusiones, todavía resuenan en mis oídos como un grito despreciativo de maldición que por todas partes me persigue!

«¡Todo acabó! Es decir todo lo favorable para mí.

«No espero ya tener ni un solo día de felicidad.

«Hoy no pienso ya en aquel hogar que tanto ambicioné donde tú i yo hubiéramos vivido como viven dos palomas amantes en un solo nido formado entre el espeso ramaje de los bosques.

«Cuando la muerte me aprisione en sus brazos, nadie regará mi rostro con lágrimas, ni mis restos descansarán bajo la tumba. ¡Nada!

«Si muero en el combate, (que es lo más probable,) mi cuerpo será incinerado o servirá de ración a los buitres. ¡Ai cuán triste es perder toda esperanza de felidad!

«Las horas de mi vida pasan múi lentamente i sólo atormentándome con los recuerdos.

«Bien sabe Dios que el amor que toda mi vida te manifesté, era puro i verdadero, i que sólo para ti anhelaba mi existencia.

«Todo acabó con tus desdenes infundados. Pero sin embargo de tanta deslealtad, para probarte una vez más que soi sincero, todo te perdono, i sólo deseo que goces tu juventud en medio de las caricias de la felicidad.

«En fin, adiós quizá por la vez última, mujer la más ingrata i a quien consagré todos mis afectos.

«Adiós la única mujer que desde mi infan-

cia logró cautivarme con sus miradas; enternecerme con sus lágrimas, i después jugar con mi pobre corazón.

«Marcho con pasos firmes a la guerra impelido por la decepción.

«Viviré o moriré; sea lo que fuere.

«Ya no soi dueño de mí mismo: soi como las hojas que ya tostadas por el sol, son arrastradas por el huracán.

«¡Adiós, pues, para siempre, adiós!»

«RUTILIO DE LA FUENTE.»

———

Aquella joven lacrimosa aun no había terminado su lectura cuando una fuerte emoción atacó su cerebro i no pudo menos que caer exánime sobre las carcomidas baldosas.

El golpe que sintió en el alma fue tremendo.

Sus esperanzas huyeron del pensil de sus anhelos como golondrinas amedrentadas.

En su fantasía se disiparon sus ensueños i cayó a chorros el veneno de la decepción, por lo cual flaquearon sus miembros i perdió el sentido.

Una vieja enlutada creyendo que Rosaura estaba postrada en tierra en profunda meditación, salió del templo silenciosamente para no perturbarla.

———

XLV.

ENTRE BAYONETAS.

———

Rutilio en cuanto pudo escapar de los cor·
etes. salió violentamente de la ciudad.
Múi pronto en un cerro inmediato se reu-
ɜron la mayor parte de los conjurados i un
ı fin de aldeanos, con el firme propósito de
tirse con las odiosas tropas gobiernistas.
Prepararon armas i todo pertrecho de gue-
a.
No obstante los escasos conocimientos mi·
ares i topográficos, Rutilio ensayó algunas
ıniobras; improvisó fortines con las rocas i
ındó cavar fosos.
La guerra contra el porfirismo tenía què
r encarnizada. puesto que aquel gobierno
ntaba con todos los elementos i con hom·
es de valor i de gran táctica militar.
ı embargo los guerrilleros Maderistas, con-
ɔan además de su denuedo i pujanza, con
opinión pública.
Rutilio al organizar aquel levantamiento,
fue de opinión lanzarse a la brega descabe·
damente.
Fue de opinión que lo combatieran i no de
a combatir.
I así fue: a los pacos días un regimiento de

caballería de múi buena disciplina, avistó por las llanuras entre la neblina de la mañana.

Era una temeridad entrar en combate con aquellos federales tan superiores en todo sentido.

Poco a poco empezó a entrar la desmoralización en los alzados i aun empezaron a opinar la retirada.

Rutilio se mostró inflexible a pesar de los razonamientos que todos exponían.

—No tengan miedo, muchachos: el hombre que se lanza a la guerra, debe revestirse completamente de valor; de lo contrario no sólo será perseguido por los enemigos materiales, sino también por el terrible fantasma de la cobardía. Aquí estamos parapetados, i aquí tenemos qué vencer o morir. De algo me ha de servir que en otro tiempo me hayan consignado al servicio de las armas.

—Pero, Rutilio, —le dijo su asistente—fíjate en la superioridad numérica, fíjate en la superioridad de su armamento i en su pericia militar, no séamos optimistas.

—No seas tonto; los triunfos no sólo se obtienen por la fuerza física; por eso hai miles de estratagemas, emboscadas, i medios asfixiantes; por eso hai también . . . .—

Un cañonazo cortó la frase a Rutilio, cuyos proyectiles cayeron a múi corta distancia.

—¡Vámos!—dijo Rutilio con voz imperiosa—en estos momentos apremiantes nadie me ponga réplica i todos a obedecer: esos pelones

enen todavía múi distantes i aun tenemos
mpo de prepararnos para hacerles una for-
idable resistencia: veinte hombres bajan
uí por este arroyo violentamente hasta lle
r al pie del cerro donde está aquella cerca
piedra; allí enarbolan esta bandera; colo-
n de trecho en trecho los sombreros, ya
bre las piedras, ya entre matorrales, simu-
ndo que existen allí carabineros. Cuando
estén múi cerca las avanzadas, se dan
mpletamente a luz, gritan con estentórea
z i hacen algunos cuantos disparos. Inme-
atamente agazapándose contra la cerca,
elven a internarse al bosque, i de allí vie
n i se atrincheran a uno i otro lado del
royo.

Veinte hombres van i se ocultan a un flan-
, i otros veinte al otro flanco del cerro. El
sto que será poco más de cuarenta queda-
os aquí apostados para cierto llamamiento.

Fíjense bien: cuando el enemigo descargue
fusilería sobre la cerca, nadie haga ni un
o; nosotros aquí estallaremos bombas para
mular el combate. Una vez que se cansen
hacer sus descargas o comprendan la bur-
, nosotros les hacemos aquí llamamiento. i
logramos que penetren al bosque, los que
tén atrincherados en el arroyo, cuando sea
portuno, rompen el fuego. Inmediatamente
s que estén ocultos en los flancos, bajan. i
rmando una ala, se repliegan contra el ene
igo. Entonces nosotros nos esparciremos

por el cerro para formar circuito, i con brío descargaremos nuestros fusiles. Sólo que las cosas no salgan como pienso o que algún pelotón se vea en gran poligro, corran aquí a refugiarse, i ya tomaremos otras medidas. ¡Vámos!.....—

Otro cañonazo retumbó por la montaña.

En menos de diez minutos todo estaba preparado.

Múi pronto una avanzada llegó al pie del cerro i recibió una descarga de fusilería de los Maderistas.

La federación rompió sus fuegos inútilmente sobre la cerca creyendo que allí estaban tendidos los rebeldes.

Múi pronto una espesa nube de humo cubrió los montes, i el estampido del cañón i las detonaciones de los fusiles se unificaron formando un estruendo pavcroso.

Así duró una hora.

Los federales creyendo haber exterminado completamente a los rebeldes, avanzaron para levantar el campo. Grande fue la rabia que sintieron al comprender la burla de que fueron víctimas.

Inmediatamente los que estaban en la cumbre del cerro les hicieron llamamiento con gritos i descargas.

Los gobiernistas más indignados aún, avanzaron rápidamente.

Pronto se oyó la formidable descarga de los atrincherados del arroyo.

Esta fue la señal para que descendieran los guerreros de los flancos.

Rutilio regó su gente por las faldas del cerro, i entonces con brío inexplicable se trabó una tremenda lucha.

Los federales no obstante la sorpresa i las bajas que sufrieron en aquella emboscada, no se acobardaron! Además como hombres disciplinados, obedecían rigurosamente las voces del clarín.

Los Maderistas carecían de conocimientos militares. pero su intrepidez no tenía límite.

Varias veces los soldados hacían impulsos poderosos por desalojar a los rebeldes de sus mejores posiciones, i otras tantas eran rechazadas con grandes pérdidas.

Por fin, cerca del medio día, paulatinamente fue cesando el fuego.

El coronel de aquel regimiento calculó que permaneciendo una hora más vería su completa derrota. Por tal motivo después de algunos momentos de reposo rompieron aquella especie de sitio i se fueron haciendo fuego en retirada.

Entonces fue el combate más terrible. Los rebeldes se echaron encima con insólito denuedo, haciendo prisioneros i avanzando todo el armamento. Las compañías que pudieron escapar, huyeron completamente desbandadas.

El campo quedó lleno de cadáveres de uno

i otro bando, pero cuatro veces más de federales.

Con aquel triunfo los revolucionarios adquirieron fama i se coronaron de gloria.

XLVI.

SIEMPRE EN CAMPAÑA.

Con la derrota increíble de aquellos federales, Rutilio conquistó fama de ser el hombre más valiente del Estado.

En múi pocos días reunió un verdadero ejército que hacía temblar a las tropas del gobierno.

Por todos los pueblos que atravesaba nuestro aguerrido joven, iba difundiendo el patriotismo i entusiasmo.

No daremos un detalle minucioso de todos sus actos como guerrillero, porque eso demandaría mucho espacio; tan sólo nos concretaremos a manifestar que nuestro joven hizo grandes proezas dignas de la epopeya i de relucir en las páginas de la historia, supuesto que fue uno de los más egregios paladines de aquella revolución.

Su estoicismo en la intemperie i en la fatiga era exagerado.

Inflexible como el roble i valiente como el león, lo vimos muchas veces abrirse brecha en las filas porfiristas.

Después de varios combates en que la victoria coronó su frente, Rutilio tomó el rumbo de su tierra natal.

En tanto con grande asombro se extendía la guerra por todo el país.

Los combates más notables i sangrientos que se habían efectuado, eran los de Pedernales i Mal Paso, en el Estado de Chihuahua, donde fueron derrotados los federales por el valiente Pascual Orozco.

Al dirigirse Rutilio a sus patrios lares, ¿cuáles eran sus propósitos?

Buenos no deben de haber sido supuesto que allí existían sus antagonistas i verdugos. No obstante, su misión no era vengar agravios, i por otra parte no era de sentimientos rastreros ni de corazón empedernido.

Todos sus compañeros i súbditos admiraban en él su intrepidez i arrogancia, a pesar de ver en su rostro una sombra de melancolía

Siempre reservado, siempre taciturno pasaba las horas que son propias para dar expansión al regocijo.

Todos ignoraban el estado moral de su corazón. Todos ignoraban que se arrojaba a los peligros más inminentes no por el deseo de conquistar fama ni de coronarse de laureles, sino impelido por la decepción.

El mundo para Rutilio era un yermo donde no podía jamás germinar el pensil de sus ilusiones.

Sólo en el fragor de los combates parecía encontrar alivio a su inmensa pesadumbre.

Cuanto más se acercaba a su tierra natal, más grande era su preocupación.

Reflexionó detenidamente en los motivos que lo impulsaban a tal determinación i no los encontró.

¿Iba a vengarse de las persecuciones injustas de los antiguos mandatarios? Sería falta de nobleza.

¿Iba a hacer gala i ostentación de su grandeza i poderío? Sería mucha vanidad.

¿Iba, en fin, a intervenir en las relaciones de Rosaura, o a implorar de nuevo su cariño? Sería mucha bajeza.

La indecisión lo obligó a no dar ni un paso más.

Amargos recuerdos cruzaron por su frente, i se entregó por completo a la melancolía.

En esos momentos un fuerte tiroteo a tres o cuatro kilómetros vino a despertarlo de su abstracción.

No vaciló Rutilio ni un momento en correr al sitio de los acontecimientos.

Poco a poco se fueron haciendo perceptibles los toques de clarín i los gritos de los combatientes.

Las balas, en medio del fragor, silbaban por

el espacio i por entre los árboles con acento plañidero.

Por fin avistaron al campo del combate; pero la llegada fue tarde: se dejó ver que los revolucionarios Maderistas habían sido completamente derrotados i puestos en precipitada fuga.

Con la presencia de las tropas de Rutilio, los federales tocaron retirada por no estar en condiciones de sostener un segundo combate.

Rutilio fue el dueño del campo.

Los Maderistas derrotados llenos de verdadera confusión, no quisieron confiar en los recién llegados temiendo un nuevo conflicto; pero Rutilio se esforzó en darles muchas contraseñas hasta que logró en pocas horas volverlos a reunir.

Grande fue el placer que nuestro joven experimentó al encontrarse con el jefe de aquella partida, no tanto por ser su correligionario, sino por haber sido su compañero de prisión.

Era Raúl, aquel joven que también había sido regalado al gobierno por los mandatarios de su pueblo.

A grandes rasgos refirió a Rutilio cuándo i cómo se levantó en armas; todas sus hazañas, i por fin la formidable derrota infligida por aquellos federales cuyo capitán se apellidaba Santoscoy.

Rutilio al oír este apellido se irguió lleno de

cólera i abriendo sus ojos desmesuradamente le preguntó a Raúl:

—¿Santoscoy has dicho? ¿Acáso por mi desgracia no será un petimetre charlatán, fornido, de naciente bozo, color moreno, ojos pequeños, nariz aguileña i pelo ensortijado?

—El mismo, según la filiación que varias veces he obtenido, pues este sujeto hace un mes que me ha venido persiguiendo; he sostenido con él varios combates hasta que al fin me derrotó al darme un asalto de sorpresa!

—Ese bandido ha sido mi rival en cuestiones amorosas i ahora es mi enemigo en cuestiones políticas. ¿Cómo no supe desde antes tu levantamiento i tu persecuciòn? Desde ahora no descansaré ni un momento hasta morir o vencer. Ese bandido una vez que se informe que yo ando aquí de cabecilla, con toda seguridad se va a fortificar a mi tierra natal, pero eso nunca lo lo conseguirá. ¡Vámos, Raúl, recoge tu armamento! aquí hai parque suficiente; que se te incorporen cuarenta de mis guerreros; tú sigues la derecha i yo la izquierda, i cortémosle cuanto antes la retirada.

XLVII.

CREPUSCULO DE FELICIDAD.

Sesenta kilómetros habían recorrido ambos perseguidores en línea paralela, en dos dias.

sin poderle dar alcance a Santoscoy. Sólo encontraban a su paso ahorcados i pasados a cuchillo, signos evidentes del terror que iba sembrando aquel sanguinario.

Rutilio era recibido en todos los pueblitos con verdadero entusiasmo, pues su fama de valiente i generoso había cundido por doquiera.

Todos los pacíficos, excepto los ricos, anhelaban la completa derrota de los federales, pues con aquel bárbaro proceder en vez de moralizar a unos i apaciguar a los otros. provocaban a nuevos i más encarnizados levantamientos.

A lo lejos por fin se distinguió una cabalgata que venía por el camino real a todo galope. Los jinetes eran 25 i todos traían carabina en mano.

Rutilio tomó sus gemelos i observó que podrían ser también sublevados. No obstante, mandó una avanzada ordenando mucha precaución i prudencia.

A la media hora volvió la avanzada juntamente con aquellos armados.

Rutilio prontamente se bajó de su corcel, i con el júbilo retratado en el semblante, se adelantó hácia el jefe de aquella partida.

Una exclamación de entusiasmo se escapó de ambos jefes que se abrazaron con verdadera satisfacción.

—Gamaliel, por Dios, es posible que tú también te hayas levantado en armas?

—Varios meses ha que lo hice por no poder soportar las amenazas de aquellos reyezuelos, nuestros paisanos, i por fin sus feraces persecusiones. Por mucho tiempo me echaron en cara que estaba en connivencia contigo. i por fin se descubrió que yo también les hice fuego la noche del frustrado matrimonio del militar.

—Ahora que dices militar, no sabes que ese farfantón ya ascendió a capitán o mayor i que anda por estos rumbos con gente armada cometiendo mil hostilidades?

—Tuve noticia de una tropa sanguinaria que se aproximaba. Con esto i con lo que me acabas de decir, puedo asegurarte que el tiroteo que hace dos horas recibimos, precisamente fue por una de esas avanzadas.

—Pero vas a ver cuán caro le va a costar su temeridad. Con tus 25 jinetes; con 200 guerreros que yo traigo, i con 70 colecticios que trae Raúl, casi ajustamos 300 hombres, con los cuales podemos batir ampliamente a ese fanfarrón que no pasa de traer 150 soldados.

—¿Raúl dices que anda por aquí? ¿Aquel tu amigo i compañero de prisión?

—El mismo; aquí va a mi derecha, para cuando le demos alcance al enemigo acribillarlo a dos fuegos.

— Pero según observé el enemigo va a todo escape i no va a ser posible darle alcance;

con toda seguridad su mira es ir a fortificarse a nuestra tierra.

Allí lo exterminaremos o lo obligamos a evacuar la plaza.

—No es buena medida por los desastres que pueden acontecer, pues no será legal que paguen justos por pecadores.

—Tienes razón, pero . . . .

—Ya considero tu inquietud: temes, por ejemplo, que este sujeto..... como ha sido pretendiente de Rosaura.....

—Podría juzgarse así, pero Rosaura . . . ¡ai, cuánta infamia, cuánta volubilidad! Rosaura para mí sólo significa un recuerdo amargo!

¡Vámos, vámos! ¿qué tienes? ¿qué te pasa? Ahora que nos rodea una hermosa perspectiva por el seguro triunfo de nuestras armas, no es justo que te entregues demasiado a la melancolía.

Renuncio a la gloria i renuncio a los honores. Tú sin duda ignoras mi situación moral. Rosaura me fue infiel. Rosaura rompió los lazos de nuestra amistad de una manera cruel valiéndose de calumnias. Mira fíjate en su carta..... Después de ésta jamás pude obtener ninguna contestación ni tampoco tuya; entonces despechado me lancé a la revolución.

—I si yo te dijera, Rutilio, que fuiste víctima de la perversidad?

—¡Cómo! ¿Luégo sabes algo?

—Lo sé todo, o casi todo: Hará un mes

que disfrazado pernocté en mi hogar; mis hermanas me refirieron que Rosaura estaba inconsolable porque después de mucho tiempo de no recibir ninguna contestación, siendo ella inocente de todo. recibió de ti una carta certificada llena de aseveraciones i reproches enteramedte injustos.

—¿Luégo no es cierto que ella está en relaciones amorosas con un sujeto?

—Cierto que no ha faltado quien le dirija requiebros, pero todos han salido completamente desairados.

—¿Entonces esa maldita carta que recibi en su nombre?

—Yo presumo que el administrador de correos fue el autor, supuesto que es un buen calígrafo; es además tu enemigo i tiene fama de tener costumbre de interceptar las cartas o cuando menos de violar la correspondencia. Yo te aseguro que tus cartas i las mías quedaron en sus manos.

—¡Bandido! hai qué hacer con él una ejecución verdaderamente seria.

—Ya es tarde; ahora con la revuelta abandonó el correo i desapareció llevándose los fondos.

—¡Pobre Rosaura! Inocente Rosaura, víctima de los caprichos de la fatalidad... Yo sabré vengarte i sabré corresponder a tu cariño i fidelidad. ¡Oh. corramos, corramos al momento siquiera para cortarle el paso a ese otro bandido para evitar nuevos conflictos.

—No te precipites, Rutilio; Rosaura se halla a cubierto de cualquier acechanza: de mucho secreto, para evitar emergencias, está en un ranchito no múi distante de aquí; yo una vez que lo sospeché, con mucha cautela he procurado estar a la espectativa para defenderla de cualquier asalto fortuito o premeditado; tengo además tres hombres con carácter de labradores en completa vigilancia.

—Múi agradecido estói con tus constantes servicios; ojalá algún día pueda correspondértelos.

—No hai necesidad de tal cosa; tu gratitud me basta. ¡Ah, ni me acordaba que soi poseedor de una *joya* literaria! de una COMPOSICION o descomposición que hace algún tiempo le mandó por correo Santoscoy a Rosaura, la cual no entendió ni jota, i me la dio para que te la mandara.

—¿A ver de qué se trata?

—Ahora verás, por aquí la traigo....¡¡.....!! psh....aquí la tienes:

....

«A mi albi-dúlcida Rosaura:

«I en mi viña exúbera de tu silueta ebúrnea en que brillan como hileras de perlas blancas los alveolos incrustados sobre la pulpa carminea donde florecen los botones be-

si-sedantes de la primavera púber, abreví el jugo azucarado que efluye quintaesenciando la flora núbil de tu rosaleda elástica, que trema al contacto del aura acariciante que adormece sus pétalos en un espasmo de embriaguez erótica.

.....«I *me bañó tu hálito.*

«Tu hálito suavi-refrescante como la linfa cristalina de la fontana virgen; i sus gotitas fueron como cuentas temblorosas que uniéronme a tus dísticos labi-purpúreos estallando en eclosión avernática bajo la cascada olímpica de tu crencha blonda de gentil somnilocua.....

«I en tu pauta rosi lábica surgieron las notas de tu risa errátil, como pompas de jabón, o como burbujas cristálidas i flordelisantes de la ondina leda donde el cisne rubeniano (como la Venus de la leyenda exótica) bañaba el diafanizante peplo de su tez rosada, para después sentir el toque electro magnetizante, producido por el contacto de los bi pentágramas prismático albi rosados de la dermis inmácula de la diosa egregia.

.....*«I avanzamos unidos bajo el véspero autumnal i grávido que trascendía a nardos i violetas, o a mistificante efluvio de bouquet turífero que esplende en el dombo alado de silente ermita, hasta la torre erotizante i dúlcida.*

.....*«I soñé contigo el patriarcal reposo de*

Jacob, el bíblico, con mi testa insomne sobre tu seno eréctil de paloma idílica.

.....*«I comí las uvas de tu huerto exótico exúbero; i me embriagué de néctar.*

«I en tus cabellos enjugué vívido mi letal angustia; i en tu regazo aromatizante i tibio..... cual niño trémulo me quedé dormido.

«I fue como un éxtasis.....

.....*«Por entre las frondas filtrábanse las hebras últimas del sol, semejando serpentinas de oro arrojadas por los silfos en las fiestas báquicas, cuando Pan solloza i las ninfas danzan (como mariposas irridescentes) en los jardines flori-febrífugos entre la eflorescencia de sus aduares trágico sutiles; en tanto que, cabe el arco ideo-facial de tu silueta blanca, vi rodar, como mosaicos de cristal, sartitas de perlas irisadas de tu fontana edénica i, postrándome a tus plantas divinizantes, como el creyente místico ante el ara santa, las engarcé en el cordaje tremante de mi arco lírico .....i fue la apoteosis etérea de nuestra vida rítmica.*

«Tu insomne trovador erótico.

J. Santoscoy.»

———

La hilaridad que desde al principio no los dejaba terminar la lectura, se transformó en estruendosas carcajadas: se rieron a mandí-

bula batiente hasta el grado de verter lágrimas.

—¡Qué bárbaro!—dijo Gamaliel—este cultiparlista *exótico* no se cayó muerto al terminar este fárrago lingüístico rimbombante porque haría un esfuerzo titánico. Si en otras ocasiones Dios i él sabían el asunto, por esta vez apuesto a que ni Dios supo mucho menos este parlanchín bruti-espléndido.

—Mas no creas, Gamaliel, que este sartajo de gerundiadas es netamente de ese remilgado pedante: esto con toda seguridad es un vil plagio hecho a J. A. Villaseñor, verdadero guasón o recalcitrante decadentista moderno; pero sea de quien fuere i escrito por lo que fuere, es una sarta de palabrería hueca, altisonante, rebuscada en el léxico *decadentístico* de la más refinada pedantería.—

Después que se hubieron desahogado a satisfacción en medio de una crítica mordaz, dijo Rutilio:

—Gamaliel, yo pienso ir a ver a Rosaura; quiero hablarla; quiero oír su voz; quiero que me perdone mi suspicacia.

—Quizá no convenga por el escándalo que resulte de tu entrevista, será bueno que difieras tu viaje.

—No pienso llegar ante ella con carácter de guerrero ni con acompañamiento, quiero ir yo solo i acercarme cautelosamente a su ventana allá en el silencio de la noche.

—Siendo así tal vez no habrá ulteriores di-

ficultades con D. Próspero, pero te expones a encontrarte con alguna escolta de gendarmes que andan a todas horas en completa agitación.

—No tan luego ha de suceder así; pero sin embargo, ya siento deseos de oír múi cerca una sinfonía de balazos que me llene de regocijo.

¡Adelante i no hai qué ser pesimista! Tú, Gamaliel, te encargas de mi gente.

Hai qué mandar violentamente un mensajero a Raúl que detenga su marcha hasta nueva orden.

¿Dices que el ranchito no está múi distante de aquí?

—Siempre; hai ocho leguas.

—Es decir—dijo Rutilio—34 kilòmetros aproximadamente. Yo puedo recorrer 9 kilómetros por hora. Ahorita son las 6; de allí que para las 10 de la noche puedo llegar ampliamente. Dame pronto las señas porque el tiempo vuela.

—Marchas de frente rumbo al ocaso; las tres encrucijadas que encuentres, nada significan; cuando llegues a la cuarta, sigues a la izquierda hasta llegar a un arroyo; allí sigues por una vereda que conduce a un portezuelo donde está un lienzo de piedra, el cual te servirá de guía hasta llegar a una pequeña explanada. Allí esta el objeto de tu amor, desembarazada de sus parientes, go-

zando las delicias del otoño, i recuperando la salud.

—¡Oh Gamaliel, paraninfo de mis ensueños! Plegue al cielo que al fin la felicidad me arrulle de nuevo en su regazo.

—Corre pues, Rutilio, sin descanso, que ya es bastante tarde i es larga la jornada. Que la buena suerte vaya regando a tu paso el perfume de la felicidad.—

A pocos momentos, con su respectivo asistente, nuestro joven desapareció en medio de una nube de polvo, llevando en la frente la aurora de los anhelos i las esperanzas.

XLVIII.

OASIS DE FELICIDAD.

Los últimos fulgores del sol, se destacaban pálidos en el azul purísimo.

El estado agónico del crepúsculo, inspiraba una melancolía suave propia de la meditación.

Ya los grillos empezaban a chirriar formando su concierto misterioso i monótono.

Nuestro guerrero cuanto más declinaba la tarde, más prisa le daba a su corcel; i siempre ansioso con la mirada fija en lontananza, i entre las ondas de la incierta luz,

devoraba las llanuras i pendientes, galopando, galopando, galopando.....

Murió la tarde con esa agonía misteriosa que sólo pueden interpretar los pintores i poetas, i que llena de impresión a los enamorados.

Las estrellas brillaron con luz nítida, i semejábanse a ninfas vestidas de gala que iban a presenciar una escena idílica.

Después de tres horas las esperanzas de nuestro joven parecían desvanecerse, pues aunque se abreviaba el camino atravesando arroyos i sinuosidades, no llegaba el momento venturoso de avistar al paisajito que tanto ambicionaba contemplar.

En una de esas travesías, sintió en su frente un choque de pies rigidos i fríos que lo despertaron de sus ensueños.

Era un ahorcado; a poco andar otro.

Un silbido partió de una roca i fue contestado en el bosque.

Rutilio i su asistente hicieron una huida falsa i pronto volvieron i se parapetaron entre unas rocas.

Pronto aparecieron agazapándose varios bandoleros carabina en mano.

Una vez que pasaron cerca, inesperadamente una lluvia de balas cayó sobre ellos, poniendo en fuga a unos, i quedando tres o cuatro tendidos en el suelo.

Rutilio no se quiso detener; su anhelo era

otro; una vez quitado aquel obstáculo siguió adelante.

Por fin allá múi a lo lejos, distinguió unas lucesitas.

Avanzó frenético i al fin pudo contemplar la pequeña explanada con sus cabañas i su bosque.

Sintió grande satisfacción i suspiró como desahogándose de un peso enorme.

Su corazón palpitó con violencia i parecía estar en un éxtasis purísimo soñando lo que sólo sueñan los poetas.

De pronto distinguió entre los árboles dos bultos. Echó mano a su carabina, pero luego pensó que podrían ser los guardianes de Rosaura empleados por Gamaliel; por tal circunstancia empezó a silbar para que se acercaran.

Con grande cautela dos hombres se fueron acercando, carabina en mano.

Por las contraseñas que unos i otros cambiaron, pronto se reconocieron.

Grande fue el placer que todos experimentaron; pues aquellos hombres eran efectivamente soldados de Gamaliel i antiguos conocidos de Rutilio.

Después de un cordial saludo i algunas preguntas lacónicas, nuestro joven se dirigió a pie cautelosamente a las cabañas.

Ya no había luz; todo estaba silencioso: los aldeanos parecían dormir en profunda calma.

Rutilio al llegar frente a las cabañas, como

por instinto adivinó en cuál podria estar Rosaura. Vaciló un momento; pero al fin con voz dulce i enteramente suave, como la de un bardo melancólico, empezó a cantar la siguiente improvisada

CANCION:

Murió la tarde tras la montaña......
Frente a la puerta de tu cabaña
te aguardo, niña, con inquietud;
sál un instante, sál un momento,
quiero expresarte mi sufrimiento,
quiero cantarte con mi laúd.

Oye las quejas i los cantares
del que múi lejos de tus altares
largos tres años permaneció,
i entre el perfume de fresco ambiente
se va acercando tímidamente
a referirte lo que sufrió.

Sál niña hermosa, no tengas miedo,
que yo sin verte vivir no puedo
i es mi existencia noche fatal;
ven prontamente que apasionado
sueño mirarme junto a tu lado
como el sediento junto un raudal.

No me desprecies, niña hechicera,
hoi que de nuevo por vez primera
llego a tu lado con inquietud.
Sál, pues, te ruego, sál un momento,
quiero expresarte mi cruel tormento,
quiero cantarte con mi laúd.

—

Terminada la canción, Rutilio esperaba oir algún rumor en las cabañas; pero todo reposaba en la más completa calma, sólo el canturreo de los insectos nocturnos rasgaba el silencio de la noche.

—Según eso— decía el joven—no despertó o no tiene voluntad en salir. ¿De qué medios me valdré para desengañarme? Voi a entonar otra canción, i si no sale, queda rectificado que no es tanto el amor que me tiene, i por lo mismo le daré el eterno adiòs i me despediré para siempre de mis ilusiones.—

Aquel trovador inquieto se acercó más a una cabaña, i con voz meliflua i más llena de ternura, entonó la siguiente

CANTINELA:

—

¡Oh virgen más linda
que un ángel de amor!
despierta i escucha
mi triste canción.

——

Yo soi un sediento
que al rayo del sol,
camina sufriendo
terrible calor;
i tú, virgencita
de angélica voz,
la nítida fuente
de blando rumor.

Yo soi mariposa
que en busca de miel,
con pérfido invierno
sin fuerzas luché;
i tú, niña linda,
mi dulce placer,
mi olímpico ensueño;
precioso vergel.

¡Oh virgen más linda
que un ángel de amor!
despierta i escucha
mi triste canción.

—

Yo soi el misterio
de negro ataúd,
i soi las tinieblas
o negro capuz;
i tú blanca virgen?
la dulce quietud;
sonrisa de aurora;
torrente de luz.

En fin, si comprendes
mi ciega pasión,
i luego me brindas
caricias de amor,
serás, niña linda,
mi eterna ilusión,
i yo seré siempre
tu fiel trovador.

—

¡Oh virgen más linda
que un ángel de amor!
despierta i escucha
mi triste canción.

Rosaura, entretanto, efectivamente cuando la primer canción, dormía tranquila en brazos de ese reposo dulcísimo que sólo se disfruta allá en el bosque donde no se oye ni el eco del rumor fatídico.

Dormía, pero entre sueños oía la dulce voz de su amante que acariciaba sus oídos, en tanto que Morfeo dibujaba en su fantasía con vivos colores, los paisajes más placenteros de sus amorosos ensueñes.

Cuando cesó la voz se desvanecieron en su mente aquellas visiones fúlgidas, i como no estaba profundamente dormida, en el acto despertó.

Un tierno suspiro se escapó de su pecho virginal creyendo que aquella voz que aun parecía estar vibrando en sus oídos, sería tan sólo efecto de un sueño lúcido; pero en el momento con gran sorpresa i alegría, oyó efectivamente junto a la cabaña la dulce voz de su amante, entonando la canción que acabamos de oír.

De pronto dudó de la realidad, pues se palpó a sí misma i reconoció hasta su lecho para convencerse que ya no estaba soñando.

....

Aun no terminaba aquel vate su cantinela cuando una exigua ventana se fue abriendo lentamente; i aunque nuestro joven no distinguía si efectivamente era su ninfa idolatrada quien allí apareció, ebrio de amor, impelido por una fuerza desconocida, con la intrepidez del guerrero, la ternura del poeta i la impaciencia del enamorado, gallardamente se acercó a la ventanilla, i con voz dulce i apasionada exclamó:

—

Ven, por piepad, mujer encantadora,
i escucha los cantares de mi lira;
¿no sabes que por ti, hora tras hora,
mi corazón suspira?

—

No me niegues tu plácida sonrisa
ni tus palabras dúlcidas, ¡por Dios!
que si se aman las flores i la brisa,
amémonos los dos.

—

Bajo un cielo de estrellas rutilantes
viviremos felices, amor mío,
como viven los pájaros amantes
aquí en el bosque umbrío.

—

Vivir lejos de ti no me conviene:
unamos nuestro amor con embeleso;
i unámonos los dos cuando resuene
la música de un beso.

—

Estas frases cadenciosas resonaban en el alma de Rosaura como una música de hadas, que sólo pueden imaginarse los músicos más inspirados cuando los arrulla la felicidad.

No supimos cómo; no nos dimos cuenta de ello; pero es múi verdad que cuando Rutilio iba a la mitad de su recitación, las blancas manos de Rosaura estaban acariciadas por las de su amante, i los labios palpitantes de entrambos se confundieron como las nubes con las nubes.

¡Oh qué cuadro tan hermoso, digno del pincel más delicado!

La noche espléndida i serena. Una pequeña explanada, cerca de un lago, con su bosque i sus cabañas, i dos séres que después de

una larga ausencia logran estrecharse con delirio.

El aspecto de Rutilio no era otro que el de guerrero i poeta:

Cuerpo esbelto; largo el pelo; traje de kaki a la inglesa; cartucheras terciadas; carabina en bandolera, i lenguaje fácil i expresivo. Su indumentaria se confundía con la de los revolucionarios fronterizos.

Rosaura no apareció ataviada como esas mujeres cursis i remilgadas que pretenden ser de alta alcurnia i que afectan gran lujo i educación.

Rosaura salió con traje humilde i con su lenguaje sencillo; tan encantadora como una singular i simpática aldeanita.

—¡Oh amor mío!—exclamó Rutilio—no encuentro palabras dignas de hacer vibrar en tus oídos. Quisiera desgranar en tu alma, al sòn de mi lira, un florilegio de palabras de oro, que te hicieran comprender el inmenso amor que te profeso; la felicidad que inunda a mi alma por haber logrado llegar a tu presencia, i el inmenso regocijo de juntar mi mano con tu mano. juntar mis labios con tus labios rojos, i sentir las palpitaciones de tu seno.

Díme, Rosaura, ¿me amas como en otro tiempo? ¿Guardas en tu memoria aquellos dulces juramentos de que fueron testigos esa luna que empieza a repuntar en la lejanía, estas estrellas i los árboles de tu jardín?

—Rutilio, ¿no estás convencido aún? ¿dudas acaso de mi cariño cuando con los hechos te lo estói demostrando?

Todo guardo en mi memoria, pero ¡ai! Rutilio, ¡cuán ingrato fuiste conmigo! ¿Por qué tan cruelmente amargaste mi existencia con aquella terrible carta donde pretextabas contestarme una misiva que había sido el motivo del rompimiento de nuestra amistad; donde me echabas en cara mi deslealtad i perfidia, i donde me dabas por fin el último adiós?.....

—Rosaura: mucho he lamentado tal proceder; me arrrepiento mil veces de haberlo hecho, pero vas a convencerte que tuve múi justa razòn: hace poco más de un año, recibí una carta, ¡oh recuerdos amargos! una carta con tu propia letra i con tu propia rúbrica, en los términos que ya tú sabes. De pronto dudé; hice mil conjeturas; me valí de mil medios para poner en claro la realidad, pero todo fue en vano i quedaron fallidas todas mis esperanzas. Jamás pude obtener de ti ni de Gamaliel ninguna contestación, tan sólo un anònimo fue a torturarme por completo donde *bondadosamente* se me ponía en conocimiento que tú estabas en plenas relaciones con otro sujeto.

—¿Es posible tanta maldad? ¿Es posible tanta audacia o malignidad?

—¿Yo qué hice entonces? No pude menos que dirigirte directamente dicha carta certi-

ficada para darte el último adiós en medio de mi resentimiento. Pero afortunadamente hoi que tuve la dicha de encontrarme a Gamaliel nuestro amigo, él me manifestó que tú eras inocente, i sospechamos que el intrigante es el administrador de correos.

—I luego ¿cómo pudiste sospechar que yo estaba en este bosquecillo?

—Gamaliel me descubrió el secreto.

—¡Cómo! ¿luégo él sabe?...

—Tan satisfecho está, que tiene soldados aquí al rededor para salvarte de algún asalto.

—Es múi grande la generosidad de Gamaliel.

—No tiene límites.

—¡Oh cuán amargos fueron para mí todos estos días en que a la fatalidad le plugo vaciar a torrentes en mi alma el veneno de la decepción!......

—Rosaura, te ruego encarecidamente no hagamos reminiscencias: hagamos de cuenta que sólo fue un sueño del cual prontamente nos despertó la felicidad. Sí, mi virgencita, no tornemos la vista a lo pasado, mejor disfrutemos las delicias de lo presente i soñemos un porvenir lleno de flores i de sonrisas.

Has cuenta que hoi renació nuestro amor de sus propias cenizas como el ave fénix. Olvidémoslo todo i mejor escucha los cantares de mi lira:

—

Eres, niña encantadora,
cual torrente de alegría;
i atractiva i seductora
como la nítida aurora
que anuncia la luz del día.

—

Cuando cruzo la llanura
de mis ensueños en pos
i alguna fuente murmura,
de pronto se me figura
que oigo el eco de tu voz.

—

I al contemplar las estrellas,
siento calmar mis enojos,
porque al mirarlas tan bellas
parece que miro en ellas
la luz de tus lindos ojos.

—

I hoi que te encuentro, bien mío,
se aumenta más mi pasión:
i en mi dulce desvarío
tan sólo en ti me extasío
hasta perder la razòn.

———

—Sí, Rosaura de mi alma, luz diamantina de mis ensueños, consuelo i delicia de mi triste vida, te amo con todo mi corazón i te quiero más que a mí mismo. Este día es para mí el día más feliz i venturoso de toda mi exis-

tencia i que llevaré grabado por siempre en mi memoria.

El haberte encontrado en este sitio, es como la realización de un sueño imposible. Embriagado estói con tanta dicha, i por tal motivo no puedo menos que exclamar:

Con tus palabras encantadoras
i la ternura de tu expresión,
llenas de encanto pasan las horas:
tan seductoras
como un ensueño
dulce, risueño,
de la ilusión.

———

I entre el perfume de tu hermosura
yo te contemplo lleno de fe
porque al mirarte, bella criatura,
luego fulgura
dentro de mi alma,
la eterna calma
que yo soñé.

———

Sí, virgencita, yo me extasío
en una tierna contemplación....
porque tú ëres, dulce bien mío,
en el desvío
de mi criterio,
el refrigerio
de mi pasión!

———

Rutilio recibió en la frente un ósculo de ternura, en testimonio de gratitud i como premio de su numen.

Un sublime silencio reinó entrambos que sirvió de intermedio en aquella entrevista memorable tan llena de felicidad.

Las manos de Rosaura permanecieron entre las manos de Rutilio. i aquellos dos séres eran una sola alma, una sola voluntad, un solo pensamiento.....

Su espíritu parecía levantarse en alas de la fantasía a vagar por los pensiles de los ensueños.....

Los nardos como interpretando aquellos momentos de felicidad, exhalaron su fragancia deliciosa i embriagadora.

Mas de pronto un rumor de caballería vino a interrumpir aquella calma i aquel delicioso arrobamiento.

Rosaura por indicaciones de Rutilio prontamente cerró la ventana.

Rutilio descendió rápidamente, carabina en mano i agazapándose, hasta reunirse con sus compañeros, i acto continuo, se colocaron en las mejores posiciones.

XLIX.

TRIUNFO DEL AMOR.

A pocos momentos pasò por un sendero una patrulla porfirista.

—¿Hacemos fuego?—dijo en voz baja el asistente.

—No conviene; contestó Rutilio.

—¿Luégo será posible desaprovechar esta oportunidad? Van a pasar junto de nosotros i podemos tumbar al golpe cuatro jinetes. ¡Yo voi a hacer fuego!

—Te ordeno que nó: sería una felonía, además despertarían los aldeanos, i Rosaura se llenaría de sobresalto. Deja que se dirijan a las cabañas, i por vida mía que no salen bien parados.—

Afortunadamente la cabalgata se pasó de largo rumbo al oriente, i todo volvió a quedar en completa calma.

Rutilio volvió junto a Rosaura para despedirse.

—¿Quiénes eran?—preguntó Rosaura temblando.

—Una docena de zánganos porfiristas.

—¡Ai Dios! desde que estalló la revolución, ¡cuánto sobresalto! ¡cuánta zozobra! Por todas partes levantamientos; por todas partes crímenes, venganzas i robos.... Mi papá temiendo un asalto, me trasladó a este aislado ranchito, pero según los movimientos ya no hai seguridad en ninguna parte. Sin embargo, yo estói llena de satisfacción i no me canso de bendecir a Dios porque me concedió que no te lanzaras a la guerra según las indicaciones de tu carta.—

Rutilio suspiró hondamente.

—¿Qué? ¿suspiras por no haberlo realizado? ¿preferirías mejor andar en los peligros que haber llegado a mi presencia?

—Rosaura, no interpretes así mi conducta; yo no obstante que tengo serio compromiso de trabajar en favor de la causa revolucionaria,...... i no sólo compromiso; sino que, como buen patriota, es mi deber, yo siempre te amo, lo repito una i mil veces; i si la suerte no me es adversa, lucharé sin descanso hasta lograr ante el mundo poseerte. Es justo sufrir para merecer. Además para mi la revolución es un medio múi eficaz supuesto que al triunfo de nuestro partido, puedo, con toda seguridad, encontrar la paz i llegar a la cumbre de mis anhelos.

—¡Cómo! ¡Santo cielo! ¿Tú? ¿Tú tienes compromisos con la revolución? ¡Dios me asista! ¡Ai de mí! ¿De modo que esto no fue mas de un paréntesis de felicidad? ¿De modo que después de haberme adormecido en brazos de la dicha, resulta que soi más desdichada que en otros días? ¡Ai de mí, prefiero mejor.....!

—Rosaura, para llegar a la cumbre de la felicidad, nos falta mucho qué sufrir; todavía está larga la jornada i el sendero lleno de incomodidades; pero eso no es motivo para que te entregues a la desesperación. Estudia primero las circunstancias. Yo si me lancè a la guerra no fue tan sólo por la carta falsa

que recibí, sino también por la tenaz persecución de los porfiristas.

—Pero fácilmente puedes abandonar las armas.

—No tan fácilmente, pues un delegado del señor Madero me dio fondos i me extendió mis credenciales para que promoviera la revolución por estos rumbos. Traigo ya a mi cargo 200 hombres i varias partidas que se me han incorporado. Todo esto naturalmente significa un compromiso múi serio.

Por otra parte voi en persecución de aquel impertinente militarcillo; aquel tu rendido pretendiente, que ya con toda seguridad está fortificado en nuestra tierra. Gracias a que supe que aquí estabas, sino quizá a esta hora estaríamos próximos a entrar en combate.

—Por Dios, Rutilio, si algún rasgo de cariño me protesas, te ruego encarecidamente no hagas tal cosa.

No te expongas a perecer; déjalo que entre i que salga; ya las cosas cambiarán. Tú, entretanto, vas a presentar tu renuncia.

—En estos momentos críticos para la Patria, no sería honor mío presentar mi dimisión, i por otra parte sería múi marcada cobardía dejar sin combatir a ese espadachín.

—Pero suponiendo que no mueras en el combate, ¿qué utilizas con eso que tú llamas honor?

—No es tan sólo eso: fíjate bien Rosaura; si yo en estos momentos abandono las armas,

¿cuál es el porvenir que se me espera? ¿Quién puede garantir mi vida cuando que ahora las cosas están en completa agitación?

Concédeme razón: meterme a pacífico en la actualidad i más después de haber tomado parte en la revolución, es meter adrede la cabeza a la horca. Si yo viera que la revolución se aproximaba a su triunfo. tendría confianza en abandonar las armas; pero en las actuales circunstancias, es tanto como renunciar a las esperanzas de llegar algún día a la cumbre de nuestros ensueños. En una palabra: nuestra felicidad depende forzosamente del triunfo de la revolución; de lo contrario, yo serè perseguido por todas partes.

—Así es que, huyes i me dejas anegada en lágrimas? ¿Me dejas abandonada i triste después de haber venido a despertar en mi alma todos los afectos i las ilusiones?

¡Dios tenga piedad de mí! Veo que nací desdichada, i desdichada seré hasta el fin! Vergüenza me causa abrirte de par en par las puertas de mi corazón para manifestarte el inmenso amor que te profeso.

Mas ¡ai de mí! veo claramente que domina más en tu alma el compromiso de la guerra que el deseo de vivir junto de mí. Yo sabía que para el verdadero amor no había obstáculos. Yo sabia que el verdadero amor podía vencer muchas veces hasta lo imposible. Pero en fin, cúmplase en mí el decreto fatal de ser víctima de los desengaños.—

Rosaura estalló en sollozos, i sus lágrimas caían gota a gota sobre el rostro i las manos de Rutilio.

Nuestro joven quedó completamente enternecido. Es cierto que de pronto defendió su causa por todos los medios razonables; pero al fin su raciocinio quedó eclipsado, i su corazón lleno de sensibilidad. Aquellas lágrimas tuvieron más fuerza que toda la razón i la filosofía. Aquellos sollozos tuvieron allí más poder i elocuencia, que el más elocuente discurso.

Rutilio en consecuencia, quedó por completo cautivado. Bien calculó, pues, que aquella complacencia, echaba por tierra sus deberes patrióticos; era perder el pundonor, era exponerse a perecer indefenso; pero el amor.. esa locura que lleva ese nombre; ese afecto extraño que anida en todos los corazones; que trastorna el cerebro del sabio; que hace ridículos a los juiciosos; intrépidos a los cobardes, i que rinde a los corazones más valientes, había hecho todo el efecto en su corazón.

—No llores, vida mía;—dijo Rutilio con tierna voz—es cierto que los deberes para con mi Patria son múi sagrados; es cierto que el honor de revolucionario me obliga a entrar en campaña con ese militar; es cierto que en mi corazón hai motivos múi poderosos para ir a mi tierra a pisotear el poderío de aquellos engreídos mandatarios, i es cierto, en fin,

que me voi a exponer a ser víctima de la persecución; pero sin embargo. te juro, tan sólo por complacerte, desistir de todo i abandonarlo todo. Como premio a tu fidelidad i cariño, voi a derrumbar todos mis propósitos; voi a entrenar todas mis venganzas, i pronto nos volveremos a contemplar.

Me voi, pues, Rosaura, con más grandes anhelos de volver a verte. Ya la luz pura del alba, hermosa mensajera del nuevo día, viene ahuyentando las tinieblas de la noche, Justo será partir antes de que tengamos testigos.

¡Adiós, pues, mi virgencita!—

El rumor suave de un ósculo, fue el epílogo de aquella entrevista memorable.

L.

EL RAPTO.

Ese mismo día, sin obstáculo ninguno, el militar penetró al pueblo de Rutilio en medio de las aclamaciones de los mandatarios.

Mucho le extrañó no ver a Rosaura; pero con toda prudencia i actividad puso en juego todos sus proyectos para descubrir su paradero.

Grande era la inquietud por verla; pero

más grande aún era la inquietud por salir de aquel pueblito temiendo ser copado por los revolucionarios que por todas partes traín en jaque a los porfiristas.

Los ricos enemigos de Rutilio con la presencia del militar, se moralizaron completamente i se creyeron a cubierto de cualquier asalto.

Con su actividad característica, el comisario pretendiò organizar un cuerpo de auxiliares para salir en compañía del militar a darles a los rebeldes una batida formidable.

Mas vio con tristeza que ni los mismos esbirros provisionales quisieron aprestarse a tales proyectos.

Bien calculaba la pobrería que el porfirismo estaba en momentos de agonía. Bien se dejó comprender que ya el militar sólo pretendía evitar un encuentro para no ver su completa derrota.

Por tal circunstancia una vez que no se pudo organizar el proyecto de los mandatarios, el espadachín respirò con desahogo porque ya no se vería obligado a cumplir con su deber exponiéndose a pelear sin probabilidades de triunfo.

Dos días durò en el pueblo.

Al recibir informes de sus vigías que gruesas partidas de rebeldes se aproximaban como queriendo formar una línea de circunvalación, para no exponerse i para no verse obligado por las necedades de los acaudala-

dos, furtivamente allá en las altas horas de la noche salió del pueblito.

Con el mayor silencio i apresuradamente se dirigió con toda su gente hácia el ranchito donde estaba Rosaura.

¿Era la casualidad quien lo conducía a ese punto? ¿O era su clarividencia quien le indicaba a aquel derrotero?

La realidad era que uno de los guardianes de Rosaura, había sufrido un serio disgusto con Gamaliel por motivos que no sabemos, i en venganza fué con el militar i a cambio de cierta cantidad de dinero le descubrió el sigilo i la manera de apoderarse de Rosaura.

El militar viendo el estado caótico en que se encontraba la República. no tuvo escrúpulo en ir i apoderarse de Rosaura por medio del rapto.

Apenas se iniciaban los primeros albores de la mañana cuando el militar con una escolta se aproximó a las cabañas.

¡Pobre Rosaura! inocente de tanta maldad, dormía tranquila en brazos del reposo.

El traidor se adelantó silenciosamente a una de las cabañas.

Varias veces tocó la exigua ventana hasta que Rosaura despertó.

—Rosaura, Rosaura: levántese prontamente porque hai peligro.—

Rosaura oyó esta paparrucha i temblando se vistió i abrió la ventanilla.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Señorita Rosaura: me manda Rutilio que os manifieste que por señas de que hace tres noches que tuvieron una larga entrevista, que inmediatamente salgáis de aquí porque el enemigo, o mejor dicho, el militar se acerca, i corréis mucho riesgo pues viene directamente a robaros!

—¿Rutilio decís que os envía?

—Sí, Rutilio; ¿acáso dudáis de mi verdad? ¿No sabéis que yo soi soldado de los que están aquí apostados para defenderos de cualquier asalto?

—Pero, ¿luégo Rutilio no se había ido....?

—Sí, pero sabiendo el peligro que corríais porque el militar descubrió el secreto de vuestro escondite, se volvió a todo escape.

—I ¿còmo no vino Rutilio en persona?

—Porque el enemigo está múi cerca i no puede retirarse por tener qué dirigir el combate. ¡Señorita, veo que dudáis de mí i que estamos perdiendo el tiempo en bagatelas; yo me separo para ir a manifestarle a Rutilio que no aceptáis sus indicaciones!

—¡Por Dios! ¿qué hago? ¡Dios mío! ¿qué hago?

—Seguirme con toda confianza, que alcabo Rutilio está aquí nomás al bajar, i si os quedáis aquí vais a ser víctima con toda seguridad de las garras del militar. Mirad cómo se distingue allá entre la niebla algo así como siluetas de jinetes; es posible que ya sea el enemigo.

—Voi a hablarles a las personas de la ca-

baña para que alguien me acompañe i para prevenirles lo que hai al caso.

—No, señorita. no hagáis escándalo; ya no es tiempo de explicaciones, i por otra parte ¿dudáis de la conducta intachable de Rutilio?—

Rosaura imprudentemente se dejó persuadir, i saliendo con dificultad por la ventanilla, siguió llena de confusión al infame traidor.

A los cuarenta metros estaba el militor envuelto en su capa i montado en su corcel.

Al llegar Rosaura exclamó:

—Rutilio, por Dios, te vuelvo a rogar que no entres en combate con ese hombre.....

—No, mi virgencita,—dijo en voz baja el militar—huyamos cuanto antes.

—Pero.....

—No temas; va mi palabra de por medio; soi tuyo hasta la muerte; ven sube prontamente a mi caballo.—

Rosaura inmediatamente sospechó que había sido traicionada, i un escalofrío corrió por todo su cuerpo. ¡Cómo había de ser su amante! Si hubiera sido inmediatamente habría echado pie a tierra i se habría desembozado para ir a su encuentro con marcadas atenciones. Cuando ella comprendió el engaño, quiso retroceder a toda prisa, pero dos individuos ya de acuerdo, la tomaron fuertemente i la pusieron en brazos del militar.

Un grito lastimero de ¡socorro! se escapò del pecho de aquella inocente en medio del

gorjeo de las aves que ya empezaban a despertar.

El militar i su escolta echaron a correr con dirección al oriente, quedando a la retaguardia el núcleo de su tropa.

Con los gritos consecutivos de Rosaura, los aldeanos despertaron azorados, i con grande asombro alcanzaron a distinguir a la infeliz joven retorcerse desesperadamente en brazos del militar.

LI.

TRIUNFO DE MADERO.

Al desarrollarse los anteriores acontecimientos, ¿dónde estaba Rutilio?

Allá en un bosque, lejos ya de todo movimiento revolucionario con lo cual quedò comprobado que tuvo más fuerza una lágrima que toda la razòn i la filosofía.

Con tristeza declaramos que Rutilio perdió toda su energía de guerrillero i cometió la indisculpable debilidad de seguir los consejos de Rasaura.

En resumen: Rutilio delegó todas sus facultades en su asistente i le ordenó que marchara con su tropa inmediatamente a la capital del Estado en compañía de Raúl.

¡Oh el que se deja vencer por una lágrima o por uu sollozo, prueba hasta la evidencia su acendrado amor. pero ya no es dueño de su albedrío: está ciego.

Nuestro joven una vez vencido, no fue prudente ni oportuno para retirarse a la vida privada:

En primer lugar despreció la gloria que le esperaba con el próximo triunfo de la revolución. i por otra parte no previó que no derrotando al militar, éste quedaría engreído i en circunstancias de apoderarse de Rosaura.

Pero dejemos este asunto por un momento para describir los progresos de la revolución que efectivamente avanzaba a paso gigantesco.

Después de sangrientos combates en toda la República, pero principalmente con la tremenda derrota infligida por los Maderistas al coronel Rábago, en Galeana, i con la rendición de Ciudad Juárez el 10 de mayo de 1911 defendida por el General Juan Navarro, se dieron por vencidos los porfiristas.

Madero en esta ciudad celebró un armisticio i firmó un tratado de paz bajo la condición que para fines de ese mismo mes, renunciaran sus puestos Díaz i Corral.

El pueblo agitado allá en la Metrópoli esperaba con ansia las dichas renuncias, i creyendo que de nuevo iba a ser víctima del engaño, organizó una tumultuosa manifestación llena de sangrientos episodios.

El señor Díaz comprendió que si insistía en permanecer por más tiempo al frente de la Presidencia, sólo tenia por único resultado el sacrificio de más víctimas sin ningún provecho; por tal motivo en medio de las escenas de sangre de un público vehemente i furioso, presentó su renuncia, e igualmente lo hizo el señor Corral, el día 25 de mayo por la tarde.

Por la noche del mismo día 25 en tren especial salió para Veracruz el ex-Presidente donde se embarcó rumbo a Europa en el vapor «Ipiranga.»

Al frente de la Presidencia, como Presidente interino, quedó el múi respetable señor licenciado D. Francisco Leòn de la Barra, quien inmediatamente convocó a elecciones para Presidente i Vicepresidente de la República, bajo los verdaderos principios democráticos.

Después de grandes campañas electorales, salió electo, como era natural, el caudillo de la revolución, D. Francisco I. Madero, i para Vicepresidente el señor licenciado D. José María Pino Suárez.

Las elecciones Presidenciales se efectuaron el 1.° de octubre de 1911.

El Señor Madero tomó posesión de su elevado puesto el 6 de noviembre del mismo año, en medio de las aclamaciones del pueblo en general.

La generosidad del nuevo Presidente fue tanta, que desde antes de tomar posesión de

la Presidencia, retiró sus tropas a la vida privada, no sin haberles dado primero las gracias i una buena gratificación; amnistiando al mismo tiempo a las tropas federales.

Cuando ya estuvo en posesión de sus facultades, para dar más pruebas de su indulgencia i patriotismo, permitió que muchos federales porfiristas volvieran a ocupar sus puestos en la milicia, creyendo que la gratitud existía en todos los corazones así como en el suyo existía la munificencia.

LII.

INESPERADO TRIUNFO.

Rutilio inmediatamente que se despidió de Rosaura allá cuando la entrevista memorable, fué i comunicó a sus guerreros que por motivos múi poderosos que no le era dable manifestar, pasaba el mando a su asistente, i les ordenó que inmediatamente retrocedieran a la capital del Estado a contribuir en los aproches para la toma de aquella plaza.

Mucho les extrañó a los soldados aquel cambio tan extraordinario; tanto que algunos de ellos, desmoralizados i descontentos, mejor se desertaron de las filas.

Gamaliel tampoco salió de acuerdo en semejante desatino. Le hizo ver a Rutilio todas las consecuencias, pero al notar que su amigo no estaba en circunstancias de raciocinar, mejor se alejó de él con sus 25 jinetes para evitar motivos de resentimiento.

Rutilio al siguiente día ya estaba solo, ¡solo, sin más compañía que sus locas ilusiones!

El militar al saber que se aproximaban tropas revolucionarias, creyó que sería Rutilio; pero grande fue su alegría cuando por boca de aquel traidor supo la situación de su rival i el paradero de Rosaura.

Ya vimos, pues, cómo se verificó el rapto.

En tanto esto acontecía, Rutilio atravesaba los montes, forjándose proyectos para el porvenir i ansiando contemplar de nuevo a Rosaura.

¡Vanas ilusiones!

Dos horas después del rapto llegó Rutilio a las cabañas.

Inocente de todo lo acontecido, saludó múi cortésmente a los aldeanos i pidió un almuerzo, esperando con este motivo entrevistarse con Rasaura.

Al notar en aquellos semblantes algo múi extraordinario, se apresuró a preguntar:

—Tienen Uds. aquí algo de nuevo?

—Mejor sería no tener nada; pues son cosas que sólo Dios podrá remediarlas.

—Se les murió quizá alguna ternera, pues

los campesinos son las únicas mortificaciones que pueden lamentar.

—¡Ai, señor, se conoce que Ud. ignora nuestra amarga situación!

—Es que este año no cosecharon miel silvestre, ¿verdad?

—No señor, es que, hace dos horas, pasó por aquí una tropa.....

—¿I deseaban que fueran dos tropas?

—¡Ai Dios! lo que más nos puede es que, qué dirán sus padres; dirán que nosotros tuvimos la culpa.....

—Los padres míos o los de la tropa?

—¡No señor, los de Rosaura!

—¡Ira de Dios! ¿que es lo que decís? ¡hablad con franqueza!

—Pues sencillamente que teníamos encargada a una señorita creyendo que por aquí estaría más segura, i vamos que sin saber ni cómo ahora nos la robaron.

—¿A Rosaura? ¿A Rosaura decís?

—¡Sí, a Rosaura!

—¡Oh infeliz de mí! ¿Quiénes fueron los bandidos? ¡Oh decidme pronto! ¡Decidme por piedad....!

—Nosotros nada podemos explicar.

—Pero cómo nada podéis explicar i estáis diciendo que se la robaron?

—Cuando nosotros despertamos con sus gritos, sólo alcanzamos a ver allá en la falda que se retorcía la infeliz en brazos de un militar pidiendo socorro......!

—¡Ah, infeliz bandido! hasta que lograste por medio de la alevosía burlarte de un hombre.

¿Para qué oí la voz de Rosaura?

¿Por qué no fuí primero a derrotar a ese infame para probarle de una vez lo que vale su audacia i su gobierno?—

Rutilio después de algunas preguntas lacónicas que les hizo a los aldeanos, echó a correr desesperaradamente por el mismo rumbo del oriente murmurando estas palabras:

—Me arrepiento una i mil veces de haber seguido tus consejos, Rosaura; pues ¿qué estaba yo pensando? Ahora comprendo que fuí múi necio en retirar mis tropas i quedarme solo. Pero lo hecho, hecho. Ahora ¿qué me resta? ¡Llegar junto a ese bandido para enseñarlo cómo se juegan traiciones aunque allí acabe mi existencia!—

Así hablando, Rutilio franqueó aquel bosquecillo.

——

Cuando las tinieblas de la noche empezaban a bailotear entre los árboles al compás del canturreo de los insectos, nuestro joven sentíase completamente rendido por la sed, el hambre i el cansancio.

No le era posible seguir adelante puesto que le faltaban las fuerzas; además, habiendo perdido la pista, se desorientó completamente en el bosque.

Las esperanzas de saber siquiera el rumbo

que debía seguir, se debilitaban a medida que se debilitaban sus fuerzas i la luz en el occidente.

Por fin escuchó con grande sorpresa una algarabía.

Se puso en espionaje, i a pocos momentos vio desfilar por un arroyuelo una cabalgata.

—No son federales!—dijo Rutilio con voz jadeante.—

Tras de aquella cabalgata desfiló una infantería, i después en medio de una escolta múi bien equipada..... ¡con frenético asombro Rutilio vio claramente montada en un corcel a su idolatrada Rosaura!

Con insólito denuedo nuestro joven descendió rápidamente. i al ponerse al frente de aquella escolta. les apuntó con su revólver i gritó con estentórea voz:

—¡Alto hai! ¿quién vive?

—¡Viva Madero! ¡Viva la revolución!—

Un grito de júbilo se escapó de los labios de aquella joven al reconocer a su amante.

En el momento se adelantó el jefe de aquella escolta, i Rutilio sintió un placer que nunca había sentido al reconocer no a otro que a su generoso camarada Gamaliel.

Todos bajaron de sus caballos, i en el momento Rutilio se echó en brazos de Rosaura, de Gamaliel i de algunos de sus amigos.

—Aunque no tengo derecho a nada; aunque en castigo de mi ligereza no merezco ningu-

na atención, pido, por favor, una explicación del desenlace de estos acontecimientos.

—Pues sencillamente—dijo Gamaliel—que pocas horas después del rapto, derrotamos completamente al militar.

—Pero, ¿cómo la casualidad te colocó en sitio tan oportuno, i de dónde tan pronto pudiste reunir nuevos guerreros?

—No fue la casualidad, Rutilio; te voi a explicar francamente mis planes i mi conducta: Al ver tu decisión en abandonar las armas, de un solo vistazo preví las consecuencias más probables que se podrían originar; por tal motivo inmediatamente me puse en contacto con una gruesa partida de revolucionarios que venían operando por el occidente. Con múi buenos vigías i con múi activos emisarios, estuve al tanto de todos los movimientos del militar.

Como no sabíamos la ruta que tomaría cuando evacuara nuestro terruño, nos diseminamos en varios puntos circunvecinos; así pues cuando se me dio aviso de su inesperada i nocturna salida, corrí donde estaba el núcleo de mis guerreros aliados. Mas por ser la hora tan indispuesta, en reunirnos tardamos algún tiempo i no nos fue posible batirlo inmediatamente. En ese ínter el militar tuvo tiempo de ir i apoderarse de Rosaura gracias a la infame cooperación de uno de mis vigías. No obstante, los demás que me han sido comple-

tamente fieles, unos me dieron aviso del atentado, i otros siguieron al militar a una vista.

Ya sea por sospechas o por una precaución, éste sujeto interrumpió su marcha oriental, i se dirigió al sur formando una especie de línea quebrada.

Nosotros corrimos sin descanso con múi buena suerte hasta que logramos tomarle la delantera, i más o menos como a las dos horas del rapto pudimos formarle una emboscada.

Simultáneamente hicimos sobre la escolta que iba a la vanguardia, una terrible descarga de fusilería, calculando no herir a Rosaura.

La sorpresa fue tremenda. Los pocos jinetes que quedaron de la escolta, retrocedieron espantados. Nosotros nos apoderamos de Rosaura i la pusimos a cubierto de los proyectiles.

Con aquellos disparos, el grueso de la federación que venía a la retaguardia, avanzó con rapidez i pronto se trabó un reñido combate.

Mas como nosotros estábamos parapetados en las mejores posiciones, pronto los flanqueamos, i en menos de una hora quedaron completamente derrotados.

De nuestros guerreros sólo murieron 4; pero federales murieron más de 40, huyendo los demás ya sin armas i en completa dispersión.

Del militar no fue posible saber su paradero.

—¡Oh Gamaliel! eres mil veces más previsor que yo. Eres digno de la epopeya por tus singulares proezas. Algún día en premio de tu heroïcidad haré resonar en tus oidos las notas épicas de mi lira. Quisiera en estos momentos celebrar tu apoteosis para probarte la inmensa gratitud de que estói poseído ¡oh egregio Gamaliel!

— Basta, basta Rutilio; no hai necesidad de tantos elogios ni de alabanzas; yo al presentarte algún pequeño servicio, no hago más que pagar tributo a tu amistad sincera; que tratándose del militar, sólo cumplí con mi deber de guerrillero. Bueno será que no perdamos el tiempo i que avancemos cuanto antes, pues la noche se obscurece más i más, i yo creo conveniente que no descansemos hasta no poner a Rosaura al calor de su hogar.

—Lo que tú gustes Gamaliel: de aquí en adelante nada haré sin anuencia tuya.

—Vamos pues, pronto en marcha.—

Todos en medio de la felicidad i el regocijo, marcharon rumbo a la tierra natal de Rutilio.

A las dos horas se aumentó el contento al recibirse la inesperada noticia que la tropa de Rutilio volvía en busca de su jefe i que ya se aproximaba.

———

LIII.

ENTRADA TRIUNFAL.

Con motivo del regreso de la tropa de Rutilio por no haber sido ya necesaria su cooperación en la toma de la capital, i por no causar alarma, no penetraron esa noche a la población.

Al amanecer del siguiente día hicieron su entrada triunfal Rutilio, Gamaliel i sus aliados, en medio de los vítores, «mariaches,» i felicitaciones de todo el vecindario.

Como el triunfo de Madero había sido ya divulgado por todas partes, los mandones no pudieron menos que fingir su acostumbrada sonrisa: aquella sonrisa mefistofélica nacida maliciosamente en el rostro i no en el corazón.

D. Próspero que estaba mortificado por la tremenda noticia que le trajeron los aldeanos del rapto de Rosaura, manifestó, aunque sea con falsas atenciones. algo de gratitud, al recibir a su hija por manos de Gamaliel con todas las consideraciones i los datos correspondientes.

Aquellos *aristócratas* temiendo ser derrocados del poder como estaba sucediendo en casi todos los pueblos de la República, inme diatamente recurrieron a la lisonja: Le ofrecieron a Rutilio sus servicios incondicional-

mente, i le manifestaron su adhesión i respeto.

Rutilio fue por completo indulgente con aquellos proteos: en vez de vengarse de las antiguas i tenaces persecusiones, los afianzó en el poder i les dio toda clase de garantías. Los mandatarios, en cambio, no daban un paso en materia de gobierno sin consultar o pedir la opiniòn de Rutilio.

La felicidad parecía sonreír en todo mundo.

La tranquilidad pública poco a poco se fue restableciendo.

Una vez que el señor Madero tomó posesión de la Presidencia, Gamaliel disolvió su guarnición juntamente con sus aliados, i Rutilio en compañía de Raúl fué a entregar las tropas i a renunciar el cargo que se le había confiado.

La hipocresía de los mandatarios fue motivo de tranquilidad para nuestro joven, pues creyó que su situación había cambiado completamente i ya en adelante sería dueño absoluto de sus acciones.

Las entrevistas con Rosaura eran continuas i con el mismo entusiasmo que sintió allá en la primavera de sus relaciones.

Por todos motivos, la situación de Rutilio era un paréntesis de felicidad; un intervalo de sonrisas i de esperanzas; o, en fin, un jironcito de cielo azul en medio de gruesos nubarrones.

Mas sea como haya sido, Rutilio era feliz: Rutilio había llegado, por desirlo así, a la etapa más placentera de su existencia, donde al triunfar de mil obstáculos, sonreían a su vista nuevos horizontes para el porvenir.

Nuestro joven no desaprovechando estas circunstancias, pidió en matrimonio a su idolatrada, ansiando completar su dicha; ansiando realizar sus ensueños al llegar al pie de los altares en medio de los nardos i los perfumes.

LIV.

ASESINATO DE MADERO.

Todos los caciques en general se pusieron la careta de hipocresía; cruzaron las manos i le rindierou homenaje al caudillo de la revolución.

Era grande la humildad que manifestaban; pero allá dentro de su alma, era inmenso el odio que gratuitamente le profesaban.

Exceptuando los ricos, en todos los corazones existía una llama de amor i gratitud hácia el héroe que hirió de gravedad a ese vestiglo llamado caciquismo.

Supuesto que Madero predicó la democracia, i supuesto que sus bayonetas triunfaron, los poderes públicos quedaron en manos de individuos de clase media i aun de baja ralea.

Los porfiristas derrocados cruzaban las calles, pensativos, i sus miradas hurañas las dirigían de soslayo.

Madero más i más se captaba la simpatía por su corazón generoso i magnánimo, pues con mucha facilidad perdonaba a sus enemigos que caían prisioneros dándoles completa libertad.

Sólo el general D. Bernardo Reyes que se había levantado en armas ambicionando la Presidencia, i que lo habían aprehendido, permaneció recluso.

Félix Díaz también estaba preso.

El ambicioso general Victoriano Huerta i prosélitos, no obstante haber quedado en sus mismos puestos, al ver quizá el carácter tan blando i generoso del nuevo Presidente, concibieron la criminal idea de recurrir a la traición.

Recordaron tal vez que el joven ateniense Harmodio había tramado la ruina de los Pisistrátidas, formando un ramillete de flores en su puñal, con el que fácilmente le dio muerte a Hiparco.

Ellos no pretendieron hacerlo exactamente así, pero tramaron la ruina de la democracia asesinando al señor Madero por medio de la intriga.

Lo vamos a demostrar.

Casi todos los caciques de los pueblos, como dijimos, tuvieron qué soltar las riendas del gobierno, pero no así los mandones de las

fuerzas de la federación que sólo manifestaron su adhesión i obediencia, i siempre siguieron en sus mismos puestos. Mas considerando que contaban con el apoyo del caciquismo que era la base i elemento del gobierno porfiriano, i sintiendo la desentrenada ambición de arrebatar los altos poderes, se resolvieron a empuñar el arma fratricida.

Primero quemaron el incienso de la adulación, para en medio de la humareda preparar lo necesario para ascender por la escala del crimen.

Reyes i Díaz no obstante estar en la cárcel, eran de los principales miembros del complot.

Los alumnos del colegio de aspirantes también pertenecían a la formidable conspiración, i estaban de acuerdo para que el día que fuera atacado Palacio, al estar algunos de ellos de guardia, no hicieran resistencia.

Llegó pues el día 9 de febrero de 1913.

Manuel Mondragón, ex-general, juntamente con los cadetes, abocaron sus piezas de artillería frente a los edificios de prisión obligando la salida de Félix Díaz i después la del general Reyes: de allí este último se dirigió con todos sus adeptos a atacar a Palacio, i los primeros a la Ciudadela.

El comandante de la plaza i los alumnos que formaban ese día la guardia ya estaban de nuevo a las órdenes del señor Madero, por cuyo motivo una vez que llegó Reyes frente a

Palacio, fue atacado rudamente por los leales defensores de aquel edificio.

El combate fue completamente reñido, muriendo no sòlo de los combatientes, sino también de los transeuntes pacíficos.

Las calles quedaron sembradas de cadáveres.

La resistencia de ambos edificios fue heroica, no obstante que en la Ciudadela había también conspiradores.

La guarnición de Palacio rechazó enérgicamente a los asaltantes, quedando muerto en el tiroteo el general Reyes.

La situaciòn de la Metròpoli era espantosa. Diariamente, por todas partes, se libraban combates entre federales i defensores.

El general Huerta cierto día se presentò ante el señor Madero fingiendo patriotismo i lealdad, i le manifestó que, para evitar nuevos conflictos, debía inmediatamente renunciar.

Madero se resistió.

Entonces el traidor Huerta se resolvió quitarse la careta i ordenó a sus tropas que también atacaran a la Ciudadela.

Esto aconteció el día 11.

Terrible en realidad fue el ataque i múi digna de elogio la resistencia de ambos edificios; pero al fin después de ocho días de espantoso bombardeo donde la sangre corrió a torrentes, los traidores fueron dueños de la situación.

El señor Madero juntamente con el Vice-presidente Pino Suárez, fue hecho prisionero el día 18 del mismo mes, i se le echó en cara la responsabilidad de tanta sangre derramada por no haber hecho a tiempo su renuncia.

A lo anterior se le llamó «Decena trágica»

Ya estaba dado el golpe de Estado bajo la dirección de Huerta. Pero aquellos mercenarios, hijos naturales de la ambición, no quedaron satisfechos hasta no verse dueños absolutamente de la situación, para lo cual necesitaban hacer que desapareciera el apóstol de la democracia.

Pocos peldaños les faltaban qué pisar para ascender a los altos poderes por la escala del crimen.

Pero, ¿cómo fusilar a un hombre que tantos servicios había prestado a la Patria i había sido elevado a la Presidencia en medio de los aplausos i vítores?

No se trataba de formar causas porque no las había, ni tampoco eran competentes para ello: se trataba de consumar su crimen.

Así pues en el silencio i en las altas horas de la noche del día 22 se presentó una escolta ante los prisioneros con pretexto de conducirlos de Palacio a la Penitenciaría.

La hora de consumar el crimen se aproximaba.

Todos subieron a un automóvil, i pronto el vehículo echó a rodar.

Entretanto allá en una calleja arruinada

i lóbrega, tras de la Penitenciaría, estaban apostados unos cuartos federales disfrazados completamente de plebeyos, esperando con impaciencia la llegada del automóvil.

Cuando ya iban llegando cerca de la Penitenciaría, el automóvil en vez de pararse frente al edificio dio vuelta la manzana.

El señor Madero sin duda presintiendo las negras i tenebrosas maquinaciones de aquellos malvados, alarmado preguntó que a dónde lo llevaban, que la Penitenciaría sólo tenía puertas por el frente; pero el «*chofer*» (chauffeur) que ya estaba de acuerdo, se hizo desentendido i le dio más velocidad a su vehículo.

A pocos momentos desembocaron a la calleja mencionada.

Aquella caterva de infames, sedientos de sangre como vampiros, una vez que llegó cerca de ellos el automóvil, fingieron ser Maderistas o defensores de los reos i gritaron:

—¡Viva Madero!—

El automóvil en vez de retroceder, se detuvo. i todos bajaron en el momento.

La escolta i los falsos defensores simularon un reñido combate, i en medio de aquella premeditada confusión, rodaron ¡ai! en medio de convulsiones, el señor Madero i el señor Pino Suárez, cuyos cadáveres quedaron completamente perforados por las balas de aquellos sicarios que aprovecharon las tinieblas de la noche.

(*Lo más verídico es que en este simulacro ya los prisioneros eran cadáveres. pues habían sido cobardemente asesinados antes de sacarlos de la prisión de Palacio.*)

El crimen quedó consumado.

Aquellos cafres al terminar el simulacro, unos fingieron huír, i los primeros, que fueron los verdugos, corrieron a dar cuenta a las autoridades que al conducir a los reos, habían sido asaltados por una gavilla de sediciosos, i que desgraciadamente en medio del tiroteo habían sido muertos el señor Madero i Pino Suárez.

Con esta farsa i con estas declaraciones quedaban los conductores ante los tribunales sin ninguna responsabilidad; i los ambiciosos directores del complot, múi lejos de toda murmuración.

Este espantoso crimen fue el punto final de aquellos días de tragedia qüe llenó de confusión i de luto a los habitantes de la Metrópoli.

Al siguiente día, el chacal antropoide, Victoriano Huerta, se hizo nombrar Presidente provisional, i telegrafió a todos los Estados de la República dando a conocer su exaltación a la primera magistratura.

Esta noticia fue recibida por todos los caciques i porfiristas con grandísimas mues-

tras de regocijo; por tal motivo sonaron todas las bandas i charangas, i se echaron las campanas a vuelo.

En cambio toda la pobrería i todos los demócratas, sintieron en el alma indignación i tristeza.

El caciquismo, ese colosal dragòn enfurecido, se fingiò moribundo, pero una vez que el pueblo abandonó las armas, traidoramente hincó los dientes en la parte más noble de la democracia, i colérico dio una fuerte sacudida i se hirguió como león encarnizado.

Los fieles servidores del corifeo llenos de orgullo i de rabia, arrebataron de las manos de los demócratas las riendas del gobierno.

Las venganzas que por algún tiempo habían permanecido rezagadas, salían a borbotones en contra de la pobrería.

La situaciòn fue más terrible aún para la clase menesterosa.

Los ricos persiguieron tenazmente a todos los que habían tomado parte en la revolución.

Entretanto el señor D. Venustiano Carranza que habìa sido nombrado por Madero ministro de guerra, al ver el terrible asesinato, de nuevo dio el grito de alarma por las serranías del Norte, en defensa de las mismas doctrinas democráticas, aunque después nada se cumpliò i la situación fue más lamentable.

Antes de proseguir nuestra marración, reflexionaremos un poco:

¿Cuáles eran los deberes de aquel gobierno usurpador, comenzando con el más bajo comisario hasta el más alto magistrado, para impedir un nuevo levantamiento general?

Implantar un nuevo régimen que no tuviera carácter porfiriano.

I en vez de oprimir, allanar; en vez de subyugar, conceder alguna libertad; i en vez de vengar, extender los brazos para perdonar.

Pero perseguir, atropellar, extorsionar, encarcelar i fusilar sin causas justificadas, no era un medio coercitivo de prudencia para sofocar la conflagración, sino avivar más i más la indignación i el descontento, cuyas consecuencias múi pronto llenaron a todo Méjico de asombro i de terror.

LV.

SOL ENTRE NUBES.

La situación de Rutilio había cambiado notablemente. Si bien no había sido perseguido, la gloria de sus triunfos había sido una gloria efímera que se desvaneció con el asalto del huertismo. Los caciquillos turiferarios de pronto cambiaron de aspecto i ya lo veían con múi pocas atenciones, olvidando los buenos servicios que les había hecho en tiempo del Maderismo.

No obstante, Rutilio acompañado de un an-

ciano clérigo, varias veces había pedido la mano de Rosaura.

D. Pròspero si en otra época se había portado algo complaciente, ahora mostrábase inflexible, duro, i no contestaba nada categòricamente con respecto a su resolución.

En vez de prever el porvenir de su hija, i de buscar la manera más razonable de solucionar asuntos tan delicados, sòlo se entregó tenazmente en brazos de su crónica borrachera.

El buen clérigo i Rutilio. salieron la última vez de aquella casa bastante irritados por las contestaciones bruscas de aquel hombre.

Rosaura se apenó muchísimo con aquel proceder de su padre que tanto redundaba en desdoro de su reputación social, i por otra parte porque pudiera ser que sus ensueños no se realizaran.

Las cosas poco a poco iban tomando un aspecto desagradable.

Los ricos aquellos habían ya recuperado su antiguo poderío, i con todo el orgullo que los caracterizaba i más irritados aún, empezaron a manejar los negocios de gobierno.

¡Ai de aquellos que habían tomado parte de la revolución!

Rutilio no hallaba que partido tomar.....

Era probàble que en la más leve oportunidad aquellos tiranos volverían de nuevo a perseguirlo.

—Tal vez tendré que lanzarme de nuevo a

la revolución.....—dijo Rutilio a Rosaura lleno de tristeza.

—Tan ingrato serás que me abandones? No tengo, por decirlo así, más en el mundo a quién quejarme, ni tengo más apoyo que eres tú; i si te vas, ¡ai de mí! quedaré sola en el mundo atormentada tan sólo por los recuerdos....

—Pero, Rosaura, ¿qué quieres que yo haga? tu padre por una parte ha denigrado mi honra; me ha ofendido el amor propio, i me lanzó un cúmulo de palabras ofensivas; i por otra, esos hombres tiranos, presiento que no múi tarde empezarán de nuevo a perseguirme.

—Son vanos tus presentimientos, Rutilio, ningún mal te seguirán; yo estói persuadida que su proceder ha mejorado notablemente, pues hasta los veo penetrar al templo de rodillas i con los ojos fijos en el suelo. Respecto a mi padre, vergüenza i pena me causa, pero..... ¡qué quieres! es mi padre..... i sólo te suplico le toleres, le tengas paciencia: i quizá algún día..... algún día se le ablande el corazón i podamos unirnos para no separarnos ya nunca, jamás. Pero en fin, si eres tan ingrato conmigo, déjame pues abandonada i triste; si tu amor propio i tus presentimientos son más grandes que el cariño que me profesas, huye pues i mátame con tu ausencia.....

—¡Rosaura, por Dios, interpreta bien mis palabras! Recuerda lo que nos andaba pa-

sando con el militar por ser complaciente hasta el último grado i por desoír los gritos de mis presentimientos.

—Está bien, Rutilio; está bien.... yo me encerraré pues en la cárcel del silencio.....—

Rosaura recurrió a los medios favoritos i naturales de la mujer:

Estalló en sollozos i dejó que se desbordaran las fuentes de sus ojos.

El hombre que de veras quiere, para ceder no necesita ni de tantas lágrimas.

Nuestro joven aunque había recibido una tremenda lección por ser tan complaciente, volvió a caer en la misma falta: cerró las puertas de su raciocinio i con ternura exclamó:

—No, vida mía, no llores, no acabes de martirizarme. Si el Destino, pues, tiene decretado que marchemos por el mismo sendero, nada importa que el huracán de los desengaños pretenda separarnos. Marcharemos adelante con la frente levantada, que mientras tú permanezcas fiel a mi cariño, no te dejaré sola ni mucho menos entre las tinieblas del infortunio.—

———

La vida se fue deslizando silenciosamente.

Cierta mañana D. Próspero, llegando al colmo de sus desvíos por su constante embriaguez, después de algunas cuantas palabras malsonantes propias de lupanares, arremetió a bofetadas con sus toscas manos sobre

el delicado rostro de Rosaura hasta hacerla verter sangre a borbotones por boca i nariz.

—¡Desgraciada, infame; eres indigna de ser hija mía! ¡Detesto el haberte criado! ¡Prefiero mejor un macho cerril que a una mujer terca i obcecada como tú! ¿Cuál es el premio que recibo de todos mis afanes? ¿Con qué me indemnizas mis desvelos? ¡Con el tesón de tus caprichos! Pues ¿qué te hace falta, infeliz, qué te hace falta? ¿Qué no tienes aquí en tu casa montones de frijol, maíz, i todo lo necesario para que te hartes? ¿Prefieres mejor ir a contemplar el cielo estrellado con ese charlatán que lo más del dia lo pasa con la plumita en la mano escribiendo versitos i tonterías, propiedades tan sólo de gente desocupada i ociosa?

¡Anda malagradecida! ¡Falta de cordura!... Mas ya todo lo comprendo .... tus instintos brutales son los que te guían; nada te importa que no haya qué comer, ¿verdad? pero en cambio tus caprichos quedarán satisfechos, ¡odalisca descarada! ¡mesalina impúdica¡ ¡Sál pronto a la calle antes de que te rompa la crisma!

—¡Padre mío, padre mío! tened piedad de mí..... no me arrojéis a la deshonra; permitidme que siga viviendo en vuestra casa hasta obtener vuestro veneplácito..... permitidme, por piedad, que yo salga de aquí sólo para unirme honrada i legalmente en matrimonio con quien Dios lo determine....—dijo Rosaura

con voz tímida limpiándose la sangre i las lágrimas que corrían por su rostro.

—¡Infame! ¡irrespetuosa! ¡poca vergüenza! ¡No faltaba más que en mis puras barbas te atrevieras a tratar tus imprudencias i necedades con tan descarado aplomo!....—

I diciendo esto, con toda la infamia que nunca se vio ni se verá jamás en padre alguno, arremetió de nuevo sobre Rosaura; i por fin. aunque parezca mentira, a empellones i puntapiés la arrojó a la calle!

Inmediatamente aquel hombre cerró la puerta i se dejó caer en un diván vomitando maldiciones i blasfemias.

LVI.

MONOLOGO FESTIVO.

En tanto, Rutilio había ido a divagar a un ranchito con el fin de aminorar sus tristes presentimientos deleitándose con los mil encantos de la Naturaleza.

Gustaba nuestro joven de oír platicar a los aldeanos porque la mayoría vive con la sencillez de los primitivos tiempos, sin preocuparles el progreso, las exigencias de la alta sociedad, ni mucho menos de cuidar de la forma del lenguaje. Así pues al entrar en conversación con uno de esos originales te-

rratenientes, nuestro joven quedó embobado al oír el derroche de alegres disparates proferidos con tanto aplomo i facilidad.

El sujeto a que nos referimos, era un hombre de fuerte musculatura, recio bigote, voz reposada i áspera, semblante alegre i burlón, i turgente barriga.

Después de un eructo, (*¡huéecm!*) exhalado en tono de rè sostenido mayor, dio principio su plática:

—Pues señor mío; para munchos la felecidá no esiste en estos breñales creyendo que sólo se encuentra allá donde se apriende a ler, escrebir i hablar políticas. Yo tengo para mí, i así es de contado, que la dicha está primero en el estógamo i luego en el corazón; pos eso ya lo dijo el adagio: barriga llena corazón contento.

.... *¡huéecm!*.,..

Yo dende que mis señores padres me ampararon i me dieron sus mandamientos, he adotado mis maneras de vivir aprendidas en el libro de la esperencia: trabajar, comer i dormir; también darle mil gracias a Tata Dios i no ponerle réplicas a naiden.

En tiempo de sembradura, madrugar muncho; trabajar con toda calma; comer según lambre, i acostarse temprano. Se acabaron las cosechas, vamos a descansar, vamos a gozar. vamos matando un marrano pacer tamaleras i nos llevamos al tuerto Melquiades i al

renco Atanasio con sus violines i guitarrones, a comernos los tamales allá al Salto.

¡Qué chuladas! ¡qué alegres debajo de las sombras de los robles, sin esigencias ni atenciones a naiden!

Por la noche, al pie del jogón platicando el cuento de Juan güevero: la reina encantada; la venganza del dragòn; i de cuando en cuando capiando las gordas calientes del comal. En esos ratos no me cambio por los curros o señores del pitiminí de las suidades que sentados en trabajosas posturas en sus mesas comen con tanto remilgamiento con aquellas uñas de jierro.

Lo mesmo quen tratándose de opiniones; aquí si uno me dice: hombre, julano se va a casar con julana tan vieja.—Múi buena pareja, les digo, porque ya siquiera ella tiene esperencia.—Hombre, que julano viudo en segundas nuncias se va a casar con julana siendo una criatura.—Me agrada el partido, así con facelidá la puede hacer a su lei. —Hombre, que julano i mangano quieren subir a las corrules de los gobiernos i nos conviene zultano.—Hai que suba el que quiera o pueda i caduno vámonos comiendo en paz nuestros frijoles.—Hombre, que las aguas no vienen, ¿qué hacemos?—Cuando Tata Dios quere, con todos vientos llueve.—Hombre, que anda el ron ron quel mundo se va acabar en juego, ¿lo cres?—No le meto ningún costo: no hai qué dudarlo, pero primero nos acaba-

mos nosotros.—Hombre, las gentes hablan mal de ti.—Muncha razón tendrán sino hablarían bien.—Hombre, que te quieren porfirizar, encorralar i carranciar. Lo premero nercuárcuam; lúltimo si, pos los carrancios ya me carranciaron i me seguirán carranciando, ¿i qué? Tata Dios da pa todos.

Desta manera les contesto sin andar con hiproquesías i nada me pasa: a mí no me hacen prevarlacal; a la verciversa, me burlo en las barbas de todos i de allí no pasa.

.....¡*huéecm*!....

No embargante, solemos padecer de cuando en cuando algunas maletias que nos enterrumpen la salú que es la felecidá. Tanto quen una ocasión senfermó mi vieja de un acidente así como corriendillas, i me alumbraron diun dotor que dizque era el improsulto; pos no señor, allí me convencí que los médicos nomás pulsan i pulsan, pero haber con loquiuno cuenta. Dende entonces vide i carculé que no se hacía necesidá concurrir a gastar dembalde. Hora aquí dos medeciniamos con cataplastas i bebidas de yerbas que aquí hai en cantidá, por hetrólitos, como verbolar la gracia: yerba del arlomo; yerba de la golondrina; yerba de la cucaracha; yerba del torzón, i yotras yerbas, i las siete ráices i las tres legías, sinquenesto naide nos ponga tasación.

Lomesmo que las cosas del tiempo aquí sabemos si llueve o no llueve, i no ocupamos

de astriólogos que imprenten candelarios embusteros.

En fin, haciendunlado todos estos menjurges para mi en este mundo nuai cáscara amarga. A mí no me procupan remudaciones de gobernantes; ermigraciones de gringos; alarmes de teléfanos, ni guasangas ni builerangas.

Pacabar pronto, yo sin saber ler; sin saber escrebir; sin saber contar masquen los dedos, i sin saber ni con la mano me persino, soi diatiro feliz.

.....¡*huéecm*!....—

....

Otro regüeldo más marcado aún fue el punto final de aquel monólogo; i decimos monólogo porque no obstante que, naturalmente, se trataba de un diálogo, Rutilio no se atrevió a interrumpir aquel chorro de locuacidad.

LVII.

PRELUDIOS DE TEMPESTAD.

Rutilio inocente de la terrible situación de Rosaura, recorria una callejuela del poblacho viendo con qué tiranía llevaban los esbirros a un pobre hombre a la cárcel, amarrado i bañado en sangre por los golpes.

—¡Infames!—murmuró nuestro joven entre

dientes—qué falta les hizo a estos caribes una leccioncita de las que dio la revolución; quizá a estas horas no se cometerían atropellos por verdadera inquina como en los memorables tiempos del porfirismo.—

En estas consideraciones estaba Rutilio sin apartar la vista de aquel miserable que había caído en manos de aquellos verdugos, cuando acertó a pasar por allí una vieja de las que abundan en los pueblos sin más ocupación que huronear i difundir los acontecimientos.

—Señor D. Rutilio:—dijo con voz de Chicharra—se conoce que Ud. es de corazón insensible i no ama de corazón a Rosaura; si efectivamente sintiera un amor puro i verdadero, ha mucho tiempo que la hubiera arrebatado de con ese hombre que alardea de ser padre i sólo es un tirano.

—No se trata de arrebatar;—dijo Rutilio con desdén—eso sería múi fácil: se trata de arreglar las cosas por la vía legal, yo creo haber cumplido con mi deber hasta donde mis fuerzas me han ayudado. ¿Qué quiere que yo haga? Van seis u ocho veces que me dirijo a D. Próspero con el fin de arreglar ese negocio caballerosamente; pero en vez de contestarme categóricamente, sí o nó, vomitó contra de mí un montón de improperios. Yo en este caso ¿qué hago? ¿voi a usar de la fuerza bruta?

—Pero si Ud. supiera a las claras la situa-

ción de Rosaura, juro que Ud. de alguna manera sacrificaría su amor propio......i....

—Ya estói desengañado; ya sé claramente que D. Próspero es múi inconsecuente con su familia i principalmente con Rosaura.

—Si Ud. estuviera al tanto de los últimos acontecimientos, apuesto el buche que a estas horas no estaba aquí tan impasible.

—Pues ¿qué sucedió algo extraordinario i sensacional?

—¡Ah, cosas horribles, cosas tremendas! Lo cierto es que si Ud. no recibe a esa desdichada criatura en sus brazos, si Ud. no le dá amparo i abrigo, no será hombre; no cumplirá con sus deberes de caballero, i será digno de ser apuntado por toda la sociedad. Figúrese Ud., ese hombre desalmado i feroz, después de golpearla hasta bañarla en sangre, sin compasión, brutalmente la arrojó a la calle.

—¡Ira de Dios! ¿A Rosaura golpearon i arrojaron brutalmente a la calle?

—Sí señor, a Rosaura; la pobrecita aun no da tregua a su dolor, no obstante haber transcurrido ya seis horas de tal acontecimiento. Si Ud. gusta entrevistarse con ella, en estos momentos está allá abajo, en la margen del río, fingiendo que se está enfriando para bañarse.—

Rutilio sintió en sus venas que le hervía la sangre. Sintió odio, compasión i deseos de venganza.

Arrojar a Rosaura a la calle, era para él una grave ofensa, basta con que D. Próspero con estas acciones manifestaba que mejor prefería ver a su hija de meretriz i no como su esposa.

Inmediatamente con pasos agitados se dirigió nuestro joven donde estaba Rosaura.

—¡Oh infamia de las infamias!—murmuró Rutilio crispando las manos—¿será posible unirme a ella por medio de la fuerza bruta? ¿será posible que mueran mis ilusiones por tener qué luchar con las intrigas i las consecuencias? Bien quisiera pues unir mi destino con el suyo, pero en medio de la dulce conformidad; en medio del contento; en medio de la ternura, para no perturbar los ensueños de mi anhelada felicidad. Casarme así en medio de la excitación, es tanto como borrar de mi alma todos los encantos de la fantasía al penetrar a los campos del capricho.

Mas.... en las circunstancias actuales hacerme desentendido, sería faltar al más noble de mis deberes. Pero cumplir con este deber, es echarme el odio i la persecución de los tiranos que al fin son sus parientes. Está bien que para salvar toda responsabilidad inmediatamente recurriré al matrimonio que por bien o por fuerza tienen qué autorizar supuesto que tenemos la edad competente para efectuarlo sin que exista ningún impedimento; pero vuelvo a caer en mis presentimientos: ¡casarme! ¡casarme en esa forma!...bien puedé

ser que todos mis ideales se marchiten i mi alma se hunda para siempre en el mar de mis tristezas.

Pero en fin, cumplir con este deber es fuerza. Prescindiré, pues, de mi carácter i arrostraré con denuedo las mil consecuencias que se desprendan.—

Luchando con este cúmulo de presentimientos i consideraciones, llegó nuestro joven junto a su idolatrada.

—Lo sé todo, Rosaura, no hai necesidad que me lo expliques. El deber me impulsó a venir a este sitio tan sólo para ofrecerte mi brazo aunque sea débil. Si ya no tienes hogar, ven yo te daré abrigo. Si tu padre te arrojó ignominiosamente a la calle, aquí estòi con los brazos extendidos para darte consuelo. I si tu dignidad sufrió algún desdoro, yo lo subsanaré haciéndote mi esposa.

—Gracias. Rutilio, gracias por tu generosidad; mas temo que tus manifestaciones no concuerden con tus deseos, según lo que en otras ocasiones me has manifestado, i en tal caso, preferiría mejor verme repudiada aún de ti mismo con tal de no verte obligado por la compasión o la deferencia, a sacrificar tu verdadero carácter.

—No interpretes mal mis humildes proposiciones; yo una sola cosa te puedo contestar i es que te amo con toda mi alma, i que estói dispuesto a derramar hasta la última gota de

sangre con tal de borrar la deshonra que sin necesidad tu mismo padre arrojó sobre tu frente.

Si bien jamás fuï de opinión que nuestro matrimonio se efectuara en el terreno del capricho porque fácilmente pueden huír amedrentados mis angelicales ensueños, eso no quiere decir que sea falso mi cariño, ni que venga impulsado tan sólo por un deber humanitario. Te amo, sí, te amo, i creo que el amor verdadero no se prueba con palabras, sino con hechos. Por tanto aquí estói con los brazos extendidos para estrecharte contra mi corazón i devolverte la paz i la tranquilidad.—

Rosaura sintió plena satisfacción i le tendió la mano a Rutilio en prueba de gratitud. Comprendió que estaba sola en el mundo i que rodaba al abismo de la deshonra, pero que aquella mano amiga la detenía i la acariciaba, por lo cual derramó lágrimas de ternura, desahogando su inocente i abatido corazón.

A pocos momentos, aquellos dos jóvenes, cruzaron rápida i silenciosamente las calles en medio de la admiración de algunas viejas que se asomaban por las ventanillas. i en medio de la rabia de algunos parientes de Rosaura, que, al divisar aquella inesperada pareja, se les puso el rostro sombrío.

Rutilio sin calcular las tremendas consecuencias que de allí tenían qué desprenderse, llegó a su hogar paterno: en pocas palabras refirió el suceso, quedando sorprendidos los padres del joven.

LVIII.

TODOS CONTRA UNO.

Múi pronto Rutilio se dirigió al plutocrático tribunal a dar cuenta de los acontecimientos i manifestar su resolución de unirse en matrimonio con Rosaura; pero los tiranos ya presintiendo tal determinación, no se dieron a luz: se ocultaron inmediatamente a tramar la ruina de Rutilio sin exponerse a las murmuraciones del pueblo.

Varios días permaneció cerrado el local de referencia.

Al fin se abrió el despacho.

Inmediatamente se presentó nuestro joven ante aquellos mandatarios i en pocas palabras manifestó su negocio.

—¿Ya está de acuerdo Próspero i dio su consentimiento?—dijo desdeñosamente el comisario.

—Creo que no habrá necesidad de ninguna de esas dos cosas supuesto que arrojó a su hija a la calle, en primer lugar, i en segundo,

que tenemos la edad competente conforme a la lei para unirnos en matrimonio aunque haya oposición por parte paterna.

De modo que tú quieres efectuar un matrimonio de esos que se llaman de capricho?

—No señor, no son de capricho; son conforme al deber i a la razón.

Capricho fuera que yo hubiera cometido rapto; que nunca me hubiera dirigido a D. Próspero; que pretendiera excederme en las facultades de las leyes; pero si yo me dirigí al padre de Rosaura un sin fin de veces acompañado de las personas de más alta representación a pedirle su beneplácito i sólo me contestó con evasivas primero, i después con insultos; si poco después la golpeó sin causa justificada, la arrojó a la calle como a una de tantas, i yo como caballero la recibí en mis brazos para darle hospitalidad i salvarla de la deshonra, ¿esto se llama obrar caprichosamente?

Además, no obstante los hechos, todavía ayer le mandé un recado manifestándole que yo estaba en la mejor disposición de obrar más o menos conforme a su voluntad, i sólo me contestó que hiciera lo que se me antojara, que a él todo le era por completo indiferente. Así pues, de qué manera obro para que no se me diga que obro caprichosamente?

—Si así como dices fuera, no sería matrimonio de capricho, pero es que, Rosaura, en primer lugar, no tiene la edad competente

para contraer matrimonio sin el previo consentimiento de sus padres,

—Múi cierto;—dijo el secretario entremetiéndose—aquí está el acta de nacimiento con lo cual se comprueba que le falta poco más de un año para ser libre.

—i en segundo,—prosiguiò el comisario—se te acusa de raptor.

—¡Maldición!—exclamó Rutilio colérico—¿Dónde están mis acusadores? Quiero conocerlos para echarles en cara tal calumnia.—

Como todo estaba ya tramado; como todo estaba ya preparado para representar como quien dice una comedia, en el momento apareció D. Próspero en el umbral de la puerta con el rostro sombrío; i con voz de trueno dijo:

—¡Yo soi quien te acuso de seductor i de raptor de mi hija; ¡desgraciado! tú, pistola en mano, invadiste mis habitaciones, i valiéndote de la buena ocasión de que yo estaba enfermo de una fuerte calentura, obligaste a Rosaura que te siguiera. De todo esto que te acuso tengo testigos irrecusables que se hayan dispuestos a probarte punto por punto esas tus acciones propias de salteador i de asesino!

—Se conoce que vos pretendéis más bien insultarme i calumniarme, que buscar los medios prudentes i razonables para evitar un comflicto. Yo a los testigos que tenéis, que son vuestros domésticos, desde este momen-

to los recuso porque son falsos i no son válidos ante la lei. Además, pido, i creo que será múi de justicia, que se me juzgue conforme a las declaraciones de Rosaura.

—Eso ya se verá.

—Está bien, a la hora que gustéis.

—Sí, pero ella no tiene la edad competente para ser libre;—replicó el secretario subiéndose las antiparras a media cabeza—aquí está el acta de nacimiento i saca las cuentas hasta esta fecha.

—Bien las puedo sacar pero no de esa acta; podría sacarlas del acta que está en el libro del registro civil.

—Es igual, porque esta es una copia exacta.

—Lo será pero yo no quedo satisfecho; si me permitís el libro......

—Según se ve tú estás creyendo que no tratas con gente honrada.

—No señor, yo no me avanzo a tanto; pero lo que es justo es fuerza.

—¡Vámos, aquí está pues el libro! revísalo, i si quieres analiza i confronta letra por letra, ¡desconfiado! Mira, fíjate: «En el año de 1888..» Ahora en la copia: 1888......¡Qué sucedió! ¿Acáso no son las mismas fechas?

—Perdonadme, pero.......

—¡Pero qué! pero qué!

—Es que....aquí se observa múi a las claras que alguna mano bastante ágil raspó con

algún cortaplumas esta fecha i sobrepuso otra....que.....

—¡Mal rayo te parta; infame calumniador; seudo sabihondo!

—Me partirán mil i un rayos, pero aquí inclinando un poco el libro se distinguen perfectamente las raspaduras, i esto en un tribunal no pasaría desapercibido. ¿Qué no recordáis lo que previene el Còdigo Civil en el artículo 57. fracción IV?

—¡Basta ya, mala pécora; atrevido leguleyo; sin igual ojos de lince! Puedes acusarme donde gustes; pero ya sabrás responder a todos los delitos que tienes pendientes, empezando con la deserción i acabando con este rapto tan escandaloso i criminal.

—Si soi juzgado conforme las leyes, ningún temor abrigo en mi corazón, supuesto que he obrado conforme al deber i a la razón;por tanto, repito i suplico al señor comisario, le tome declaración a Rosaura, i de allí se proceda en mi favor o en mi contra.

—Que vaya pues un alguacil a notificarla, —murmuró el comisario.—

En el momento un esbirro se dirigió a la casa de D. Secundino.

—¡Dios mío!—dijo entre sí Rutilio—si Rosaura accede a venir, aquí me la arrebatarán i sin duda tendrá qué verse el final de un drama.

—Otra cosita;—dijo el comisario—tienes

qué probar la procedencia de ese vestido que portas.

—¿Este vestido?—contestó Rutilio con entereza—si deseáis saber su procedencia, podéis ir a la ciudad a preguntárselo al comerciante a quien se lo compré.

—No hai necesidad de ir tan lejos; yo puedo probar que en mi tienda existía una pieza de ese mismo género, i que en estas vueltas i revueltas de tanto bandolero se me desapareció; en consecuencia ese vestido está hecho con género de la pieza mencionada.

—Dispensadme, pero esta no es una verdadera consecuencia; se podría sacar una consecuencia legítima siempre que vos probarais que no se había fabricado otra pieza en el mundo en su color i en su clase que la que me indicáis.

—Ya tiempo tendremos para hacer una encuesta—dijo el comisario en tono amenazante.—

En esos momentos volvió el esbirro i declaró que la madre de Rutilio no había permitido la salida de Rosaura por no encontrarse el jefe de la casa.

Unos a los otros de aquellos arbitrarios se dirigieron miradas significativas.

—¿Qué hacemos en este caso?—murmuró el secretario clavando su penetrante mirada en D. Próspero.

—¡Pido retención! ¡Pido retención!—dijo éste apresuradamente.—Pido i con justicia

que a este bandido lo pongan en buen campo hasta que se hagan las aclaraciones correspondientes.

—Que yo venga a pedir matrimonio, i más en el terreno de la legalidad, no es motivo para que me encierren en la cárcel;—dijo Rutilio levantándose i tomando su sombrero.—

En el momento se agolparon sobre nuestro joven, el comisario, el secretario, D. Próspero i dos esbirros.

—¡Atájenlo!

—¡Alto, miserable!

—¡Alto, bandido!

—¡Ríndase!

—¡Dése por preso!—

Estas voces, ya roncas, ya tiplosas, brotaban con énfasis de las bocas de aquellos tiranos.

Rutilio viéndose perdido, ligero i ágil como volantinero, de un salto brincó una ventanilla que servía de tragaluz.

De nuevo se precipitaron sobre nuestro joven con pistolas i piedras en mano. Lo curioso que también el secretario se abalanzó con la regla en una mano i con el libro mugroso de las leyes en la otra.

Rutilio violentamente sacó su revólver que previamente llevaba oculto en la cintura, i al apuntarles i disparar un tiro, todos retrocedieron despavoridos. Aprovechando aquel

retroceso; nuestro joven pudo escapar a todo correr.

Aquellos infames rehaciéndose i montándose más en cólera, emprendieron de nuevo la persecución.

Rutilio en cuanto pudo escapar desviándolos por unas i otras calles hasta ocultarse en la sacristía del solitario templo.

LIX.

INFAMIA SOBRE INFAMIA.

Aquella caterva de arbitrarios, no desaprovechando la fuga de Ruttlio, inmediatamente se agolparon frente a la casa de D. Secundino: i con todos ellos i varios transeuntes que obligaron, le formaron sitio a la manzana con grande algarabía i escándalo.

—¿En dónde está ese bandido revolucionario?

—¿En dònde está ese bravo, invencible paladín?

—Hoi que salga; que dé pruebas de su arrojo i gallardía.—

Cada quien iba soltando especies por el estilo.

—¿Qué hacemos ahora?—dijo D. Próspero—no quieren abrir la puerta.

—¡Hacha con ella!—gritó el comisario.—

Un esbirro violentamente corrió i en lugar de una trajo dos hachas, i con la actividad i destreza del que va a ganar el ciento por uno, derribó una de las puertas.

Caer la puerta fue igual que derribar un dique.

Como desbordado torrente aquella especie de jauría desenfrenada, invadió en el momento las habitaciones.

¡Pobre Rosaura! ¡Pobre madre de Rutilio! Solas, impotentes i sin ningún apoyo; D. Secundino ausente i Rutilio perseguido.....

Rosaura estaba temblorosa, pálida i fría al pie de un cuadro que representaba a la «Mater dolorosa,» pidiendo socorro, misericordia...

—Aquí está la impúdica infame; aquí está la desvergonzada ramera que con sus acciones lúbricas arrojó a mi rostro la ignominia i la deshonra.—habló D. Próspero.

—¡Madre mía, madre mía! Ten piedad de mí.... Ten lástima de esta desamparada...—balbuceó Rosaura bañada en lágrimas.

—¡Anda, infame, hiprócrita! beata supersticiosa; ludibrio personificado; estás creyendo que vas a hacer lo que se te antoje; ¡yo te enseñaré, libertina descarada! Hoi vas a saber que tienes quien te gobierne, i si no me obedeces, haber si hai tribunales que te sujeten. ¡Vamos, pues, pronto fuera de esta pocilga!

—Pues no vos mismo me arrojasteis a la calle a empellones i puntapiés?

—¡Mientes, lengua viperina! Tú sin duda ya estabas de acuerdo para que ese infame bandido asaltara mi casa i te robara. En fin, no vine a darte satisfacciones, ¡fuera de aquí, mal aprovechada!

—Tened compasión de mí, padre mio; no me precipitéis a los abismos de la deshonra sacándome de esta casa donde hubo para mí hospitalidad. Si vos me sacáis de aquí, matadme de una vez para no ser víctima de los flechazos de la maledicencia.

—¡Joven! —dijo el secretario con tonillo acentuado—no seas tontita: honra a tus padres para que vivas largo tiempo sobre la tierra, i Dios Nuestro Señor te socorrerá en todo lugar i momento.... Tú estás creyendo que ante la lei tienes la edad competente para ser libre, pero estás en un error, i aun cuando la tuvieras, sería una torpeza i una violencia casarte sin el previo consentimiento de tus queridos papás.

—Precisamente casándome honro a mis padres i me honro yo. ¿Qué no comprendéis que desde el momento que fuí arrojada a la calle quedó mi rostro marcado con el estigma de la afrenta? ¿No comprendéis también que tan sólo con salir de esta casa quedo completamente expuesta a las murmuraciones infamantes de todo el pueblo?

—¡Mientes, mujer vil i despreciable!—gri-

tó D. Próspero—¿quién te arrojó a la calle? ¡sólo tus instintos! ¡sólo tu descaro! Ahora con recibirte en mis brazos perdonándote todas tus faltas, mucho te deshonras, ¿verdad? pero múi honrada te consideras desobedeciéndome i con estar en este chiribitil entre gente bandida i rastrera. ¡No faltaba más! lo que tú quieres es que yo use de toda mi energía; lo que te estás granjeando es que yo te trate con dureza como a los brutos. Si no entiendes, pues, con caricias, como hasta hoi te he tratado, no extrañes que mis manos coléricas, caigan sin piedad sobre tu rostro. Por tanto, por última vez te digo con palabras que me obedezcas i me sigas: no esperes que te fuerce i te maltrate.

—Mucho pesar me causa no poderos obedecer porque en estos casos tiene más fuerza la razón que los falsos deberes del capricho.

—¡Basta ya, terca, insensata!—

D. Próspero se precipitó sobre Rosaura con las manos empuñadas, depositando furioso varios mojicones en su rostro melancólico.

El comisario mostrándose ya impaciente, levantó la voz colérico:

—Múi mal hecho, Próspero, que uses en estos momentos esa clase de correctivos: pero más mal hecho es en ti, Rosaura, esa terquedad, esa marcada obstinación. Aquí no ha de haber más jefe que yo; por tanto, en nombre de la lei te ordeno que sigas a tu padre, i

si no lo haces así, ya podrás disponrte, pues, para que vayas al presidio.—

Rosaura viendo que ya eran en vano todos sus esfuerzos, i viendo agotados ya sus razonamientos, desesperada i confusa cayó de hinojos ante aquel dictador, exclamando:

—¡Señor, piedad de mí! En vos confío; a vos recurro para que intercedáis....¡permitidme, señor, permitidme......!

LX.

RELAMPAGOS I TRUENOS.

Rutilio, entretanto, ignorando estos hechos, permaneció oculto en la sacristía con la firme esperanza de que los tiranos no se atreverían a seguir pisoteando las leyes.

El sacristán, que era un muchacho activo, inteligente i perspicaz, disimuladamente fué, por mandato de Rutilio, a observar la conducta de aquellos arbitrarios.

A pocos momentos volvió apresuradamente i refirió a nuestro joven el principio de los hechos precedentes.

—I tú cómo ves,—dijo Rutilio—¿accederá Rosaura?

—Por lo que alcancé a oir, tal vez nó; pues,

parece que primero se dejaria arrastrar que dejarse convencer.

—Eso me alienta; esa firmeza de Rosaura me obliga a no ir a ponerle punto final a esos escándalos que ya empiezan a tomar carácter de tragedias novelescas.

Anda pues de nuevo a observar minuciosamente las intenciones de esos malvados, que si se atreven a más, múi grande será mi venganza; lo mismo que si Rosaura se muestra flexible por las amenazas, o accede a las proposiciones, me alejaré de ella para siempre.—

El sacristán salió precipitadamente i se dirigió al sitio del escándalo que sólo distaría 30 metros.

En esos momentos cosas extraordinarias deberían estar sucediendo supuesto que era grande el estrèpito i vocerío que resonaba.

Rutilio se imaginó lo más funesto; creyó que aquel vocerío no era otra cosa que los preludios de sus hechos atentatorios. Creyó que el momento fatal de darles una lección, había llegado; pero el amor a Rosaura lo contuvo. Como fiera enjaulada, iba colérico de un rincón a otro, jadeante, desesperado, con la mirada torva i el corazón palpitante.

Ansiaba presenciar el final de aquel asalto. Necesitaba saber el desenlace de aquel episodio de donde en realidad dependía su dicha o su desgracia.

El sacristán tardaba en volver, i no diremos cada minuto, sino cada segundo se le hacía

mucho esperar. La impaciencia parecía impulsarlo a salir de su escondite para ser testigo ocular de aquella escena trágica.

Por fin el sacristán volvió a todo correr, ahogándose, con el rostro lívido.

—¡Dime! ¿qué sucedió? ¿la mataron? ¿la hirieron? ¿la maltrataron?

—¡Se....se fué, se la llevaron!

—¡Cuernos de Luzbel! ¿Pues no me había prometido no separarse de mi hogar por ninguna circunstancia o motivo? ¿Para qué prometer lo que no se puede cumplir¿ ¡Vaya enhoramala o Dios que la acompañe!.....¡Adiós pues, mis locas ilusiones! ¡Adiós mis esperanzas que se anidaron en mi loca fantasía!.....

—Calma, señor, no os precipitéis a los abismos de la desesperación; permitidme que os dé una pequeña explicación para que podáis juzgar con justicia.

—Habla pues pronto.

—Señor: la infamia llegó hasta el colmo; ella se resistió; ella alegó su derecho; pidió justicia; imploró compasión; pero aquellos hombres más que salvajes i sordos a la razòn, se mostraron inflexibles como Calígula, pues al fin viéndose vencidos por todos los medios razonables, dieron rienda suelta a sus instintos de pantera recurriendo a la fuerza bruta.

—¡Habla de una vez sin hacer uso de circunloquios, que la desesperación me mata.

—Señor, el final de aquella tragedia, fue que el comisario montándose en cólera, tomó

a Rosaura de la mano i le dio un fuerte tirón hasta el umbral de la puerta, i de allí D. Próspero la tomó de la trenza i la arrastró un largo trecho. Ella naturalmente azorada con tan bárbaro proceder, siguió pues, a duras penas a sus verdugos.

—¡Ira de Dios! Esos hechos nerónicos claman venganza. En el momento voi a probarles a estos infames que si huí, no fue por miedo, sino por evitár un espantoso éxodo.—

Rutilio, revólver en mano i ebrio de cólera, pretendió saltar por una vetusta ventanilla que daba acceso a un corralón para de allí lanzarse a la brega; pero en esos momentos se abrió una puerta i penetrò el anciano clérigo acompañado de Gamaliel, que ya sabedores del suceso, contuvieron a Rutilio.

El anciano después de darle algunas palapalabras de consuelo, prosiguió:

—Domina tus ímpetus, Rutilio; reprime tu carácter febricitante para que puedas obrar con acierto i cuerdamente. En medio de la excitaciòn no se puede raciocinar, i nuestros hechos tan sólo nos precipitan a los abismos de la ruina. No nos comparemos con los irracionales que sólo se guían por el instinto. No nos lancemos como las fieras en el desenfreno de las pasiones.

—Señor,—dijo Rutilio—la gravedad de los hechos claman venganza.

—No hables de venganza, que el Dios justiciero, se encarga, tarde que temprano, de

darle a cada quien lo que merece; i si nosotros nos queremos pagar por nuestras manos, también seremos castigados.

—Pero es posible, Dios justiciero, que estos infames se burlen de mí a tal extremo que después de haber asaltado mi casa como bandidos, se lleven arrastrando a Rosaura en medio de la befa i el escándalo? ¿Qué no hai una mano justiciera que los contenga? ¿No habrá una lei sagrada que los castigue? ¿Dònde están nuestros derechos? ¡pisoteados! ¿En dónde las garantías con que contamos? Sólo Dios podría prestárnoslas.

Mi pecho está excitado i con justicia, supuesto que yo no encuentro en mis acciones ni el menor delito para que se me trate de esa manera ¿Qué acáso D. Próspero no arrojó a su hija a la calle a bofetadas i puntapiés como a una criatura vil i despreciable? ¿Acáso no fue un rasgo de caballerosidad recibirla en mis brazos honradamente para darle abrigo i protección? Si yo obro dentro de las leyes, ¿por qué se me quiere encarcelar? ¿Si Rosaura encontró honra i abrigo a mi lado, ¿por qué me la arrebatan con insólito escándalo, siendo que con esto la precipitan de nuevo i más hondamente a los abismos de la deshonra? ¡Oh! esto es el *non plus ultra* del ultraje; esto es el colmo de la ignominia. ¿Qué me queda en este mundo? ¿qué me queda? ¡medir mis fuerzas con los tiranos!—

I diciendo esto, intentó de nuevo salirse de la sacristía; i lo hubiera hecho a no ser por Gamaliel i el anciano clérigo que lo abrazaron fuertemente; ya no dándole razonamientos, porque estaba ciego de còlera, sino suplicándole i prometiéndole ayudarlo por los medios legales a salir triunfante en sus amorosos ensueños.

Rutilio en aquel sitio sagrado en donde siempre reina el augusto silencio, presentaba un aspecto bastante extraño: Su melena de artista en desorden; ojos inyectados i llorosos; revólver en mano; respiración acelerada; voz ronca i entrecortada, i continente colérico i decidido.

¡Pobre Rutilio! su estado nervioso era tristísimo.

Terror i lástima causaba su presencia.

A tal punto llegó su desesperación acrecentada por los deseos de venganza, que se dejaba caer al suelo sin compasión murmurando palabras maldicientes.

Todos tenían el rostro lívido i nadie se atrevía a pronunciar palabra.

Por fin el anciano prosiguió:

—Hazte fuerte, Rutilio, ¿qué no eres dueño de ti mismo? Estos son precisamente los momentos en que Dios nos pone a prueba. Si nos resignamos i respetamos sus altos designios, Él mismo nos confortará i buen cuidado tendrá de castigar a los malvados; pero si nos desentrenamos en el campo de las pa-

siones, Él nos abandonará a nuestras propias fuerzas i rodaremos sin remedio a los abismos del crimen, donde si no es imposible, será múi difícil volver al pensil de la felicidad. Atiende a mis palabras i tú serás feliz.

Deja que los malvados se desenfrenen, que alcabo si la justicia del mundo no tiene su debido cumplimiento, queda todavía la del cielo, que muchas veces aun invisiblemente castiga a los perversos.

Salir tú en estos momentos de excitación, es lo mismo que llevar las cosas al precipicio; i los hombres cuerdos, los hombres valientes i de corazón magnánimo, no son estos los medios que emplean para salir triunfantes. Esos no son medios de aligerar la exisiencia, sino de bajar más al sufrimiento i después tener qué llorar en vano consecuencias terribles i funestas.—

Un ruido sacrílego dentro del pequeño templo, vino a interrumpir estos laudables consejos que ya estaban ablandando un poco el corazón de Rutilio.

El sacristán asomó el rostro por el presbiterio, i en el momento retrocedió, hablando en voz baja:

—¡Gente armada! ¡Gente armada!—

Eran los tiranos que ciegos de cólera, al sospechar que allí estaba Rutilio, se habían lanzado en su persecución profanando el sagrado recinto.

Dos viejas piadosas que velaban silencio-

samente al pie de una tétrica lamparita, no acostumbradas a ver semejantes atropellos, quedaron pálidas i petrificadas, con la boca abierta como queriendo lanzar un grito de horror.

Rutilio avanzó queriendo salir al encuentro.

El anciano lo contuvo enérgicamente i le dijo:

—¡Rutilio, obedéceme! Ve lo que vas a hacer i en el lugar en que estamos; no me comprometas; huye cuanto antes al «Castillo encantado» por esta ventana, ¡pero pronto! ya nos veremos para acordar lo que sea más conveniente.—

Rutilio i Gamaliel en cuanto pudieron escapar sin ser vistos.

Los tiranos grosera i atrevidamente invadieron i registraron todos los rincones, sin guardar siquiera consideración al virtuoso anciano que permaneció arrodillado con el breviario en la mano, indiferente a tan sacrílego proceder, rezando sus oficios donde se oían de cuando en cuando estas dulcísimas palabras: «*Pater noster qui es in cœlis; sanctificetur nomen tuum.......... Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.....*»

Cuyas palabras apenas perceptibles, simulaban el suave murmurio de lejano arroyuelo.

———

LXI.

ASALTO DE BANDIDOS.

———

Llegó la noche lóbrega i tempestuosa.

Gamaliel se había quedado oculto en el poblacho, i Rutilio, jadeante, fatigado hasta lo extremo, cruzaba por el bosque.

La desesperación, el despecho i la ira, lo impulsaban a caminar sin descanso.

El horrísono fragor de los rayos empezó a resonar estrepitosamente por la montaña.

La deslumbrante i vivísima luz de los relámpagos iluminaba de pronto para dejar al mundo en la más completa obscuridad.

El ventarrón arrastraba furiosamente la hojarasca por entre la arboleda formando un estruendo aterrador.

El agua pluvial parecía caer a torrentes.

Rutilio se perdió en el bosque, i a la luz de los relámpagos apenas pudo refugiarse debajo de unas rocas.

Sería la media noche cuando cesó la tempestad.

Los gruesos nubarrones fueron arrastrados por el huracán i pronto quedó el cielo completamente despejado. La luna i las estrellas brillaron en el azul purísimo con más bellos fulgores que de ordinario.

El trueno poco a poco se fue haciendo imperceptible.

Los arroyuelos serpenteaban desde las cumbres hasta los valles como corrientes mágicas de bruñida plata.

Un viento suave hacía temblar las gotitas cristalinas pendientes de los árboles.

Rutilio olvidó completamente las tristezas de la vida para entregarse a la contemplación de los encantos de la Naturaleza, que tiene reservados para los verdaderos poetas. Embriagado con la frescura de la montaña i con el perfume de sus ensueños, nuestro joven echó a andar por un sendero; pero repentinamente se vio rodeado por varios individuos perfectamente armados.

—¡Alto hai! ¿quién vive?

—¡Viva la democracia, viva la República!—

Aquella chusma de salvajes no entendiendo aquellos términos, volvieron a gritar coléricos:

—¡Quién vive?

Rutilio comprendió en el momento con qué clase de gente se las avenía, por lo cual gritó prontamente:

—¡Viva Carranza!

—Viva Carranza, ¿verdad?—murmuró el capitán con sorna—¡hum! pronto vas a recibir el premio de tus desvelos, desgraciado. ¡Amarren a ese! ¡Rinda sus armas!

—Señor, quizá me confundís; permitidme que os dé una pequeña explicación respecto

de quién soi i de la situación en que me encuentro.

—No necesito explicaciones: tú sencillamente eres espía ¡hum! i eres de aquellos mata-carrancistas.

—Señor, en obsequio a la verdad, os manifiesto que fuï Maderista; por tal motivo soi partidario de la revolución, i en consecuencia de todo, soi víctima de la dictadura.

—¡Sí.... partidario! ¡hum! cuando ya se ven perdidos, todos van diciendo lo mismo.

—Perdonadme, señor, que insista en justificar mi conducta, pues creo que tengo derecho en hacerlo supuesto que lo dicho lo puedo probar; i si vosotros efectivamente sois revolucionarios, no dudo encontrar en vuestros corazones lealtad i benevolencia.

—Sí, ahora es capaz que salgas hasta sobrino de Carranza, i protector de la revolución, ¡hum! ¡media vuelta!—

I al repetir por cuarta vez su favorito i marcado «hum,» movió con fuerza las muelles de su *«máuser»* (mausser) en actitud amenazante.

Sin pronunciar palabra echaron a andar por un sendero extraviado atravesando arroyos i malezas hasta llegar a una especie de gruta, que más bien era la boca de una mina derrumbada.

No cabía duda: Rutilio había caido en manos de latrofacciosos.

Aquellos hombres no eran partidarios; por

lo visto eran individuos perniciosos i criminales, de esos que encuentran coyuntura en la revolución para cometer toda clase de atropellos.

En media hora llegaron a la gruta.

Rutilio así amarrado pasó la noche, i fue tratado por aquellos hombres, sin rasgo de compasión.

Cuando amaneció, nuestro joven pudo mirar a hurtadillas los rostros atufados de aquellos forajidos que sólo inspiraban terror.

El capitancillo era un sujeto alto, seco; de rostro afilado, enjunto i amarillento; ojos inyectados, i mirada penetrante i escrutadora como la de un asesino que desconfía hasta de su misma sombra. Cuando miraba a Rutilio parecía perforarlo con su mirada sañuda, i siempre gruñendo: ¡hum!.....

Después de almorzar, dijo el capitán con voz imperiosa:

—¡Preparen sus armas!—

Rutilio bien comprendió según las miradas significativas, que al dar esta orden a él se referían, i creyó que el momento de pasar a la Eternidad había llegado sin remedio. Le pesó en el alma no llevar allí medios asfixiantes; le pudo muchísimo no haberse con tiempo lanzado a la revolución, no sólo para derrocar al caciquismo, sino también para perseguir a los bandidos. Pero ya era tarde.

—Señor,—dijo nuestro joven en tono suplicante—permitidme hacer uso de la palabra.

—Habla pues pronto, porque dentro de poco será imposible que lo hagas.

—Señor, ¿qué vosotros no sois carrancistas?

—¡Sí lo somos! ¡i qué!

—Pues que de ello me felicito, basta con que aquí encontraré un asilo seguro i me libraré de las tenaces persecuciones de que actualmente soi víctima.

—Es en vano que te esfuerces en quererte justificar, que alcabo nada puedes probar en tu favor.

—Aquí nada puedo; mas vosotros podéis informar de mi conducta i quedarèis satisfechos.

—Nó, nó; qué conducta ¡hum! ¡Preparen sus armas!

—Señor, piedad de mí; soi inocente; si de noche me encontrasteis en esta montaña, fue porque ayer precisamente en cuanto pude escapar de las garras de los tiranos gobiernistas; además, aunque soi pobre, puedo contribuir con algo para vuestra causa legal i justa.—

Un relámpago de codicia brilló en aquellos rostros atufados.

—¿Cuánto puedes dar? ¡Pero nó, a mi no me guía el vil interés; más vale que no entremos en arreglos.—

Rutilio interiormente exclamó con toda ternura:

«*¿Eli, Eli, lamma sabacthani?*»

I sintiendo en su alma una fuerza como un soplo de resignación, le dijo al capitán:

—Si vos no atendèis a mi inocencia ni mucho menos a mis súplicas. haced pues conmigo lo que gustéis, que si Dios os lo permite, adoraré esos altos designios; yo lo que sí os aseguro con juramento, es que si me matáis, llevaréis eternamente los remordimieatos, porque soi de acuerdo con esta revolución por ser de principios verdaderamente democráticos.—

Los bandidos salieron fuera de la gruta a tramar la manera de sacar las mejores ventajas.

Rutilio por su mala o buena suerte llevaba consigo, múi ocultamente, 200 pesos en dos billetes de banco, i podía decirse que era todo su capital.

A pocos momentos se llegó hácia él un bandido, con una sonrisa fingida pretextando ser su defensor.

—Amigo mío:—dijo en voz baja i dirigiendo la vista en todas direcciones—el negocio está múi difícil; el capitán está múi disgustado, i sus intenciones no son otras que fusilaros; yo he intercedido mucho por vos i no ha sido posible conseguir nada.

—Pero si yo no tengo ningún delito; yo puedo probar que no soi espía como juzgáis: estói de acuerdo con el «Plan de Guadalupe» i soi partidario de la actual revolución; ade-

más soi perseguido, como puedan serlo vosotros, por los actuales gobiernistas.

—Así será, pero el capitán tiene de vos múi malos informes; entretanto, ofrecedle una múi buena gratificación haber si acaso os libráis de la muerte!

—Pues aunque no creo tener culpa ninguna, daré todo lo que traigo i poseo.

—¡Ah! ¿de modo que portáis dinerito? El capitán lo ignora; yo no sabiéndolo tampoco, venía a aconsejaros que firmarais una orden dirigida a vuestro padre o a otra persona pudiente, pagadera al portador a letra vista; pero siendo que traéis, veremos la cantidad haber qué combinación conviene que hagamos.

—Traigo 200 pesos, i puedo aseguraros que es todo mi capital.

—¡Uh. es múi poco! ¿No son billetes de la revolución, de esos *bilimbiques*?

—No. señor; son del banco «Londres y México» en múi buena circulación.

—Dadme pues a mí 150 pesos; esto naturalmente sin que lo sepa nadie. Yo voi a seguir influyendo haber si se logra vuestra libertad. Los otros cincuenta pesos se los ofrecéis al capitán, sólo que se le haga múi poco, entonces siempre le ofrecéis la orden para vuestro padre. Dadme pues pronto el dinero antes de que se acerque alguien i nos «caiga tierra.»

—Aquí están los billetes, pero son de a 100 pesos cada uno.

—¡Oh, qué demonio! entonces está eso trabajoso..... ¡Dadme pues uno!—

Rutilio entregó el papel-moneda.

El bandolero después de asomarse cautelosamente a la entrada de la gruta, disimuladamente anudó el billete en un pañuelo mugroso, dibujándose en su rostro una sonrisa irónica.

El bandido salió i a pocos momentos entró el capitán.

—Amiguito,—dijo—ya se llegó la hora de que te prepares, pues tienes qué hacer un viaje bastante largo.

—Para dónde, señor? ¿qué me vais a dar alguna comisión?

—¡Sí, te voi a mandar a que toques las puertas del infierno!

—Señor, de múi buena voluntad os regalo este billete.—

El capitán alargó la mano con cierto desdén; revisó el billete arrugando el entrecejo i murmuró:

—Nó, esto es múi poco. Vamos por allí a dar una vueltita.

—Vamos donde gustéis; pero os advierto que todo atentado contra de mí, es enteramente injusto; entretanto, si vos gustáis darme mi libertad, yo a trueque os firmaré una orden haber si una persona múi mi amiga puede agenciarme cierta cantidad.—

El capitán quedó pensativo.....

A pocos momentos llegaron a todo correr dos bandoleros exclamando:

—Señor capitán, estamos perdidos: los «pelones chacúdos» nos tienen sitiados.

—Bien decía yo que este desgraciado era espía. ¡Dénle fuego haber cómo escapamos a pie por entre el bosque.—

En el momento aquellos desalmados dispararon sus «*máuseres*» (maü-sers) a quema ropa; mas ya sea por la confusión o por los movimientos de Rutilio, sus proyectiles no hicieron blanco.

Nuestro joven jugando el todo por el todo, al tiempo de los disparos, se dejó caer i se rejuntó violentamente hácia los bandidos, i mientras éstos dieron de nuevo cerrojo, Rutilio dio un salto fuera de la gruta, i a veces rodando i a veces corriendo, por entre la arboleda se les escapó.

A los disparos, los federales creyendo ser atacados, echaron pecho a tierra i prepararon sus armas.

Como el sitio era casi completo, al pretender huír los bandoleros, fueron tiroteados, quedando como unos cuatro tendidos en el campo.

Rutilio estaba dentro del sitio, i comprendiendo su complicada situación, no hallaba qué partido tomar.

Pero más grande fue su asombro cuando alcanzó a ver claramente que el jefe de aquella tropa no era otro que Santoscoy: aquel su

antiguo rival i acérrimo enemigo, el cual venía precisamente acompañado por los tiranos.

Los sitiadores se fueron replegando hácia la gruta para que nadie se escapara, i Rutilio no encontró mas recurso que descender agazapándose para ocultarse entre unas rocas múi cerca de un despeñadero.

Pero un vigía que estaba posesionado en una eminencia con anteojo en mano, dio aviso inmediatamente a los soldados, los cuales avanzaron con rapidez.

Antes de que Rutilio pudiera ocultarse, fue descubierto por una patrulla, en la cual iba el militar i el comisario.

—¡Allá va, él ès!—dijo éste—¡vea Ud. señor coronel cómo salió cierto lo que le manifesté que este sedicioso estaba en contacto con las gavillas de bandoleros!

—¡Efectivamente; pero le juro señor comisario que por esta vez no se nos escapa: o muere despeñado, o acribillado por nuestras balas!—

A pocos momentos el militar dio la voz de ¡fuego! i ya no nos fue posible ver a Rutilio por la espesa nube de humo formada por el espantoso tiroteo.

LXII.

FANDANGO CAMPESTRE.

———

Afortunadamente Rutilio no fue víctima de las balas de los federales; sólo sí que se vio en grandes aprietos i en grande peligro.

Antes de llegar a las rocas, vio claramente que lo iban persiguiendo múi de cerca, i no tenía otro recurso que arrojarse al precipicio. Mas para desviar un poco la tenaz persecución, prontamente se quitó la ropa i la extendió sobre unos matorrales, simulando que ya se había detenido. Así desnudo se deslizó hasta la orilla del barranco. De un vistazo calculó la parte más favorable, i sin perder ni un segundo, se desprendió por un derrumbadero de más de ocho metros hasta caer a una roca. De allí se deslizó hasta el tronco de un árbol, i ya asiéndose de las yerbas o agarrándose de las anfractuosidades, logró descender a una sima, todo lleno de magulladuras i heridas.

Aun no acababa de hacer su descenso cuando oyó retumbar la fuerte descarga de fusilería que hicieron sobre su ropa.

Santoscoy creyó de pronto haber exterminado para siempre a su rival; pero la indignación de éste i del comisario fue grande cuan-

do vieron que habían sido engañados con aquella especie de pelele.

Rutilio ya fuera de peligro, echó a andar por arroyos i breñales, pensando en tantas peripecias de la vida. Por su imaginación pasaban sucesivamente, Rosaura, los tiranos, los bandidos, sus 200 pesos, i el asalto de los federales.

Por fin después de medio día, se alegró muchísimo cuando comprendió que se aproximaba al ranchito de D. Juan Quirarte, aquel ranchero carialegre del «monólogo festivo»: aquel que, exhalando fuertes eructos, demostraba su felicidad.

Nuestro joven ensartó muchas hojas de roble en tiras de corteza fibrosa, con lo cual cubrió parte de su cuerpo.

A pocos momentos llegó frente a las cabañas.

D. Juan que estaba arrellanado en un viejo «equipal» forrado de cuero, prontamente se levantó i salió a su encuentro:

—¡Hola, mi amigo D. Rutilio! se conoce que usté se puso el traje de gala pa venir a felecitarme por ser mañana el día de mi santo.

—¡Ai, D. Juan! vergüenza me causa presentarme ante Ud. con el traje de nuestros primeros padres, pero las circunstancias terribles por que atravesé, así lo permiten.

—¡Vámos, vámos! las mujeres, ¿verdá? ¡qué mujeres!—

Rutilio refirió todos los acontecimientos que ya sabemos. D. Juan sin alterarse en lo más mínimo, ni emitir ningún juicio, sólo se concretó a mover de cuando en cuando la cabeza.

Al fin después de un eructo, dijo:

—No se procupe mi amiguito; pásele pa dentro haber con qué se muda; i hora que me acuerdo en lugar de empezar mañana mi fiesta, hoi la prencipiamos con fandango. Corre tú, Miliano, a Las Majadas i le dices al renco Atanasio i al tuerto Melquiades que horita se dejen venir con su companía.—

Por estar toda la ropa en jabón, nuestro joven no pudo menos que vestirse de chamarra i calzoneras de cuero del tiempo del cura Hidalgo, sirviendo así familiarmente de hazmerreír. Pero ¡vá! siquiera ya no estaba desnudo.

Cuando el astro rei lanzaba sus postreros rayos allá en la cumbre de la montaña, todo era animación i contento en aquel ranchito.

Las aldeanitas de todo aquel contorno, concurrieron a la fiesta llenas de regocijo, luciendo sus trajes abigarrados.

Sobre un hoyo, especie de sepultura, pusieron una gruesa tabla que dijeron ser la tarima, donde empezaron en conjunto a bailar, o más bien a patear al compás de los guitarrones.

Rutilio olvidó por completo las tristezas de

la vida i también tomó parte en aquella fiesta.

D. Juan sacó un bule (o guaje) lleno de vino mezcal i les brindó a todos los concurrentes.

La animación i la charla fueron aumentando poco a poco.

En las grutas de la montaña resonaban alegremente las notas graves de los guitarrones i las patadas rítmicas de los bailarines.

A poco un estruendoso palmoteo se formó al rededor de Rutilio.

—¡Que baile jarabe tapatío!

—¡Sí, que baile jarabe!

—¡Vámos, que baile, que baile!—

El palmoteo no cesó hasta que la música rompió aquellos aires nacionales que hicieron prorrumpir a los aldeanos en exclamaciones i gritos de júbilo.

Rutilio no pudo menos que acceder a tal petición, i pronto lo vimos danzar i brincar alegremente en compañía de una simpática aldeanita.

No se han visto ni se verán jamás momentos de tanta dicha como aquellos.

Después de aquel jarabe i de los brindis consecutivos hechos con bule en mano, dijo D. Juan:

—Mi amigo D. Rutilio: en estos ratos no me cambio por los curros de suidá que subidos en sus altosmóviles o en los tumvagones recurren a los triatos a óir cosas que ni se entienden. Hora que digo triato, échenos unos

versos pero desos que deveras alegren lalma. Usté según el ron ron dizqués pueta, i cuasi cuasi yo también que lo soi. Si usté nos echa unos, yo me comprometo a cantar otros.—

Los palmoteos volvieron de nuevo, i las voces femeninas resonaron en todos los tonos de la escala cromática:

—Sí... - ¡sí!.....—sí......—¡sí.....—

Rutilio después de frotarse varias veces la frente, empezó a improvisar sobre el tema de los dichos más populares:

———

—Mi amigo D. Juan Quirarte,
aunque Ud. no me lo crea,
arriba está quien reparte
i atrás viene quien arrea.
(D. Juan que no contradice
al momento contestó:)
—*eso mesmo que usté dice,*
eso mesmo digo yo.
—Pues D. Juan: bajo esta luna
que manda rayos plateados,
hai pícaros con fortuna,
i hombres de bien desgraciados.
Si le place o no le place,
esta es verdad i múi clara:
el que para bule nace,
hasta jícara no pára.

¿Qué ganamos con llorar
si resulta que es en vano?
no por mucho madrugar
amanece más temprano.
Por lo que hablé no me aflijo,
pero esto me causa enojo:
tanto quiere el diablo a su hijo
hasta que le saca un ojo.
Está bien, no hai puras blandas;
mas lo que sigue es múi cierto:
sólo el que carga las andas,
sabe lo que pesa el muerto.
Estói sintiéndome triste
i hasta las piernas me sudan;
que el que de ageno se viste
en la calle lo desnudan.
Sólo pues que de contado
nadie me hiciera ruidillo,
a caballo regalado
no se le mira el colmillo.
O seguiré de tio Cacho
este adagio verdadero:
a palabras de borracho,
oídos de cantinero.
Hoi pude ya comprender
sin excepciones ningunas,
que al nopal lo van a ver
nomás cuando tiene tunas.
En fin, a nada me opongo,
ruede el mundo como rué:
para mi es lo pirindongo
alcabo yo no sembré.—

(Mas D. Juan siempre felice,
de nuevo así contestó:)
—eso mesmo que usté dice
eso mesmo digo yo.

—¡Viva Rutilio i sus calzoneras!
—¡Viva la madre que lo echó al mundo!
—Viva! ¡Viva!.....
—Ahara D. Juan. ¡Que cante D. Juan!
—Vámos Melquiades, échate una sinfonía doble.—

D. Juan empinó su bule tres veces; dio una tosida i empezó a cantar los siguientes dislates:

En la puerta de un potrero
pisé un sapo sin pensar;
si te piso, chaparrita,
no te vayas a enojar.
En la punta de aquel cerro
corté flores con machete;
si me queres, vida mía,
no me mires de ganchete.
Hai mujeres en el mundo
de piel blanca i alma negra;
no me mires, por favor,
con esos ojos de suegra.

Al pasar por tu ventana
me quedé múi sosprendido
al oírte que decías,
¡ai qué ganas de marido!
Yo luego te contesté
fingiéndome con catarro:
yo soi ese del costal
que ni la boca le amarro.
Mas como no contestates
te dije con mucho esmero:
afuera se avienta el máiz
paque largue el gorgojero.
Las mujeres son el diablo
hasta hoi lo comprendí:
con la boca dicen nó,
i con los ojos que sí.
Ya la luna va saliendo
con su cara múi redonda;
no me miren ya las viejas
si queren que no me esconda.
Allá va la despedida
por las puertas de mi casa:
llegó el tiempo de comer
muncho helote i calabaza.

———

En medio de los nutridos aplausos el renco Atanasio gritó:

Que viva D. Juan Quirarte
porque cantó a lo divino:
que viva porque reparte
bules i bules de vino.

———

El holgorio siguió con tanta armonía, que se pasaron sin sentir las horas de la noche.

Cuando empezaba a clarear el nuevo día, llegó un campesino a todo correr i dijo:

—¡Muchachas, hai borrego!

—¡Cómo! ¿pos que supites?

—Que no múi lejos de aquí, allá en el Salto, durmieron anoche unos carrancios, i se sabe que viene en su perseguimiento un melitar múi bravo.

—¡Dios nos asista! Oigan muchachas, dizque hai borrego.

—¡Ai Dios! ¡vamonós, vamónos.—

En el momento por diferentes rumbos desaparecieron casi todos los guajiros.

Rutilio mandó un recado a Gamaliel citándolo a cierta parte i previniéndole que no se descuidara con el militar. Después de ponerse ropa aunque sea interior, se despidió múi agradecido de D. Juan i se dirigió rumbo al «Castillo encantado.»

— — —

Pocas horas después un terrible tiroteo resonó por la montaña.

Era que el sanguinario Santoscoy, guiado por el comisario, había llegado al sitio donde hebían pernoctado varios carrancistas, i al encontrarlos desprevenidos, unos jugando naipes i otros bañándose en un arroyo, mandó hacer fuego sin compasión sobre aquellos

miserables, de los cuales escaparon múi pocos de tan espantosa carnicería.

LXIII.

SITUACION I CARTA DE ROSAURA.

Al siguiente día, múi de madrugada, Gamaliel i el anciano cura, se dirigieron al «Castillo encantado.»

La situación de Rosaura era tristísima. Desde el momento que la sacaron de la casa de Rutilio, quedó completamente desprestigiada ante todo el mundo.

I ¿cuál era el porvenir que se le podía esperar? La eterna deshonra; i deshonra de la cual eran responsables su padre i los mandones por su refinado capricho i egoísmo.

La inocente quedó expuesta a las murmuraciones del vulgo que en todo toma parte i que juzga las cosas a primera vista i maliciosamente. Rutilio se había portado caballerosamente, pero el populacho qué obligación tenía de ser adivino? Sencillamente vivió en la misma casa i como se frustró el matrimonio, esto dio margen a la emponzoñada maledicencia que al momento cundió de boca en boca.

Rosaura vivía en la casa de sus padres, igual que si estuviera en un convento.

Las fuentes de sus ojos se habían agotado a causa de tanto llorar, i a causa también de que el verdadero dolor no tiene lágrimas.

Rosaura ya no era aquella zagalita gentil i arrogante, de mirada apacible i halagüeña sonrisa; todos los encantos juveniles habían desaparecido de su rostro; por decirlo así aquella joven era un cadáver con movimientos.

En el poblacho se rumoró con insistencia que Rutilio había sido nuevamente sorprendido entre bandoleros, i que no era remoto que hubiera quedado muerto por las balas de los federales.

Esta tremenda noticia acabó de atormentar a Rosaura, que ya de tanto sufrir, a veces parecía mostrarse insensible a las cosas de la vida.

———

El anciano clérigo i Gamaliel con las provisiones necesarias, llegaron con Rutilio.

Después que se abrazaron mutua i efusivamente, nuestros personajes se sentaron al pie de aquellas altas i enhiestas rocas, que, entre los altos pinos, efectivamente daban el aspecto de torrecillas de algún legendario castillo.

El aire estaba embalsamado con el aroma de las flores i de los árboles.

El jilguero allá en el boscaje daba su alegre concierto. La tarde presentaba el aspecto de una mañana placentera.

Rutilio con toda familiaridad, refirió todas las aventuras precedentes.

Después de varios juicios i consideraciones, i despuès de haber reído a satisfacción por la fiesta de D. Juan Quirarte, dijo Rutilio:

—I Rosaura ¿en qué situación se encuentra?

—¡Ah, pobre criatura!—exclamó Gamaliel—está hecha un cadáver. Ayer inmediatamente que recibí tu carta, me atreví a saltar las tapias del jardín i me entrevisté con ella enseñándole al mismo tiempo tus letras para convencerla que vivías aún. Grande fue el gusto que recibió, pues aunque pálida i triste se dibujó en su semblante una tenue sonrisa, como se dibuja la débil esperanza de alivio en el rostro del moribundo.....

Cuando acabó de leer, me rogó te condujera esta misiva que ya tenía escrita con anticipación.—

Nuestro joven ansioso tomó la carta i se puso a leer:

«Rutilio:

«No encuentro palabras para expresarte mi dolor. Mi pensamiento está ofuscado por completo. El haber estado a tu lado fue para mí como un sueño dulcísimo del cual desperté para siempre..... ¡ai, qué despertar tan amargo! Las horas de mi existencia se van deslizando como las tristísimas quejas de un moribundo solitario en medio de las tinieblas de la noche....

«Cansados están mis ojos de llorar....

«Mi corazón oprimido i triste, está como flor arrojada bruscamente a los rigores del invierno....

«Mi desdicha no tiene límites.

«Mi sufrimiento es atroz.... ¡Ai de mí! quisiera mejor descender al sepulcro ....

«I no es tanto el dolor que me causan los dardos punzantes de la maledicencia. lo que me puede i me atormenta cruelmente es tu ausencia. No puedo convenir en estar lejos de ti. Ansío verte, ansío contemplarte para calmar un poco mi sufrimiento. ¿Qué serás tan ingrato que desoigas mis palabras? ¿Me dejarás abandonada i triste sin tener compasión de mí?

«¡Vén a mi lado, vén! No me culpes a mí, Rutilio; no me vayas a acusar de falsa ni de flexible: yo me defendí hasta donde pude, hasta donde mis fuerzas me ayudaron....

«¿Qué no sabes que el huracán tiene más fuerza que la brisa i el céfiro? ¿Acáso no has visto que un torrente puede sofocar el curso de un arroyuelo?

«Reflexiona mi triste situación i compadécete de mí; que si tú sigues luchando con tu habitual energía i me concedes volver a mi presencia, yo te juro guardar dentro de mi alma aunque sea un rasgo de eterna gratitud.

«Recibe pues las quejas i lágrimas, i el amor puro i virginal de tu inconsolable

ROSAURA.»

....

Rutilio dejó asomar a sus ojos una discreta lágrima.

En su alma empezò a fermentar de nuevo el odio a los tiranos, i mucho le pudo no haberse lanzado con oportunidad a la revolución para enseñarlos a cumplir con sus deberes.

—No te entregues demasiado a la tristeza; —dijo el anciano—día llegará en que las cosas cambien, i tus anhelos quedarán realizados.

—Señor, en obsequio a la verdad, os diré con toda franqueza: que no es tanto el deseo que tengo de matrimonio. supuesto que aquellas dulces esperanzas i aquellos angelicales ensueños que se anidaban allá dentro de mi alma, volaron para siempre como las aves amedrentadas de su nido.

— Extraño me parece tu cambio de opinión.

—Señor, las cosas están sujetas a una lei de constante transformación, i más los sentimientos del alma según la gravedad de la causa. Los comportamientos de los tiranos i del padre de Rosaura, fueron motivos múi suficientes que trastornaron el orden moral de mi existencia; así pues en mi corazón no existe amor, ilusiones ni esperanzas; lo que existe aquí en mi pecho no es otra cosa que un odio mortal hácia ellos, i una grande compasión hácia ella. Bien comprendo que si les rin-

diera homenaje a los tiranos, si yo los halagara aunque fuera hipòcritamente, supuesto que están sedientos de adulaciones, estói cierto que en el momento marcharían las cosas de otra manera; pero ¿yo humillarme? ¿yo descender al fango de la bajeza para besar las inmundas plantas del crimen i del orgullo? ¡nunca! ¡jamás!

Que bajen a enlodar sus labios los que nacieron para el servilismo. Que se arrodillen ante el becerro de oro los fanáticos de la plutocracia; ¡yo nó! yo soi demócrata i primero mis convicciones que el amor, las riquezas i que mi propia vida.

—Veò, Rutilio que estás excitado completamente; por tal motivo no te contradigo en nada ni te propongo varios planes que tengo en proyecto; lo mejor será que hagamos un paseo por la montaña para disfrutar de las caricias de la tarde.—

Era la hora del ocaso. Nuestros personajes subieron a la cumbre atravesando las guájaras, i se entregaron a la contemplación de los mil encantos vespertinos.

LXIV.

DISCUSION POLITICA.

Después de la cena se pusieron a discutir amigablemente sobre las convicciones políticas de cada uno:

—Por lo que se ve, Rutilio,—dijo el anciano,— los tres somos íntimos amigos, i, sin embargo, cada quien tiene su credo político.

—Yo, señor,—dijo Rutilio—en esa materia no retrocedo ni un punto: soi tenaz partidario de la democracia.

—Pues yo—dijo Gamaliel—casi casi en los tiempos actuales, no soi partidario de ningún sistema; estói decepcionado por completo al ver que murió el patriotismo; al ver que todo el que pretende manejar los negocios públicos es tan sólo por la ambición de hacerse rico, i al ver también que los candidatos primero tratan al pueblo con tal cariño, como a un burro cerril: de pronto lo acarician i lo alisan, pero una vez que se deja echar el aparejo i la carga, entonces le propinan sendos palos.

—Pero entonces—replicó el anciano—resulta que serías anarquista, i se trata precisamente de sostener alguna forma de gobierno, sea cual fuere, alcabo estamos platicando.

—Con tal de que formemos una especie de trinca, seré pues uno de vuestros contrincantes, i en tal caso voi a defender.... la mesocracia.

—Múi bien;—dijo el anciano—yo voi a defender de múi buena voluntad la teocracia: al defenderla no es que desecho de plano otras instituciones; en realidad todos presentan ventajas i desventajas según los tiempos i según las circunstancias. En la actuali-

dad cuán bonito fuera que nuestros múi Ilustres Obispos tomaran parte directa en el gobierno, o cuando menos tuvieran ingerencia en las Cámaras para que todas las disposiciones i decretos fueran llenos de sabiduría i dirigidos concienzuda i acertadamente.

—Señor,—habló Rutilio -dispensad que en este asunto deje a un lado la deferencia, i las debidas atenciones para contestaros con toda franqueza que yo soi católico pero no ultramontano.

—Puedes hablar con toda franqueza; yo no pretendo subyugar a nadie en esta materia, sino de que pasemos un rato de solaz, en amigable discusión.

—Cuánto me agrada, señor, esa tolerancia i ese carácter jovial con que me habláis, por tal motivo, sin ofender vuestra dignidad, os manifiesto que no estói de acuerdo en que ningún clérigo, aunque sea secular, tome parte en política, por la sencilla razón de que su misión es divina, su misión es guiar a las almas al cielo por el camino de la paz; dar ejemplo de abnegación, humildad i prudencia; vivir en completa calma, sin agitaciones de ninguna clase, para explicar con buena intención las doctrinas cristianas; en una palabra, tomar como norma la vida i costumbres de Nuestro Señor Jesucristo.

—De lo dicho—dijo el anciano—se deduce que un gobernante no debe de tener estas cualidades para que pueda gobernar con

acierto, ¿verdad? no debe ser abnegado, humilde, prudente, etc.

—No quiero decir eso; quiero manifestar que al ser divina la misión de los Obispos, no podrían tomar parte en el gobierno civil, que es netamente humano, sin que redundara en desdoro de su prestigio i alta dignidad sacerdotal.

—No entiendo cuál sea la razón;—dijo el anciano.

—La razón es esta: Méjico no admite ni admitirá jamás los principios autocráticos que sería la única base para establecer la teocracia; pero dada pues la hipótesis, ¿un Obispo iba a decretar el fusilamiento de tales o cuales individuos porque se habían rebelado en contra del gobierno?

—Nó,—dijo el anciano—eso naturalmente sería de la incumbencia de las autoridades militares.

—¡Oh, señor! entonces era inútil el predominio de los altos eclesiásticos. Si vamos suponiendo que el Obispo era gobernador i que a él por fuerza le correspondía dar tales decretos.

—Es múi sencillo.—dijo el anciano—podía fácilmente delegar sus facultades en persona de conciencia i de recto criterio; pues si no lo sabes, sábelo de una vez, que el gobierno civil sólo es un brazo del gobierno eclesiástico.

—Señor, para lo que yo me propongo pro-

baros, daría el mismo resultado: siempre la base tendría qué ser el gobernador, i resultaría por consecuencia legítima que el Obispo, i por concomitancia todos los clérigos, se harían odiosos ante el pueblo que pocas veces se conforma con el régimen del gobierno.

Además, suponiendo que los fieles no se resfriaran en sus creencias religiosas, con qué confianza caerían de hinojos ante sus confesores a manifestar sus delitos i sus desvíos? Aterrados se despeñarían en el abismo de la desesperación al prejuzgar que fácilmente podrían ser acusados ante los tribunales.

—Eso que acabas de exponer—murmuró el anciano—es un sofiisma, o cuando menos una exageración, se conoce que no estás múi versado en materia de religión.

Yo al defender la teocracia es porque se ha visto palpablemente que desde que el Estado se independió de la Igiesia i las escuelas fueron laicas, Méjico ha ido rodando de abismo en abismo; ha pasado por guerras i más guerras para implantar la democracia tan decantada, i en vez de progresar en tal sistema, hemos ido al retroceso. Aquí está la prueba: estamos en pleno siglo XX, siglo dizque de las luces, i nuestro sistema gubernamental, es una especie de plutocracia autocrática, más dañosa aún que la pura autocracia.

—Es cierto,—dijo Rutilio—pero de estos

desmanes i desatinos no tiene culpa la democracia: culpa es de los bribones politicastros convenencieros que con falsas promesas se apoderan de los altos puestos, i tales circunstancias no significan por ningún concepto que presente mayores ventajas la teocracia que la democracia, pues para el caso de no cumplir con sus deberes, se puede bajo el nombre de cualquier sistema de gobierno.

—Pero resulta pues—dijo el anciano—que la democracia, al ver la imposibilidad de su desarrollo, la considero como una utopia; máxime cuando el pueblo no entiende las cosas en su punto de justicia, pues hablarle de libertad es hablarle de libertinaje i desenfreno.

—¡Oh, señor! pues no atendiendo al desenvolvimiento de la civilización i teniendo por base que todos los que suben a las curules son los mismos amantes de la burocracia, los mismos ambiciosos i embaucadores de las masas, sí resulta esa imposibilidad.

—Señores—dijo Gamaliel—ya que no medais tiempo de emitir mis opiniones mesocráticas, permitidme al menos lanzar mi voto con respecto a la democracia; pues digo, que yo defendí como recordaréis hasta con mano armada tal sistema, me agrada, no digo que nó, pero con tristeza también estói convencido que es imposible. Lo voi a demostrar con los hechos. Después del triunfo que obtuvimos con la revolución Maderista, las eleccio-

nes se hicieron más o menos conforme a los principios democráticos. Múi bien; el pueblo libremente escogió sus mandatarios, quedando formadas las Cámaras por elementos heterogéneos; los gobernadores en su mayoría, hombres ineptos; los Ayuntamientos regularmente hombres incultos, i los comisarios de pueblo hombres analfabetas. Resultado, que siendo la mayoría hombres ineptos i de escaso discernimiento, casi no se estableció ninguna forma de gobierno.

—¡Oh, señores! si yo no estói sosteniendo que en la actualidad se puede ejercer la democracia en todos sus puntos; yo lo que defiendo i sostengo es que esta es una de las instituciones que nos conviene porque presenta mayores ventajas; pero esto naturalmente después de mucha ciencia i paciencia; cuando el pueblo esté civilizado; (al menos la mayoría de sus individuos;) cuando consciente de sus facultades i de sus derechos, elija mandatarios idóneos; cuando haya reconciliación i termine ese odio satánico de los ricos contra los pobres i de los pobres contra los ricos, pues realmente en la actualidad la codicia i el egoísmo son los obstáculos que no dejan a nadie cumplir con sus deberes.

—Por tanto,—replicó Gamaliel—de todas maneras resulta que es imposible.

—Imposible nó, difícil sí; la dificultad estriba en que haya un Presidente de principios verdaderamente patrióticos que en vez de

rodearse de ambiciones i de ambiciosos, que luche por el bien común; que se dedique exclusivamente a instruir al pueblo, que, embrutecido por la ignorancia, es imposible que goce de sus derechos pero mucho menos de comprender sus deberes.

—Está bien,—dijo Gamaliel—múi halagüeña, múi sublime la democracia, pero estamos múi distantes de ella, i tiene por otra parte, la grandísima desventaja que consiste en que si los pobres suben a los poderes, siempre el rico triunfará supuesto que el pobre, ya sea por su rango o por su necesidad, fácilmente se deja sobornar por los halagos i promesas del acaudalado.

—¡Oh!—dijo Rutilio con énfasis— estos son casos aislados: esto de que un mandatario se dejara sobornar, lo mismo podría suceder bajo cualquier institución; la mayor ventaja que presanta el sistema verdaderamente democrático es que si los mandatarios no cumplen con sus deberes, con mucha facilidad se les substituye por personas caracterizadas, i no hai ese yugo i esa preponderancia de unas clases sobre las otras.

—De todas maneras—dijo el anciano—vamos a dar al mismo punto de imposibilidad; siempre resulta que pensar en el establecimiento de un gobierno de todas esas cualidades, son ensueños que se desvanecen al contacto de la práctica. Yo siempre estói en las mías que intentar establecer ese sistema es ir

al retroceso, i por ende, al fracaso. En tiempos pretéritos, D. Porfirio Díaz, por ejemplo, hizo la guerra con esos fines, i ¿cuál fue su gobierno? el establecimiento de la plutocracia. el desarrollo del caciquismo i el triunfo de la imposición. Vino la revolución Maderista i derrocò a los anteriores; de pronto el porvenir presentó una perspectiva halagüeña, mas luego se vio la situación más comprometida i no fue posible establecer un go bierno equitativo. Vinieron las demás intrigas, i la situación peor.

Fue necesarísima la revolución actual, i ya ven Uds. que los revolucionarios carrancistas gritan, prometen i alardean, i que hai muchos ilusos que contribuyen al derrumbamiento del trono dictatorial, pues al triunfo de la revolución se van a convencer Uds. que va a predominar la maldita estratocracia, o sea el militarismo; que la situación va a ser más difícil; el tal gobierno más tiránico, pues difícil no es que hasta cobre derecho personal o por el aire que respiremos; i entonces el pobre pueblo desearía con ansia volver a soportar el yugo de la famosa dictadura porfiriana, o la influencia de la aristocracia.

—Yo tengo para mí—dijo Gamaliel—que el mejor sistema de gobierno, para que no se cometieran tantas anomalías, sería la mesocracia. Lo voi a demostrar: Ya vimos pues que el gobierno en poder de los ricos no conviene por ser en lo general tiránico. Ya vi

mos que el gobierno en manos de los pobres no sirve por ser la mayoría ineptos para ejercerlo: de allí que los extremos no nos convienen: en consecuencia es necesario poner el mando en manos de la clase media por ser ésta por lo regular civilizada, i luego, no teniendo tantas necesidades, el rico no podría ejercer sus influencias a trueque de dinero; i no sería tiránico precisamente por no tener en qué basar el orgullo.

—Esa es una paradoja; —exclamó Rutilio— esa sí es una idea disparatada e irrealizable. Quién va a sostener tales principios. Pero suponiendo que se levantara un partido mesocrático, ni prosperaba i se derramaba sangre sin ninguna utilidad. I todavía más: vamos entrando en el terreno de la hipòtesis; supongamos pues que triunfara la mesocracia, ¿cuál era el resultado práctico? el mismo de la plutocracia: el predominio i la tiranía sobre las demás clases. Nó, señores, ¡qué mesocracia ni qué «diablocracia!» no nos forjemos ilusión; de una vez comprendamos que democracia significa gobierno popular; no corrompamos su significado genuino creyendo que tal vocablo es sinònimo de oclocracia, (gobierno de la plebe) nó; la democracia no distingue clases, gerarquías, gremios ni individuos, pues todos ante la lei, pobres, ricos, ignorantes, instruidos, liberales i católicos, tendremos las mismas facultades i los mismos derechos. Por tal motivo, es el único sistema que nos

conviene, tanto por ser el más a propósito para el bien común i para el progreso, como, principalmente, porque la mayoría llevamos grabados en el corazón, de una manera indeleble, tales principios de fraternidad i patriotismo.—

El anciano i Gamaliel soltaron la carcajada al ver el calor i exaltación de Rutilio, pues tal discusión no era otra cosa que una travesura premeditada ya conociendo su carácter i sus convicciones políticas.

LXV.

PROYECTOS HALAGÜEÑOS.

Al siguiente día a la hora del crepúsculo matinal, llegó el sacristán al «Castillo,» ahogándose, lleno de asombro. Cuando se exoneró de las provisiones, dijo:

—Acabo de saber noticias tremendas. Por donde quiera se va difundiendo el pánico i el terror. Vengo completamente alarmado.

—Pues ¿qué pasa? ¡dí pronto! ¿qué pasa?

—Sencillamente que los pueblos circunvecinos después de hacer una tenaz resistencia, cayeron en poder de las tropas beligerantes, es decir de los verdaderos revolucionarios, i

dicen que hubo fusilamientos i terribles incendios. También se sabe de fuente fidedigna que el sanguinario Santoscoy fue hecho prisionero en traje de mujer, i así fue pasado por las armas por el revolucionario Pedro Zamora.

—Dios lo tenga a fuego manso.—dijo Rutilio con aire satisfecho—¡asesino! ¡bandido!

—Nó, nó,—dijo el anciano—no hai qué desearle mal a nadie ni mucho menos a los que van pasando a la Eternidad: Dios nuestro Señor reciba con ojos de misericordia a tantas almas que en el fragor de la guerra tienen qué dar estrecha cuenta de todas sus acciones; i Dios, en fin, nos conduzca por el sendero de la justicia en medio de tanta confusión i desequilibrio. ¡Horrible situación la presente! pero sin embargo, revistiéndonos de toda prudencia, estos son precisamente los momentos más favorables para poner en práctica los proyectos que ayer pensaba manifestarte.

Vamos almorzando, i entretanto empezaré por contradecir tus argumentos con respecto a tu situación moral: Dices pues que ya no sientes amor para Rosaura; es natural que así sea supuesto que tu corazón i tu cerebro están excesivamente excitados, i en medio de la excitación no predomina ese afecto; pero sin embargo esa marcada compasión que reemplazó tus tiernas ilusiones, es, con seguro, un signo de que no podrás olvidarla nun-

ca; i por tanto, una vez que pase esa agitación del ánimo provocada por la injusticia i la violencia, volverás a sentir por ella quizá más cariño que el que antes le profesabas. En consecuencia, los medios razonables que debes poner en práctica ahora que ya no te podrán perseguir con tan marcada tenacidad, son, que intentes de nuevo tu matrimonio puramente eclesiástico i bajo otras formas desconocidas, pero que siempre son legales según los ritos de la Iglesia.

—Pero.....

—No me pongas ninguna objeción, Rutilio: yo lo que pretendo es tu bienestar, i tu bienestar está basado precisamente en el matrimonio, lo veo con toda claridad. Te voi a hablar con toda franqueza: Yo estói propuesto a ayudarte por todos los medios legales a salir triunfante en tus relaciones amorosas; pues presiento que si tú no realizas tus ensueños, con mucha facilidad te lanzas a la revolución, lo cual sería un desatino que en vez de augurarte felicidad, te empujaría al abismo de la ruina i del crimen.

—Pero ¿de qué manera voi a efectuar ese matrimonio?

—Es múi sencillo: lo principal es que cuentas con la voluntad de Rosaura, teniendo ella la edad competente. Por otra parte, dentro de poco, ya podrás entrar al pueblo supuesto que el triunfo del carrancismo es casi un hecho.

Múi bien; yo entretanto, practico las diligencias i pido a su Señoría Ilustrísima te conceda la gracia de casarte sin necesidad de publicatas; cosa difícil por no haber causales, pero Dios quiera que sean suficientes los motivos que voi a exponer. Si esto se concede, no tienes más trabajo que esperar que Rosaura se acerque al templo, i en el acto al pie de los altares harán votos uniendo para siempre sus destinos: lo cual será a la vez el final de tu vida novelesca i la entrada triunfante al sendero florido i risueño de la tranquilidad i paz del alma.

—¡Oh, si por vuestra mediación i generosidad todo se realiza así como decís, con toda mi voluntad acepto vuestras indicaciones tan sólo por devolverle a Rosaura la honra i el consuelo que sin necesidad le arrebataron los tiranos.—

Después de algunas horas dijo el anciano:

—Quedaos pues con Dios.—Tú, Gamaliel, acompañas a Rutilio; yo les mandaré más provisiones para la subsistencia; i tú, Rutilio, procura ser prudente i resignado, que en estas circunstancias la menor indiscreción o acaloramiento, es motivo de grande retroceso.—

El anciano clérigo, acompañado del sacristán, se dirigió al pueblo. Rutilio i Gamaliel quedaron en el «Castillo encantado.»

———

LXVI.

MATRIMONIO FRUSTRADO.

Transcurrieron quince días.

Las diligencias de que hablamos no vinieron del Arzobispado completamente favorables, pero se practicaron de nuevo i se volvieron a mandar pidiendo la misma gracia.

Rutilio i Gamaliel entretanto penetraron al pueblo, gracias a la confusión de los caciques por las tremendas noticias de la revolución.

Por fin se llegó el día venturoso; el día en que Rosaura i Rutilio, con el corazòn radiante de júbilo, se acercaran al pie de los altares a jurarse amor eterno para no separarse ya nunca, jamás.

Sí, había llegado el día feliz: las diligencias vinieron completamente favorables, concediéndose el matrimonio sin necesidad de amonestaciones; por otra parte los tiranos estaban azorados i cohibidos, i por último que Rosaura casualmente había concurrido al templo donde el anciano cura le anunció que la hora de realizar sus anhelos estaba próxima.

Eran, pues, para nuestros jóvenes, aquellos momentos, como una caricia de la felicidad, o como rayos de luna en medio de una noche tempestuosa.

No obstante que en el rostro demacrado de Rosaura estaban perfectamente grabadas las

huellas del sufrimiento, se traslucía en su semblante el júbilo que flotaba en su corazón.

Los primeros rayos del sol penetraban oblicuamente al través de las rotas vidrieras, donde los átomos en evolución, parecían juguetear alegremente.

La sencillez inusitada con que se iba a celebrar la ceremonia, era sin la menor afectación, existiendo así mayores atractivos que en medio del verdadero lujo.

Los feligreses no acostumbrados a esa clase de matrimonios que a la simple vista parecen provisionales, quedaron atónitos, estupefactos, al ver salir al anciano sacerdote revestido de capa pluvial i en compañía de sus acólitos, i dar principio a la ceremonia.

El sacerdote después de amonestar a los contrayentes al cumplimiento de sus deberes, i después de las preguntas correspondientes, siguió rezando en su manual de Párrocos ciertas oraciones.

Por desgracia los mandones también habían concurrido a misa.

Por una parte Rutilio estaba satisfecho de que así hubiera sucedido, para que fueran testigos de su inesperado enlace matrimonial que ante ellos jamás pudo conseguir sino asaltos i persecuciones.

A pocos momentos se levantó de en medio de los circunstantes el secretario, i con su habitual cachaza, dirigió sus pasos al sitio mencionado.

—Señor,—le dijo al sacerdote—perdonad mi atrevimiento; dispensadme que interrumpa vuestra sacrosanta ceremonia; pero el deber de cristiano me obliga; la conciencia me grita desde el fondo de mi corazón que no debo guardar silencio; por tanto, señor, permitidme que os advierta que no hacéis múi bien en casar a estos jóvenes así nomás.

—No Señor, no es así nomás;—dijo el clérigo—tengo amplias facultades de nuestro Pastor para casarlos bajo esta forma sin necesidad de moniciones, i aun a media noche sin tener a vosotros de testigos.

—Está bien, señor, no lo dudo; mas yo creo que esta clase de matrimonios no debería concederlos ni el Sumo Pontífice, basta con que dan lugar a engaños conscientes o inconscientes. Lo mejor sería no salirnos del orden acostumbrado para no equivocarnos i no llevar responsabilidades en nuestro corazón.

—Pues ¿qué motivos existen para que vengáis a interrumpirme?—dijo el anciano un poco enfadado.

—No os disgustéis: si vos queréis proseguir, enhorabuena: pero.... existen motivos múi grandes, hai un impedimento de consanguinidad que yo puedo probar.

—¡Qué decís!—dijo el anciano sorprendido cerrando violentamente el manual.

—Sí, señor; si queréis convenceros, aquí traigo un pliego de donde se deduce que estos

dos jóvenes son como quien dice hermanos, pues son hijos de un mismo padre.—

El secretario sacó del seno un papel mugriento. El clérigo con temblorosa mano lo desdobló, i en voz baja se puso a leer lo siguiente:

———

«Yo, madre de Rosaura, soi quien escribo estas líneas para manifestar claramente que Rosaura mi hija, (siento mucho decirlo,) no es hija de matrimonio; no es hija de mi legítimo esposo Próspero, sino hija adulterina de D. Secundino de la Fuente. Supuesto que nadie se dio cuenta de este adulterio, podría pasar todo en silencio; pero me remuerde la conciencia, i aunque será para mí un bochorno i una deshonra que lo sepa el mundo, así lo declaro: Mi único fin es no llevar doble responsabilidad, por si acaso después de mi muerte, inocentemente se fuera a cometer un crimen casándose mi hija con persona de su misma sangre.»

«El que leyere este papel, guarde el secreto para el tiempo correspondiente.»

«Flavia Solís.»

———

—¿Cómo es posible—dijo el anciano—semejante adulterio entre personas que se jactan de ser completamente honradas?

—Pues, señor, yo no sé; yo lo que hago es cumplir con un deber sagrado, i cumplir con

la voluntad que manifiesta la misma señora en ese pliego.

—Que venga pues la señora para que ratifique lo escrito.—

Prontamente un monacillo dejó el cirial i corrió a hablarle a la mamá de Rosaura.

Todos los concurrentes estaban alelados, tanto por lo imprevisto del matrimonio, como por la extraña interrupción.

Rutilio clavó su penetrante mirada en el secretario, el cual no pudiéndola resistir, bajó disimuladamente los ojos.

Gamaliel que era el paraninfo, o padrino, acompañado de una de sus hermanas, quedó profundamente pensativo.

El sacerdote se volvió a la sacristía para hacer con más comodidad las aclaraciones correspondientes, i en el acto mandò llamar al secretario i a los novios.

A pocos momentos llegó la mamá de Rosaura, sorprendida por aquel urgente llamamiento, pero más grande fue su sorpresa al encontrarse allí con su hija i al saber que se trataba de su matrimonio.

—¿Conocéis esta firma? —habló el anciano.

—Sí señor, es mía.

—De modo que ratificáis lo escrito?

—Permitidme el papel i ya contestaré satisfactoriamente.—

La señora leyó el papel arrugando a cada momento de una manera múi extraña el entrecejo.

—Este papel—dijo—no es otra cosa que una vil calumnia. Pues ¿quién i cómo tan perfectamente pudo falsificar la letra de mi firma i las líneas de mi rúbrica?

—Así, pues. ¿negáis lo escrito?

—Lo niego i con justicia: primero por ser un falso testimonio, i segundo porque esta letra sólo es imitanión de la mía; estói observando que la firma sí es de mi puño, pero no puedo concebir cómo pude trazarla inconscientemente.—

El sacristán le habló a solas a Rutilio, i tuvo con èl una pequeña conferencia.

Nuestro joven a pocos momentos volvió colérico i habló de la siguiente manera:

—Basta ya de conjeturas. Señora, qué poca sindéresis tenéis.

I vos, señor secretario, sois inteligente hasta el extremo; sois por naturaleza de preclaro talento, pero lástima que sois a la vez un camastrón; lástima que sois un malévolo intrigante que por donde quiera me andáis tendiendo lazos para perjudicarme.

—¡Joven insolente! ¿por qué me ultrajáis con tanta villanía?

—Decir la verdad no es ultrajaros. Vos i vuestros cómplices no os cansáis, no os enfadáis de perseguirme aunque sea con vuestras maquinaciones maquiavélicas. ¿A qué conduce tanta perversidad? ¿Cuáles son los fines que os proponéis con tan marcado encono?

—Joven, parece que estáis ciego de cólera,

i vuestra represalia es vomitar insultos porque vine a cumplir con mi deber de cristiano. ¿Qué culpa tengo yo con haberme encontrado este papel tirado en la calle en días de confusión i de saqueos? I ¿en qué os ofendo con presentarlo para que se hagan las averiguaciones correspondientes?

—Si vergüenza tuvierais inmediatamente os alejaríais de este sitio que tantas veces habéis profanado ¡hombre disimulado i astuto! antes de que os arranque esa máscara con que aparentáis virtud i justicia.

—Podéis hacerlo cuanto antes, i si nada me probáis, ya sabréis responder ante los tribunales de los insultos que me estáis lanzando.

—Probaros con todos los requisitos de lei no puedo, pero sí tengo seguridad i casi puedo jurarlo que ese papel inmundo son artimañas de vosotros mismos tan sólo para estorbarme.

—¡Mentís, miserable!

—Señores,—dijo el sacerdote—un poco de más prudencia; este no es lugar a proposito para hablar en esos términos; además se trata de buscar la verdad i no es necesario tanto acaloramiento. Tú, Rutilio, puedes explicar ingenuamente en qué te basas para expresarte así.

—Es que acabo de saber claramente la procedencia de ese papel. Aquí está un tes-

tigo del complot que se haya dispuesto a probar de una manera inconcusa las tenebrosas maquinaciones de mis antagonistas.

—Esa es una tramoya—murmuró el secretario—que acabáis de inventar para salir del atolladero, ¿verdad? ¿Queréis improvisar trampantojos haciendo cómplice también a este joven en asuntos tan serios i de tanta responsabilidad?

—No señor,—dijo el sacristán resueltamente—no son tramoyas, ni estói aconsejado por nadie como decís; lo que voi a explicar nadie me lo contó, estos oídos lo oyeron. ¿Qué acáso ya olvidasteis la noche aquella lóbrega i tempestuosa en que estabáis vos, el comisario i un alguacil en el sotecho de la puerta del cementerio?

—¡Mentís! ¡destripacuentos!—exclamó el secretario.

—¡Silencio!—dijo el anciano clérigo—Tú explica de una manera sucinta lo que sepas respecto del particular.

—La verdad es la siguiente: la noche a qué me refiero, sucedió que tuve necesidad de ir al campanario a buscar unos papeles que se me habían caído; mas como las puertas del cementerio, o mejor dicho, del atrio, ya estaban cerradas, salvé silenciosamente la muralla. Al hacer mi travesía oí cuchicheos. Sentí miedo naturalmente al recordar que en tiempos no múi remotos se hacían allí inhumaciones. Se me figuró que los muertos

abandonaban su lecho mortuorio aprovechando las horribles tinieblas de aquella noche; pero hice un esfuerzo múi grande, i al dirigirme a tientas donde aun existe un epitafio, me desengané que los cuchicheos partían de una puerta del atrio. Como dije, erais vos, el comisario i un alguacil. Cuando estuve cerca de vosotros, el comisario se refirió a que la situación de Rutilio, con motivo de los triunfos del carrancismo, era completamente favorable, i que sin duda tendría qué casarse sin ser perseguido ni castigado.

Vos dijisteis: «Aun es tiempo de estorbarlo: cómprale a Próspero una porción de tierra al precio que él guste bajo cualquier pretexto. Es natural que la esposa tenga qué firmar la venta. Múi bien; nosotros de antemano escribimos un papel imitando perfectamente la letra de la señora, manifestando que Rosaura, es hija adulterina de D. Secundino el padre de Rutilio. Al llevar las escrituras para que las firme doña Flavia, le intercalamos el dicho papel, i como las mujeres no son múi escrupulosas en esta materia, ni tienen pleno conocimiento ni malicia, irá firmado tan sólo donde se le vaya indicando. Así pues una vez que Rutilio intente casarse, recurriremos a estorbarlo por este último medio presentándole al cura dicho papel»

—¡Oh des......—gritó el secretario.

—¡Silencio!—lo interrumpió de nuevo el anciano.

—Esa es una vil calumnia que en estos momentos inventó Rutilio. ¿Cómo si así fuera, este joven había de haber guardado silencio no haciendo al momento un formidable escándalo?

—No soi de esa opiniòn; es cierto que soi joven sin talento, pero no soi efecto a ejercer la chismografía. Además como yo tenía el secreto de que Rutilio se iba a casar de una manera insólita, creí como imposible que vuestras artimañas pudieran estorbarlo en nada absolutamente.

—Pronto nos veremos en un tribunal ¡*pécora campi*! haber si podéis probarme imputación tan calumniosa.

—A la hora que gustéis, i más ahora que ya está palideciendo en el ocaso la plutocracia i viene fulgurando en el oriente la democracia.

—Señor,—dijo Rutilio dirigiéndose al sacerdote—creo que ya estaréis convencido que somos víctimas de la intriga, supuesto que la misma señora niega rotundamente ser autora de tal papel; por tanto, según mi sentir, esta interrupción no es un obstáculo para efectuar inmediatamente la ceremonia matrimonial.

—Poro yo si soi un obstáculo, ¡infame! ¡traicionero!—Se oyó resonar la voz de D. Próspero, que ebrio i colérico se había dirigido a tal sitio al saber el matrimonio de Rosaura.—Sí, desventurados, insistís en querer-

me tener en nada como si fuera un paria. Pero ya se vé, no tenéis vosotros toda la culpa: la mayor parte la tiene esa infame clerigaya, cuyos individuos validos de tener fanatizados a los pueblos, apoyan, a trueque de dinero, semejantes absurdos, burlando así el honor, la dignidad i el derecho que tenemos los padres sobre los hijos.

—Un poco de más comedimiento en vuestras palabras,señor cleròfobo;—dijo Rutilio—no vengáis insultando con falsas argumentaciones la conducta intachable de este anciano sacerdote que no hace mas que cumplir con la disposición del Prelado.

—Pues malamente el Arzobispo atropella mis derechos: sobre mis hijos no tiene más poder que yo ni el Sumo Pontífice.

—En esta materia, hasta cierta edad i hasta cierto punto, no lo niego; pero en las actuales circunstancias i según vuestros comportamientos, casi me atrevo a deciros que no tenéis derecho a pronunciar ni la menor palabra. En estos casos las leyes civiles i los ritos de la Iglesia, no hacen otra cosa que destruir los obstáculos de acuerdo con la razón i la justicia, abriendo paso franco al porvenir según los derechos naturales del individuo. Los que abráis como vos, sólo obráis con violencia sin procurar la felicidad i bienestar de los hijos, sino el cumplimiento pertinaz de los caprichos,

—Basta ya de alharacas; no vengo a saber

si obro bien o mal; sencillamente llegué a este sitio a probaros que no estòi desvalido, i que mis derechos ultrajados claman justa venganza.—

I diciendo esto, sacó su enorme pistola, i colérico se precipitó sobre Rutilio.

———

LXVII.

ULTIMAS TENTATIVAS.

——

Por un momento vamos a interrumpir este suceso para dar cuenta de otros nuevos personajes que vinieron a llenar de sorpresa a los circunstantes.

D. Arnulfo Montes de Oca, el anciano de la Isla, el que vivía en el error de ser padre de Rutilio, había llegado casualmente al pueblito, i al tener noticia que nuestro joven no había sucumbido en el naufragio, se diriguió acompañado de uno de sus hijos al sitio del escándalo.

El anciano llegó precisamente en los momentos en que D. Pròspero se había lanzado colérico sobre Rutilio.

En esos momentos llegó también D. Secundino, el comisario con sus esbirros, i un sin fin de curiosos.

El secreto del matrimonio estaba ya descubierto i los motivos de la interrupción.

Rutilio viéndose amagado por su futuro suegro, no pudo menos que sacar su revólver tan sólo para defenderse.

La confusión era terrible. Unos abrazan a uno, otros detiener a otro. Rosaura i la madre lanzan gritos de horror. El anciano sacerdote interviene hablando en nombre de Dios; en nombre del deber i la justicia.

Cuando se desarrollaban estos acontecimientos, ya rijosos i demás concurrentes habían salido fuera de la sacristía al espacioso corralón.

El hijo del señor Montes de Oca, al llegar, viendo que no sólo D. Próspero sino también otros individuos pretendían agredir a Rutilio, desenvolviéndose de un frazadòn, dio a luz una brillante carabina con la cual se quedó apuntándoles, múi serio i sin pronuciar palabra.

El respetable anciano de la Isla al ver a nuestro joven, sintió grande regocijo, pues como recordaremos, no creyó volverlo a ver supuesto que lo había creído víctima del naufragio la noche aquella de la tempestad.

—¡Vén. hijo de mi alma!—exclamó el anciano extendiendo los brazos.—Te creí sepultado para siempre en los abismos del mar, por cuya razón la tristeza debilitó más i más mi quebrantada salud; pero gracias a Dios que vuelvo a verte; vén.....—

Todos los concurrentes quedaron estupefactos al contemplar aquel hermoso cuadro de júbilo en medio de la indignación i del escándalo; pero lo que más llenaba de admiración era que aquel anciano llamara hijo a Rutilio.

D. Secundino por no desalentar al señor Montes de Oca que tan satisfecho se mostraba, permaneció callado sin descubrirle el error en que se encontraba.

—¡Còmo!—dijo el anciano clérigo—¿éste joven es vuestro hijo i no de D. Secundino?

—Sí señor,—dijo resueltamente Montes de Oca—es mi hijo, nada más que desde múi pequeño lo puse bajo la crianza i educación de mi buen amigo D. Secundino, i si queréis quedar completamente convencido aquí está este pliego.—

El anciano leyó i dijo:

—¡Oh, tenéis múi justa razón! Queda com probado pues que D. Secundino sólo es padre putativo.—

El secretario al momento se apresurò a decir:

—Esa es una mentira garrafal: yo puedo probar con el acta de nacimiento que Rutilio es hijo legítimo de D. Secundino; lo que viene sucediendo es que una vez que previeron que tendrían què presentarse los impedimentos de consanguinidad, se valieron de este desconocido anciano para que fingiera ser su padre i las cosas marcharan sin tropiezo ninguno;

pero no deberiais hacerlo así supuesto que es grande la responsabilidad que lleváis en vuestro corazón al unir en matrimonio a dos hermanos.

—Yo juro ante Dios—dijo D. Secundino—que Rosaura no es hija mía, como la misma señora en conciencia podría manifestarlo...... respecto a Rutilio, ya vendrá la hora oportuna de contestar satisfactoriamente de quién es hijo.

—Juro ante Dios i ante los hombres,—dijo la mamá de Rosaura—que las palabras de D. Secundino son completamente verídicas.

—No manchéis más vuestra conciencia—replicó el secretario con tonillo lamentable—haciendo juramentos en vano, mejor confesad que Rutilio i Rosaura son vuestros hijos para que no se cometa pecado sobre pecado; o si os da vergüenza, pues, confesarlo públicamente, al menos evitad este matrimonio.—

D. Próspero al oír tal aseveración, gritó colérico:

—¡Ah, desgraciados! ¿de modo que vosotros profanasteis mi hogar i mis derechos con un vil adulterio?

—Entra en razón, Próspero;—murmuró la señora—ese papel inmundo de donde se desprende tanta confusión, lo firmé inconscientemente, según versiones, cuando firmé las últimas escrituras.—

El secretario i el comisario le dirigieron a

D. Próspero una mirada significativa i quedaron convenidos.

Rutilio, impaciente, habló dirigiéndose al sacerdote:

—Bastará ya de tontas trabas i chanchullos; bastará ya de tanto escándalo sin fundamento. Si vos habéis comprendido que somos víctimas de la perversidad, espero terminaremos este asunto matrimonial según las facultades i concesión del Señor Arzobispo.

—¡Vade retro, sotanófilo!—gritó D. Próspero—querèis forzar aun al mismo cura para que os cumpla vuestros caprichos? Primero me perforáis el pecho que salir triunfante. Os faltan dos cosas las cuales jamás conseguiréis: mi voluntad i mi consentimiento.

—¡Ajá!—dijo el comisario—¿de esas tenemos? ¿de manera que ya se pueden celebrar ceremonias eclesiásticas sin la previa autorización del contrato civil? ¿De dónde tantas facultades?

—Yo—dijo el sacerdote—si estói efectuando este matrimonio bajo esta forma, es, en primer lugar, porque en los momentos actuales creo que en el centro ya no habrá gobierno constituido, i en segundo lugar, con respecto a las amonestaciones, esta es una gracia concedida por su Señoría Ilustrísima. Así pues, creo no tener ninguna responsabilidad.

—Sí la tenéis, supuesto que todo eso no pasa de ser una suposición por tantas alar-

mas i paparruchas: nuestro gobierno existe i existirá.—

En esos momentos Rutilio también estaba impulsado por el capricho: no era el amor, no eran las ilusiones lo que flotaba en su corazón; por tal motivo se apresuró a decir:

—No deis satisfacciones a quien no las merece; no dirijáis inútilmente vuestras palabras a los necios; cumplamos de una vez nuestros propósitos en el perímetro de nuestras facultades.—

(Un color sombrío cubrió el rostro de los tiranos.)

—Prudencia, Rutilio;—murmuró el anciano clérigo—deja que pase la excitación; deja que las cosas vuelvan a su estado normal, i cuentas con mi apoyo i protección.

—Señor, de manera que hasta vos ponéis obstáculos en estos momentos al cumplimiento de mis anhelos?

—Rutilio; acuérdate de este proloquio: «la paciencia i la constancia todo lo vencen:» no olvides también que todos los actos para que tengan solidez deben ejecutarse en la órbita de la oportunidad; espera i no quedará cosa que no arreglemos.—

Rutilio sintió decaer el ánimo completamente; la desesperación penetró a su alma al comprender que el fantasma de la fatalidad lo perseguía sin descanso, por lo cual exclamó en tono melancólico:

—Adiós, pues, mis plácidos ensueños; mu-

rieron para siempre mis esperanzas, i volaron de mi pecho las ilusiones al chocar mi pensamiento contra las rocas de lo imposible. El amor, aquel inmenso amor que incesantemente ardía en mi pecho como fúlgida lamparita, naufragó para siempre en el mar proceloso de los desengaños. Loco de mí que sin tener alas pretendí volar por el espacio de la fantasía. Loco de mí que siendo impotente luché con lo imposible.—

Al decir estas palabras nuestro joven hizo impulso por separarse violentamente.

Rosaura sintió en su alma el golpe más terrible de su vida; vio claramente que aquella separación era la triste agonía de todos sus ensueños, por lo cual no se pudo contener i entre sollozos exclamó:

—Rutilio, ¿huyes de mí? ¿me dejas abandonada, sin compasión entre los escombros i ruinas de la felicidad?

—¡Desvergonzada!—gritó D. Próspero crispando las manos.

—Rosaura:—murmuró con tono apacible Rutilio—el Destino así lo tiene decretado; las circunstancias mataron todos mis afectos, i no guardo en mi pecho lacerado mas de un rasgo de compasión hácia ti. Bien pudiera arrebatarte por la fuerza bruta, pero no quiero mancillar en este punto mi dignidad i mi honor. Olvida mejor los dulces recuerdos de lo pasado, i déjame a mí solo en el vórtice de s desengaños.—

Rutilio intentó de nuevo separarse, pero el comisario gritó enfurecido:

—¡Alto! no estés creyendo que estás libre: tienes pendientes algunos crímenes en los tribunales.

¡En nombre de la lei, auxilio! ¡Detengan a ese delincuente!—

Si en momentos pasados fue grande el escándalo, aquí fue por completo exagerado: Los esbirros i prosélitos de los caciques se precipitaron sobre Rutilio.

Mas nuestro joven i sus defensores hicieron frente con denuedo i bizarría.

Rosaura en el colmo del sufrimiento, perdió el sentido i cayó al suelo víctima del desmayo.

La confusión era terrible i espantosa.

El vocerío resonaba sacrílegamente en las bóvedas del templo donde siempre había reinado el augusto silencio.

El anciano sacerdote sintiendo indignación por aquel proceder tan descarado, se resolvió dirigir algunas palabras en tono despreciativo:

—¿Qué pretendéis vosotros al interrumpir con tan marcada tenacidad el cumplimiento de este matrimonio? ¿Pensáis acáso que no se llegará el día tremendo en que todos, por fuerza, tengamos qué dar estricta cuenta de nuestras acciones?

Vosotros sois los embozados bullebulle de todos estos acontecimientos. Vosotros no

procuráis la felicidad de Rosaura ni de Rutilio, sino su eterna desgracia.

Vosotros no camináis por el sendero de la justicia, ni obráis conforme al deber i la razón, sino cegados por el capricho i guiados por la venganza. Vosotros, en fin, no sólo atropelláis las leyes humanas, sino que venís también a profanar estos lugares que pertenecen a la casa de Dios. Estudiad siquiera rudimentos de urbanidad ya que no sabéis ni principios de Derecho Canónico, ¡hombres obcecados!

—Un poco de más tino en vuestras palabras;—habló colérico el comisario—recordad que la Iglesia está bajo el dominio de la Constitución i que nosotros, por mera prudencia, dejamos pasar desapercibidos abusos que cometen los mismos clérigos.

A nosotros no nos manda el Arzobispo, i casi estói por decir que ni el mismo Presidente de la República, supuesto que dentro de los limites, cada quién tiene sus atribuciones. En fin, nosotros no estamos cegados por el capricho como decís, ni guiados por la venganza; lo que nosotros pretendemos es el estricto cumplimiento de la lei; pues en primer lugar la joven no tiene la edad competente, i en segundo que Rutilio tiene pendientes en los tribunales como criminal i delincuente.

—¡Criminales vosotros; delincuentes vosotros!—gritó Rutilio en el colmo de la excitación—pero día llegará que ese cúmulo de

crímenes que descaradamente lleváis en vuestros hombros, tengan el justo castigo. Día llegará que se cansen los pueblos de soportar ese yugo infame de tiranía i hagan un esfuerzo titánico para derribar a tantos verdugos entronizados, para establecer un gobierno equitativo, justiciero i democrático.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!—se rió con sorna el comisario—aquí está un profeta cimarrón; aquí está un vidente de falso cuño. No seas tonto, joven fatuo, estás creyendo que las chusmas vandálicas van a triunfar de nuevo como en tiempo de tu estrambótico Madero? estás en un error: nuestro gobierno es constituido supuesto que tiene todas las bases i elementos, i sus miembros no andan a tontas i a locas como esas turbas de carrancistas aventureros que en sus incursiones andan sorprendiendo i robando a los pueblos desamparados. Pero no tengas pendiente, utopista recalcitrante, ya las tropas federales vienen de nuevo recuperando las plazas perdidas i exterminando sin compasión a tanto comunista bandido.

—Bandidos vosotros porque habéis usurpado los poderes; bandidos vosotros porque nos habéis robado la libertad i nuestros derechos.

—Calma, calma, parlanchín de cantina, ya nos veremos en un tribunal haber si sabes responder de tus acciones.

—Hasta cuándo os enfadáis?—prosiguió

Rutilio—hasta cuándo cesará esa sed que existe en vuestro corazón de oprimir i subyugar? Vosotros amontonáis sin escrúpulo ninguno, crimen sobre crimen. Por la senda que cruzáis, sólo va quedando el luto i la desolación. Quiera el cielo mostrarse propicio con vosotros hasta el fin de la jornada.

Mas no olvidéis, llevad siempre grabado en vuestra memoria, que muchos desgraciados i yo fuimos víctimas de vuestros hechos atentatorios, i no olvidéis que los estragos que tiene qué hacer la actual revolución, aun sobre vosotros mismos, no es otra cosa que el fruto de vuestro régimen tiránico. Por tal motivo no pido al cielo venganza, pues cada quién por fuerza recibe según sus obras. Sólo sí al ver claramente el terrible i cruento desenlace de la revolución, quisiera que inmediatamente los remordimientos vinieran a macerar vuestro corazón para que os apartarais del crimen i siguierais el sendero de la justicia.

—Cátale cura!—dijo el comisario con refinada ironía—¡oi, Atenógenes, qué sermón cuaresmal tan conmovedor....! Ya un raudal de lágrimas pugna por brotar a mis ojos.....! Esto es un prodigio; mira qué metamórfosis! de novio i camorrista ya se transformó en ferviente predicador.

—Está bueno para que se vaya al Japón a catequizar herejes—dijo el secretario.

—Bien estaba yo en las mías de que este joven tenía más aptitudes para la frailería que para el matrimonio.

—Joven: a los predicadores i moralistas les está prohibido estar exhortando con pistola en mano: mejor envaina tu arma: vámonos al templo i subes al púlpito para que nos eches una homilía i todos quedemos beatificados.

—Podéis reíros de mí como gustéis. Yo al ver intuitivamente la terrible situación por que tenéis qué atravesar, me da lástima, os compadezco. Mi fin no es pelear como decís: si traigo pistola en mano es tan sólo para defenderme de vuestras amenazas ridículas, i si os dirijo la palabra es únicamente para apostrofaros por última vez i no quedéis en el error de que soi tan fatuo como pensáis. Sí, hombres intransigentes, yo sin tergiversaciones os pregunto: ¿en dónde están los motivos que os he dado para tanta persecución?

He sido víctima de vuestra perversidad desde los primeros años de mi juventud: desde aquellos años felices en que ambicioné gloria i renombre. ¡Oh, recuerdos dulcísimos de la primavera de mis ilusiones! Aquel amor misterioso que brotó en mi pecho; aquellos ensueños mágicos que se acurrucaban en mi loca fantasía; aquellas esperanzas lumínicas que se dibujaban en la lejanía de mis pensamientos como hermosa perspectiva de un porvenir lleno de flores i de sonrisas....

¡ai! todo hicisteis desaparecer con vuestras intrigas i persecuciones. Dentro de mi corazón murieron todos los afectos de mi juventud, i entre las ruinas de mis ilusiones sólo se escucha el estertor de mi felicidad.

Adiós, pues, quizá para siempre, sonrisas de mi juventud, esperanzas de mi porvenir i felicidad de mi existencia. ¡Todo acabó! Estói como quien dice muerto moralmente. I al presentir, pues, que las cosas tocan a su fin, no quiero llevar en mi alma odios ni venganzas; por tanto, os perdono de corazón, caciques infames, pero nunca olvidéis que arrojasteis a un hombre honrado a los abismos de la desventura.—

I diciendo esto, desapareció por el solitario templo sin atender a las súplicas i lágrimas de unos, ni a las amenazas ridículas de los otros.

Rosaura que ya había vuelto en sí del síncope, dio un grito i volvió a quedar sin movimiento.

En el acto se oyó una especie de trique; a pocos momentos se empezaron a oir detonaciones i gritos por las calles i la plazuela.

—¿Qué pasa? ¿què pasa?—preguntaron sorprendidos los tiranos.

—¡Señores!—dijo un acólito ahogándose—acaban de llegar los carrancistas, encabezados por Pedro Zamora, en completo desorden; andan abriendo las puertas con hachas i barras, i buscan a los principales.—

Temblando i con el rostro cadavérico, huyeron de aquel sitio el comisario, el secretario i D. Próspero.

LXVIII.

RESUMEN DE LA REVOLUCION.

Era el año de 1914.

La revolución carrancista había cundido por todo el País haciendo verdaderos estragos, i cometiendo tantos i tan horrendos crímenes, que va a ser necesario un volumen *ad hoc* para describirlos.

Rancherías, pueblos i ciudades iban cayendo bajo aquel influjo sin que las fuerzas huertistas pudieran evitarlo.

El pánico era indescriptible en los habitantes pacíficos al contemplar las persecuciones, incendios, violaciones, saqueos, secuestros, asesinatos i otros mil crímenes espeluznantes que tarde que temprano daremos a luz.

Muchos de los pueblos que hicieron resistencia, quedaron casi arrasados, cuyos habitantes si bien algunos escaparon de la muerte, quedaron sumidos en la miseria más espantosa.

En cambio muchos revolucionarios de la noche a la mañana aparecieron millonarios.

I los caciques que tanto alarde hacían de sus atribuciones i facultades? Pobres ricos acostumbrados a la molicie i a la holganza; acostumbrados a ser dueños absolutos de sus acciones i a conculcar los derechos del pueblo. Su engrimiento i su orgullo de un solo golpe desaparecieron. Su poderío rodó por el suelo i fue pisoteado por la indignada plebe......mientras que ellos ¡ai! con el rostro desencajado i sombrío, con el traje propio del mendigo, seguidos por el fantasma de sus delitos, sin comer, sin dormir, sin descansar, siempre huyendo, siempre huyendo por las fragosidades i cuencas de las montañas.

Los pueblos quedaron en estado completamente anárquico. La demagogia, ese predominio tiránico de la plebe desenfrenada, consecuencia de toda revolución, hizo temblar de terror a los habitantes pacíficos.

Antes de pasar adelante, haremos algunas reflexiones o comentarios con respecto al régimen gobiernista.

Si durante la época de D. Porfirio se logró que todos los pueblos estuvieran en paz, ¿cuáles fueron los deberes de aquel gobierno?

Primeramente implantar escuelas, aun por decirlo así, en los bosques, para que todo individuo entrara por el sendero de la civilización i fuera dejando aunque poco a poco esos hábitos i ese carácter de salvajismo que sólo tiene por base la ignorancia.

En segundo lugar debió D. Porfirio vigilar la conducta i régimen de los mandatarios de los pueblos para que la justicia se impartiera con equidad, dándole a cada quien lo suyo i a cada individuo se le reconocieran sus derechos.

I, por último, debió haber sido legal en sostener un ejército competente para conjurar cualquier sublevación.

Pero en todo, punto por punto, encontramos un déficit; o mejor dicho, esos tres puntos principales fueron deficientes para prolongar la paz de la República.

La civilización sólo se difundía en las ciudades i en algunos pueblos de más o menos categoría.

En todos los pueblos las riendas del gobierno eran tan sólo manejadas por los ricos, los cuales se fueron convirtiendo en reyezuelos tiranos. ¿Había lei para castigar los crímenes de los ricos? Había justicia cuando el pobre la pedía? Los ricos estaban exentos de castigo. Los pobres estaban exentos de reconocer sus derechos. El rico disfrutando sinecuras i exenciones, en medio del despilfarro i el desbarajuste. El pobre postergado bajo el yugo de la imposición i entre las garras de la miseria.

El rico podía poner de autoridad a quien se le antojaba. El pobre no podía oponerse a los fraudes electorales porque inmediatamen-

te era encarcelado i consignado al servicio de las armas.

Esta situación era el fermento de los odios.

Por último, la Secretaría de guerra manifestaba contar con un ejército de cuarenta mil hombres, cuando que, en realidad, no pasaba de quince a veinte mil, quedando la demasía de sueldos en manos de los altos jefes.

Los pueblos, pues, estaban embrutecidos por la ignorancia e indignados completamente por la injusticia i la tiranía, i por esas malditas imposiciones (que siempre serán la ruina de los altos mandatarios.)

Por tanto, ¿cuál era la consecuencia de tal situación?

Naturalmente la guerra, a la cual no podía sofocar el ejército por ser insuficiente.

En resumen, ¿quién tuvo la culpa de tan espantosa revolución?

A esta pregunta, los insensatos e idólatras defensores del porfirismo, contestan que Madero.

Mas nosotros que raciocinamos imparcialmente, i que no somos fanáticos personalistas, contestamos que la culpa la tuvo D. Porfirio, o en su lugar el porfirismo. Culpar el efecto i no la causa es un absurdo. Nosotros culpamos la causa de todo que fue el porfirismo i no a Madero que no hizo más que encabezar la opinión pública. Decir lo contrario sería tanto como asegurar que si no hubiera veni-

do Hernán Cortés, no se habría conquistado la América. Pues si él no hubiera venido, por fuerza otro conquistador habría pisado nuestro suelo, supuesto que lo principal ya estaba hecho: el descubrimiento. Así en este caso, si Madero no hubiera encauzado la revolución, de todos modos tendría qué haber estallado supuesto que lo principal existía; la indignación i el descontento general, pues está probado por la historia i por la experiencia que la guerra no la hace un hombre sino un pueblo.

Sin embargo, no por el hecho de poner de relieve las terribles consecuencias de aquel gobierno, queremos emborronar las glorias i actos heroicos del caudillo de Tuxtepec, nó; jamás podremos negar que D. Porfirio prestó a la Patria múi grandes servicios; jamás podremos negar que sólo su talento i su valor pudieron elevarlo a tan encumarada representación i prestigio. Pero ¡lástima! lástima que se haya rodeado de hombres que, no obstante ser científicos, poco a poco fueron corrompiendo su corazón patriótico i de convicciones verdaderamente democráticas. Lástima que su gobierno lo haya conferido solamente a los acaudalados, los cuales poco a poco demolieron los principios democráticos i convirtieron la República en una especie de jerarquía autocrática.

Está bien, de pronto no se podía por menos, máxime cuando el bandolerismo todavía esta-

ba en auge; se necesitaba pues la imposición para cimentar el gobierno; pero una vez restablecido el orden, hubo tiempo sobrado para educar al pueblo, cumplir el plan de Tuxtepec i evitar tan terrible catástrofe.

I ya pues que los ricos fueron dueños i señores de la situación, debieron ser caritativos i morigerados para no haber llevado las cosas a los extremos, como lo hizo también el asesino Huerta i su pandilla.

El pueblo salvaje i embrutecido, con el corazón lleno de odios i de rencores, se lanzó a la guerra como fieras que habían permanecido enjauladas bajo una paz forzada i tiránica. I se entregó a todo género de iniquidades i excesos con el desenfreno de los «*bolcheviques*» (bolshevikis) más encarnizados.

¡Oh! en esos momentos ¡cuánta falta hizo la educación al pueblo! ¡Cuánta falta hizo la unión de los ricos con los pobres para que la guerra hubiera estallado sólo por principios políticos i no al impulso de los odios i las venganzas.

Los ricos, pues, i gobiernistas, tuvieron qué lamentar desastres tan espantosos, olvidando que ellos mismos fueron la causa de su ruina irritando a la plebe que siempre ha servido i servirá de escalera i es el sostén de los que llegan a obtener el título de poderosos.

———

LXIX.

BROMA DE MORFEO.

———

Al tomar la pluma para trazar estos renglones, lo hacemos con el corazón transido por el dolor más intenso.

Nosotros no quisiéramos tratar asuntos en que involuntariamente se nos cubrieran los ojos de lágrimas. Mejor quisiéramos omitir este capítulo; pero en fin, valor i vamos adelante.

Gamaliel, el inseparable i fiel amigo de Rutilio, con la tortura retratada en el semblante i con los ojos arrasados en discretas lágrimas, fue quien nos refirió lo que sigue:

——

—«Al siguiente día de la escena escandalosa i patética, es decir, del frustrado matrimonio, me lancé por los bosques i por los valles en busca de mi desdichado amigo para impartirle algún consuelo.

«Primero me dirigí al bosquecillo aquel donde fue asfixiado el militar i su asistente; después me interné en el bosque donde allá en los primeros años de su juventud solía ir a recrearse. No lo encontré. Por fin me dirigí ansioso al «Castillo encantado,» anhelando estrechar contra mi pecho una vez más a

mi compañero inseparable, a mi generoso amigo. Pero ¡ai! ¡qué desengaño tan atroz! ¡qué impresión tan amarga!

«Mis presentimientos no habían sido mal fundados: Rutilio allí había pernoctado, mas ¡ai de mí! al llegar cerca de las rocas, allá donde en días no lejanos habíamos permanecido forjándonos ilusiones, disfrutando la dulce quietud, respirando el ambiente fresco i suave, i elevando nuestro espíritu a las regiones dulcísimas de los ideales, allí...... allí encontré a mi desdichado amigo; allí estaba; pero su lengua había enmudecido; sus oídos no escuchaban ya mi voz, ni latía siquiera su corazón generoso i magnánimo. Allí estaba pero solamente su cadáver frío i rígido, perforado por las balas i con una fuerte puñalada. Sus ojos aunque estaban empañados, parecía tenerlos fijos en la inmensidad azul»......—

Gamaliel hizo una pequeña pausa ahogado por la emoción, pero rehaciéndose, prosiguió:

—«De pronto creí qae él en medio de su desesperación se había arrancado la existencia aunque me extrañaba tal acción en un hombre de sentimientos nobles i de recto criterio; pero lo examiné minuciosamente i pude observar que los tiros habían sido pegados por la espalda; sólo aquella terrible puñalada la tenía por delante un poco abajo de la clavícula derecha, de lo cual deduje que otras manos traidoras con alevosía i ven-

taja habían consumado aquel espantoso crimen......

«Como todos los pueblos estaban llenos de confusión, i como no había gobierno de ninguna clase, no di cuenta a nadie del acontecimiento, sino que después de llorar i lamentar la suerte de aquel extinto poeta, en un trozo de palo hueco metí cuidadosamente su cadáver, i con bastante dificultad coloqué aquel féretro cilíndrico en una grieta que existe en la gruta del «Castillo,» cubriéndolo con tierra, hierbas i flores.

«Ninguna otra parte creí mas a propósito para que sirviera de lecho mortuorio a mi desdichado amigo.

«Allí aunque lejos del mundo i olvidado de todos, es un sitio ameno que no causa espanto ni pavor.

«Allí su cuerpo quedó embalsamado como quien dice en el santuario del reposo. Allí los dulces trinos de las aves que juguetean de rama en rama; el rocío que vierte la sonrosada aurora; el rumor insesante del oculto arroyuelo; el perfumado ambiente de las flores, i en fin, el fresco i agradable sombrío de aquellos árboles gigantescos, será el eterno epitafio poético de la tumba de aquel desdichado artista.

«Rosaura al enterarse de la fatal noticia, entró en un estado tristísimo de enagenación, i sucumbió......

«El dolor que sentí dentro de mi alma fue

tan grande, i tantas lágrimas vertieron mis ojos, que..... ¡desperté!

«Sí, señores, esto que acabo de referirles, sólo fue un sueño; fue una horrible pesadilla que me asaltó la noche del matrimonio frustrado. Gracias a Dios que esta no es la verdad. Gracias a Dios que Rutilio i Rosaura viven aún para satisfacciòn mía i consuelo de sus amigos.» —

El dichoso i feliz desenlace de las amorosas relaciones de nuestro joven, tenemos la dicha i la alta honra de darlo a conocer a nuestros amables lectores en el siguiente capítulo.

LXX.

EPILOGO.

———

Los tiranos andaban huyendo por los montes.

A los cuatro días del frustrado matrimonio, los revolucionarios siguieron su marcha, después de haber cometido algunas depredaciones.

A la media noche, Rosaura abandonó su casa paterna en compañía de aquella criada inteligente i joven que anhelaba pretendientes instruidos. Silenciosamente se dirigieron al solitario templo, en cuyo atrio las aguardaban impacientes Rutilio i Gamaliel.

Penetraron al sagrado recinto cerrando la puerta por donde entraron.

A pocos momentos salió de la sacristía el anciano clérigo acompañado del sacristán i del señor Montes de Oca e hijo.

En el acto se llevó a cabo la ceremonia religiosa en medio del silencio i la felicidad; siendo padrinos de los consortes, la criada i Gamaliel.

Inmediatamente que salieron del templo, todos montaron a caballo i se dirigieron rumbo a las costas del Pacífico.

El señor Montes de Oca no obstante que se

convenció de que Rutilio no era su hijo, no quiso borrar de su corazón el cariño que le profesaba, por tal motivo exclamó:

—Si tú no eres, pues, mi hijo según el orden natural, desde ahora lo serás según el orden social: *eres mi hijo adoptivo*, i vivirás bajo mi cariño i protección.—

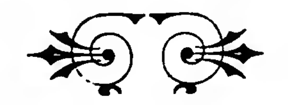
Por eso vimos que el señor Montes de Oca asistió a la ceremonia matrimonial; i por eso vimos también que inmediatamente montaron a caballo para no dar lugar a consecuencias de ninguna clase.

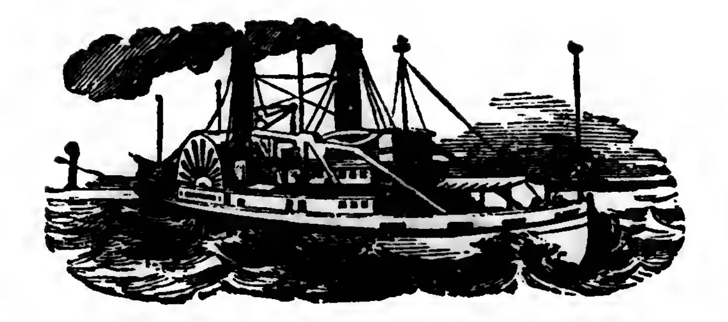
A pocos dias todos se embarcaron rumbo a la Isla, a la preciosa isla que justamente podremos llamar «*Isla de la felicidad.*» dejando tras de sí una guerra sangrienta; una guerra fratricida llena de odios i venganzas; una guerra terrible que al dividirse entre Villa i Carranza provocaba la tan codiciada intervención de los «*yanquis*» (yankees;) una guerra infame que vino a poner la situación en peores circunstancias que en tiempos Porfirianos; una guerra donde con las falsas promesas de Carranza, el vulgo olvidó completamente el respeto al derecho ageno interpretando el más refinado comunismo; una guerra donde todo mundo quiso predominar i nadie obedecer; una guerra, en fin, horrible i asquerosa, consecuencia legítima de los ESTRAGOS DEL CACIQUISMO.

Según supimos después, Gamaliel contrajo matrimonio con una hija del señor Montes de

Oca; i un hijo de éste, con la criada que fue madrina de Rosaura; quedando todos adormecidos en brazos de la felicidad, gozando su luna de miel, i múi lejos del estruendo fatídico de la revolución.

FIN.





Notas

El presente libro, como casi todos, salió con varias erratas de imprenta. Esto lo advierto por aquellos que sólo tienen prurito de criticarlo todo aunque estén convencidos que el escritor no es responsable de todas las faltas. De pronto pensé ponerle «fe de erratas,» pero luego comprendí que era trabajo inútil supuesto que no se trata de una obra didáctica, sino recreativa; además las personas de buen criterio fácilmente pueden distinguir cuáles son pifias de caja i cuáles de pluma. Las de caja, son por ejemplo, «militor» en vez de «militar,» «sofiisma» en vez de «sofisma,» «coisario» en vez de «comisario,» etc. Las de pluma son aquellas donde se falte directamente a la sintaxis i al sentido común. Todas aquellas voces impropias como «forzo» en vez de «fuerzo,» «tiernísimo» en vez de «ternísimo,» i algunas anticuadas, son faltas intencionales por darle a cada uno de mis personajes cierta originalidad, pues sería múi soso i ridículo querer que todos hablaran un lenguaje correcto.

El uso de la «i» latina en lugar de la «y» griega, ya muchos saben que no es nuevo i que habemos muchos partidarios por ciertas reglas fundamentales que tienden a desterrar de las letras los oficios promiscuos.

El empleo de acentos ortogràficos en algunas pala-

bras i la supresión de los mismos en otras, desde la mitad de este libro en adelante, es cosa netamente mía i tengo mis razones fundamentales que estói dispuesto a exponer cuando sea necesario. Para muchos rancios fanáticos del «MAGISTER DIXIT» i que la costumbre la consideran como una lei invulnerable, esta innovación que a la simple vista parece estrambótica, va a ser motivo de que arruguen la frente, pero yo con gusto me reiré de sus gestos i melindres, pues muchas veces la perfección viene precisamente de la evolución razonada i metódica.

———

Sinceramente doi las gracias a varios amigos de aquí de Guadalajara, Autlán, Ayutla, Cuautla, Tepospizaloya, Santa Rosalía, Unión de Guadalupe i Atoyac, por su grande ayuda moral i por su pequeña ayuda pecuniaria para la impresión de esta obra. Al señor Casiano M. Sáinz, por su altruismo, al sacrificarse haciéndome estos trabajos con verdadera economía.

I a muchos residentes en en el Teúl [o Téul como dicen ahora] también les doi las gracias por su estúpida indolencia nacida en la más refinada mezquindad, con lo cual demostraron desatenciones que yo me reservo como verdadera prueba de su educación i cultura.

———

Si me es posible dar a luz las «nuevas aventuras de Rutilio,» juntamente con «los atentados del carrancismo,» ya lo avisaré con oportunidad [a mis AMIGOS.]

———

También invito cariñosamente a los literatos de nuestro Estado i que simpaticen con mis ideas, a que formemos [por amor al arte] una Antología que lleve por título "Parnaso Jalisciense," u otro semejante. Les ruego se entrevisten conmigo o me escriban para explicarles mi proyecto.

Guadalajara, octubre 19 de 1920.

Alberto M. Brambila.

INDICE.

CAPITULOS. PAGINAS

SEGUNDA EPOCA.

(Tiempos de revolución.)

